LA SEXTA VÍA

Por el autor de *El Inquisidor*

PATRICIO STURLESE

PLAZA & JANÉS

Descubre una épica aventura que podría cambiar el rumbo de la cristiandad.

Cuando una misteriosa reliquia llega a manos del inquisidor Angelo DeGrasso, el equilibrio de poderes en la Italia de fnales del siglo XVI vuelve a tambalearse. Se trata de la pista que conduce hasta el escondite de la Sexta Vía —la Vía Dolorosa—, un silogismo de santo Tomás de Aquino que demuestra defnitivamente la existencia de Dios. La Iglesia teme por la extinción de la fe en detrimento de la razón. Los adoradores del diablo ven una oportunidad inmejorable para terminar con la cristiandad. Y los miembros de la *Corpus Carus* deben mantener esa prueba oculta a toda costa.

Empieza una lucha sin tregua en la que el sexo, la magia negra, la traición y la ambición de poder son simples monedas de cambio en el tablero sobre el que libran batalla el bien y el mal. Una batalla donde las fronteras entre ambos bandos están más difusas que nunca. Una batalla donde la fe es una peligrosa arma de doble filo. Una batalla que puede decidir el destino de la humanidad.

Patricio Sturlese

La sexta vía

ePUB v1.0
libra_861010 23.05.12

Título original: *La sexta vía*
Patricio Sturlese, 2009.

Editor original: libra_861010 (v1.0)

A Lola y Mima.
A mi hermano Alejandro

Prólogo

LA DIMENSIÓN DIABÓLICA

La luna llena asomó tras las nubes arrastradas por el viento de la noche. Los ojos del hombre se posaron en la oscuridad del bosque, que devolvía un concierto de aullidos nacidos de la niebla. Fueron unos instantes de sospecha.

Nuevamente, un rayo de luna iluminó el valle y el resplandor bañó de luz los árboles. Lord Kovac era un individuo joven y fornido. Sus largos cabellos, de un rubio tan pálido que parecían blancos, se amontonaban sobre sus hombros cubiertos por un capote.

La imagen de aquel bosque negro le infundía terror, un terror que en aquellos momentos intentaba espantar de su pensamiento.

—¿Hay alguien fuera? —balbuceó su cómplice por detrás.

El húngaro se volvió hacia él sigiloso y se llevó el índice a los labios con firmeza terminante. No quería ruidos. Lentamente, se giró hacia el ventanuco para seguir vigilando el exterior. Aquel gesto dejó al descubierto parte de la piel de su cuello donde lucía un tatuaje con forma de estrella de cinco puntas invertida.

Lord Kovac era el responsable del asesinato de cinco niños en el transcurso de aquel verano. Los había empalado con largas y afiladas astillas de madera y toda la región de Santiago de Guatemala acogió con horror la aparición de ese asesino que había comenzado su siniestra matanza el día exacto del solsticio. El significado astronómico de esa fecha era bien conocido: el 22 de diciembre marcaba la noche más larga y oscura en Europa y, al parecer, también ahora en América debía ser festejado con un baño de sangre.

Exhaló con lentitud un suspiro que rápidamente se transformó en vapor helado mientras percibía el bombeo exaltado de su propio corazón. Se sentía asfixiado por una sensación que lo mantenía al borde del colapso. Limpió de forma apresurada el sudor de su frente y decidió dejarse llevar y comenzar a disfrutar de aquella extraña excitación.

—Estamos solos —susurró por fin, convencido de sus propias palabras.

Dentro de la cabaña, abandonada y destartalada, todo estaba preparado desde hacía días a la espera del tiempo propicio, aguardando a que llegara la fecha señalada. Por fin ese momento acababa de cumplirse; el húngaro asintió y su condiscípulo encendió las cinco velas negras que yacían sobre cada una de las puntas de un gran pentagrama trazado en el suelo, muy similar al que adornaba la piel de su cuello. Lord Kovac se sentó junto a su acólito mientras este se incorporaba a medias para

apartar la manta que cubría aquel centro de la figura geométrica iluminada.

La expresión del húngaro delató curiosidad mientras su mano presurosa ayudaba a replegar la manta. Entonces la vio y, en ese instante, su rostro se desencajó.

Allí estaba. Desnuda. Una mujer morena con el vientre tremendamente abombado por su avanzado estado de gestación que sudaba bajo los efectos de un bebedizo.

—¿De dónde la has traído? —preguntó Kovac.

—De la ciudad… —respondió su cómplice con su fuerte acento alemán—. Es una ramera. La muy puta desea quitarse al niño de encima para seguir trabajando.

Hubo un silencio.

—¿De cuánto es su preñez?

—Nueve meses.

Ambos se hicieron una seña de complicidad. El condiscípulo se relamió con lujuria mientras un escalofrío recorría la espalda de Kovac. El estómago se le endureció y sus músculos parecieron agarrotarse por un instante, luego sonrió turbado a causa de ese torrente de sensaciones.

—Excelente —respondió al fin—. No los reclamarán, sus destinos no les importan a nadie. ¿Estás seguro de que no te han seguido? —preguntó incisivo.

—Lo estoy. —El alemán sonrió exultante.

—Comencemos entonces.

Lord Kovac dirigió su atención a la mujer que, drogada, observaba la luz de las velas en silencio, con semblante turbio y perdido. Los brebajes la mantenían sosegada, pero aun así pudo distinguir los rostros de aquellos hombres desconocidos y notar cómo una náusea repentina le recorría la garganta. El húngaro impuso las manos sobre ella concentrándose en el pentagrama que la rodeaba.

—Vobiscum Satana… —Kovac comenzó a rezar—. En esta noche ofrezco el sacrificio que anticipará el último aquelarre, aquel que derramará la blasfemia eterna sobre la cruz y todos los hijos del Nazareno.

La mujer empezó a experimentar extrañas convulsiones producto de las pócimas. Sudaba con profusión y parecía notar contracciones violentas en el abdomen. Entonces, el alemán le oprimió el vientre con una mano mientras con la otra, insensible a su sufrimiento y armado con un afilado cuchillo de gran tamaño, rajaba la piel de su abdomen intentando no hundir demasiado el filo en su cuerpo. A continuación, dejándolo a un lado, hurgó en la herida sin preocuparse por la sangre que manaba en abundancia. Y lo sintió. Sintió con la yema de los dedos la piel resbaladiza del pequeño nonato. Lo agarró firmemente y de un violento tirón lo sacó de la matriz.

El grito de la mujer fue atroz, un alarido intenso y tortuoso al que siguió un gimoteo desvaído. Su mirada recorrió el techo, aterrorizada, mientras cerraba los puños. Después, aflojó lentamente el cuerpo y una lágrima involuntaria rodó por su

mejilla. Entonces se quedó rígida y exhaló su último aliento.

Sobrevino un silencio.

Los hombres escudriñaron allí su rostro.

—Ha muerto —constató Kovac en un rumor mientras contemplaba con frialdad aquellos ojos abiertos de par en par.

El húngaro dirigió la vista hacia abajo, allí donde estaba el recién nacido, sobre la basta tela y cubierto de un líquido viscoso. Con el cuchillo cortó su cordón umbilical y, tras apartarlo del cuerpo aún caliente de su madre, lo alzó con suavidad para examinarlo en la tenue penumbra que proporcionaban las velas. Pronto notó en los dedos el latir de aquel pequeño corazón y el bálsamo suave que exudaba su piel cobriza. Kovac sintió el calor inexplicable de una vida, una conciencia nueva e irrepetible proveniente de la matriz viciada de aquella mujer. Escrutó por un instante a su condiscípulo alemán y, centrándose ahora en el niño que lloraba con toda la fuerza de sus pulmones, cerró por un instante los párpados para recitar:

—La maldad es lo que separa al hombre de la bestia —proclamó—, es el estigma que demuestra la verdadera existencia diabólica en el universo, pues las bestias pelean por instinto y atacan por reflejo, mas el hombre lo hace por elección.

Lord Kovac expelió un aire gélido. Sabía perfectamente que el mal existía, que era real y palpable como una sólida columna de granito. Pero el hombre común, para protegerse, negaba esa realidad y los testimonios históricos que surgían de los libros como hordas incitando a la demencia. Las pruebas del mal estaban ahí, ante todos. En los anales mismos del hombre, en la raíz misma de los holocaustos y las sangrías.

El húngaro sabía que la dimensión del terror yacía en la historia disfrazada de realidad; que este se colaba en los hogares y se delataba en las orgías de muerte, en los tributos banales, en el amor por la ambición, en el ensalzamiento de unos hombres para conspirar después contra ellos, en un inexplicable odio que aborrecía la vida y al prójimo.

—Cada uno para sí… y Dios contra todos —murmuró finalmente para centrar de nuevo toda su curiosidad en el bebé. Su beatífica inocencia lo atrapó como un anzuelo.

El mal siempre estuvo presente, lo sabía. Y Satanás era real, tan real que nadie le creía. Y los hombres, como si fuesen ciegos, no podían percibir lo que reinaba delante de ellos, el mayor de todos los signos: todo un mundo devorado por la oscuridad a plena luz del día. La prueba de su existencia era tan grande y majestuosa que ni siquiera la percibían.

—«Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis porque de los que son como estos es el Reino de los Cielos» —ironizó, evocando las palabras de Cristo que más le indignaban. Llevado por el empuje de esa rabia, tomó una astilla de madera larga y puntiaguda que, convenientemente preparada, había reposado a un lado del

pentagrama durante aquella ceremonia. Desde su infancia había imitado lo que hacían los nobles con sus enemigos en su reino natal; sabía muy bien qué clase de tormento significaba la madera afilada, qué horror y qué sufrimiento producía. Sus labios se movieron lentos y temblorosos—. Exigid libertad… y en nombre de ella matad a vuestros hijos en el vientre y haréis sacramento con Satanás.

Acercó lentamente la astilla hasta ponerla sobre el ombligo del niño. El llanto del bebé, que poco a poco había ido perdiendo fuerza, se intensificó. Ahora boqueaba impaciente y movía su cabecita olfateando el aire, intentando captar algo aun en su ceguera, incapaz de comprender la dimensión de la maldad y el sufrimiento.

Su condiscípulo sonrió a la luz de las velas con complacencia mostrando sus dientes podridos. Allí estaba el testimonio máximo de la maldad: un hombre sometiendo a un niño.

Lord Kovac presionó ligeramente la astilla contra el vientre del recién nacido. Iba a ir despacio para que se hundiera poco a poco en la carne, para que el niño sintiese el dolor, para que su agonía fuera prolongada y poder disfrutar así de esa conciencia que se extinguiría inexorablemente. Comenzó a presionar con lentitud, saboreando los jadeos que ahora se convertían de nuevo en llanto, en un solitario grito desesperado. Y la maldad cubrió la cabaña abandonada como si fuera un sudario diabólico.

De repente, titubeó y volvió su pálido rostro hacia la puerta descuidando a la criatura que lloraba entre sus manos. El alemán seguía sonriendo inmerso en el rito de las velas y el pentagrama del suelo, pero lord Kovac se incorporó, soltó la astilla y dio un paso atrás sin dejar de acechar la puerta. Todo sucedió muy rápido, tanto que el tiempo pareció detenerse. La puerta de la cabaña saltó arrancada del marco y el húngaro, abandonando al bebé en el suelo, se apresuró hacia el otro extremo de la estancia y tomó impulso para arrojarse por la ventana trasera con un ruido seco de madera rota, rodando sobre la tierra. Estaba frenético y aterrado; su peor pesadilla se había hecho realidad y su sospecha transformado en certeza: en aquel bosque cualquier cosa podía suceder. Arrastrándose como una víbora por el barro logró entrar en la oscuridad protectora de sus árboles. A continuación, se puso en pie y corrió bajo las nubes negras. Corrió desenfrenado para esconderse de sus actos.

Cuando su condiscípulo comprendió lo que sucedía ya era tarde y supo que lo más negativo para él estaba por llegar. Aún con las velas encendidas y el pentáculo a sus pies comenzó a sentir un temblor involuntario que pronto le paralizó.

Delante de la vieja cabaña abandonada podía distinguirse a siete hombres que habían salido de aquel bosque sombrío tan silenciosos como ladrones. Hubo un breve silencio. La luna asomó de pronto entre las nubes y la momentánea claridad moldeó

sus siluetas. Todos portaban trabucos y ballestas menos uno que se situó en el centro; vestía una capa oscura que se hinchaba a cada golpe de viento. Era un inquisidor.

Fray Bernardo Torremolinos accedió al interior del chamizo y la luz de las velas se reflejó en el crucifijo de plata que portaba sobre su pecho. El agudo escrutinio del dominico español recorrió la estancia y reparó en el alemán, que aún permanecía sentado. Reconociendo cada signo y huella de aquel ritual supo que se hallaba ante la secta que buscaba: la antigua Sociedad Secreta de los Brujos.

El inquisidor se inclinó para contemplar el pentagrama y las velas negras; luego descubrió a la mujer fallecida y al niño que lloraba preparado para el sacrificio planeado por obra y gracia de una mente enferma.

Tomó al pequeño y lo contempló a la luz de la luna. Desnudo y sucio, temblaba y su piel desabrigada parecía empezar a azularse. Con todo, estaba ileso. Lo sujetó contra su pecho, lo abrigó con la manga de la sotana y enjugó sus pequeñas lágrimas con una de las puntas de su capa. Luego sobrevino un silencio candente.

Fray Bernardo bajó la vista y la clavó como una lanza en aquel abyecto brujo. Sus pupilas irradiaron el poder de una hoguera preparada a su medida.

Primera Parte

JARDINES DEL DOLOR

I. El mapa secreto

1

Dariusz Hässler colgaba maniatado del péndulo de la sala de tormentos del convento de Santo Domingo, en Santiago de Guatemala. Su mueca dejaba traslucir todo el dolor que le embargaba y sentía los hombros a punto de flaquear. El alemán maldijo su sino una vez más mientras el sudor le recorría la frente.

—Otra vuelta —enunció una potente voz que resonó en la sala.

Lentamente, sus ayudantes giraron el cabestrante y la soga volvió a tensarse. Las manos de Dariusz se amorataron aún más y sus hombros crujieron al borde de la dislocación.

—El mal es aceptado día tras día y perpetrado por miles de vosotros en actos deshonestos —gruñó el brujo alemán—. Es practicado por humanos desde el amanecer hasta el ocaso, desde la noche oscura hasta la aurora pletórica, formando las notas de una gran misa negra, en sinfonía, por obra de todos; de ricos y pobres, de esclavos y libres que en coro moldean la gran imagen, aquella que luego detestan y de la que reniegan. La imagen de Satán, que es espejo de los hombres…

En la gran estancia reinaba el silencio, todos observaban al reo y las reacciones del dominico ante sus palabras. Fray Bernardo Torremolinos llevaba las sienes afeitadas con esmero y la barba recortada como testimonio de su vida conventual. Ahora acechaba al hereje con afán dominador.

—¿Quién es Cristo para vos? —preguntó el inquisidor.

Dariusz estaba pálido. Su respiración era agitada y escrutaba a los miembros del tribunal con sus ojos negros y profundos. Un hilo de baba le cayó de los labios al responder:

—Cristo es Dios.

—¿Y María? —prosiguió el fraile.

—La madre de Cristo y por ello madre de Dios.

—Entonces ¿María es madre del Padre Celestial?

El alemán se quedó en silencio y dedicó una expresión de desconfianza al inquisidor.

—No… María no es madre del Padre sino del Hijo. Es madre de Dios en cuanto a la encarnación.

—¿Es correcto afirmar entonces que María es madre de Dios? —Fray Bernardo se introducía lentamente en los laberintos de la mente del hereje.

—Lo es.

—¿Y quién engendró a Cristo en María?

—El Espíritu Santo.

—Bien. Pero Cristo mismo confesó ser Hijo de Dios, y afirma ahora que fue engendrado por el Espíritu Santo —aseveró el inquisidor—. ¿Es pues el Espíritu Santo el Padre Celestial?

—No. Es Dios, soplado eternamente de la sustancia del Padre y el Hijo. Es una persona distinta del Padre y el Hijo.

—Pero entonces ¿cuántos dioses tenemos aquí? —inquirió el inquisidor alzando las cejas.

—Uno. Uno solo.

—¿Y quién es el Único Dios?

—Los tres.

Fray Bernardo Torremolinos era el inquisidor más prestigioso y docto de Cartagena de Indias. No solo tenía en su haber el exterminio de la herejía en Nicaragua y Panamá sino también la censura de libros, escritos y publicaciones de todo el virreinato castellano. Podía reconocer la semilla herética solo con analizar los rasgos de la faz de cualquiera de sus sospechosos. Difícilmente se equivocaba. Sabía cuándo un hombre mentía y cuándo no, reconocía la tensión en la voz cuando delataba y la armonía de aquella que era honesta. De esta manera, el fraile comenzaba a comprender que el brujo al que ahora se enfrentaba poseía el perfil exacto de aquellos que andaba buscando, y por quienes había hecho el largo viaje desde Cartagena hasta Santiago de Guatemala según las órdenes de Roma. Ese reo parecía ser uno de ellos: un brujo de la antigua Sociedad Secreta.

El dominico comprobó que su notario asentaba cada palabra dicha por el procesado, pues de todos los interrogatorios se llevaba rigurosa acta así como de la fecha en que se realizaban. En ese caso, de todo lo dicho aquel día, 27 de diciembre de 1598, serían prueba escrita de condena o absolución según el dictado de su propia lengua.

—Si admitís que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Dios por igual… ¿Estáis creyendo en tres dioses diferentes? —indagó el inquisidor.

Dariusz Hässler tragó saliva y frunció el ceño. Luego vociferó:

—No hay tres dioses diferentes en Dios, ni confieso a Dios como suma de tres poderes. Confieso a Dios como una sustancia Única, Todopoderosa, que existe y subsiste en las tres personas de la Trinidad. Confieso un solo Dios en Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, mas nunca a tres dioses en tríada. La tríada no es Trinidad.

El alemán era su hombre. Ahora lo confirmaba. Los exactos conocimientos teológicos eran la evidencia final que necesitaba.

Fray Bernardo dio un paso y se situó justo debajo de él, al pie del péndulo que lo

mantenía suspendido en el aire.

—Veo que aceptáis y creéis en Dios tal como es, pero aun así lo aborrecéis de forma visceral. ¿Qué haríais vos para combatirlo?

—Confundiría a los hombres como lo hizo Simón… Simón el Mago —dijo, y el inquisidor pareció interesado; Dariusz hablaba despacio y con cierta erudición mientras su cuerpo se balanceaba en un extremo de la soga—, quien engañó a las gentes tras la muerte del Nazareno. Y así habría de hacerlo yo, diría que el camino para salvarse está en mi poder y no en la Iglesia de los apóstoles. Confrontaría al vulgo con los sucesores de Pedro. La confusión es la única manera de carcomer el mensaje del Cristo.

—¿Mediante qué procedimiento?

—Dividiendo la unidad de la Iglesia, creando nuevas hermandades que odien el mensaje del Vicario, que aborrezcan a los santos y demonicen su historia y que, a la vez, se hagan llamar cristianos y misioneros. Y que detesten a María…

—¿María? ¿Por qué a María?

—Porque María fue la única que sostuvo la Iglesia aun cuando Pedro negaba a Cristo. María no le abandonó, ni siquiera en la vía dolorosa, cuando todos los que le amaban se escondían. Ella es sinónimo de fidelidad, es la madre de un rey. A María se la debe difamar más que al Pontífice. Yo haría que los fieles la vieran con fobia, que su imagen fuera causa de rechazo y así el vómito negro del caos empañaría el único testimonio de amor incondicional de una criatura hacia el Hijo de Dios: el testimonio de esa mujer. Es lo que haría, tal cual intentó Simón el Mago, el impostor.

—¿Sabéis que Simón pereció cuando se enfrentó al apóstol Pedro?

Dariusz hizo una mueca que expresaba toda su reticencia.

—Este mundo siempre engendrará un nuevo Simón, el mundo entero es de Satanás y sus hijos. Los sucesores apostólicos están solos ante la venida de los próximos difamadores.

Fray Bernardo cambió repentinamente de tercio.

—Habladme de los niños sacrificados en vuestros rituales diabólicos. —Clavó en la presa sus iris, como dos flechas, y se dispuso a encauzar su interrogatorio de acuerdo con las órdenes de Roma.

—Pretendéis saber demasiado.

—¡Hablad! —insistió el español con tono intimidador.

—No sé a qué os referís.

—No desafiéis a vuestro inquisidor… —Su semblante se endureció—. Sabéis que poseo infinitos accesos a la verdad. Por ello, confesad qué significan las muertes de esos niños en los aquelarres.

Dariusz permaneció impávido. Su rostro blancuzco contrastaba con el negro profundo de sus ojos, oscuros y hundidos como los de un cuervo. Parecía dispuesto a

enmudecer indefinidamente, pero fray Bernardo estaba ansioso y decidido a arrancarle una respuesta.

—Una vuelta más —ordenó.

Los carceleros elevaron aún más al reo gracias a la polea. Este pendía ya a más de siete pies del suelo con las muñecas atadas a su espalda y se veía obligado, por su propio peso, a estirar los brazos al límite de la articulación de sus hombros. Las antorchas prendían en las paredes e iluminaban el silencio. Los rostros que le escrutaban parecían de piedra.

—Habladme del asesinato de los niños y su significado —insistió el inquisidor.

—No simbolizaron nada —negó Dariusz temblando tras sondear al fraile—. Los maté yo solo —mintió— en un acto de maldad absoluta para ofrecérselos al dios Baal.

—¿Decís que los cinco niños empalados obedecieron a un sacrificio espiritual? —El inquisidor sonrió. Sabía cuándo un hereje escondía algo—. Hace unos años nuestra Santa Inquisición detuvo en Venecia a un asesino que cometió unos crímenes similares a estos perpetrados, aunque no con niños sino con mujeres, también en época del solsticio y bajo los mismos rituales. Esas muertes fueron ofrecidas igualmente al dios Baal de los caldeos. El asesino se llamaba Eros Gianmaria, de la Sociedad Secreta de los Brujos. La Inquisición supo que esos sacrificios tenían un propósito bien claro. —Abrió sus palmas como si fuera a disponerse a rezar pero por el contrario fingió sorpresa—. ¿Y ahora repetís esos oscuros asesinatos y suponéis que voy a aceptar que vuestros aquelarres no obedecieron al mismo propósito que los de ese brujo italiano?

—No busquéis coincidencias. No las hay.

—¡Soy un inquisidor! —gritó el español—. No intentéis jugar conmigo, recuerdo miles de prontuarios y documentos, miles de rostros… Para mí no hay engaños posibles ni falsas pistas y no comeré de vuestra podrida carnada. Sé reconocer a los herejes que se esconden tras rostros como el vuestro.

Dariusz abrió los labios y una gota de sudor cayó desde la punta de su nariz.

—¡No os diré nada, maldito inquisidor católico! ¡Pronto el mundo abominará de todos vosotros y los brujos habremos vencido!

La sala entera esperaba, los guardias también sudaban mientras sujetaban la soga con sus brazos velludos. El alemán mantenía el desafío en el fondo de sus pupilas; fray Bernardo, su fe inquebrantable en la ortodoxia. La tensión era insoportable: dos hombres enfrentados por el antiguo rito de la tortura.

A un gesto del fraile los carceleros liberaron la cuerda. El cuerpo de Dariusz Hässler se precipitó al vacío desde casi diez pies hasta que el tope de la soga detuvo abruptamente la caída.

El resultado fue atroz, la cuerda restalló en el aire mientras los hombros del preso

se dislocaron en un macabro sonido de cartílagos destrozados. Los brazos giraron por detrás de la nuca hasta quedar por encima de la cabeza, los húmeros se desencajaron junto con la escápula y la clavícula y quedaron en una postura antinatural. El grito fue inhumano, un lamento grotesco y sostenido, un dolor que le arrancó un llanto forzado.

Otra señal de fray Bernardo y los guardias volvieron a tirar de la soga. Las rodillas de Dariusz abandonaron el suelo, inertes y flácidas, mientras era ascendido vencido por la maquinaria de tormentos que ahora lo exponía como un trapo consumido. El inquisidor español lo escudriñó con avidez victoriosa.

—Habladme de los niños sacrificados y su significado —inquirió una vez más.

Dariusz tragó saliva, el dolor le era insoportable.

—Sacadme de aquí… os lo suplico —graznó.

—Confesad y os daré el alivio que necesitáis.

—No puedo —se quejó contrayendo el rostro—, es imposible pensar con este dolor. Bajadme, os lo imploro. Vos, que sois un sacerdote católico… tened piedad de mí.

El inquisidor se pasó lentamente los dedos por la barbilla. Escuchaba con atención cada súplica del reo, cada lamento y sollozo. Finalmente se volvió hacia sus ayudantes y un leve asentimiento de su cabeza bastó.

Bajaron lentamente al hereje hasta que quedó desarticulado en el suelo. Silbaba hilachas de aliento entrecortado y desfallecido, su saliva se derramaba burbujeando y humedeciendo la tierra compacta del piso de la mazmorra. Dos hombres acomodaron al reo contra la pared, le lavaron la cara con lienzos y agua tibia. El médico y el sangrador se ocuparon de atender al hereje con el afán de devolverle la voluntad y la conciencia que fray Bernardo le había quitado.

Tras un momento, el sangrador se incorporó e hizo una señal sutil. Poco después, el médico lo confirmó: el reo estaba listo, podía proseguir con la sesión.

De las cinco horas que llevaban de interrogatorio, al menos una la habían utilizado los sanadores de forma intermitente para impaciencia del tribunal, ansioso por conseguir la confesión. El notario del Santo Oficio mojó nuevamente la pluma en el tintero a la espera de una confesión forzada por el hábil interrogatorio del inquisidor, que parecía haber perforado por fin la dura terquedad de Dariusz, el preso más enigmático del virreinato.

El dominico levantó la vista de un grueso volumen con tapas de cuero y volvió al centro de la sala; el *Malleus maleficarum* o «Martillo de brujas», manual para inquisidores impreso en Alemania en el siglo xv y escrito por los teólogos dominicos Heinrich Kramer y Jakob Sprenger, era testimonio inequívoco de las influencias germánicas en su praxis de indagador. Las antorchas iluminaban la mazmorra con un

resplandor cobrizo, como si fuese la antesala misma del Infierno.

—Confesad ahora el porqué de esos niños sacrificados y de lo que significan —pidió fray Bernardo.

Dariusz se supo acorralado. Sabía que hablar sería tan doloroso como su terquedad.

—Es una señal —respondió el reo—. Una que esperan desde Europa.

Un murmullo generalizado se difundió en la sala de tormentos.

—¿Quién? —El inquisidor disimuló una leve sonrisa.

—Mi Gran Maestro.

El notario apuntaba con su pluma una confesión que jamás creyó escuchar. La mazmorra estaba sumida en un silencio sepulcral.

—¿Qué representan los niños en todo esto?

Dariusz frunció el rostro, su lengua se trababa a causa del dolor.

—Los niños empalados son crímenes tan atroces y repulsivos que se convierten en una noticia que puede cruzar mares y océanos y llegar a toda Europa. Cada niño muerto era un mensaje.

—Pero… ¿por qué habéis sacrificado a niños y no despachado un escrito? ¿Por qué asumisteis tanto riesgo pudiendo enviar un mensajero?

—Porque el que escucha mis señales no puede recibir emisarios ni leer carta alguna.

—Vuestro Maestro… ¿dónde está? —Las miradas que todos en la estancia dirigían al brujo eran tan afiladas como dagas.

—Incomunicado, preso en una cárcel de la Inquisición… —Un cuchicheo colectivo recorrió el tribunal. Fray Bernardo los silenció alzando su mano derecha y constató que el notario anotaba cada una de las palabras pronunciadas por el reo—. En un castillo de Italia. Con el sexto niño muerto el mensaje se habría completado, pero vos lo habéis impedido. —Dariusz hizo una mueca que evidenció el sufrimiento que padecía. Los hombros dislocados comenzaban a hincharse y su dolor se propagaba por la espalda y el costado de forma insoportable—. El sexto niño sacrificado tras el solsticio daría la señal… la señal para que el Maestro libere el mapa que esconde en su mazmorra y lo filtre al exterior.

Otro murmullo se adueñó de la sala de tormentos. El inquisidor volvió su rostro de piedra pero esta vez solo hizo falta una seria mirada para acallarlos.

—¿Un mapa secreto? ¿Acaso afirmáis que vuestro Maestro tiene el *Necronomicón* en su celda? —Sabía bien a qué se refería aunque el séquito inquisitorial no comprendiera esa pregunta.

—Así es.

—Dios mío… —resopló fray Bernardo.

—Pero el *Necronomicón* ya no interesa. —Dariusz negó con la cabeza, tomó aire

y continuó—. Sus doce conjuros han sido leídos y es un libro vacío. Ahora solo importa el secreto que emergió de sus páginas, el mapa… ¡Lo único que siempre importó! ¡A los brujos y a vuestra Iglesia!

—¿Y adónde conduce ese mapa?

Dariusz cerró su boca como indicando que no pensaba seguir revelando más secretos. Luego, lentamente, sonrió mostrando su dentadura podrida.

—Eso… jamás lo sabréis.

El inquisidor contempló atónito al hereje. Súbitamente, Dariusz palideció y fijó su interés en la cúpula de la sala de tormentos, como seducido por algún cuerpo invisible que flotaba ante él y parecía hechizarle. Después volvió a sonreír y tornó sus ojos en blanco.

—¡Está poseído! —gritó el fiscal—. ¡Se está comunicando con los espíritus!

La docena de ayudantes se santiguaron, exaltados y temerosos, desde los guardias iletrados hasta los médicos y los distinguidos consultores. Fray Bernardo, tajante e impaciente, contuvo el alboroto y tomó de nuevo el control de la situación.

—¡Silencio! —gritó—. Si hay algún demonio en la sala, ya sea sobre nosotros o en el cuerpo del hereje, nadie debe temerle pues estoy aquí para expulsarlo y mortificarle. ¡Que nadie tema más que de Dios!

Lentamente la sala volvió a quedar en silencio aunque podían percibirse, casi palparse, las emociones a flor de piel de todos los presentes.

—No os atreváis a jugar conmigo —susurró al oído del hereje tras aproximarse a él. Estaba decidido a combatirlo tanto en la carne como en el espíritu—. ¿Adónde conduce el mapa que emergió del Necronomicón? —porfió tenaz y desafiante.

Los ojos de Dariusz recuperaron su expresión sombría, que se clavó en su interrogador.

—Satán ridet dum anima tua putrescit in hoc universo.

El dominico se echó hacia atrás sorprendido, dio media vuelta e hizo señas a los carceleros. «Satán ríe mientras tu alma se pudre en este mundo» era una frase desafortunada, más aún para un hereje en posición desigual frente a un inquisidor. Fray Bernardo señaló el baúl donde guardaba sus propias herramientas de tormento.

—El Diablo está presente en este hombre —manifestó—, sus blasfemias lo demuestran. Anhelo que no derrame sus maldiciones sobre nosotros.

Dicho esto, consultó en silencio al representante del obispo. Sabía que ese juez diocesano ni siquiera imaginaba los métodos y herramientas que se usaban en herejes demonólatras como el alemán; pese a todo, aquel asintió con la cabeza conminándole a que continuara. El silencio del inquisidor, afanado en seleccionar los instrumentos más adecuados para proseguir con el interrogatorio, pareció ser la única respuesta posible al demonio que aguardaba la llegada de los mazos y maderos hasta entonces ocultos en el baúl…

El doloroso exorcismo de fray Bernardo estaba a punto de comenzar.

2

—Dejadme en paz, fraile, ya habéis escuchado suficiente. —Dariusz gruñía desde lo más profundo de su dolor—. Haced caso a vuestros hermanos eunucos u os maldeciré también y os secaréis todos como higueras estériles. ¡Os mandaré a los demonios y soñaréis pesadillas que os atormentarán por las noches! ¡Seréis poseídos hasta perder la voluntad y luego vomitaréis sapos y víboras ante la eucaristía!

Dariusz parecía un demente, tenía la fiera actitud de un animal salvaje enjaulado, utilizaba la rabia y el pánico como herramientas para aliviar su padecimiento.

—Es la última vez que preguntaré desde la misericordia —entonó con acento monocorde el dominico—. ¿Adónde conduce el mapa que posee vuestro Maestro?

El brujo alemán no contestó. Pasó del frenesí al silencio más absoluto. Su expresión era indescifrable y su mente parecía ahora enferma.

—Vos mismo os estáis perjudicando —le advirtió el inquisidor—, los demonios que os inspiran no sentirán dolor alguno, no como lo sentiréis vos.

—Vos no tenéis poderes —masculló el reo con voz desgajada—. Sois de la esencia del polvo, mortal y temeroso, y no poseéis el poder de expulsar espíritus ni de combatir demonios, solo tenéis en vuestra frente el óleo de un bautismo que no logra borrar la cicatriz indeleble del pecado. —Sonrió con vehemencia.

El dominico mandó colocar un madero entre los tobillos del reo mientras dos guardias fornidos le impedían mover las piernas. A Dariusz se le borró la sonrisa del rostro. Le era imposible resistirse; tenía los brazos dislocados y las piernas sujetas, y solo podía asistir con enorme desconfianza a los actos de sus carceleros.

Dos nuevos guardias se acercaron al hereje portando sendos mazos. Fray Bernardo se plantó airoso para anunciarle:

—Ahora sentiréis mi poder para espantar demonios.

El reo sudaba pero no contestó, tan solo se preparó para otra sesión de barbarie. El poder del ministro de Cristo estaba a punto de manifestarse en su cuerpo. Un poder tan real y palpable que dudó de las desafiantes palabras que poco antes había osado pronunciar.

Los dos carceleros descargaron sus mazos en la parte exterior de los tobillos del hereje, que al estar separados y apuntalados por la madera se fracturaron con un sonido seco. Sus piernas quedaron desarticuladas en la base al tiempo que lanzaba un profundo alarido.

Fray Bernardo asintió e indicó que continuaran. El guardián más fornido soltó una de las piernas y colocó la mano de Dariusz sobre otro madero, luego se apartó y esperó la señal del inquisidor. Al recibirla, levantó el pesado mazo por encima de su cabeza y lanzó un golpe certero que partió la muñeca del hereje como si fuera una débil vasija de barro. Sin perder tiempo repitió el mismo proceso en la otra mano y a continuación se esmeró con paciencia en moler cada uno de los huesos de sus extremidades superiores. Cada dedo y falange fue martillado y fracturado sin piedad. Sus lamentos eran continuos y su garganta ya estaba agotada, reseca y sin palabras que proferir.

—¿Confesaréis ahora? —indagó fray Bernardo.

Dariusz permanecía descolocado y aturdido, sin responder. De este modo, un carcelero comenzó a moverle uno de los tobillos rotos haciéndolo girar lentamente de lado a lado. Lágrimas y gritos fueron la respuesta inmediata.

—¡Confesaré! —gritó con un hilo de voz y la barbilla, el cuello, el pecho empapados de lágrimas y espumarajos—, confesaré… ¡No me hurguéis más…! ¡Por el amor de vuestro Dios!

El poder del inquisidor parecía tan grande y real como el de aquellos apóstoles que con la fe espantaban demonios, y el alemán se dio cuenta de ello. Permitió el ingreso del médico y el sangrador durante unos breves momentos. Cuando estos se hubieron retirado, fray Bernardo continuó, tan impertérrito e infatigable como se había mostrado durante aquel largo interrogatorio.

—Decid pues, ¿adónde conduce el mapa que emergió del *Necronomicón*?

Dariusz habló con dificultad, su voz sonaba rota y dolorida, pero ni siquiera se le cruzó por la cabeza mentir a aquel hombre que llevaba el crucifijo.

—Al lugar donde reposa escondido el misterio final —gargajeó escupiendo una flema.

—¿Misterio? ¿Qué misterio? ¡Hablad claro, maldito patán, mi paciencia se acaba!

—El caos —añadió trabajosamente—. El mapa conduce al sitio donde espera el caos. Un caos tan verdadero como vuestros mazos que os hará presenciar de la noche a la mañana una apostasía que ni siquiera podéis imaginar…

—¿Dónde esconde ese mapa vuestro Maestro? —gritó el inquisidor.

El reo desvió sus ojos de él centrándolos en el crucifijo que pendía del muro.

—Bajo vuestras propias narices —añadió—; lo ha disfrazado para sacarlo de su encierro y lo alejará del seno inquisitorial sin que nadie pueda evitarlo oculto en una reliquia. Una reliquia sacra que guarda el mapa más destructivo que el hombre jamás haya podido imaginar.

—¿Cómo es esa reliquia?

—No os llevaréis de mí esta revelación. —Rió—. Vuestra Iglesia está plagada de reliquias. Podríais pasar la vida entera buscándola… y no la encontraríais.

La frente del fraile español se frunció ante la inmensa resistencia del hereje y sus ojos brillaron repentinamente como gemas ante el fuego. Levantó su bota para descargar el tacón en la muñeca astillada del cautivo. Su grito fue tan descarnado y potente que con su resonancia inundó todas las celdas del subsuelo. Pero fray Bernardo no se detuvo, siguió machacando él mismo los huesos quebrados como si de cascaras de huevo se tratasen.

La garganta de Dariusz resonó entonces tremenda y diáfana, indemne frente al tormento infinito, frente al dictamen punzante de su propia carne.

—¡Una esfera! —bramó como un animal herido—. ¡Es una esfera de oro! Una discípula intentará sacarla del castillo. Lo había de hacer en breve después de recibir la señal del último niño empalado… la señal que nunca llegó, aquella que vos impedisteis.

El dominico bajó su bota y se giró para comprobar que el notario transcribía con rapidez la importante confesión. Después se volvió nuevamente hacia el asesino de niños, que contraía el rostro por la furia interminable de su tormento.

—¿Quién es la discípula?

Emitió un ronquido seco y luego asintió con la cabeza. El inquisidor tuvo que arrodillarse para escucharlo una vez más.

—La ceguera será la señal —murmuró, y mirando a su confesor con sus últimas fuerzas sacó la lengua, desafiante y burlona, y la agitó como una víbora de Satanás, cerrando de inmediato las mandíbulas con una potencia desmedida y un odio infinito. Su lengua empezó a sangrar a raudales. Entre lágrimas y gemidos el hereje se la estaba cercenando.

El inquisidor movió el brazo y a su señal los guardias se arrojaron de inmediato para abrirle las mandíbulas, pero todo fue inútil. Cuando por fin consiguieron forzarlas con una palanca de hierro esta pendía por un fino y delgado hilo de carne.

Dariusz Hässler cerró sus ojos. Sin poder hablar ni escribir, su destino estaba ahora en manos de la Iglesia.

3

Atardecía lentamente en las alturas de Santiago de Guatemala. En la lejanía se observaba el volcán de agua que se alzaba más allá de los confines de la ciudad. El sol ya no calentaba con la inclemencia del mediodía; sucumbía despacio, mostrando un tímido color similar al bronce que sembraba las cumbres de arrugas y tibios resplandores. Una planicie estéril fue el lugar elegido, entre rocas y cardos, bajo el

vuelo de las aves carroñeras… Ese fue el lugar donde fray Bernardo ordenó plantar la hoguera.

Parte de la procesión llegó en carruajes y muías, pero el inquisidor lo hizo montado sobre un alazán, como buen príncipe al frente de su ejército, protector y verdugo. Los guardias acomodaron la leña seca debajo del poste, en haces generosos y prolijamente enlazados. Todo parecía estar dispuesto; el público, se dispersó en derredor formando un semicírculo con los rostros expectantes y curiosos como los de aquellos que huelen la muerte e invocan su mortaja. Ningún familiar de Dariusz se hallaba allí, pero sí había personas honestas que ratificaban con su presencia los procedimientos de la Iglesia: el fiscal, un teólogo portugués; y a su lado se apelotonaban los consultores y calificadores, el diocesano ordinario, el alguacil mayor y también el comisario. En el centro mismo del calvario esperaba el inquisidor, silencioso y encapuchado. El notario no se alejaba de su lado.

El reo estaba a punto de llegar. El sol retrocedió un ápice sobre las altas cumbres confiriendo a la tarde una penumbra ideal para encender las ansiadas llamas purificadoras. Y las aves de rapiña seguían surcando los cielos. Presintiendo y esperando.

El estandarte con la cruz verde entró erguido por el sendero del bosque, sostenido por un monje de sienes afeitadas y escoltado por una larga comitiva cuyos miembros vestían enteramente de negro. Dariusz era custodiado inútilmente por el despensero de los presos y el sangrador. El médico le seguía mientras era trasladado sobre un carro plano vestido con un sambenito punitorio con bordados de flamas y demonios. Su postración le impedía caminar; tenía las manos y los tobillos fracturados, los hombros dislocados y la lengua cercenada. De esta forma y con cuidado lo acomodaron en el poste, fue atado y bañado en aceite y se le abandonó en la soledad de la pira, bajo la mirada atenta del inquisidor español.

—Ha llegado vuestra hora, brujo pecador y blasfemo —vociferó fray Bernardo—; es el último momento de vuestra vida, espero que lo utilicéis para hacer un acto final de reflexión, pues aún podéis arrepentiros de vuestros horrendos crímenes y esquivar el destino oscuro que os aguarda. A pesar de la muerte inevitable en esta hoguera, podéis incluso ganar la misericordia de Cristo y acceder a su infinita compasión. Es el turno de vuestro arrepentimiento, de afrontar la muerte y morir en la piedad como hizo el ladrón en su último suspiro sobre la cruz. Cristo os lavará de todo pecado.

El hereje permanecía en silencio; de su boca brotaba un fluido sanguinolento mezcla oscura de baba y sangre. Ya no podía responder con la voz, menos aún con el cuerpo; tan solo podía gesticular con la cabeza, prisionero de su cuerpo inválido.

Fray Bernardo escruto su cara y lanzó la pregunta final.

—Dariusz Hässler: ¿abandonáis a Lucifer como maestro de muerte y perdición y

aceptáis la infinita misericordia de Cristo en la hora de vuestra muerte?

El brujo alemán observaba sin expresión alguna mientras el gentío buscaba una mínima señal en su rostro para saciar sus ansias e intrigas.

El reo movió su boca y emitió un gemido indescifrable. Más sangre y baba cayeron de sus labios. A continuación, irguió como pudo su cabeza para fijarse en su señor inquisidor y, ante él, negó con la cabeza. Finalmente sonrió mostrando sus dientes carcomidos y su lengua seccionada.

—¡Entonces seréis anatema! —exclamó el inquisidor—. Marchaos en la causa de Satanás y resucitad en los azufres mismos del Infierno.

La muchedumbre vociferó aterrorizada.

Fray Bernardo dio un paso atrás, alzó la mano y al instante dos guardias arrimaron las antorchas. Dariusz retiró la vista del fuego y en dirección a este gesticuló en silencio. Sus labios formaron palabras sin sonido, rezó una frase en latín y el fraile le comprendió. Volvió a repetir la mímica mientras supuraba más fluido repugnante y sus labios repetían sin cesar dos palabras: «Mapa secreto».

Tras esto, sonrió venenoso y provocador, y el inquisidor dio la orden para que ardiese la pira.

Las llamas prendieron en los leños más delgados, cebados por el aceite y el suave viento andino, y pausadamente el fuego fue creciendo e iluminando la planicie. En la pira Dariusz alzó el rostro al cielo hasta que las lenguas de fuego cobraron la bravura del Averno. Miró una última vez a fray Bernardo y contuvo una sonrisa satírica, luego chilló como un cerdo siendo rajado y arrugó el ceño en una mueca involuntaria mientras su vientre se resquebrajaba dejando surgir las vísceras con un hedor repugnante. La gente bajó sus cabezas para no contemplar aquello. La crudeza de la escena era insoportable para todos menos para fray Bernardo, que como arcángel vengador y triunfante controlaba cada chispa, cada brasa, cada ascua que se alimentaba de la madera y del cuerpo del condenado. El brujo alemán volvió a chillar sin lengua, silbó el idioma de los muertos, su rostro se deformó, sus ojos reventaron y, finalmente, ardió pausado y armónico con la fragancia grasienta de los herejes.

Anocheció en los bosques de Santiago de Guatemala. El valle mantuvo una lumbrera de grasa humana en la noche cerrada y sin luna, y fray Bernardo emprendió su regreso a Cartagena, donde elevó sus informes al Santo Oficio de Roma.

Horas más tarde, un joven varón de largos cabellos rubios emergió de la negrura del bosque, salió al claro donde se había producido la hoguera y se acercó hasta aquella estaca humeante que aún permanecía en pie. Alzó el mentón y se quedó hechizado, en silencio, ante los últimos destellos de la lumbre. Su cuello mostraba el tatuaje de un pentagrama invertido.

Lord Kovac se preguntó hasta dónde habría confesado Dariusz bajo tortura.

Transcurrieron horas desde su partida hasta que la llama de aquella pira se consumió en la noche.

Entonces, la oscuridad fue total.

II. Tinieblas

4

La penumbra ya se había adueñado del castillo del Monte, una fortificación oscura y fría que se asentaba sobre Puglia como si fuese un mausoleo abandonado al mundo de los muertos. Darko se tapaba el rostro con las manos, desconcertado por la nueva realidad y temblando de terror por su atrevimiento. En esa noche del nuevo año apenas comenzado, en ese amargo 20 de enero de 1599, le vino a la mente su pasado en Moldavia, los años de contemplación y estudio en la Iglesia bizantina y, después, su apostasía. Recordó su insoportable deseo de perdurar en la historia como un erudito inmortal, un Aristóteles o un san Basilio, algo que creyó alcanzar cuando estaba a solo unas horas de obtener el Conocimiento Revelado, la solución al secreto que le haría inmortal en la memoria de los hombres por traerles la Verdad sobre la auténtica naturaleza del dios ante el que se postraban. Ahora se daba cuenta de su error… Después de tantas intrigas y tantos años de preparación, cuando parecía haber vencido, su nueva y triste realidad se había manifestado quemándole los ojos con la fuerza de las brasas, provocándole una fina y lívida secreción de mucosa desvaída.

Darko, el brujo, estaba de rodillas cubierto con la capucha, apoyado contra el húmedo muro en el sitio más alto de la torre de una fortaleza asfixiante e inexpugnable. De nada le servía la pequeña rendija que permitía el paso de la luz exterior. Darko, el astrólogo, vivía hundido en una profunda oscuridad.

Sus escritos y estudios en torno a los astros y sus significados bíblicos le habían convertido rápidamente en un erudito, en una persona con admiradores y también con enemigos. La inestabilidad política de su tierra natal moldava le había llevado al exilio, un exilio forzado, gestado desde el seno mismo de la Iglesia ortodoxa. A pesar de ello, no podía maldecir su suerte, pues en la diáspora había sido acogido por el pontífice romano Inocencio, que en el transcurso de su corto reinado de cincuenta y siete días lo nombró consejero y astrólogo papal. Un puesto acomodado, de privilegio, aunque de no poco riesgo. Pese a todo, el vasto conocimiento de Darko había interesado también al sucesor del fallecido Inocencio, el nuevo papa Clemente VIII, quien lo había mantenido ocupado en las nuevas y difíciles cuestiones que se debatían en aquella época. Muy pronto su puesto en Roma le puso al frente de un estudio exhaustivo sobre los astros y las propuestas cientificistas de Copérnico para refutar las transgresoras afirmaciones del astrónomo polaco. Gracias a ello, Darko había conseguido una buena posición en los dominios de los sucesores de san Pedro.

Sin embargo, nadie le conocía en la intimidad; pese a ser popular, poderoso y respetado, nadie había llegado a profundizar en el trato con él hasta el punto de saber lo que pensaba, qué ambicionaba. Nadie conocía sus ocultas intenciones, y tendrían que pasar algunos años hasta que fuera desenmascarado, perseguido y encerrado por la Inquisición, como ahora se encontraba, no por sus prácticas como astrólogo, sino por el auténtico cargo que ostentaba: el de Gran Maestro de una antigua secta de brujos.

Súbitamente, Darko abandonó sus recuerdos y se volvió con rapidez. Había presentido unos pasos. Las manos ya no le cubrían su rostro afilado y huesudo, y la escasa luz de la estancia reveló su grotesca expresión: la de un hombre con sus ojos quemados. Estaba ciego.

Una mano blanca y delicada emergió de las sombras y recorrió con suavidad la mejilla del brujo. La mujer que ahora miraba petrificada el blanco de aquellos ojos, otrora azules y llenos de vida, no pudo reprimir un gesto de horror.

—¿Qué les ha sucedido a vuestros ojos? —murmuró—. La última vez que os vi no…

Darko mantuvo un largo y rabioso silencio.

—Pero… ¿cómo ha sido? —insistió con voz entrecortada.

—Nada que pueda interesaros y mucho menos que podáis comprender.

—Los guardias dijeron que solo se escuchan vuestros lamentos nocturnos sembrados de gemidos, que sus noches son sonámbulas y dolorosas.

Darko se tocó de nuevo el rostro. Luego bajó las manos angustiado, impotente.

—¿Qué aspecto tengo? ¿Cómo se ven mis ojos? —inquirió con ansiedad.

La mujer no contestó. No se atrevió.

—¡Responded! ¿Cómo se ven mis ojos? —exigió con un poso de ira.

—Muertos.

El viejo bajó la cabeza para ocultar de nuevo la cara. Sintió el ardor punzante en sus cuencas oculares mientras limpiaba una espesa secreción lagrimal con el dorso de su mano.

—Contadme cómo habéis llegado a este estado —porfió ella una vez más—. Decidme por qué estáis así.

—Solo intenté descifrar el misterio. Osé leer los conjuros que yo mismo extraje del Necronomicón y que me llevaron a… a una trampa, una trampa de los antiguos. Desvelar la clave, encontrar el mapa, no fue tan fácil como creía. ¡Fui un estúpido! Caí en un ardid del Medievo.

—¿Qué mapa?

—Eso ya no importa. Me he quedado ciego por no controlar mi ansiedad, por no respetar la inteligencia de aquellos que encriptaron el misterio…

—Yo seré vuestros ojos —afirmó ella.

Darko negó con la cabeza.

—Dejadme mirar por vos —se ofreció la mujer de nuevo—. Dejad que mis ojos sean los vuestros.

Volvió a acariciar la mejilla del moldavo, pero este apartó con fuerza la mano, alzó el rostro y replicó:

—Es peligroso, no sabéis nada. El mapa me condujo a una esfera, y esta os arrancará los ojos y los quemará, como ha hecho con los míos, si intentáis descifrarla. Su conocimiento os seducirá y hará olvidar el temor a Dios, os engañará haciéndoos sentir poderosa y luego os dejará ciega, temblando, como un despojo cubierto de miseria.

El astrólogo dirigió sus pupilas blancas, turbias, hacia la penumbra de donde provenía la voz suave y elegante de aquella mujer. El Gran Maestro de los Brujos pareció reflexionar, dudar, como si estuviera hilvanando varios pensamientos a la vez.

—¿Ha llegado la última señal? —quiso saber en un susurro, con la desesperación de una bestia famélica que rugiera desde el fondo de una caverna.

—No —respondió ella tras un largo silencio.

—¿Estáis segura? —Alzó sus cejas grises—. ¿Es que no habéis escuchado más noticias del Nuevo Mundo?

—No ha habido más muertes desde la última vez.

—Entonces algo ha salido mal —sentenció y se sujetó la frente con desesperación—. ¿Es que no lo entendéis? Ya no puedo guardar aquí la esfera, es peligroso, debo sacarla de este lugar cuanto antes… Los inquisidores vendrán en cualquier momento y me torturarán hasta arrancarme mi plan maestro. —Darko palideció y continuó, lacónico y frío—. Me quemarán como a un despojo.

—¿El mapa de la esfera está completo? —preguntó ella.

—Está listo para ser revelado. ¡He sacrificado mi vista por él!

—En ese caso yo puedo ponerlo a salvo… Puedo sacarlo de aquí.

Darko, pensativo, se acarició la frente arrugada.

—¿Por qué habría de confiar en vos?

—Porque soy la única capaz de hacerlo.

Era la verdad, y esto hizo que el ciego reflexionara intensamente durante un largo rato. Fueron pensamientos encontrados, nefastos y nobles, pensamientos turbulentos de derrota y optimismo, como los de cualquier mortal que arriesga su futuro. Finalmente, el anciano tomó su bastón del suelo y pidió a la mujer que lo alzase.

—Ya que podéis deambular por esta fortaleza con libertad, llevadme a la cámara del secreto —pidió—. Espero no arrepentirme de esta decisión.

5

Darko recorrió el pasillo guiado por la mujer y apoyado en el bastón, arrastrando la capa negra del hábito. Había decidido, amparado por la protección que ella le brindaba y por su pericia para prever y esquivar a los guardianes y centinelas, recorrer casi la mitad del piso superior de la fortaleza pasando en su trayecto por cinco de las ocho torres que cerraban el octógono amurallado del siglo XIII. Su acompañante lo conducía con cuidado y en silencio, consciente de que el moldavo estaba inmerso en pensamientos profundos y secretos.

El astrólogo sabía muy bien que las coincidencias no existían, y ahora reparaba en las similitudes de su ceguera con la de su más enconado enemigo, Piero del Grande, un carismático capuchino y maestre de la cofradía católica *Corpus Carus*, una entidad secreta oculta en el seno de la Iglesia, que había sido asesinado por el filo de una daga traidora, pues fue un monje benedictino leal a la Inquisición quien empuñó el arma. Su recuerdo le hizo reflexionar; sospechaba que había logrado acercarse peligrosamente a los secretos que guardaba el Necronomicón y que su ceguera, que todos achacaban a su avanzada edad, podría no ser natural, sino tal vez debida, como la suya, a su curiosidad teológica. ¿Acaso era posible que hubiera estado tan cerca del descubrimiento como él? Quizá sí, y eso le obsesionaba.

Paralizado por el repentino giro de sus pensamientos, se detuvo, y la mujer con él. Si el capuchino había llegado a conocer el secreto que reveló el Necronomicón, si había estado detrás del mapa prohibido que ahora guardaba la esfera… Entonces ¿podría haber alguien más que conociera el secreto? Seguramente sí. ¿Y quién sería?

Darko siguió cavilando. La muerte había puesto freno a la intromisión del capuchino, ya que desde la tumba el silencio es perpetuo. Así pues, ¿quién sería el único capaz de continuar con su legado? La respuesta le llegó con rapidez: su discípulo.

—… Angelo DeGrasso —concluyó sin darse cuenta de que había hablado en voz alta—, el que fuera inquisidor de Liguria hasta que cayó en desgracia.

Este, pese a ser dominico y haber profesado su fe en la orden enfrentada a los capuchinos, era el pupilo de Piero del Grande, y siguiendo sus pasos había osado desafiar a la Inquisición para unirse a la *Corpus Carus*, la hermandad formada por «Caballeros de la Fe» que buscaba regresar a la pureza de los primeros cristianos. Se reconocían entre sí por el lema Extra ecclesiam nulla salus, «Fuera de la Iglesia no hay salvación», y eran perseguidos ferozmente por orden de los inquisidores, que se negaban a aceptar la existencia de una organización secreta dentro de la Iglesia que poseyera sus propios dirigentes en la sombra. Para la curia, los cofrades eran unos rebeldes infiltrados en su estructura y debían ser eliminados, y DeGrasso, antes feroz inquisidor, era ahora uno de ellos y, sin duda, el heredero natural de los estudios de su

maestro. Él sería la pieza a vigilar y la persona de quien desconfiar.

—Sigamos —ordenó Darko entonces saliendo de sus cavilaciones.

La mujer obedeció.

6

Al llegar a la quinta torre la mujer se detuvo. Ante su paso se interponía una robusta puerta de roble reforzada con cantoneras de bronce y travesaños de hierro remachado que mostraban, como el resto del interior del castillo, su origen medieval: una caprichosa mezcla de arte cisterciense, severo y matemático, y gótico, alegre y florido. La mujer esperó la reacción del anciano.

—Abrid la puerta —ordenó, y le tendió un llavero que extrajo de entre sus ropas y que misteriosamente había logrado conservar en su poder pese a que ahora, desde que era prisionero en aquella fortaleza, obligado a estudiar y poner toda su ciencia al servicio de sus enemigos, todos sus actos estaban estrechamente controlados.

La mujer jamás había accedido a la quinta torre, que estaba prohibida. Nadie en el castillo del Monte podía entrar allí salvo los inquisidores. Solo a los monjes del Santo Oficio les estaba permitido el acceso a la cámara en la que Darko llevaba a cabo sus estudios, la misma donde perdió la vista y en la que, según su propio relato, rozó peligrosamente el umbral del máximo conocimiento del Todopoderoso.

Pero ahora el astrólogo no tenía opción, debía confiar en unos ojos que no eran los suyos y en una mujer que, aun desconociendo los secretos, debería transportarlos y manejarlos… Darko experimentaba sentimientos encontrados que oscilaban entre la desconfianza y el deseo de proseguir con los planes. Las piernas le temblaron.

La puerta crujió mientras se abría y reveló un cuarto oscuro y gélido que fue mostrando sus enigmas a medida que la mujer encendía los candelabros. Las cortinas apenas se movían pese al aire que entraba a través de la tronera abierta. Ella se apresuró a correrlas.

—¿Acostumbráis trabajar con estas temperaturas tan bajas? —preguntó.

Darko cerró la puerta a sus espaldas.

—El frío me es familiar, estoy acostumbrado al invierno de los Cárpatos. —El brujo estiró la mano hasta encontrarse con la suya—. ¿Podré confiar en vos?

—Por supuesto… ¿En quién más podríais hacerlo?

—¿Me serviréis como si vuestros ojos fuesen los míos? ¿Haréis lo que os pida?

—Sí, lo haré.

El silbido del viento entró por la aspillera arrastrando las palabras de la joven. El

anciano acercó los dedos al rostro de la mujer y recorrió con suavidad los labios carnosos delineados con la firmeza de una escultura, con la tersura de la juventud y la agresividad de la tentación. Retiró la mano de pronto y ella quedó expectante.

—La mujer siempre será una vil traidora —espetó el astrólogo con el aliento congelado, que formaba un vaho blanquecino—. Vosotras sois la tentación y la ruina de los hombres. Espero que no seáis quien prosiga con tan horrible linaje.

—No lo soy, Maestro, pero ¿por qué me habláis así? —se impacientó ella.

—Debo asegurarme, voy a daros el poder que ningún hombre imaginó jamás. Voy a entregaros mi secreto: la esfera, la reliquia que lleva dentro el veneno de una rosa negra que seducirá y condenará al hombre por los siglos de los siglos.

La mujer sintió un repentino escalofrío que trepó por su espalda e invadió todo su torso hasta endurecer sus pezones. Su boca quedó entreabierta y su rostro gélido y desconcertado. El viento soplaba fuera y sus silbidos creaban raras sinfonías.

—Ahí guardo mis secretos —prosiguió el moldavo mientras señalaba la pared. Empotrado en el muro se vislumbraba un relicario macizo y ornamentado—. Abrid la puerta y ved lo que hay dentro.

El astrólogo metió una mano bajo su camisa y extrajo una llave pequeña y brillante que llevaba colgada del cuello. Se quitó la cadena y la ofreció a la mujer, quien tomó la ofrenda con cautela y la introdujo en la cerradura, la giró y sintió el cerrojo desplazarse, limpio y sin ruidos, perfectamente lubricado, hasta que la puerta maciza se abrió ante su rostro.

—¿Qué veis? —preguntó él.

—Está… oscuro. —La mujer arrimó el candelabro.

—Tiene que haber algo —se impacientó el brujo.

—Sí. Una botella pequeña… Llena de un líquido turbio y rojizo, sellada con lacre en el tapón. Hay también una leyenda en el rótulo… no logro comprenderla. ¿Qué significa?

—No importa, está escrito en griego. Tomadla con cuidado y dádmela. Al elaborar esa poción con una fórmula alquímica extraída de antiguos conjuros medievales perdí la vista. Los efluvios que emanaban me cegaron y, sin embargo, no quiero desprenderme de ella. La necesito junto a mí, para asegurarme… —explicaba mientras recibía la botella y la palpaba recorriendo sus formas como un apóstol incrédulo de su propia obra que necesitaba comprobarlo todo. Sin el amparo de la fe, una fe ingrata, gratuita e insegura incluso para un ciego como él, la razón era el único método infalible. El astrólogo devolvió la botella a la mujer y le ordenó que la dejase en el sitio exacto de donde la había tomado—. ¿Qué más veis ahí dentro?

—Un bulto cubierto por una seda anudada.

Darko tomó su bastón y se colocó delante del nicho tanteando la pared hasta encontrarlo; cuando lo hubo conseguido, metió la mano hasta el fondo para

comprobar lo que la mujer le decía, tal como hizo el apóstol Tomás en el costado de Cristo.

Con la misma incredulidad y temor llegó a una conclusión. Era real, como los dedos que hurgaban en el nicho, como la fe que depositaba en sus yemas: allí seguía la esfera.

Al igual que el apóstol Tomás, creyó; y al igual que él cayó de rodillas. Darko suspiró y escudriñó en la inmensa oscuridad con unos ojos que iban y venían sin sentido, buscando una luz que no existía para él.

Pudo sentir la fragancia del perfume que quedó impregnado en su mano tras palpar la reliquia. Aspiró aquel aroma y pensó.

Era el perfume más delicioso que había preparado, destinado solo a bañarla, a embellecerla para que fuera tan hermosa al olfato como a la vista, con su forma perfecta que jamás podría volver a contemplar. Su miedo se convirtió en un presagio, en una corazonada. El temor a que hubieran robado el relicario le había llevado hasta allí para comprobar que los inquisidores todavía no habían llegado. Aún lo conservaba, aún era suyo. Ahora, sin embargo, sentía renacer sus recelos desde la ceguera, atrapado en sus efluvios y sospechando del mundo entero, de los príncipes y reyes, de los cónsules y campesinos, de los clérigos y de la Iglesia, de los inquisidores y hasta del mismo Dios.

El silencio se quebró.

Darko lanzó un gritó feroz. Un sonido desafinado de ira y dolor.

—¿Qué sucede? —exclamó la mujer, sorprendida.

El brujo señaló el interior del relicario con su uña crecida y amarillenta.

—Llevadla… sacadla de aquí. —El dolor de saber que debía desprenderse de la esfera se intensificó, amargado por un destino que le obligaba a sortear obstáculos inesperados.

—¿Adonde queréis que la lleve?

El astrólogo se encogió de hombros y tomó el bastón con ambas manos. Una pequeña gota de líquido transparente cayó de uno de sus ojos quemados.

—A la iglesia abandonada de Portomaggiore, en el ducado de Ferrara. Hallaréis unas baldosas flojas bajo la antigua pila bautismal. Allí la dejaréis. Sois mi última esperanza para burlar la prisión de este castillo y a los inquisidores.

—¿Y el frasco? ¿También debo llevar el líquido rojizo conmigo?

—¡No! —vociferó—. El brebaje permanecerá junto a mí, no lo sacaré hasta que haya llegado la última señal. —El moldavo señaló en dirección a la puerta con su falange huesuda—. ¡Marchad! ¡Idos ahora y conseguid lo que más necesito: la reunión de mis brujos en el lugar que os señalé!

La mujer no comprendió del todo, percibía que había algo que aún no terminaba de entender. Le era difícil… tan difícil como descifrar la mente errática del astrólogo.

Se sentía confundida, pero en sus ojos comenzó a asomar un brillo de codicia: era un momento único. Los deseos de Darko prostituidos para conseguir un fin aún incierto.

La mujer, obedeciendo, se retiró del cuarto tras echar una última mirada a Darko, que permanecía aferrado a su bastón. El anciano aguzó el oído hasta percibir cómo sus pasos se alejaban por el pasillo de piedra, después tomó el frasco lacrado y caminó lentamente hacia la tronera guiándose con su mano por la pared. Corrió las cortinas y dejó que el viento helado azotara su rostro. Podía sentir la noche e, incluso, su propia presencia en la inmensidad del castillo, su figura en la inmensidad de las tierras de Puglia y su pequeñez en la vastedad de la Creación.

Inesperadamente un grito terrorífico resonó en la quinta torre, como el de un muerto en pos de su alma: el de Darko en busca de su última señal, la noticia del niño muerto que no llegaba. Los ecos propagaron por los muros la aversión al encierro y el espanto de un hombre atormentado.

Desde la oscuridad del pasillo la mujer volvió sigilosamente sobre sus pasos para contemplar en silencio al moldavo, encogido ahora en un rincón. Sonrió ligeramente. Fue una sonrisa de Judas.

III. Legado herético

7

En Roma, en la sede del Santo Oficio, la noticia cayó como hacha de verdugo, pesada y letal, cortando de cuajo las aspiraciones y estrategias más herméticas de la Santa Inquisición. Ese plomizo 22 de enero las cuatro personas que conformaban la cúpula de la Iglesia fueron conscientes de que esta se encontraba en la situación más vulnerable de su historia. No cabía duda, la crisis podía derivar en una apostasía impredecible, en una deserción religiosa superior incluso a la acaecida a raíz de las reformas luteranas.

Solamente el Pontífice y tres cardenales de confianza eran conocedores de los funestos detalles de lo acaecido, incluso el mensajero que había llevado el despacho había sido encerrado en una suerte de cuarentena obligatoria.

Uno de los tres prelados era el cardenal de la Inquisición y quien soportó el mayor golpe, ya que el asunto le concernía directamente. La novedad más temida había llegado con las primeras claridades del día: la esfera había sido robada.

En ese preciso instante el Superior General de la Inquisición se encontraba en su despacho, sentado tras su escritorio y con orden expresa de que nadie le interrumpiera. Solo el aliento tibio que escapaba de sus labios denotaba que estaba vivo. El purpurado, inmóvil, mantenía la mano apoyada en la sien y los ojos cerrados.

Era culpa suya. Que el mapa hubiera escapado de manos de la Inquisición era su culpa. El Papa se lo había dicho personalmente esa mañana. Le había confiado también que si no recuperaba la esfera se vería obligado a romper el silencio y confesar el secreto antes de que todo saliese a la luz, un secreto que llevaba tres siglos en poder de los últimos sucesores apostólicos, algo que, de revelarse, degeneraría en un caos impredecible en el seno mismo de la Iglesia. Y el cardenal Iuliano lo sabía. Cada afirmación del Pontífice no era una exageración, era la predicción incontestable del único futuro posible.

La seguridad del castillo del Monte había sido violada. Un hecho increíble, absurdo: toda una mole de roca maciza y un centenar de guardias habían resultado tan poco efectivos como una jaula de gallinas. Todo aquel aparato, aquel despliegue de medios, había sido orquestado para custodiar a una sola persona: un viejo moldavo tan frágil como la loza. Era inaudito. El cardenal negaba con la cabeza mientras

buscaba una fisura invisible, repasaba y analizaba los posibles accesos que podría haber utilizado el más atrevido de los ladrones. No quería admitir que un hombre llegado de la nada pudiera saquear la torre más alta y protegida de esa fortaleza. El corazón mismo de un fuerte inexpugnable.

Iuliano abrió los ojos y recorrió toda la sala en una suerte de letargo hasta que su mirada se detuvo en un extremo del escritorio. La correspondencia apostólica había llegado el día anterior; un sobre lacrado expedido desde Cartagena que yacía en un lado de la mesa. El purpurado lo observó con curiosidad, cortó la solapa y extrajo una hoja:

> Al Santo Oficio en Roma
>
> Superior General de la Santa Inquisición, cardenal Iuliano:
>
> El brujo Dariusz Hässler ha muerto quemado en la hoguera. Era miembro de la secta de brujos que habéis ordenado perseguir y exterminar. El reo confesó bajo tormento la existencia de un mapa secreto en poder de su Gran Maestro de Brujos, preso de la Inquisición. Ese mapa descansa dentro de una reliquia sagrada, de oro, que tiene la forma de una esfera.
>
> La serie de asesinatos de infantes en Santiago de Guatemala obedece a un mensaje cifrado que señalaría al Gran Brujo el tiempo exacto para sacar el mapa escondido de la reliquia. Sin embargo, la última señal no se produjo, pues interrumpí el ritual diabólico antes del sacrificio del último niño, el sexto, con lo cual, y según sé, la suerte de ese mapa corre ahora un destino incierto.
>
> Excelencia Iuliano, desde aquí en Cartagena alerto de la existencia de un Maestro Brujo que permanece encerrado en un castillo italiano, custodiado por nuestro Santo Oficio, quizá sin que vos lo sepáis.
>
> El reo confesó con su último aliento que el mapa conduce a un lugar donde reposa oculto un gran secreto de carácter diabólico y peligroso. También advierto desde aquí que una discípula intentará sacar la esfera del castillo para llevarla a algún punto oscuro y desconocido.
>
> Os advierto: el secreto decodificado del *Necronomicón* reposa en esa esfera.
>
> FRAY BERNARDO TORREMOLINOS, OP
>
> Gran Inquisidor de Cartagena

El cardenal meditó sobre lo que había leído.

No le causaba sorpresa a Iuliano enterarse de que el Gran Brujo estaba encerrado en una cárcel de la Inquisición, pues él mismo lo había confinado en el castillo del

Monte, una fortaleza con tan férrea vigilancia. Tampoco le sorprendía que Darko poseyera el mapa del que hablaba fray Bernardo e intentase sacarlo de su cautiverio, pues era el que había extraído del *Necronomicón* y sabía que lo guardaba ahora en una reliquia de oro en forma de esfera, pero cuando pudiese desentrañarlo y explicarlo a sus inquisidores sería arrancado de sus manos heréticas y quedaría en poder de la Iglesia para siempre.

Pero hubo algo que sí le sorprendió de ese escrito. Algo que, de haberlo leído con antelación, habría investigado. El inquisidor fray Bernardo había descubierto con su interrogatorio algo de vital importancia: que una discípula rondaba peligrosamente el lugar del cautiverio de Darko.

Pero ¿quién? El cardenal sabía que los brujos antes instalados en Europa habían emigrado hacia el Nuevo Mundo buscando lugares inhóspitos donde esconderse; el mismo cardenal había librado una cruzada sin precedentes persiguiendo y exterminando en la hoguera a todos aquellos que habían intentado apropiarse de la última copia del *Necronomicón*. Entonces ¿qué discípula podría aún permanecer en tierras italianas? Aún más: ¿quién podría entrar como un fantasma en el castillo mismo de la Inquisición y salir sin ser vista?

Los ojos del cardenal se entrecerraron. Su mente por un instante pensó lo peor. Arrimó la carta al candelabro y la observó mientras la llama prendía en una de sus esquinas. El mensaje terminó convertido en cenizas sobre una bandeja de plata.

Iuliano desvió su vista hacia los frescos del techo. Tuvo una corazonada, una pista salida de aquella carta, un indicio insignificante, pero el único dato desde que se produjera la devastadora noticia.

El cardenal cerró los ojos y deseó que su sospecha no fuera cierta. Sin embargo, todo parecía indicar que había dado con la verdad.

8

El encapuchado entró en las ruinas de la iglesia. Conocía bien ese lugar, un templo arcaico y sombrío, iluminado esa noche por el baño plateado de una luna pletórica. Entró en la nave principal, de la que solo restaban las paredes y columnas y donde la hierba crecía entre las baldosas.

Un vaho helado salió de su boca. Recorrió con la vista el ábside posterior y encontró los frescos resquebrajados que una vez decoraran el templo: la Natividad del niño judío en Belén. Retiró con lentitud su capucha a pesar del intenso frío. Dejó que su mirada se detuviera en cada rincón de aquel templo benedictino mientras se

acariciaba distraídamente el tatuaje del cuello. Sus ojos se concentraron en las losetas del suelo que se encontraban a unos cuarenta pies.

Avanzó con paso firme por aquella ruina del ducado de Ferrara, en silencio, como disfrutando de cada momento, sus cabellos, tan claros que parecían blancos, flotando sobre su cabeza como formando un misterioso halo. Llegó a la zona que buscaba, justo a un costado del altar que ahora solo era una pequeña explanada de suelo enlosado. Allí había estado enclavada la pila bautismal.

Lord Kovac se arrodilló y manipuló entre las losas hasta que, palpando, encontró el hueco, el mismo hueco que en algún momento había albergado el *Necronomicón*, excavado por el brujo italiano Gianmaria, de quien solo quedaban cenizas al pie de una hoguera.

El húngaro sonrió expectante.

Un poco más de trabajo y consiguió levantar la falsa loseta. Al cabo de no mucho tiempo el acceso al escondite estaba abierto. Del falso suelo afloró un penetrante olor mezcla de herrumbre y pergamino. Sin detenerse, introdujo su mano en él decidido a tomar lo que había ido a buscar: la esfera que en ese lugar había ocultado su Gran Maestro.

La expresión de Kovac mostró incredulidad. Una vena apenas visible se destacó en su cuello, justo debajo de donde se perfilaban las líneas tatuadas de su pentáculo invertido. Hurgó presuroso en todos los recovecos de la oquedad, pero al incorporarse solo pudo contemplar su mano vacía llena de tierra.

Había viajado en galeón a Italia desde el Nuevo Mundo para llegar allí en aquella fecha exacta, justo en esa noche fría en que los resplandores azulados de la luna lo bañaban todo. Su aliento gélido pareció detenerse en la garganta. Elevó los ojos hacia el enorme disco lunar que aparecía por encima del antiguo crucifijo gótico mientras sentía crecer el terror.

La esfera no estaba allí.

Se irguió y cubrió de nuevo su cabeza con la capucha. Miró a su alrededor; tenía los ojos inyectados en sangre, como una alimaña desesperada. Envuelto en su capa corrió por la iglesia derruida hasta llegar al bosque. Lo sabía.

Todos sus planes escapaban fuera de control.

9

La noche era tenebrosa y cerrada, la niebla ocultaba totalmente el castillo medieval. La vigilancia se había incrementado en el exterior, sobre todo a la hora del

crepúsculo, tras la llegada a Puglia del cortejo inquisitorial al completo. Una guardia de arcabuceros patrullaba los jardines, entre la niebla, custodiando con celo los carruajes de los altos cargos de la Iglesia. Los ballesteros, por su parte, asomaban por las troneras de los muros en un constante escrutinio del perímetro exterior, asustados, como si esa niebla portase legiones fantasmales de bárbaros invasores.

Todo un entramado de seguridad estéril, pues ya había sido violada. El secreto más preciado que atesoraba aquella fortificación ya no estaba allí. El corazón amurallado e inexpugnable del castillo del Monte había sido saqueado.

Durante los últimos meses la Santa Inquisición había montado en él su laboratorio teológico más valioso, había convertido el baluarte militar en un lugar de investigación que contenía un arma más letal que la pólvora o el fuego griego; textos incisivos, pergaminos que bien podían tronar como millares de cañones y calcinar en un instante ideas milenarias perpetuadas a través de los siglos.

El Vicario de Cristo había confiado el desarrollo de esa peligrosa ciencia al Santo Oficio y este, a su vez, había utilizado al brujo Darko para terminar el trabajo. El anciano moldavo era el único que podía decodificar el *Necronomicón*, y eso había prolongado su vida. El Gran Brujo tuvo que aceptar un trato, un trato misericordioso ofrecido por el propio cardenal luliano que lo salvaba de una larga tortura y la muerte en la hoguera. Darko trabajó día y noche para servir en bandeja el más temido conocimiento a los inquisidores, los dueños de su vida en la mazmorra, los mismos que le exigían hasta el último aliento.

Ahora era el purpurado quien visitaba la fortaleza con el aliento entrecortado. Iuliano recorría aquel lugar donde solo existía lo que no podía explicarse, un lugar que sufría la ausencia de la reliquia dorada, consciente de que aquellos eran días negros para él. El fracaso rondaba al cardenal como un buitre, le acechaba y le atormentaba por las noches.

Darko esperaba el castigo del Gran Inquisidor, un golpe terrible que no tardó en llegar.

—¿Qué ha sucedido? —murmuró luliano bajo su capa negra nada más llegar junto a él.

En el claustro de la quinta torre, en la cúspide de la fortaleza, en un ambiente húmedo y oscuro, Darko permanecía sentado y aferrado a su bastón.

—Es verdad… —susurró el viejo—, los rumores que os han traído desde Roma son ciertos. Aquí ya no hay nada que podáis buscar. El mapa ha desaparecido.

El cardenal observó al brujo.

—¿Quién? —preguntó.

—Aún no logro siquiera imaginarlo. No puedo concebir quién pudo entrar en esta fortaleza y robar la esfera delante de mis narices. —El viejo levantó las cejas—. ¿Acaso sospecháis vos de alguien?

El recién llegado se acercó al astrólogo y le levantó con un gesto brusco la barbilla.

—Vuestros ojos… ¿Qué les ha sucedido? —indagó.

El moldavo apenas sonrió.

—Dios me los ha quitado por pretender descifrar su secreto. No pudieron resistir a los vapores de la solución. He logrado crearla, pero nunca podré ver el mapa ni sus efectos revelados.

El inquisidor retiró su mano.

—Pero estamos en el camino correcto. Es señal de que el mapa de la esfera es auténtico.

—Solo que ya no es nuestro —graznó el anciano.

—Pronto aparecerá, pronto…

Darko tomó el bastón con ambas manos y dirigió sus ojos quemados a donde suponía que se encontraba su oponente.

—¿Qué queréis ahora de mí, Excelencia?

El cardenal se volvió hacia sus custodios y les ordenó que se retiraran. Tanto el alguacil como la escolta armada esperaron en el pasillo. Iuliano y el Gran Brujo estaban por fin a solas.

—He venido a que confeséis —dijo con voz pausada pero intensa—. Tengo la extraña sensación de que existe un cabo suelto, alguna pieza perdida en este rompecabezas. He recibido una carta de Santiago de Guatemala. Un inquisidor de prestigio, fray Bernardo, me ha notificado la confesión miserable de un hereje en el Nuevo Mundo. Su nombre era Dariusz Hässler, un alemán detenido por asesinato de niños en aquellas tierras. ¿Le conocíais?

El moldavo se pasó la mano por las mejillas demacradas.

—Jamás oí ese nombre.

—Este inquisidor desconoce que vos sois el Gran Brujo pero sabe que os mantenemos custodiado. El informe dice algo más. Que el Gran Maestro de los Brujos aún conserva a una discípula que intentará sacar el mapa de su encierro. —Luliano se quedó en silencio, acusador, expectante.

—No sé a qué os referís…

Iuliano movió el brillante rosario que colgaba de su mano.

—Hablad, no he venido hasta aquí en vano. Decidme quién es la mujer que me estáis ocultando y que pudo robar la esfera del castillo delante de todos sin incriminaros.

—¡Eso es una locura! —exclamó el anciano astrólogo.

—¿Acaso mis suposiciones son descabelladas? Vos estáis preso y bajo mi yugo, el mapa silenciado y custodiado por el Santo Oficio… ¿Creéis que no sé que un robo entraría en los planes que pergeña vuestra mente retorcida y blasfema?

—¿Y qué ganaría con ello si aún sigo encerrado en esta fortaleza? —soltó el moldavo.

El cardenal Iuliano caminó en círculos alrededor del brujo.

—Ganaríais tiempo.

—¿Tiempo… para qué? ¡Estoy ciego, postrado! ¿No lo veis? ¿Para qué necesitaría tiempo un viejo inservible como yo?

—Para maquinar vuestros planes anticristianos y apocalípticos.

—¡Ya nada de eso es posible! Fui derrotado por la Iglesia y aquí preso me tenéis. Ved el despojo en que me he convertido.

—¿Quién es vuestra discípula? —insistió el Gran Inquisidor con tono tranquilo.

—No existe. Creedme… No os miento.

El cardenal sonrió. Darko escuchó el silencio y se tranquilizó. El embate más feroz había pasado. Iuliano detuvo su caminar a espaldas del anciano, se acercó a su oído y murmuró:

—No lo preguntaré más: ¿de verdad no conocéis a Dariusz Hässler, ese brujo de Santiago de Guatemala? —repitió el inquisidor.

—Jamás oí hablar de él —respondió el brujo moldavo.

Inmediatamente sintió un cosquilleo en la nuca que envolvió su cuello flácido y lentamente fue convirtiéndose en dolor.

Iuliano tiró con fuerza de su rosario de plata aprisionando su garganta. Las cuentas se hundieron en la carne y la lengua del astrólogo asomó evidenciando los síntomas de su asfixia. Se llevó las manos al cuello dejando caer el bastón, pero el rosario le apretaba como una boa y las venas de la frente comenzaron a hincharse hasta que casi pudo ver a la Parca en lo más profundo de la negrura de sus ojos quemados. Estaba empezando a comprender lo que significaba morir en total oscuridad. Los ojos azules del cardenal mostraban placer mientras sus oídos aguardaban una confesión. Darko alzó una mano temblorosa y suplicante y el rosario cedió aflojándose.

—¡Lo conozco! —agregó tomando aire—. ¡Por lo que más queráis, ya basta! —gimió. Despacio, el anciano levantó las manos temblorosas y se secó las lágrimas que había derramado en su lucha por sobrevivir.

Iuliano volvió a hablarle muy cerca, al oído.

—¿Era vuestro discípulo? ¡Confesad! —Escupió en su cara.

—Sí —admitió jadeando y asomó la lengua reseca intentando aspirar algo de aire. El anciano tembló como una hoja—. Yo mismo lo envié. Pensé que allí estaría a salvo para esperar mis instrucciones, pero Cristo parece distribuir a sus sabuesos por doquier y sé que cayó presa del fuego de los inquisidores.

—¿Y la discípula…? ¿Quién es? ¿Fue ella quien robó la esfera? —preguntó sin vacilación.

—No lo sé —confesó.

—¿No lo sabéis?

—¡Nooo! —gritó el viejo moldavo.

Iuliano lo tomó de las solapas y lo zarandeó hasta tirarlo al suelo húmedo. Darko se golpeó el rostro contra la piedra al caer y apretó la mandíbula; sabía que ese era el precio que debía pagar por jugar con fuego.

El cardenal volvió a rodearle la garganta con el rosario de plata y tiró de él. Con la rodilla en su nuca presionó para asfixiarlo, su mirada era cada vez más exaltada. Se tomó el tiempo necesario hasta casi ahogarlo y ver cómo su lengua asomaba seca y desvaída.

—¿ Quién es la discípula que os ayuda? —clamó al instante.

El brujo sentía la imperiosa necesidad de respirar pero le era imposible. Sentía próxima su muerte y el fin del interrogatorio y comprendió que su única salida sería la confesión.

—¡Vuestra hija! —consiguió decir en un murmullo.

El rosario de plata se aflojó de golpe y cayó súbitamente al suelo. El anciano pareció perder el conocimiento, su rostro mostraba a un hombre débil y desfallecido. El Gran Inquisidor Iuliano se puso en pie horrorizado. Deseaba no haber escuchado aquellas palabras. Lentamente, levantó a Darko y lo apoyó contra el muro, debajo de la tronera por la que entraba un aire helado. Este se apoyó también en ella y se quedó en silencio. Miró a su alrededor como examinando la dimensión de una nueva realidad.

—¿Mi hija? —susurró conmovido.

—Sí. Ella…

Algo había salido mal. Sin duda.

La hija del cardenal Iuliano había dado inicio a un verdadero desastre.

IV. El desafío del archiduque

10

El monje escribía en soledad. Oculto por la capucha su cabello castaño y su rostro duro, enjuto, se concentraba en el trazo de su pluma que garabateaba lenta sobre un grueso pergamino envejecido. La mano creaba con pericia las bellas letras de un latín escolástico y apologista en un mensaje repetitivo de exhortaciones religiosas y condenas seculares. Escribía bajo la luz de una vela casi derretida, forzando sus ojos del color de la miel, ya no dulces ni inquisitivos como antaño, sino decididos, desengañados tras tantas traiciones y sufrimientos sobrellevados pese a su relativa juventud, con un pulso firme que creaba sentencias, piedad y condena. Siendo inquisidor y estando aún en la treintena su mano había condenado a ciento cuarenta y cuatro herejes a la purificación de la hoguera y autorizado la quema de brujas y demonólatras, de sodomitas y heterodoxos letrados. Los reos más peligrosos de Europa le esquivaban y le temían como si se tratase del mismo ángel de la muerte, siendo conocido como el Ángel Negro.

En ese instante los pasos de un semental sonaron secos en Chamonix. El jinete cruzó al galope por el campo cubierto de nieve en dirección a la sede del archiducado. Sus vestimentas lo delataban: un mensajero del Santo Oficio. Finalmente, llegó a la fortaleza y descabalgó. Un mayordomo lo estaba esperando.

El aliento del inquisidor se convirtió en frío vaho debido a las bajas temperaturas de febrero, y desde su escribanía pudo escuchar el paso del caballo resonando en el patio. Acomodó el rosario sobre la carta que le inspiraba: una carta rota y corregida que escribió en prisión en el momento más lúgubre de su vida titulada Ecclesia Matrix, en referencia a la Madre Iglesia a la que siempre había pertenecido y de la que se veía repudiado. El monje había pasado de perseguidor a perseguido, de magistrado a prófugo de sus propias leyes. Mojó de nuevo la pluma en el tintero y prosiguió con su trabajo.

Mientras, el jinete recién llegado fue conducido a un salón donde aguardaría a que el archiduque de Chamonix, un personaje imprevisible, lo recibiera en audiencia. Hecho que tuvo lugar a media tarde.

Cuando el mensajero entró en el salón reconoció que el retrato que muchos le habían descrito era extremadamente fiel a la realidad: se topó con un noble ilustre y

vanidoso, con inconfundibles rasgos de caballero franco y excéntrico, como buen descendiente de una antigua casta de guerreros medievales.

Jacques David Mustaine, hundido en su silla, contempló a su vez al mensajero con rostro duro e inexpresivo. La melena, de un color rubio cercano al bronce, caía sobre sus hombros y le llegaba hasta el pecho. Observó al forastero en silencio, demostrando un vago interés, como un león que ve pasar a una mosca.

—Excelencia —empezó, hincando una rodilla—, soy mensajero del Santo Oficio, he venido a informaros de un proceso eclesiástico que os incumbe.

El archiduque no hizo ningún gesto y el mensajero decidió continuar.

—Vos, Mustaine de Chamonix, estaréis al tanto de los sucesos acaecidos en el archiducado y también de los otros que en Italia acontecieron… Traigo conmigo una exhortación de la Santa Inquisición, con firma de nuestro General y el visto bueno del obispo francés, con una petición que bien podréis conceder.

El mensajero quedó en silencio, pero no hubo respuesta. Jacques Mustaine mantenía su mirada de piedra, penetrante y abyecta, sobre él. La seña silenciosa de uno de sus consejeros dio pie al mensajero para continuar.

—La Santa Sede no ignora que a fines de octubre del año pasado disteis asilo dentro de estas murallas a un clérigo regular de la orden de Santo Domingo. Es menester informaros de que este, Angelo DeGrasso, ha de declarar sobre ciertos asuntos de índole eclesiástica y que vos, con todo respeto, debéis facilitar que esta declaración se lleve a cabo lo antes posible.

El archiduque continuó obstinadamente callado.

A algo menos de tres mil quinientos pies del palacio archiducal, en el claustro de un molino abandonado, el monje continuó con sus escritos sin cejar en su labor hasta que el último trazo impregnó el papel. Reparó en la vela consumida y guardó la pluma en el tintero. Al costado de la escribanía reposaba una caja de madera que acababa de recibir. La habían hecho llegar sin remitente, solo con el nombre del monje como destinatario. El inquisidor se detuvo a observarla.

Fuera la nieve caía lenta y las sombras comenzaban a adueñarse de los valles. Los lobos aullaron como amos y señores de los bosques, dando la señal de las bestias, presagiando la llegada del crepúsculo. El día había terminado. El monje acomodó la caja ante sí y la examinó con detenimiento antes de abrirla. Ni los lobos ni la noche detendrían su curiosidad.

En ese preciso instante el mensajero de la Inquisición optó por seguir con su discurso ante la pétrea contemplación del archiduque y su séquito.

—Pero la entrega del monje que vos protegéis no es el único interés de nuestra

Santa Sede. Hay algo más…

—¿Algo más? —murmuró el archiduque rompiendo su mutismo. Dedicó gran parte de la tarde a quemar insectos con un cristal bajo el sol. Ahora imaginaba cómo funcionaría ese mismo experimento con una lente gigante, bajo un sol de mediodía y ya no con hormigas sino con un ser humano desnudo. Mustaine veía en el mensajero a un ejemplar más que idóneo para sus propósitos pero volvió a la realidad—. Os escucho.

El nuncio trató de usar la mayor diplomacia, pero sus órdenes difícilmente se podían enmascarar bajo suaves palabras. El asunto necesitaba un mensaje preciso y contundente.

—Detrás de vuestras murallas ocultáis algo más…

A Mustaine se le encendieron las pupilas.

El Ángel Negro extrajo de la caja un raro objeto envuelto en un grueso paño de seda que lo resguardaba de golpes. Repentinamente, le invadió el excelso aroma de un perfume muy similar al de los capullos de violeta en primavera. Sostuvo el bulto ante sus ojos examinándolo con detenimiento. Por último, lo depositó lentamente en la escribanía y se dispuso a desanudar el misterio.

—¿Qué otra cosa creéis que oculto? —indagó el archiduque. Por un instante solo se oyó el crepitar de los troncos que ardían en la chimenea.

—Una obra de arte —respondió el mensajero—. Una reliquia de oro que pertenece a la Santa Sede.

—¿Y cómo creéis que ha llegado hasta aquí? ¿Por qué habría yo de tenerla?

—No lo sé, Excelencia.

Mustaine se puso en pie y sus asesores se sorprendieron.

—Decidme, ¿qué significado otorgáis al verbo ocultar? ¿Acaso lo estáis conjugando como sinónimo de robar? —inquirió al mensajero, quien tuvo que responder raudo.

—Jamás he dicho eso ni fue mi intención darlo a entender.

—Entonces ¿no me estáis acusando formalmente de ocultar a nuestra Santa Iglesia un monje ni, mucho menos, una obra de arte?

—No.

—En ese caso decidme qué significa esa carta que me trasladáis. —El archiduque indicó la mano del mensajero que la sostenía.

—Es una exhortación.

—¿Una exhortación?, ¿a que devuelva lo que no robé?

—Así es… se trata de una exhortación para que devolváis lo que nada más ha

sido un simple descuido… un malentendido por parte de vuestro archiducado.

Jacques Mustaine sonrió. Aquellas palabras habían sonado a sus oídos como copos de algodón, palabras de diplomático que traían implícita una pulpa amarga y espinosa.

—Dejadme leer vuestra carta —solicitó el archiduque.

El mensajero comprendió al instante que eso sería su perdición. La carta estaba escrita de puño y letra del cardenal Iuliano, el máximo responsable de la Santa Inquisición, brazo letrado y ejecutor de los deseos de Roma, un hombre temerario, áspero y no poco acre en temas seglares. El mensajero había pretendido terminar la conversación sin mostrar la carta, esa había sido su estrategia, pero ahora Mustaine la reclamaba. Lentamente obedeció.

Mustaine se arrimó al calor de la chimenea y miró a su asesor, elevó su índice exigiendo una copa de licor que de inmediato un chambelán le facilitó y abrió el sobre lacado después de acercar a su nariz el copón de cristal; los efluvios del líquido rojizo lo regocijaron y sin vacilar comenzó con la lectura.

Roma, 23 de enero de 1599

A Vuestra Excelencia Jacques David Mustaine, archiduque de Chamonix.

El Santo Oficio romano y universal os exhorta:

Ponemos en vuestro conocimiento que por delaciones de diferentes informantes nos percatamos y notificamos la presencia de un clérigo regular de la orden de Santo Domingo en vuestros dominios que mantiene asuntos aún pendientes ante un dicasterio.

Angelo Demetrio DeGrasso, monje inquisidor al que protegéis, guarda en su poder una obra de arte que ha sido robada y que pertenece por derecho a nuestra Santa Sede, y por tanto vos, noble archiduque de Chamonix, si no obráis conforme a la exhortación, os haréis cómplice de tal hurto.

Os recomiendo actuar con suma diligencia para la entrega pacífica de la reliquia. Esta debe volver al resguardo de la Santa Sede, donde hallará su descanso definitivo y perpetuo.

Las razones que expongáis en vuestro descargo serán escuchadas y atendidas de forma ulterior por nuestros nuncios franceses, y no dudaremos en aceptar las disculpas pertinentes.

Mustaine dio un sorbo a su copa, levantó la vista hacia el nuncio y lo analizó con detenimiento, como si examinase un insecto antes de ponerlo bajo su lupa. Sus ojos mostraron un destello turbio. Después, prosiguió en silencio con la lectura.

En caso de no reconocer los cargos que se os imputan, os haré responsable del dudoso destino de vuestro archiducado, ya que de no obrar como moral y cristianamente esperamos, seréis reprendido con toda la severidad de que somos capaces, tanto espiritual como secularmente.

Esperando vuestra contestación, os saluda en Cristo nuestro Señor.

CARDENAL VINCENZO IULIANO, OP
Superior General del Santo Oficio

El archiduque dobló el pliego y apuró de un trago su bebida en el más absoluto de los silencios.

—¿Cómo es la reliquia que buscáis? —preguntó.

—Del tamaño de vuestra copa, quizá un poco más grande. Se trata de una *bullée* imperial.

—Creo que vuestros superiores se equivocan. Y vos estáis perdiendo el tiempo.

El nuncio negó con la cabeza.

—La Inquisición no se equivoca, jamás erraríamos en una delación de semejante naturaleza. Aquí no hay error, no hay vacilación ni confusión. Lo que el Santo Oficio afirma es correcto. Espero que no seáis un cofrade de la *Corpus Carus* —insinuó imprudente.

A Mustaine se le congeló el rostro, tan frío como el viento que soplaba en los bosques.

El monje desanudó la seda que protegía el envío. Cuando el lienzo cayó sus ojos reflejaron un gran asombro. Ante él se mostraba una reliquia hermosa, esférica y brillante, coronada en su cúspide por una cruz maciza de oro. La luz de la vela se reflejaba en su cuerpo metálico quebrándose y despidiendo haces dorados que iluminaron incluso el rostro oculto bajo la capucha.

Angelo DeGrasso escudriñó la esfera lentamente, con toda la pasión que ponía en los desafíos intelectuales. La reliquia mostraba una superficie pulida y artesanal y su diseño revelaba una filosofía religiosa que, a semejanza de la *bullée* imperial de los francos, se evidenciaba en la antigua cosmología romana del universo esférico a la que habían añadido la cruz que la coronaba, como si del mismo universo pagano convertido por los deseos de un Constantino cegado por Cristo se tratase. Estaba adornada en su ecuador por un grabado con un rosario de letras complejas. Lentamente, el inquisidor acercó el candelabro y observó con atención la frase:

μία ούσια, τρεισ ηψποστάσεισ

Angelo retuvo el aliento.

—*mía ousía, treîs hypóstaseis* —leyó del griego.

La intriga le incitó a curiosear en el interior de la reliquia, pero su mano se detuvo en el instante en que tocó la cruz. El monje caviló, pensó en el sentido de la frase que acababa de leer, sus ojos vacilaron ante el brillo del oro y comenzó a sospechar que esas letras griegas tenían otro significado oculto, que no eran un simple rótulo. Las palabras volvieron a resonar en su mente y su mano soltó la cruz renunciando súbitamente a abrir la reliquia.

Tras la capucha, el rostro del inquisidor mostró desconfianza.

Había sobradas razones para ello.

El archiduque se inclinó curioso y quiso saber:

—¿Qué sucederá si rechazo vuestra exhortación?

El nuncio interpeló a su vez a Mustaine.

—¿Negáis acaso que ocultáis aquí al inquisidor DeGrasso y la reliquia sagrada?

El noble francés hizo caso omiso de la pregunta e insistió de nuevo.

—Responded, ¿qué sucederá si os echo de mi castillo como a una comadreja?

—Claramente os pondréis en litigio con la Inquisición, y en ese caso vuestro archiducado llevará todas las de perder, Excelencia —contestó el mensajero apuntándole con su índice.

—¿Cuál es la oferta? —dijo entonces al tiempo que se fijaba en el dedo que le señalaba.

—No hay oferta.

Mustaine de Chamonix hizo una brevísima pausa antes de reconocer:

—Digamos que asumo que escondo aquí a un monje, mas yo me pregunto… ¿qué me ofrecéis a cambio de que os lo entregue?

El representante del Santo Oficio sabía que sus órdenes no incluían ninguna recompensa, y mucho menos del tipo de la que esperaría un archiduque.

—Creo que no habéis entendido el mensaje —murmuró el nuncio—, no he venido a negociar. Vos debéis simplemente obedecer, es una orden. —Por segunda vez en la noche señaló en un gesto que pretendía remarcar el sentido de sus palabras.

Dos de los cinco asesores de gobierno de Mustaine intercambiaron significativas miradas: el mensaje de la Inquisición, una institución a la cual se apoyaba con la vehemencia de un fanático o se temía con el espanto de un hereje, parecía bien claro.

—Decidid ahora —apremió el nuncio— pues partiré hoy mismo hacia Roma… con el monje y la reliquia o sin ellos. Pero os advierto: si regreso con las manos vacías caerán sobre vos los peores males —amenazó.

Mustaine se abstrajo en las chispas de la chimenea; por un instante se sintió como

un niño a quien acababan de regañar, una sensación incómoda y denigrante frente a su séquito. Al cabo levantó los ojos y su expresión, más intensa que las brasas del fuego, evidenció que era incapaz de controlarse. Su ego y agresividad estaban a punto de manifestarse.

—¡Al diablo con vuestros jefes! ¡Habéis inventado la existencia de una reliquia con fines desconocidos! ¡DeGrasso se quedará aquí, yo soy Jacques David Mustaine, archiduque de Chamonix, y le protejo!

El mensajero sonrió.

—Sois un cofrade de la *Corpus Carus*, ahora se ve claro. Por ello llevaréis vuestro archiducado a la ruina.

—Ya os he contestado. Idos ahora y llevad mi desafío a Roma.

—Lo vuestro no es un desafío, es un suicidio.

El francés perdió el control.

Mustaine sacudió su melena rojiza mientas se abalanzaba sobre el nuncio en un acto imprevisto y veloz. Extrajo una daga de su cinturón y forcejeó con el enviado, tirado al suelo por sorpresa, con la fuerza de una fiera. Un grito aterrador sonó en la sala cuando el archiduque cortó el dedo índice del mensajero. Por la hoja de su daga corrió la esencia púrpura de los vivos mientras el francés se incorporaba y volvía desdeñoso la espalda al notario que, aún tendido, se agarraba la mano izquierda con el rostro contraído por una mueca de dolor.

Mustaine se dirigió a sus asesores:

—Redactad una carta dirigida al cardenal Iuliano. Comunicadle que mi archiducado es soberano y que recomiendo que no señale con el dedo lo que por palabra no se atreve a denunciar. No olvidéis adjuntar el índice de su mensajero en la misiva. —Luego se refirió al nuncio, que lo observaba con terror—. Dad a este hombre una copa de licor… Después enviadlo de regreso por donde vino.

El archiduque se retiró con las ropas ensangrentadas.

En ese frío anochecer de invierno, el mismo en que el archiduque de Chamonix desafiara a la Inquisición, los temores de Roma cristalizaron. En el crepúsculo, los lobos del bosque de Francia volvieron a aullar como amos y señores de la oscuridad, como feroces conocedores de un lóbrego presagio.

V. Temor a lo oscuro

11

El castillo del archiduque de Chamonix era lo suficientemente cómodo y seguro para guarecer a un séquito entero, pero ahora protegía a un solo hombre: el monje Angelo DeGrasso. La fortaleza de piedra se alzaba en el valle nevado y elevaba al cielo una torre del homenaje sólida y dentada. Todo el perímetro estaba amurallado por barbacanas de guardia. Era una mole grisácea e imponente con pequeños ventanucos enrejados que marcaban la situación de las habitaciones.

Angelo descorrió la cortina de su cuarto y observó desde el altillo. Sobre la nieve podía distinguir el cambio de guardia en el portón de acceso principal. Como todas las noches, siempre puntual, era el signo de que el archiduque había terminado de cenar.

Dos golpes sonaron en su puerta.

—Disculpad, reverendo padre —se escuchó tras la madera—, debo anunciaros que Su Excelencia el archiduque os espera en el salón central para invitaros a una charla y degustación de licores.

Angelo entreabrió la puerta y asomó la cabeza por el resquicio. El pasillo estaba oscuro y solo destacaba el rostro del sirviente.

—Infórmale de que asistiré. Acudiré al salón en media hora.

—Reverendo padre… —El sirviente se quedó mirándolo—. Es que Su Excelencia os espera en este preciso momento. —Acababa de recitar las palabras mágicas que dibujaban a un anfitrión de casta noble y ególatra, acostumbrado a regirse por sus propias necesidades.

—Pues decidle que en media hora bajaré al salón —repitió el monje, y luego cerró la puerta a sus espaldas.

Aguardó a que los pasos se desvanecieran en el pasillo y luego se acercó presuroso a la ventana, donde se quedó contemplando el exterior. Se había fijado en algo extraño desde que llegara del molino, algo que le había llamado poderosamente la atención.

12

El Ángel Negro de Génova entró en el salón archiducal arrastrando su hábito a la hora prevista. Llevaba un pequeño candelabro que iluminaba vagamente su rostro en la oscuridad. Se detuvo ante su anfitrión e inclinó el mentón.

—Excelencia, es un placer acompañaros esta noche.

Mustaine sonrió y con la mano extendida le ofreció el asiento contiguo al suyo junto a la chimenea.

—El placer es mío, maestro DeGrasso. Sentaos junto a mí, esta noche necesito de alguien que me escuche y hable conmigo.

El archiduque vestía un traje negro aterciopelado, impoluto, en el que destacaba una fina seda azul que sostenía sobre su pecho la cruz de Malta distintiva de la nobleza francesa, y su melena caía sobre sus hombros y espalda. Levantó la mano y varios sirvientes acercaron las tres bandejas de degustación, una con salados, avellanas, castañas, nueces y trufas; otra con dulces, peras azucaradas y bastones de caramelo, y una última con licores. Las lámparas de hierro forjado colgaban de los techos abovedados con docenas de velas encendidas que ofrecían una penumbra ideal acorde con la calidez que proporcionaba la majestuosa chimenea y la belleza de los frescos y tapices que decoraban la estancia pertenecientes a la vasta colección familiar.

En cuanto los sirvientes se retiraron para dejarlos en la intimidad, el archiduque se volvió hacia el monje con la preocupación escrita en sus rasgos.

—Maestro DeGrasso, hoy en verdad ha sido un día difícil, un día de esos que asalta mi rutina casi sin razón.

El antiguo inquisidor se concentró en el fuego antes de responder.

—Todos los días de la vida esconden algo. Algunos monotonía, muchos otros seguridad, tantos otros afecto… —Angelo caviló un instante—. Quizá algunos traigan miseria, pero no hay ninguno como el más sombrío, el reservado a la mismísima Parca. —Se volvió y le miró profundamente—. A veces, Excelencia, deberíamos agradecer tener días difíciles, pero me pregunto qué os ha sucedido hoy que tenéis ese rostro.

Mustaine sonrió.

—Siempre hacéis parecer ridículos los problemas de un hombre como yo. Desde que os he acogido aquí, en mi castillo, me beneficio de vuestra paz de espíritu y las sabias reflexiones que me concedéis. Me enorgullezco de haber respondido a la llamada de la *Corpus Carus*, como siempre ha hecho mi familia, y yo estoy dispuesto a seguir cumpliendo como cofrade, pues que hayáis podido curar vuestras heridas aquí y que os encontréis protegido de la persecución de la curia de Roma y la Inquisición entre mis muros me permite disfrutar de vuestra inteligencia, y es por eso que esta noche necesito vuestro consejo, aunque creo que necesitaremos más que frases, pues en este día no se ha presentado mi Parca pero sí creo que he visto el filo

de su mortaja.

DeGrasso se llevó a los labios su copa, dio un trago generoso y dejó que resbalara por su garganta el dulce vino de Borgoña.

—Sé a qué os referís —murmuró.

—¿Lo sabéis? —Mustaine levantó una ceja y le escrutó fijamente—. No lo creo… Vos no estabais aquí ni nadie os ha hablado del asunto. Sé que permanecíais en vuestro estudio en el piso más alto del viejo molino que he habilitado para que podáis trabajar en paz.

Angelo guardó brevemente silencio antes de afirmar:

—Hoy ha venido la Inquisición.

El archiduque quedó perplejo.

—¿Quién os ha informado? ¿Acaso algún mayordomo del palacio?

—Nadie me lo ha contado, pero sí vi el caballo de un nuncio de la Iglesia desde mi ventana, y más tarde lo vi partir. Conozco mejor que nadie los caballos de la Inquisición por el color y corte de sus crines, sus monturas, sus estribos y los mantos ordinarios de identificación. No olvidéis que yo mismo los enviaba, recordad que he sido perseguido por quienes estaban a mis órdenes en cuanto decidí desviarme del camino de la Inquisición para seguir el de la *Corpus Carus*. Ahora contadme, qué ha sucedido en este difícil día.

Jacques David Mustaine mostró una sonrisa afilada.

—La Inquisición ha venido a por vos sin dejar siquiera un margen de negociación. Me equivoqué al pensar que actuarían de forma diplomática por tratarse de mi archiducado.

—Concretamente, ¿qué os demandaron? —indagó el dominico.

—A vos, naturalmente, y una reliquia que según el mensajero escondéis y que pertenece a la Inquisición. Una *bullée* imperial cristiana, de oro.

Angelo admiró la hermosura del fuego mientras pensaba en las palabras del francés y reflexionaba sobre la rapidez con que había llegado la noticia de lo que tenía desde aquella misma tarde en su estudio del molino.

—¿Y qué habéis respondido?

El archiduque alzó la copa y agitó el coñac.

—Simplemente obré como habría hecho cualquier caballero. Dije al nuncio que no entregaría a Roma nada de lo que solicitaba y menos aceptaría que se inventaran robos de reliquias para justificar vuestra detención. Vos sabéis mejor que yo que la Inquisición no se dedica a buscar reliquias pero sí herejes. —Mustaine sonrió a su huésped—. Todo terminó cuando corté el dedo del mensajero y lo expulsé de mis posesiones. El índice del pobre hombre, el mismo con el que se atrevió a señalarme, fue incluido en el sobre de respuesta.

Angelo se levantó, con la vista extraviada en los leños y la mano bajo el mentón.

Mustaine lo observó mientras se arrimaba a la luz de la chimenea.

—Respondí a la exhortación con un desafío —siguió el francés—. Os prometí protección, maestro. No sé de ninguna reliquia en mi archiducado, lo que ha sido la excusa perfecta para ofenderme y contraatacar. Vos seguiréis aquí, por lo menos mientras la Iglesia francesa siga apoyándome.

—Habéis perpetrado un acto lamentable —respondió el monje sin apartar su atención del fuego—. La reliquia que buscan existe. Está aquí, en vuestro castillo. Sobre la mesa de mi escritorio.

El noble, que procedía a llevarse la copa de coñac a los labios, se detuvo al oír aquello, petrificado como la gárgola de una catedral.

—Ha sido una osadía desafiar a la Inquisición. El peor error que podíais cometer. ¿Acaso supusisteis que la Iglesia iba a amenazaros solo por un monje como yo? ¿Me veis como un Lutero? ¿Pensáis que de mi silencio se producirá algún cisma? —Angelo sonrió—. No, Excelencia, no habéis hecho lo que debíais: cavilar sobre el porqué de la presencia de la Inquisición en el palacio.

Mustaine, inexpresivo, digería sin hablar las palabras del clérigo. Angelo continuó:

—La reliquia por la cual amputasteis el dedo del nuncio está en mi poder, como denunció la Inquisición, no es un pretexto.

—Un dedo cercenado no me quita el sueño —replicó al fin el archiduque—, ni tampoco las amenazas. Con o sin reliquia, son ellos quienes deben temerme a mí.

—Creo que vuestra irreflexiva actitud han logrado agitar el avispero. La Iglesia no demorará en castigaros como acostumbra, incluso podría despojaros de vuestra vida impulsiva y arrogante. —Angelo le clavó una dura mirada—. Y lo digo con el conocimiento propio de un inquisidor…

Mustaine se levantó abruptamente del sillón y en un acto de arrebato arrojó su copa contra la pared, enfurecido. El cristal se hizo añicos, las esquirlas volaron como semillas de odio y rebotaron en el suelo del salón mientras el coñac goteaba por el muro. Un comportamiento propio de los caballeros franceses, aquellos que fueron la espada y escudo de la Iglesia en tiempos de cruzadas.

—¡No importa! —gritó—. ¡Nadie entra en mi castillo con desprecio e intimidación!

—¡Basta ya! —sentenció Angelo—. Aceptad el error. Debéis abandonar vuestro orgullo y utilizar tiempo en buscar una solución.

—¿Solución? —Mustaine, encendido, se encaró con el monje y alzando su índice le acusó—. ¡Vos tenéis la culpa de todo esto! ¡Pensad qué hacer para solucionar el problema!

Angelo centró en él toda su atención.

—¿Es justo entonces cortar el dedo del que señala? —preguntó con frialdad.

El archiduque reparó en su propia mano alzada intimidadora y, abrumado, la bajó.

—Di mi palabra de que os protegería —respondió apretando las mandíbulas—, pero jamás pensé que me meteríais en estos enredos tan pronto.

—Podéis arrojarme al exilio si lo deseáis. Sobreviviré.

El archiduque, con rostro perturbado, escudriñó el del genovés. Vio en él algo que le confundió: aun frente a su ruina, permanecía tranquilo.

—¿Echaros? ¿Adónde iríais fuera de aquí? —El francés negó con la cabeza y expulsó todo el aire de sus pulmones. Luego apoyó el codo en la chimenea—. No iréis a ningún lado. Yo os protegeré, lo haré a pesar de todo.

Angelo DeGrasso alzó la cabeza sin decir palabra alguna.

—¿Qué aconsejáis que haga entonces, maestro? —El tono del francés era contenido, pero aún conmocionado.

El inquisidor se volvió hacia el resplandor de la chimenea antes de hablar.

—Enviad un mensajero urgentemente al condado de Armagnac, debemos reunir a la *Corpus Carus* aquí mismo. Presiento que la reliquia contiene algo tan profundo y oscuro que ni siquiera me atrevo a pronunciar.

Dicho esto, se retiró hacia las sombras del gran salón archiducal dejando al noble francés en soledad, junto a sus retratos y el charco de licor derramado.

Esa misma noche, un jinete salió al galope del castillo bajo la nevisca de Chamonix. Su destino era… Armagnac.

13

Tres días más tarde el mensajero del Santo Oficio irrumpió al galope por el empedrado de las calles de Roma; su marcha era fantasmagórica, se abría paso entre la niebla matutina que cubría el río con la expresión propia de un muerto.

El jinete recorrió el Lungotevere hasta el puente de Sant ‘Angelo y azuzó al semental, de crines color negro profundo, que resopló con furia y aceleró el paso. Era el final de una carrera desesperada emprendida por el nuncio mutilado y despavorido que culminó cuando finalmente el corcel entró en la plaza de San Pedro, donde fue recibido por un retén de soldados de la Guardia Suiza.

Amanecía lentamente en la ciudad mientras el Tíber lamía sus orillas.

Roma era origen y génesis de la historia de Occidente. La ciudad eterna había educado, protegido y exprimido a Europa entera, desde la isla de Britania hasta los valles egipcios, desde Hispania hasta los desiertos sirios. Todo el Mediterráneo le

pertenecía en su magnífico esplendor. Roma había sido el imperio más poderoso del mundo conocido, fue opresora y liberadora, cruel y aliada y quien se lavó las manos tras la muerte del Nazareno y destruyó ladrillo a ladrillo la ciudad santa de Jerusalén. Fue la Roma de Nerón y la de Adriano, la de Trajano y la de Vespasiano, también la de Constantino y la de Pedro, un judío obcecado en introducir la Iglesia de Cristo en el mundo de los antiguos.

Y así había sucedido.

La cúpula de San Pedro se alzaba en la ciudad donde debía, justo en el lugar donde Roma la pecadora crucificara boca abajo a Pedro; una Roma que se redimió de su propia inmundicia y se convirtió en fervorosa creyente, como María Magdalena, la mujer que en su vida viera el pecado y la gracia, la suciedad y la cara de Cristo. ¿Quien arrojaría la primera piedra contra María Magdalena?, preguntó y nadie contestó. ¿Quién arrojaría entonces la primera piedra contra Roma?

Esa mañana la ciudad seguía silenciosa tras sus murallas e inmutable vislumbraba un nuevo sol recordando cómo los hombres la demonizaban y santificaban, oyendo un continuo clamor estéril, como si los vivos fuesen solo polvo de su tiempo. Solo un murmullo en los arcanos de sus muros.

Dentro de la estancia vaticana la oscuridad apenas era atravesada por los rayos que procedían del vitral. Aquella ventana iluminaba con un resplandor azulado la figura de un monje arrodillado, silencioso y siniestro.

El benedictino escondía la cabeza en la capucha, pero dejaba ver algunos rasgos de la mitad de su rostro desfigurado. Ni la barba crecida ni el parche negro que cubría uno de sus ojos lograban disimular su grotesca y ladina expresión.

Sus manos eran pequeñas, del color de las aceitunas pardas, y sujetaban un rosario. En aquella estancia las plegarias ascendían hasta el cielo en un murmullo repetitivo y vehemente, desde la soledad y la sombra, desde la pobreza, desde la intimidad propia de un hombre recluido al servicio ciego de Dios. En ese preciso momento la puerta a sus espaldas se abrió y la irrupción de su superior cortó el trance del hombre desfigurado, que centró su atención en el recién llegado.

El cardenal Iuliano se detuvo frente a Giuglio Battista Èvola, que levantó su horrible faz y ofreció al cardenal una actitud expectante y humilde.

—Hemos encontrado la esfera —confirmó el Gran Inquisidor.

El monje benedictino no hizo ningún movimiento. Sabía muy bien lo que el cardenal sugería con su presencia y lo que la Iglesia le exigiría muy pronto.

—¿Qué deseáis de mí?

El purpurado respiró y su aliento formó una frase:

—Traedme la reliquia.

Nuevamente el silencio. Solamente la fragancia a incienso y las miradas.

El benedictino, muy lentamente, se puso en pie. Dio unos pasos y se detuvo frente a la ventana para observar con detenimiento los jardines vaticanos. Lo hizo con precaución, manteniendo la cortina semiabierta y desde la oscuridad del recinto. Allí estaba la muchacha. Dejó caer el cortinaje a sus espaldas y se volvió.

—Parece ausente —comentó Èvola, el monje benedictino, refiriéndose a ella.

El cardenal Iuliano no respondió de principio. Aún no sabía qué postura adoptar frente a su propia hija.

—Cierto —admitió al fin—, parece estar en otro sitio.

—¿Sospecháis que sea por Angelo DeGrasso?

—Es posible que así sea —se arriesgó a opinar el purpurado tras meditarlo.

Èvola escudriñó al cardenal con su único ojo sano, luego se pasó los dedos por el parche negro y gastado acariciando lentamente el lugar de su párpado ausente.

—Si sigue pensando en DeGrasso no hay nada que podamos hacer, al menos mientras ella sepa nuestros movimientos. Vuestra hija se convertirá en los ojos de él, todo lo que se planifique en Roma llegará tarde o temprano a oídos de su medio hermano. ¿O aún pensáis que el robo de la esfera no ha sido suficiente prueba?

Iuliano asintió en silencio. Internamente borbotaba como el magma a la espera de una erupción colosal y destructiva, pero pese a todo mantuvo la cordura.

—Hermano… —murmuró—, vos sois el único que sabe la verdadera historia de mi vida, tenéis la entereza y el criterio para discernir desde la razón. Decidme: ¿por qué creéis que mi hija hace todo esto? ¿Acaso me odia?

Giuglio Battista Èvola era el perro más fiel del cardenal Iuliano, un mastín rastreador y perspicaz presto a atacar que había percibido en la hija del cardenal lo que este no había podido ver nunca influido por su amor incondicional. El monje deforme había examinado la conducta de Anastasia con vigilancia sutil y sagaz, por eso habló desde el conocimiento:

—Ella no os odia. Y no es este el motivo por el que vuestra hija actúa así. Precisamente es todo lo contrario… Lo hace por amor. Ella vive y respira por amor.

El cardenal se sentía extrañado, dolido y curioso.

—No entiendo. Si decís que me ama, entonces ¿por qué…?

Èvola no le dio tiempo a terminar la pregunta.

—No me refiero al amor que siente por vos, Excelencia, el de una hija hacia su padre, que sin duda existe. Estoy hablando de otro que brilla en sus ojos y que advierto a diario mientras escribe sus cartas, observa las flores y se refleja en las fuentes. Lo hace todo por Angelo DeGrasso. Anastasia ama a vuestro hijo, su medio hermano, y en cierto modo pretende reparar con su fidelidad incondicional los años que ha estado separada de él y el daño y el desprecio que le habéis manifestado, a quien tratasteis como un bastardo y alejasteis de los privilegios que ella ha disfrutado.

Una mueca desagradable y temible contrajo el rostro de Iuliano. El volcán de su

interior estaba a punto de estallar, pero el monje continuó:

—Tened a bien no tomar mis palabras como desprecio, mi General. Anastasia os ama, pero la realidad evidencia que ahora la figura de Angelo le ha puesto un velo sobre los ojos. Debéis aceptar que posee el corazón de vuestra hija desde el otoño pasado, cuando asumieron sus lazos de sangre y su vínculo se estrechó, y más todavía desde su persecución y encierro. Ella siente que la desgracia se ceba en él y pretende compensarle por todo lo sufrido con su apoyo ciego, enfrentándose al mundo y a vos si es preciso. Y de ser así, creedme, ella es sus ojos en el Vaticano.

—¡Eso jamás sucederá! —zanjó el Gran Inquisidor.

Se produjo un silencio profundo, forzado.

—El robo de la reliquia corrobora mis afirmaciones —concluyó Èvola—. Es cierto que Anastasia siempre ha estado enormemente interesada en la astrología, la teología y todo lo relacionado con el conocimiento aun a pesar de ser mujer y que, por ello, ha tenido relación con Darko cuando este era el astrólogo del Santo Padre y su consejero, pero no acepto que pueda ser una de sus discípulas. Creo que lo único que ella buscaba en el castillo del Monte al acercarse al viejo brujo era conseguir la esfera para entregársela a DeGrasso y así reparar, de alguna manera, el daño que se le causó cuando se le arrebató el *Necronomicón*. No debéis olvidar que casi perece por mantenerlo alejado de la Iglesia y preservarlo de los brujos para que siguiera en poder de la *Corpus Carus* y así garantizar la supervivencia de su orden, a salvo de la persecución de la Inquisición. Y tampoco que vos ordenasteis el sacrificio de su amada, Raffaella, una inocente que fue quemada como bruja a pesar de que él traicionó a sus hermanos cofrades entregándoos el libro. No cumplisteis vuestra parte del trato y habéis sumido su vida en la desgracia. Es normal que ahora Anastasia, movida por su afán de justicia, quiera reparar vuestros errores para con su hermano.

Sus miradas volvieron a cruzarse y el cardenal, acorralado, asintió con la cabeza.

—Es verdad —dijo—, no puede ser una bruja, quiero creerlo. Ella misma me confesó abiertamente que había robado la reliquia y, gracias a esto, pude enviar un mensajero al lugar adonde la hizo llegar con la exhortación de que nos la devolvieran. Anastasia comprendió que mis días estaban contados y confesó el robo. —Iuliano negó con su cabeza—. Aun así, no la entiendo… con su actitud me flagela y al tiempo me acaricia.

—Lo cual es fiel testimonio de que no ha dejado de amaros. —Èvola cruzó las manos dentro de las mangas de su hábito—. Y aunque la peor de vuestras sospechas no se ha cumplido debemos asumir que Anastasia ha traicionado a Darko el brujo, pero también nos ha engañado a nosotros y ha colocado a la Iglesia en una grave situación. Vos bien sabéis que vuestra hija es muy bella… Los guardias pronto empezaron a rumorear que el brujo no avanzaba sin su presencia ni se inspiraba en su trabajo, pero lo cierto es que nadie en el castillo del Monte le vetó el paso ni impidió

aquellas visitas y es lógico, pues vos mismo así lo habíais decretado. Permitisteis que Anastasia accediera al corazón de los secretos más importantes de la Inquisición. No le negáis nada, o acaso ella no os obedece sabiéndose impune, pero el caso es que es por ella y su comportamiento por lo que la esfera ya no se encuentra en nuestro poder.

Su superior guardó silencio, caminó hacia el vano y desde allí se quedó observando con encontradas emociones a Anastasia. Luego volvió sus iris azules hacia el monje y habló de forma pausada.

—La reliquia está en Francia, bajo la protección del archiduque Mustaine de Chamonix, que se ha negado a devolverla.

—¿Es acaso también un cofrade de la *Corpus Carus*? —Èvola frunció el ceño.

—Lo es. Y también quien cobija a Angelo DeGrasso en su fortaleza. —Hizo una gran pausa que sirvió a su subordinado para reflexionar y corroborar sus sospechas. Después, el cardenal le señaló con su mano enguantada—. Vos os encargaréis personalmente de traer la reliquia. Me ocuparé de que recibáis todos los recursos que pidáis, sin límite, para que traigáis la esfera a la seguridad de la Santa Inquisición, para devolver a la Iglesia de Cristo lo que a Cristo pertenece.

Èvola escuchaba atento, asintiendo en la oscuridad de la capucha.

—Esta misma noche saldré en su búsqueda.

El cardenal sonrió.

—Llevaréis con vos poderes firmados de mi puño y letra. Tendréis total libertad de decisión y jurisdicción y el aval directo de Su Santidad para la búsqueda e incautación.

—¿Qué hay de los brujos? —indagó Èvola.

—No hemos podido exterminarlos a todos, aún andan por ahí, escondidos, tramando y conspirando desde las sombras. Saben muy bien que este es el mejor momento para hacerse con la esfera. Por ello, debemos actuar rápido, sin errores ni vacilaciones. —Su voz mostró fortaleza y determinación—. No hará falta que os explique qué sucederá si ese mapa cae en manos de los brujos, ¿verdad?

Giuglio Battista Èvola meditó, y desde las sombras que la capucha proporcionaba a su horrible rostro dirigió a su superior una mueca tan áspera como afilada.

—Dadme treinta días y os traeré la esfera, encerraré a los cofrades de la *Corpus Carus* y eliminaré a todos los brujos que halle en mi camino.

El cardenal Iuliano espiró dejando ir buena parte de la tensión que le atenazaba.

—Id pues cuanto antes. Sois depositario de toda mi confianza, la última que me queda.

—No os defraudaré —respondió el monje en un murmullo.

El máximo responsable de la Inquisición inclinó la frente a modo de saludo y se retiró. La puerta volvió a crujir y el benedictino quedó de nuevo a solas. Se arrodilló en la penumbra y reanudó sus oraciones tomando la siguiente cuenta del rosario. Sus

largos días de ayuno habían sido interrumpidos por aquella misión; era muy consciente de que la contemplación y el Evangelio tendrían que quedar relegados a otro momento de paz. Su único ojo se dirigió al fresco de la pared en busca de la Virgen y el Niño, y las plegarias en latín brotaron nuevamente como manantial de sus labios. Entregaba cada rezo, cada respiración a la Madre de Dios pues veía en ella a la madre que nunca tuvo. Contemplando el amor de aquella madre por su hijo intentaba paliar el nefasto recuerdo de su abandono en los oscuros y sucios callejones de su Nápoles natal.

Èvola recuperaría la esfera y el mapa que esta contenía. Lo haría con el fervor ciego y fanático de un cruzado sometiendo a cuantos encontrara en su camino. Para él no había medias tintas en los jardines terrenales: o se estaba con la causa de la Iglesia o con los esbirros de Satán.

El monje benedictino alzó el mentón y miró al Niño de Nazaret en brazos de María.

Juró devolverle la esfera de su misterio.

14

Esa misma tarde la audiencia papal se llevó a cabo en el tercer piso del palacio Apostólico, en una reunión promovida por el secretario del Estado vaticano, el cardenal Pietro Aldobrandini, que buscaba contrastar los informes de la Inquisición que había reunido el seno del colegio episcopal.

El salón era amplio y cómodo, con tres ventanales que permitían admirar la cúpula de la basílica de San Pedro en todo su esplendor. Su mano impaciente corrió la persiana con delicadeza y observó el patio interior preferido del Papa, el cortile San Dámaso. El cardenal Iuliano, el máximo inquisidor, atravesaba aquel claustro con rostro firme, alborotando a su paso a las palomas que zureaban bajo los últimos rayos del sol.

Fue el último en entrar, se acercó e inclinó la cabeza antes de tomar la mano del Vicario de Cristo y besar su anillo de pescador, aquel que lo distinguía como único sucesor del apóstol Pedro. Clemente VIII sonrió piadosamente e indicó a los presentes que tomaran asiento. También se encontraban allí los dos sobrinos del Papa, los cardenales Cinzio y el ya citado Pietro Aldobrandini, y el teólogo jesuita Roberto Bellarmino en calidad de cardenal asesor.

—Excelencia Iuliano, esta reunión tiene por finalidad esclarecer los sucesos acaecidos en el castillo del Monte —comenzó el secretario de Estado Aldobrandini

—. Por ello, querríamos conocer los datos que manejáis sobre el caso y el curso de la investigación practicada al respecto. También desearíamos saber con qué resultado se ha saldado la pesquisa efectuada en las tierras francesas de Chamonix.

El cardenal hablaba con la soltura y energía de un sobrino agraciado por un nepotismo casi obligado debido a la enfermedad que padecía su tío. Iuliano contestó, pero dirigiéndose al papa Clemente VIII.

—En verdad me gustaría entregaros hoy las respuestas que todos necesitáis oír, pero lo cierto es que lo concerniente al robo de la esfera aún es un misterio. He enviado una comitiva de investigación que se dedicará a reunir evidencias sobre el ladrón y la forma en que se produjo el robo. También he dejado en custodia a Darko, quien aún deberá responder varias preguntas ante nuestro tribunal inquisitorial. —Recorrió el rostro de los presentes—. Por último y para apaciguar vuestros ánimos, os comunico que hemos localizado fehacientemente el paradero de la reliquia en Chamonix, en el castillo del archiduque Mustaine quien, por su actitud, es obvio que ha rehusado entregarla.

—¿No os parece extraño que la esfera apareciese en esa localidad? —cuestionó el otro sobrino, Cinzio Aldobrandini, que sabía apuntar certeramente con sus preguntas.

—Nada extraño ocurre en Chamonix —sostuvo el cardenal Iuliano—. El paradero de la esfera no parece atenerse a ninguna lógica o razón, aunque todo continúa bajo investigación.

—¿Es verdad que el inquisidor Angelo DeGrasso se esconde allí? —intervino Pietro, sentado a la derecha del Sumo Pontífice.

Iuliano hizo una pequeña pausa tras la cual contestó.

—Así es, se encuentra en las tierras del archiduque, protegido por él.

—Y entonces ¿por qué omitís la extraña conexión entre él y el paradero de la esfera?

—No la omito, simplemente no he hallado una relación directa entre el robo de la esfera y el monje DeGrasso —mintió—, por lo que no me aventuro a realizar conjeturas.

Cinzio fue muy cauto al dejar entrever sus sospechas.

—He oído que vuestra sobrina Anastasia frecuentaba el castillo donde Darko llevaba a cabo sus estudios. ¿Qué sabéis de eso? ¿Acaso podría estar al tanto de la existencia de la reliquia y su posterior robo?

La hija del cardenal Iuliano no era conocida como tal sino como su sobrina, puesto que los cardenales no podían exponerse como religiosos y padres de familia. Pocos en el Vaticano estaban al corriente de los verdaderos lazos que le unían a Anastasia, aunque esta era ya una vieja habladuría que recorría infatigable los pasillos.

—No hay nada de cierto en ello. Solo son rumores, rumores que llevan a otros

rumores, y os recuerdo que la Inquisición únicamente trabaja con pruebas concretas. Mi sobrina Anastasia desconoce todo lo relativo a la esfera y las circunstancias en que fue sustraída. Si visitó a Darko fue por su interés en los conocimientos del astrólogo. No existe otro motivo.

—Entonces ¿podríais decirme por qué Anastasia liberó el año pasado al monje DeGrasso mientras este estuvo preso por la Inquisición en Florencia? —indagó Pietro Aldobrandini—. ¿Acaso hace y deshace a su antojo por ser sobrina de quien es?

Sí, su hija había sido autora de tamaño atrevimiento. Había liberado de las mazmorras de la Inquisición a Angelo DeGrasso, su medio hermano, por un arrebato pasional y llevada por su personalidad obstinada e impulsiva, y sin embargo permanecía impune a pesar de las advertencias y las llamadas al orden, y seguía haciendo y deshaciendo a su antojo, añadiendo con sus actos cada vez más obstáculos a su trabajo e, incluso, poniéndolo en peligro. Iuliano miró nuevamente al Vicario de Cristo, esperando que intercediera en su favor.

—Es suficiente… —indicó Clemente VIII con firmeza abandonando su mutismo.

El que Anastasia gozara de total impunidad no se debía solo a la protección de su padre sino también a la suya: su única hermana, Luciana Aldobrandini, había mantenido una fugaz relación con el ambicioso luliano de la que nació Anastasia, huérfana desde ese mismo momento ya que su madre falleció durante el parto. Fue decisión de este y del ahora Papa hacer pasar a la niña por sobrina del cardenal, para que así pudiera estar sin sospechas cerca de ambos. La predilección del Santo Padre por ella era, tal vez, uno de sus únicos puntos débiles: le recordaba tanto a su hermana y era tan despierta, bella y decidida que no podía más que protegerla, habida cuenta de que era consciente del trastorno que suponía en su mente y su joven corazón el haber conocido los terribles vaivenes políticos y las ambiciones y fidelidades que destrozaron las ilusiones y enfrentaron a los miembros de su familia.

Tras aquella pausa en la que sus sobrinos reconocidos no dejaron de manifestar su sorpresa por el inusitado arrebato dé su tío mientras luliano respiraba aliviado, continuó:

—El Superior General del Santo Oficio parece conocer bien a su sobrina, así pues no es necesario que nos perdamos por senderos que no nos llevarán a ninguna parte. —El Papa los contempló con mesura, su barba blanca le hacía parecer un ser reflexivo y las arrugas de su frente evidenciaban que era un hombre curtido. Además, todos en Roma sabían que vivía atormentado por el flagelo de la gota y no convenía hacerle sufrir más.

Tanto Pietro como Cinzio Aldobrandini se vieron obligados a refrenar sus lenguas, que habían estado a punto de hacer trastabillar las confusas explicaciones del máximo responsable de la Inquisición.

—Habladme de la reliquia, cardenal, decid qué proponéis que hagamos para

recuperarla —solicitó entonces el Pontífice poniendo fin al hostigamiento de sus sobrinos hacia luliano y obviando intencionadamente el nombre de Anastasia.

—La esfera se encuentra en Chamonix, bajo protección del archiduque Jacques David Mustaine, que también proporciona asilo incondicional a nuestro desertor Angelo DeGrasso. Esta madrugada ha regresado de Francia el nuncio que envié para ordenarle la devolución de la reliquia y del monje y, lamentablemente, la respuesta ha sido una rotunda negativa, además de sangrienta. Es por esto que hoy mismo he comenzado los preparativos para una segunda «propuesta» destinada a recuperarla que, decididamente, no podrá eludir.

—¿Estáis seguro? —farfulló Cinzio Aldobrandini.

—Siempre estoy seguro de lo que hago —respondió con cierta provocación Iuliano clavando con crudeza sus ojos azules en su interlocutor—. Ser protector de la ortodoxia católica desde hace tantos años me ha otorgado ciertos recursos que pueden convencer incluso a los más obstinados.

El florentino mostraba todo su orgullo cuando se trataba de su labor inquisitorial.

—No dudo que podáis recuperar la esfera —apostilló el cardenal jesuita Bellarmino, saliendo por primera vez de su mutismo y distendiendo con ello un tanto los ánimos—, he seguido de cerca vuestra actuación en el caso del apóstata Giordano Bruno y en la elaboración del *índice de Libros Prohibidos* que publicó el Santo Oficio bajo vuestra dirección en mil quinientos noventa y tres. También sé del fervor y tenacidad que habéis demostrado en el asunto de la literatura judía y los libros herejes.

El Papa escuchaba en silencio a Bellarmino, uno de los teólogos más brillantes e imparciales que había dado el siglo y que, a pesar de ser jesuita, apoyaba a los dominicos. El jesuita prosiguió:

—No dudo que lograréis lo que os proponéis, pero creo que sería interesante recibir información sobre la suerte que puede correr el contenido de la reliquia mientras se la recupera para nuestra Santa Sede. ¿Creéis que quien tiene la esfera, conocedor de lo que esta guarda, sabrá manipularla?

—No creo que nadie esté en posición de asegurar nada —respondió Iuliano tras meditar largamente—, y el que lo haga seguramente mentirá. A mi parecer, Chamonix es un paradero peligroso y es un riesgo que deberemos correr mientras no la recuperemos.

—¿Por qué creéis que es peligroso? —preguntó el jesuita italiano.

—Porque la esfera está en manos de DeGrasso, que fue discípulo de Piero del Grande.

Hubo un profundo silencio.

—¿En qué grado de desarrollo se encontraba el mapa de la esfera? —preguntó Pietro Aldobrandini.

Iuliano miró al jesuita con el rostro turbado.
—El mapa está terminado. Listo para ser leído por aquel que sepa manipularlo.

Segunda parte

FILOSOFEM

VI. Introducción a la esfera

15

Había caído una fría noche en los Alpes y todo el archiducado de Chamonix se encontraba cubierto por un espeso manto de nieve. El monje se cercioró de haber cerrado la puerta del viejo molino con dos vueltas de llave, luego se acomodó la capucha y empuñó la vara de fresno para emprender la vuelta. La nevada caía lenta y suavemente. El crepúsculo invernal sobrevino a la hora de vísperas, a las cinco. Angelo Demetrio DeGrasso alzó los ojos un instante y contempló aquella vista de perfección inmutable: los bosques, con sus copas blancas e inmóviles, formaban un paisaje helado, estático e imponente, peligroso y sombrío.

El clérigo comenzó su habitual regreso al castillo archiducal hundiendo la vara en la nieve y dejando tras de sí un rosario de huellas mientras su mente repasaba los nuevos sucesos. Aún le molestaba la pierna; a pesar de estar cicatrizada, las secuelas de la estocada no desaparecían y el frío se lo recordaba a cada paso de forma sutil, lo suficiente para obligarle a caminar con ayuda del bastón. En verdad no había pasado demasiado tiempo desde aquella noche en Florencia, no más de cinco meses desde aquel aciago 23 de octubre de 1598 en que, con Anastasia, su padre y su hombre de confianza, Giuglio Battista Èvola, como testigos, se enfrentara al Inquisidor General de la Toscana, el polaco Dragan Woljzowicz, un hombre leal a luliano, en un duelo mortal a espada con el fin de recuperar el *Codex Esmeralda* y el *Necronomicón*, los libros que tanto los brujos como la Iglesia y la *Corpus Carus* perseguían. Cada vez que recordaba aquel cruento enfrentamiento en la piazza de la Signoria sus emociones se colapsaban; volvía a verse allí, desangrándose, a punto de morir, y debía aferrarse a toda su fe y su voluntad para enfrentarse a sus peores fantasmas, a sus peores recuerdos, a sus peores demonios.

Angelo caminaba sin levantar la vista, sumido en la oscuridad de la capucha y en el recuerdo del paso inquietante de una daga por su clavícula. La mano que asesinara a su maestro Piero del Grande en Génova fue la misma que se dirigió contra él en Florencia buscándole una muerte que esquivó de forma milagrosa. Su destino, su vida, pendían de un misterio de dimensiones sagradas aún por resolver y que había regresado a él en forma de reliquia.

La frase grabada en la esfera le había cautivado. Su instinto le llevaba a pensar en

su significado en la cultura griega y en todas las asociaciones de ideas que ello le sugería. Recordó la antigua lucha por el libro prohibido. Angelo sabía que el asunto del *Necronomicón* no era ajeno a la reliquia ni ella lo era a su maestro asesinado. Nada más ver la esfera asoció aquel libro prohibido con una idea que le había transmitido su maestro Piero del Grande, quien le había confesado ya al final de su vida la existencia de un silogismo capaz de convertir la fe en pura razón. Según el capuchino, era una herramienta filosófica conocida con el nombre de *Codex Terrenus*, un razonamiento lógico tan preciso y peligroso que el hombre jamás debería buscarlo, pues era como acceder a la cuerda de su propia horca.

Bajo la nieve y la oscuridad el dominico seguía su camino hacia el castillo de Mustaine extraviado en unos pensamientos que le impedían disfrutar de la belleza que le rodeaba.

—*Mia ousía, treîs hypóstaseis.*

Angelo sabía que, tras ser confiscados el *Necronomicón* y su *Codex Esmeralda* por la Inquisición y rescatados por él para la *Corpus Carus*, estos habían ido a parar a manos de Darko. Lo que desconocía era que, desde su apresamiento por el Santo Oficio a manos de Èvola, Darko era cerebro y a la vez rehén de un proyecto de suma importante para algunos miembros de la curia romana. Más allá de los litigios teológicos entre dominicos y jesuitas, se intuía un afán desmedido de los primeros por ocultar a estos últimos ciertos conocimientos, sobre todo aquellos que el Gran Brujo estaba desentrañando y que ponían muy nerviosos a los dominicos, como si tocasen las hebras más sensibles de sus propios principios religiosos. El brujo había trabajado en Puglia, un lugar remoto del sur de Italia, con la suficiente tranquilidad y recursos para poner en práctica sus ideas, muchas de ellas heréticas, como el uso de extractos del *Necronomicón*, obra prohibida que la misma Iglesia había ordenado incautar.

La Inquisición había visitado repetidamente a Darko en su privilegiado encierro facilitándole cuanto solicitaba. El Santo Oficio se había convertido en una suerte de mecenas y socio indeseado para el Gran Maestro de los Brujos, un socio que le supervisaba mientras trabajaba. Sin duda, este podría haber sido condenado cien veces a la hoguera por lo que estaba haciendo, pero los dominicos parecían haber conseguido que las ciencias heréticas fueran utilizadas en pro de sus propios intereses.

Así, Darko había trabajado día y noche durante tres meses en ese escondido enclave, guarecido en la seguridad asfixiante del castillo del Monte, para lograr desencriptar aquella obra maestra del pasado. Ahora, Angelo comenzaba a sospechar que el *Necronomicón*, el Gran Brujo y sus oscuros tratos con la Inquisición guardaban relación con esa misteriosa reliquia que descansaba en su escritorio, aunque ignoraba que pudiera tratarse de ese *Codex Terrenus* del cual su maestro capuchino le había

advertido.

—Mía ousía, treîs hypóstaseis —repitió el monje.

Apoyado en la vara, Angelo comenzó reconstruir la frase y su significado.

Aquella reliquia mostraba un claro mensaje, un aviso enigmático pero íntimamente evidente para un religioso con conocimientos clásicos. Tenía un significado arcano, sagrado y, en general, inaccesible a la inteligencia humana: *mía ousía, treîs hypóstaseis* significaba, en el griego exacto que Angelo había traducido, «una esencia, tres personas», una expresión que servía solo para una cosa: para demostrar la existencia de Dios.

Con esta frase grabada la esfera se acercaba al misterio central del cristianismo; sin duda la inscripción se refería al misterio de la Santísima Trinidad; el de un Dios que se mostraba infinitamente cerca en el amor y eternamente distante en la razón.

Pero… ¿qué querría advertir esa frase? Más allá de su significado teológico aquel texto apuntaba al contenido. Pero… ¿qué cabría dentro de esa esfera? Angelo no se había atrevido a abrirla. Tenía serias sospechas sobre lo que albergaba, que aún relacionaba con su pasado de inquisidor y con el *Necronomicón* que le había llevado al borde del abismo. Sin embargo, y a pesar de que temía su contenido, este empezaba a seducirle.

Pero para seguir adelante con sus averiguaciones antes debía deducir el significado oculto de la frase en griego. Ese sería el único modo de enfrentarse al contenido de la esfera. Y, para ello, debía ahondar en los insondables misterios de la Trinidad.

Angelo DeGrasso sabía que el concepto Trino, más allá de sus intentos de definición, era una idea natural y libre revelada por Dios a los hombres y no solo implícita en los Libros Sagrados, sino también palpable en la naturaleza. Por ello, la Trinidad pasaría a ser posesión personal de cada individuo y no monopolio de un libro de catecismo. Sin embargo, el monje no ignoraba que la idea bien entendida de la Trinidad era un concepto solo formulado para eruditos y teólogos, pues la gente común aceptaba la idea pero confundía su significado.

No era difícil encontrar feligreses que creyeran que Dios Padre se había encarnado para finalizar su aventura clavado en una cruz, o que el Hijo no podía ser Dios porque Dios era el Padre y tendríamos entonces dos dioses y no uno. Pero los hombres de buena voluntad no estaban obligados a comprender la Trinidad tal y como lo que era, pues la Trinidad, para el común, es inexplicable.

Pero ¿acaso alguien piensa que puede comprender la existencia de Dios? ¿El alcance de algo que es Todopoderoso?

—Dios no es confusión —recordó lo que decían las Sagradas Escrituras—. No lo es en su mensaje moral, pero sí en su existencia morfológica y sustancial. Pues un Dios que se presenta como un ser Omnipotente, Eterno e Infinito es inaccesible desde el punto de vista humano.

Nadie puede imaginar el infinito. El hombre se marea con él y así, horrorizado, lo censura en su mente. Entonces ¿quién puede decir que Dios no es Trino? ¿Nos importa realmente Dios cuando lo deformamos según nuestra comodidad intelectual? Angelo sabía que no, que siempre ha sido mejor sacrificar a Dios para creer en otro, el dios que nos conviene, reducido por nuestra inteligencia. Y todo aquello era un atentado contra la Verdad. Y ya no importaba entonces qué es Dios para el ser humano sino cuánto sabe el ser humano de su verdadera existencia.

Y Dios era uno. Y Dios era tres. Y quien no entendía incluso rehusaba entrar en ese laberinto intrincado e ilógico. Pero esa era la Verdad. A pesar del ego de los hombres, esa era la única Verdad.

Pero ¿Trinidad está escrito en la Biblia? Angelo negó suavemente con su cabeza… No, no estaba. Y entonces ¿cómo se puede llegar a creer? Pero ¿Dios, en su Omnipotencia, está limitado por palabras escritas en lenguaje de hombres? ¿Acaso Dios está contenido solo en las páginas de un libro? ¿No hay más definiciones de Dios fuera de esas páginas? ¿Acaso la naturaleza en sí no es la Palabra de Dios? ¿Una manzana, un árbol, un río… no son testimonios y «evangelios» de Dios? Sí, porque Dios se revela de manera explícita en el lenguaje de los hombres e implícita en el lenguaje natural. ¿Y por qué no revelar entonces su esencia trina de la misma manera, con datos que inunden los textos sagrados y arrojen sutiles evidencias de ella? ¿Acaso se pretendía que Dios dejase escrita la fórmula matemática de Su existencia para los escépticos e incrédulos?

El auténtico delirio sobrevenía al intentar razonar la existencia del Dios Eterno desde la inteligencia. Por tal motivo, los monjes destinaban su vida a abordar el misterio insondable de la Trinidad a través de la contemplación, como Hugo de San Víctor y san Anselmo, quienes se adentraron en los umbrales de la teología natural, o san Buenaventura, o san Alberto Magno, o el mismo santo Tomás, que llevaron la lógica a niveles excelsos solo para poder rozar a Dios con el intelecto.

Pero aun así, el Todopoderoso rompía las celdas de la mente humana, incluso las de las más eruditas. Y todo intento de abordarlo reclamaba saberes profundos y todo intento de demostrarlo terminaba en brumas.

Y el concepto de Dios seguía mareando y atrapando. La razón del hombre retrocedía y luego volvía a avanzar hacia El, acechándolo, y nuevamente, enloquecida, se derrumbaba.

Y Dios es uno. Y Dios es tres.

Y la mente del hombre se colapsa con este pensamiento e, iluminado por Dios,

clama desde su ignorancia.

Angelo clavó su vara en la nieve y contempló aquel paisaje blanco.

¿Alguien podría definir qué es el agua?: ¿el agua es agua cuando está en un cántaro?, ¿o es agua cuando es un trozo de hielo?, ¿o cuando escapa en vapores de un caldero?

Como el agua, Dios no está atrapado en la unidad, ni tampoco separado por las distinciones. En Dios se distinguen tres personas, como en el agua los tres estados.

De esta forma, el monje se adentró en el misterio de la esfera mientras comenzaba a convencerse de que contenía algo perfecto, una perfección que haría palidecer incluso su hermosura exterior. Una perfección como la de aquellas aves que arrullaban en las ramas.

Tres y Uno no era un capricho, también era un mensaje. Tres y Uno. Un mensaje que ahora el inquisidor comenzaba a analizar. Pero un pensamiento se le atravesó como una nube negra: la existencia del mal.

Pensó en los brujos, esos hombres que recorrían la tierra sembrándola de cizaña y blasfemias, y reflexionó. No dudó que buscarían la reliquia.

Los esbirros de Satán llegarían. Lo harían en cualquier momento. Por ello desconfió.

Las criaturas de la noche parecían seguir los pasos del monje por el bosque. El dominico detuvo su marcha y miró hacia las bestias ocultas a sus ojos. Le atraía la oscuridad, pues era un inquisidor. Su curiosidad hurgaba en las mentes más retorcidas y viles como cazador y verdugo de demonios. Su voluntad había sido tormento de herejes; había sido más temido incluso que las fieras que aullaban en ese bosque negro de Chamonix.

Angelo desafió la oscuridad y a los lobos, miró con vehemencia la noche y retó a sus criaturas. Estaba convencido. Si venían por la reliquia, el genovés sometería a los brujos, pues no temía al hombre, ni al Diablo, ni a la noche, ni al frío, ni al hambre, ni a las bestias. Solo temía a Dios y a su juicio terrible.

VII. Panteones oscuros del conocimiento

16

Angelo Demetrio DeGrasso miraba la esfera con desconfianza y fascinación. Seguía nevando en Chamonix un día después en otro atardecer igual de gélido y sombrío, pero en el interior del molino abandonado todo parecía destellar en reflejos dorados. La reliquia estaba apoyada sobre la seda que había constituido su envoltorio original, y aunque percibía el suave perfume femenino que emanaba del paño, la atención del monje recayó en su brillo inmaculado y sus extraños grabados. La esfera reflejaba el rostro del Ángel Negro sobre su convexidad dorada, que aparecía deformado y mostrando su curiosidad ante el jeroglífico.

El inquisidor salió momentáneamente de su concentración y se acercó hasta la ventana, desde donde observó el valle con las sombras difusas de los muros defensivos y el castillo archiducal. Admiró la perfección del manto blanco y la naturaleza congelada por la nevisca, y captó en esa imagen invernal el instante de un cambio, de un ciclo natural que renacería en brotes con la próxima primavera, una imagen que iba de lo muerto a lo vivo, como el curso mismo del pensamiento humano.

Había pasado gran parte de su vida estudiando filosofía de la naturaleza en su convento de Liguria. En todos sus años como inquisidor jamás perdió el interés por los misterios de la Creación: el porqué del mundo, la naturaleza de las cosas, el tiempo y la existencia de la consciencia en el hombre. Su maestro había fomentado el desarrollo de ese don proponiéndole acertijos y debatiendo sobre temas tan abstractos que incluso rayaban en la incoherencia.

Ahora esa esfera le invitaba a pensar, y por ella recordó las advertencias de Piero del Grande, y la existencia del *Codex Terrenus*, una filosofía inmaculada, tan atractiva y excelsa como destructiva.

La frase grabada en la reliquia se repetía en su mente, «una esencia, tres personas», y Angelo regresó al escritorio, se sentó ante la esfera y comenzó a razonar sobre ella con espíritu teológico, igual que un escultor contempla el mármol antes de cincelar.

Su maestro le había hablado poco del tema y había ocultado el misterio del *Codex Terrenus* que portaba el *Necronomicón*. Quizá su asesinato había impedido la transmisión completa de aquel conocimiento, pero los pocos indicios de que disponía le daban pistas firmes para la reflexión. «Los panteones oscuros del conocimiento»

era una frase que le repetía su mentor y Angelo pensaba en ella con pavor: el conocimiento del hombre, tarde o temprano, era reemplazado por otro nuevo. Como el brot>e de los árboles y el cambio de las estaciones, las viejas sabidurías eran condenadas al olvido, marchitas y enterradas en la historia. Toda ciencia presente sería asaltada tarde o temprano, inexorablemente, por un nuevo modo de pensar. Así sucedió. Y así sucederá.

Angelo, en aquel momento, tuvo miedo de la esfera.

Ya en la Antigua Grecia hubo un iluminado que destrozó los moldes filosóficos de la época, Sócrates, que había litigado con el mundo helénico y los sofistas sobre la existencia de un Dios único, dudando desde el pulpito de las plazas de la existencia de dioses hambrientos de sacrificios. Pero fue un revolucionario que pagó caro su atrevimiento, y por eso debió beber la cicuta, por defender la idea de un Dios único y abstracto, que bautizó como «el Divino Arquitecto», del que los griegos oían hablar atónitos y horrorizados.

Comenzó la revolución del pensamiento griego y así fue que un discípulo suyo llamado Platón siguió sus enseñanzas y las amplió. Platón enfrentó los mitos con su erudición, tomó la antorcha del conocimiento y la elevó hasta iluminar lentamente las cabezas de los filósofos y gobernantes. Faltaban cuatro siglos para que Cristo naciera y aun así él hablaba de las tríadas divinas, preparando el camino de los cristianos. Sin embargo sus explicaciones tenían las fuerzas de las olas encrespadas pero sus ideas terminaban en brumas. Eran ideas incompletas que necesitaban una piedra angular que llenara el vacío.

Aun así, el pensamiento platónico revolucionó el concepto existente del cosmos, de las cosas materiales y del hombre en la tierra. Los dioses de la Antigua Grecia vieron derrumbarse su hegemonía; Neptuno maldijo a Platón, Marte le condenó y Diana intentó cazarle, pero sus días terminaron en manos de un verdugo infalible: la nueva filosofía.

Platón también tuvo un discípulo, Aristóteles, que a su vez fue preceptor de Alejandro Magno, quien conquistó el mundo conocido hasta lograr que todos hablaran en griego. Gracias a él los ptolomeos propagaron la cultura helénica en Egipto, los seléucidas lo hicieron en Palestina y los judíos terminaron por escribir la Torá en griego y los gobernantes judíos pensaron como macedonios. El encanto duró hasta que llegó la feroz loba del Tíber.

Entonces Roma lo eclipsó todo con su único culto, el culto al dios «tributo».

Una gota transparente de sudor recorrió la sien del inquisidor. Angelo pensaba y la esfera brillaba ante la llama como complacida de que alguien especulara sobre ella. El genovés la tocó y continuó desgranando la historia en el interior de su capucha:

Los Padres de la Iglesia habían sido en su mayoría griegos y platónicos; incluso

san Agustín, que era africano, mantuvo la filosofía neoplatónica. Así, la Iglesia apostólica se dotó de las armaduras racionales de los antiguos griegos que, por accidente u obra de la misma Providencia, había permanecido en el judaísmo y en la obsoleta religión imperial de los romanos y de esta forma lentamente se desarrolló en el mundo cristiano la teología monástica, impulsada por los benedictinos y por los monjes orientales; pero aun así la estabilidad del sistema filosófico de la fe no tardó en agitarse.

DeGrasso recordó a santo Tomás. Recordó que el siglo XIII había traído consigo cambios y tensiones. La filosofía aristotélica, olvidada durante siglos, reapareció a través del mundo árabe para abrir el debate en distintas escuelas del pensamiento. Los franciscanos comenzaron releyendo a Aristóteles e intentaron aplicar su método científico a la Revelación: santo Tomás de Aquino abordó íntegramente la propuesta aristotélica dejando de lado la iluminación agustina y la antigua filosofía griega de Platón, convirtiendo el aristotelismo en un instrumento al servicio de la fe e intentando llegar a Dios con su nuevo pensamiento a través de «las cinco vías».

La escolástica fue el resultado; la metafísica, la solución.

Tanto san Anselmo como santo Tomás —uno con Platón y el otro con Aristóteles— intentaron obsesivamente un mismo objetivo: probar la existencia de Dios.

El monje volvió a mirar la esfera.

¿Y si contuviese una nueva filosofía?

¿Y si el *Codex Terrenus*, del que le advirtiese su maestro capuchino, estuviera allí dentro?

¿Y si la leyenda en griego fuera una advertencia?

Alargó la mano dispuesto a destapar la *bullée* y su pulso le traicionó haciéndole vacilar, como si los espíritus de Agustín, Tomás y Anselmo le advirtiesen espantados de un camino incorrecto. ¿Y si el mundo contemporáneo no estaba en condiciones de resistir un *Codex Terrenus*?

¿Y si todo lo conocido cayese por tierra?

¿Y si «los panteones oscuros del conocimiento» reclamasen ahora al cristianismo?

—Dios mío —exclamó pasándose la mano por la frente—. ¿Qué clase de misterio guardas aquí dentro? —Y sus ojos reflejaron el brillo del oro.

El inquisidor recordó el poder de Satanás y sus tentaciones. Recordó al Diablo ofreciendo al hombre la manzana del conocimiento que luego le expulsó del Edén, miró fijamente la reliquia y supo que la ciencia humana ocultaba tras de sí las púas satánicas más afiladas. El hombre, al investigar, se apartaba lentamente de la fe y se entregaba por completo al ateísmo de la razón terrenal.

Tentado, Angelo movió la mano con delicadeza y arrebatado por su sangre

mediterránea se dispuso a destapar la esfera.

17

A la hora del crepúsculo Anastasia volvió a pasear por los jardines como había hecho durante la mañana y como venía haciendo desde que llegara al Vaticano. Su mirada vagaba perdida entre las hojas secas y el espejo de agua, atrapada en la misma fuente y bajo los mismos árboles, en el mismo invierno y sus días evanescentes.

Sus ojos habían cambiado de color a la par que el crepúsculo, del gris profundo al verde esmeralda, pero mantenían aquella mirada sosegada y reflexiva. Había elegido para esa tarde su mejor vestido, de terciopelo escarlata y escote pronunciado, que oprimía y exaltaba su busto entre festones dorados. Se protegía los hombros del frío con una piel de un negro intenso que dejaba desnudo su cuello, del que pendía una gargantilla de ópalos. Tras ella dos monjas la acompañaban en silencio. La hija del cardenal caminaba abstraída en sus pensamientos.

Repentinamente, las religiosas observaron sorprendidas a dos soldados de la Guardia Suiza que se detuvieron a cierta distancia al tiempo que el cardenal Iuliano se acercaba hasta la fuente y ordenaba a las religiosas que se retiraran.

Su padre había llegado y, con él, el manto oscuro de la Inquisición.

—¿Interrumpo? —murmuró.

Anastasia lo miró. Luego mostró una tibia sonrisa mientras le invitaba a acompañarle. Iuliano le tomó la mano y observó junto a ella el espejo grisáceo del agua estancada.

—No te veo a gusto en Roma —susurró él—, ¿hay algo aquí que te perturbe?

—Preferiría estar en Florencia.

—No es la primera vez que vienes a Roma conmigo, no entiendo qué te sucede.

—Jamás pusiste freno a mi libertad —respondió Anastasia.

El cardenal fijó el azul penetrante de sus ojos.

—No te he quitado libertad.

—No necesito una custodia de monjas ni ser observada desde las ventanas. —Hubo un silencio. Vincenzo no contestó y Anastasia preguntó perpleja—: ¿Acaso ya no confías en mí? Entonces déjame ir a Florencia o regresar a Volterra, allí tendré el consuelo de contemplar nuestros muros familiares y no estos que me son ajenos.

—Te quedarás en Roma, conmigo.

—¡Soy tu hija! —Anastasia se soltó con violencia de la mano de su padre—. No quiero que me obligues como a tus súbditos, no quiero que me ordenes como a tus

monjes ni que me tortures como a tus herejes. Quiero sentirme una mujer libre… ¡No quiero ser un trofeo de tu hábito de inquisidor!

—No sabes lo que estás diciendo —replicó el cardenal.

—Lo sé bien pues te conozco como nadie. No en vano porque soy tu hija, la que debes esconder de los prelados, la que tiene un pasado innombrable… La que tiene un padre que disfruta del sabor de la muerte.

—¡Silencio! —bramó Vincenzo.

—¡Mataste a la amada de Angelo! —le gritó a la cara.

Vincenzo Iuliano hizo callar a su hija con una bofetada. El golpe sonó seco. Anastasia se tocó la mejilla mientras el cardenal contemplaba horrorizado su mano alzada y el terrible acto que acababa de cometer. Era la primera vez que la golpeaba, la primera vez en sus veintisiete años de vida.

Rápidamente la abrazó y ella rompió a llorar sobre su hombro.

—Perdóname, no quise hacerlo, hija mía… Sé que no he sido un buen ejemplo como padre, sé que no estuve siempre que lo necesitaste, pero te amo, te amo más que a nadie en este mundo. Desde que murió tu madre prometí a Dios darte todo y creo haberlo hecho. —Levantó la cara dolorida de su hija, le enjugó las lágrimas con su pañuelo y la besó en la frente—. Somos nosotros dos en este mundo, sangre de la misma sangre, no irás a creer que ya no te amo como cuando eras pequeña.

—Ahora somos tres —le corrigió ella con un fino hilo de voz—; Angelo también es de nuestra sangre, es parte de nuestra familia.

Esta vez fue el cardenal quien permaneció callado.

—¿Confías en mí? —preguntó Anastasia.

Vincenzo miró a su hija a los ojos.

—Claro que confío en ti. Nunca he dejado de hacerlo.

Anastasia tomó nuevamente la mano de su padre.

—¿Podré volver a Florencia?

—Te pido que te quedes aquí, conmigo.

—¿Como orden?

—Como necesidad.

—Entonces lo pensaré. —El rostro de Anastasia se iluminó.

El cardenal besó la mano de su hija. Luego dio un paso hacia el borde de la fuente, enigmático, con la vista fija en los peces.

—¿Por qué robaste la esfera del castillo…? ¿Qué clase de vida te he dado para que me pagues con esta moneda? Toda la curia sospecha de ti. Los cardenales desconfían de lo que sabes y podrías contar. ¿Y sabes por qué? Porque yo te hice cómplice de mi vida. Te he entregado todo… incluso mi intimidad. Y ahora pago por ello. Jamás pensé que mis propios ojos me traicionarían.

—Lo siento —confesó ella—, en verdad lo siento. Pero recuerda que yo misma te

lo confesé y te dije adonde había llevado la reliquia. —Anastasia trató de contener la emoción, pero su voz sonó angustiada—: ¡Y tú has enviado allí a la Inquisición!

—¿Acaso imaginaste que tu capricho no tendría consecuencias, que la curia no sospecharía de ti? —bufó el Gran Inquisidor—. No me será fácil protegerte de los prelados, créeme, ¿y sabes por qué…? Porque precisamente en ese lugar de Francia se encuentra Angelo DeGrasso. Nadie dejará de relacionar ese detalle. Tú se la has llevado y me has traicionado. ¿Por qué lo has hecho?

Anastasia se enfrentó al rostro de su padre. Sus ojos verdes parecían cargarse lentamente del rocío del alma.

—Por él.

—¿Por Angelo?

—Es tu hijo.

—Tú eres mi única hija —rectificó el Gran Inquisidor.

—¿Serías capaz de atravesarme con un puñal? —preguntó ella.

—¿Qué locura dices? —Iuliano frunció el ceño.

—Sin embargo has querido asesinar a Angelo desde que nació. Y ahora has puesto precio a su cabeza y le has humillado como inquisidor. Le has quitado incluso lo que jamás le diste… la paz. —Anastasia levantó la cabeza en un hermoso gesto desafiante—. Cada vez que intentes asesinar a tu hijo, cada vez que intentes deshacerte de mi hermano, me estarás clavando un puñal. ¡A mí, a Anastasia!

—¡Tú no lo conoces! ¡No has sabido nunca nada de él! ¿Y ahora lo pones por encima de mí, de tu padre? Angelo es un desconocido, es solo un sueño inaccesible… Pero pronto despertarás. No es más que un bastardo, no quiero saber nada de él. ¡No me obligues a saber de él!

—¡Vi las lágrimas correr por tus mejillas cuando casi lo matan obedeciendo tus órdenes en Florencia! Dime por qué lloraste esa mañana. ¿Acaso no soportaste ver a tu hijo agonizando por culpa de las espadas de tus soldados? ¿Puedes mirarme a los ojos y decirme que lo odias o acaso lo ves como a alguien que te roba mi atención?

—¿Sabes qué me ha dicho Èvola?

—¿Èvola? ¿Qué locuras cree ese monje fanático? —Anastasia sabía muy bien de la astucia de ese ser deforme, su sagacidad y su percepción.

—Me ha dicho que estás enamorada de Angelo, que ahora tu corazón late por él. Y yo le creo. —Vincenzo luliano clavó los ojos en ella.

—¿Y a mí me crees?

—No me has contestado. ¿Estás enamorada de Angelo?

—Lo amo como hermano —respondió decidida.

Repentinamente una sombra apareció en los jardines, una figura negra que llamó la atención de Anastasia. Iuliano se volvió hacia su hija y anunció secamente:

—Debo irme.

Giuglio Battista Èvola permanecía estático entre las sombras y el cardenal supo que estaba a punto de partir hacia Francia. Anastasia estudió detenidamente al benedictino.

—Tu mastín espera… —comentó—. Parece que aguarda tu bendición para partir hacia el próximo baño de sangre.

—¿Darko te habló del contenido de la esfera? —inquirió el cardenal antes de dejarla.

—No. Te lo juro.

El cardenal se arrimó a su hija y con voz resignada le concedió.

—Puedes volver a Florencia o a Volterra si lo deseas, tan solo mantente lejos de los problemas de la Inquisición. No quiero que te acerques a tu hermano bajo ningún pretexto, Anastasia, puede ser muy peligroso, la paz puede abandonar Chamonix… —Iuliano se detuvo al darse cuenta de que no podía dar más información a su hija o produciría el efecto contrario al deseado, levantó su barbilla y continuó—. Y, sobre todo, hija mía, evita hablar con gente del clero sobre lo que hiciste. Que seas la sobrina del Pontífice no te protegerá por siempre, y que seas mi hija no te hará impune. Cuídate. Bien sabes que te amo. Con toda mi alma.

El General del Santo Oficio besó la frente de su hija y la dejó bajo la protección de los guardias suizos, después se retiró junto al monje Èvola, que lo acompañó en silencio hasta desaparecer en la oscuridad.

Anastasia alzó sus hermosos ojos al cielo de Roma; ya había anochecido. Observó la Estrella Polar y una lágrima se deslizó por su mejilla.

18

La estrella polar brillaba nítida a través del ventanuco de Angelo. Los vientos del anochecer habían limpiado los cielos de Chamonix dejando el valle iluminado por una perfecta luna llena. Desde los senderos nocturnos hasta el sordo venteo de los lobos, todo estaba bañado por la luna, que iluminaba los bosques con tonos azulados.

Dentro de aquel viejo molino que se erguía en el paisaje nevado los ojos de Angelo estaban atrapados en el enigma universal que tenía entre las manos. Contempló la esfera, y con cuidado la depositó sobre la mesa, encima de la seda. Tomó asiento junto al candelabro y deslizó el pulgar por la reliquia hasta topar con el seguro. Lentamente corrió el dispositivo mecánico y escuchó un débil sonido.

Se quedó abstraído un instante y respiró hondo. Sujetó con tres dedos la cruz de la tapa y vaciló. Intuía que la reliquia guardaba en su interior el miedo cerval de los

filósofos y religiosos medievales. Dudó, pero arrebatado por un deseo muy humano la destapó.

La esfera estaba abierta.

El inquisidor arrimó el candelabro y observó lo que parecía un sinsentido. Extrajo de su interior una serie de pequeños pergaminos enrollados hasta dejar la reliquia vacía. Después, inspeccionó el interior. Su frente se frunció ante el segundo hallazgo: en la concavidad del fondo había un opúsculo labrado.

Tomó la base de oro bruñida y la arrimó al candelabro; logró descifrar un texto en latín:

> El nombre de Dios ha sido falseado ante los hombres para confundir y velar el secreto máximo de su significado. Pero en su raíz aflorará como pétalos, regado por el agua invisible, sobre la flor del que murió dos veces.
>
> Al cruzar el portal de la luz en su recorrido hallarán la esfera en manos del niño soportando la base del conocimiento. Allí lo pescaréis.

Tras leerlo, revisó los pergaminos. Eran doce, pequeños y amarillentos. Angelo desenrolló con rapidez uno de ellos y lo observó con detenimiento hasta quedar totalmente desconcertado. Luego hizo lo mismo con los demás.

Todos estaban en blanco.

VIII. El emisario

19

Días después, el inquisidor Angelo DeGrasso llegaba a Cluny, en Borgoña. El Ángel Negro había recorrido varias leguas a través de la nieve hasta llegar a ese antiguo monasterio francés. Abandonar la protección del archiduque suponía un riesgo que se había animado a correr: continuar en suelo galo y oculto bajo la capucha hacía que se sintiera tranquilo.

Los monjes benedictinos de Cluny habían recopilado innumerables obras literarias griegas y hebreas durante las primeras cruzadas. Su monasterio había sido génesis y referente de las abadías templarías francesas y de aquellos monjes armados que atesoraron botines incalculables en las guerras sacras. Pero lejos estaba ya el clamor de las espadas en aquel claustro y olvidado el fervor bélico hacia Tierra Santa. Ahora sus paredes servían como espacio de lectura y reflexión, de silencio, contemplación y estudio.

Un monje acompañó a Angelo guiándole hasta la biblioteca. El aroma a pergamino añejo invadía las repisas a cada paso y se aspiraba en corpúsculos diminutos que flotaban en el aire. El efluvio seco de los libros parecía incluso amortiguar el sonido de los pasos que resonaban quedamente en los angostos corredores. El bibliotecario se detuvo y señaló un rincón lúgubre junto a los anaqueles del fondo. Angelo se lo agradeció y caminó directo hacia aquel lugar sin extraviar la vista en las estanterías ni prestar atención a las obras de derecho canónico ni a los decretos de la Reforma de Trento. Él buscaba a dos autores medievales, dos autores que eran el centro de su atención.

Recorrió con la vista, en silencio, los lomos de cuero. Leyó los títulos estampados en latín y tomó tres volúmenes viejos más un diccionario. Sopló el polvillo que los cubría y los volvió a revisar para asegurarse: eran los que buscaba.

Se sentó bajo el vitral. Con cautela abrió el primer volumen. Su índice comenzó a recorrerlo y con suma atención leyó mientras a duras penas lograba contener la ansiedad. Recordó sus años de vida ascética, sus labores de traductor y copista en el convento, cuando pasaba inviernos y veranos enteros leyendo el hebreo bíblico. Ahora todo era diferente, no se trataba de una labor metódica bajo la mirada atenta de un superior. Estaba solo.

Y así, en soledad, comenzó a desentrañar el misterio tras leer una y otra vez el significado del Tetragrama hebreo de Dios, las cuatro letras impronunciables que

componían el nombre propio del Altísimo.

—«YHWH»… —rezaron los labios de Angelo. Nuevamente se acarició la barbilla y se sumergió en el estudio de su significado.

Pasó las dos horas siguientes comparando el *Monologiun* de san Anselmo de Canterbury que, escrito en el año 1077, versaba sobre las pruebas metafísicas de Dios, con la *Summa Theologiae* redactada en 1273 por santo Tomás de Aquino donde formulaba las Cinco Vías para demostrar la existencia de Dios. Por último, tomó la Biblia de los Setenta.

Cerró los libros. Paulatinamente las ideas comenzaron a encajar en su mente. Un pequeño atisbo de luz parecía marcarle el camino directo hacia aquel concepto tan difícil de formular.

Esa fría mañana de invierno Angelo no leyó nada más en la biblioteca ni tampoco en el salón contiguo de la chimenea, solo se dedicó a organizar sus notas para poder regresar lo antes posible al molino helado.

20

Angelo recorrió los pasillos angostos del monasterio atravesando con rapidez el corazón del claustro. Debía volver para revisar la esfera. Estaba seguro de haber descifrado el contenido de aquella reliquia.

Sin embargo, algo hizo que se detuviera abruptamente en la oscuridad: sus ojos vacilaron. Había una sombra extraña en la zona más oscura, por debajo de la cúpula. No era solo una sensación, pues observó movimiento.

—¿Hermano Philippe? —preguntó, invocando el nombre del anciano bibliotecario.

De la negrura emergió una figura humana que le horrorizó.

El miedo le dejó paralizado.

La cúpula abovedada transmitía al suelo haces intensos de luz que iban descubriendo poco a poco la silueta. Los vitrales mostraron a un benedictino de escasa estatura y aspecto horrible vestido con un hábito largo, harapiento y pardo.

Giuglio Battista Èvola, con su único ojo, brillante y negro como el de un cuervo salido de los abismos, se materializó ante DeGrasso.

El emisario de la Santa Inquisición había llegado. Tan estricto e imprevisible como la muerte. Tan exacto como los tiempos de Roma.

—Veo que habéis sabido encontrarme —balbuceó Angelo palpando el peligro y

aún perturbado. Èvola no contestó, permaneció erguido e inexpresivo—. ¿Qué deseáis de mí?

Su oponente alzó apenas el mentón, su voz fue clara y lúcida.

—Percibo el olor de vuestra sangre, hermano DeGrasso, la sangre espesa de vuestras arterias que ha manchado mi daga y clama por ser derramada. No temáis, estoy solo. Si hoy hubiese sido el día designado para vuestra muerte no habríais sentido más que el dolor y la angustia en vez de mi voz. No es así porque he decidido no mataros hoy. Vengo cargado de buenas intenciones y una última oportunidad para vos.

Los vitrales de la cúpula ardían por el brillo del sol matutino, pero abajo todo era oscuro y difuso, la luz caía sobre Évola en una suerte de iluminación providencial y divina. Pero Angelo sabía perfectamente la clase de asesino que tenía ante sí, un monje benedictino adicto al servicio de la curia, incorruptible, que no dudaba en interpretar los evangelios con el rigor de un fanático de la fe. El pequeño napolitano era un hombre temible, sin escrúpulos, pero con un sentido muy estricto y particular de la ética y la palabra dada, que en un pasado no muy remoto, siguiendo las órdenes de su superior, el cardenal Iuliano, había atravesado la clavícula de Angelo con una daga arriesgándose a recibir una estocada fatal.

Èvola bajó la vista. Su único ojo recorrió la figura del inquisidor y habló de nuevo:

—Deduzco que algún raro interés os ha traído a esta antigua biblioteca. ¿Acaso no hay suficientes libros en la fortaleza del archiduque donde os refugiáis? —Señaló los libros que cargaba Angelo—. ¿Por qué no lleváis algo de Lutero o Zwinglio, no preferís algo más ameno y transgresor en vuestro exilio? Me pregunto por qué el Ángel Negro de Génova ha venido hasta aquí solo para leer a los maestros de la escolástica.

—¿Vos qué creéis?

—Creo que intentáis desvelar un enigma peligroso. Un enigma que no os incumbe.

—¿Habéis venido de Roma por esa corazonada? —Las cejas de Angelo se levantaron en un gesto de ironía suicida.

—No —sentenció, y su voz se cargó de convicción—. Ya os he dicho por qué estoy aquí: he venido a por una *bullée* imperial dorada, un relicario que está en vuestro poder.

Aquellas palabras resonaron en los cristales del techo y las paredes de piedra. Y las miradas de ambos clérigos se tornaron de hielo.

21

Anastasia Iuliano parecía estar dormida en el carruaje, pero no era así. Sus ojos permanecían semicerrados mientras observaba a través de la pequeña rendija de sus pestañas. A la hija del máximo responsable de la Inquisición le gustaba espiar desde la penumbra a los dos soldados que la acompañaban en el interior del carruaje. Esa misma madrugada había abandonado Roma con la promesa de alejarse del entorno de la Inquisición y del recuerdo de su hermano. La joven ansiaba volver a su Volterra natal, lejos de los asuntos eclesiásticos y cerca de sus afectos, pero también ansiaba complacer sus propios deseos y el dictamen tirano de su corazón. Educada en el orgullo, gestada por la sangre de una familia poderosa, Anastasia sufría. No le era fácil acatar reglas ni mucho menos obedecer a sus propias promesas.

A pesar del largo viaje invernal que le esperaba, exhibía un escote apretado y sugestivo. El andar del carruaje hacía oscilar la carnosidad de sus pechos blanquecinos atrapando y subyugando la mirada de los guardias mientras ella, desde su aparente sueño fingido, espiaba los gestos y las voluntades subyugadas por el hipnótico vaivén. Le gustaba jugar con la libido de los hombres pero pronto se aburría. Los varones lascivos le interesaban menos que los soñadores y estudiosos. Sabía que si lo deseaba podía tener entre sus piernas a la dotación entera de ese carruaje, montar una orgía dentro de esa carroza, pero no obtendría de ellos nada de lo que buscaba.

Abrió los ojos con rapidez y los sorprendió. Ellos desviaron la vista.

—¿Dónde estamos? —murmuró.

—Camino de Florencia —respondió uno de los oficiales.

—¿Nos detendremos?

—Sí, señorita. Podréis descansar el tiempo que os plazca hasta seguir hacia Volterra.

Anastasia se giró hacia la ventana para contemplar el paisaje toscano; la vivacidad de su rostro se apagaba en momentos como ese, en los que tenía que tomar una decisión cuyas consecuencias eran impredecibles.

—No iremos a Volterra —cambió de idea. El oficial la escuchaba sin decir palabra—. Ni tampoco a Florencia. Seguiremos hacia el norte, hacia el valle de Aosta.

—Señorita, sabéis bien que no estoy autorizado a cambiar el rumbo —aseguró el jefe de guardia—. Lo lamento, pero el cardenal me ordenó que os llevara a Volterra…

—Pues yo digo lo contrario. —Anastasia le deslumbró con el brillo de sus ojos—. Digo que seguiremos hasta el ducado de Aosta. Allí seremos recibidos por el duque y nos quedaremos hasta nuevo aviso. Es mi decisión.

—Con los respetos que merecéis, señorita Anastasia, esto es una locura. Os

recuerdo que el ducado de Aosta está más lejos de la distancia que pensábamos recorrer y en medio de un crudísimo invierno. Aquella región está cubierta de nieve. Será peligroso para vos.

—Se hará como yo ordeno. Y no es una locura. Es una orden, oficial.

El responsable de su seguridad desvió su atención brevemente hacia la ventanilla y suspiró. Estaba en un aprieto. Luego se volvió hacia ella:

—El cardenal me mandará a la mazmorra si desobedezco el plan de viaje —protestó.

—Si me lleváis al valle de Aosta —dijo ella con voz cariñosa, atrapándolo con su sensualidad—, hablaré a mi tío de mi capricho y de vuestra complacencia forzosa y nada os sucederá. Creedme, él jamás contradecirá mis deseos. En cambio, si decidís no obedecerme, os prometo que le contaré lo mucho que os deleitáis con la visión de mis pechos mientras descanso. Le explicaré cómo vuestro rostro se enturbia al espiar mi escote. Anastasia volvió a sonreír, suave, y sus mejillas se alzaron mostrando la perfección de su inocencia. Su padre no la había hecho partícipe de sus planes para recuperar la reliquia, pero la presencia de Èvola junto a él había generado un mal presentimiento que la llevó a intentar averiguarlo por otras vías. Y habían resultado aún peores de lo que cualquier mente en su sano juicio habría esperado: soplarían vientos de guerra y ella tenía que hacer todo lo posible por impedirlo.

Poco después, los seis caballos negros cambiaron de rumbo y galoparon furiosos hacia el norte. La nieve era el nuevo horizonte a perseguir. Un horizonte forzado e impredecible.

22

Giuglio Battista Èvola disfrutaba del silencio y la penumbra y concentraba todos sus sentidos en el perplejo inquisidor genovés.

La atmósfera olía a incienso. Las miradas, a desconfianza.

—¿De qué me estáis hablando, hermano Èvola? ¿Una *bullée*…? —exclamó Angelo DeGrasso.

—No tratéis de engañarme. —El monje benedictino sonrió—. Si no tuvieseis la reliquia no vendríais aquí a aclarar vuestras dudas. No investigaríais en metafísica ni escolástica ni llevaríais libros de quienes intentaron probar la existencia de Dios.

—¿Me acusáis simplemente por llevar estos libros?

—No, por los libros no, por el arrepentimiento de una mujer que os incriminó.

—Mentís.

—Vuestra hermana Anastasia os envió la reliquia. Fue el acto de una mujer cegada por amor. Sabed que ha traicionado a Roma, a la Inquisición y la confianza de su padre.

Angelo mostró un gesto involuntario de sorpresa. Había sido ella… Sus ojos trataron de fingir, pero muy pronto se doblegaron a la fuerza del recuerdo.

—Ella es la responsable de todo esto. Lo hizo por vos. ¿Acaso nunca lo sospechasteis?

Angelo no contestó, durante un instante sus pensamientos se perdieron en las sombras del monasterio.

—Hermano DeGrasso —siguió Èvola—, no solo os habéis convertido en cómplice y ladrón sino también en practicante de una ciencia prohibida que estáis comenzando a conocer, que os seduce y que pronto os conducirá al borde del abismo y del desconcierto.

Angelo dejó escapar lentamente el aire de sus pulmones. Èvola sabía la verdad, incluso detalles que él mismo desconocía. Sería inútil negarlo, y mucho menos pretender huir sin oír lo que Èvola tenía que decirle. En el pasado, el monje de rostro deforme ya le había concedido una oportunidad para llegar a un acuerdo con la Iglesia sin tener que llegar al enfrentamiento, a la lucha, a la violencia, y le había dado su palabra de cumplir con su parte. Angelo accedió, y entregó a Èvola lo que este buscaba por orden de Iuliano, traicionó a sus cofrades de la *Corpus Carus* y le hizo llegar el *Necronomicón* a cambio de la vida de Raffaella, su dulce niña, su amor. Pero esta murió en la hoguera por orden del cardenal por más que Èvola hiciera todo lo posible por evitarlo.

—¿Qué queréis? —murmuró ya vencido.

—Os propongo un trato. —Èvola cruzó sus manos dentro de las mangas del hábito—. Detened vuestra investigación en torno a la esfera y entregádmela. A cambio, prometo arreglar vuestra vida.

—¿Mi vida? —Su gesto fue reticente, pero cauto—. ¿Y cómo pensáis arreglarla?

—Sobreseeré el proceso que tenéis con la Inquisición y hablaré con el cardenal Iuliano para que os restituya en el puesto de Gran Inquisidor de Liguria.

Angelo meditó.

—Hay brujos merodeando. No es buena idea arriesgar la reliquia en un traslado. Podría caer en manos equivocadas.

—Lo sé. Por eso debéis entregármela a mí. Soy siervo de la Iglesia.

—Vos mismo podríais ser engañado, incluso, un peón de quienes pretendéis combatir.

—Os entiendo —concedió Èvola—, estáis aturdido y desconfiáis. Sospecháis de vuestra propia sombra.

—Ya no sé quién es quién en este asunto. Y no quiero volver a fallar como hice con el *Necronomicón*. Veo en esto una nueva oportunidad que me ha llegado de la mano de Anastasia y no confiaré en nadie más que en mi propio corazón. —Angelo caviló en silencio. Luego alzó su rostro decidido hacia el benedictino—. Entregaré la esfera… pero solo personalmente y al Santo Padre.

—Yo os llevaré a Roma y vos mismo se la daréis en mano.

—No. No saldré de Francia, no confío en viajar con vos ni en vuestros tratos, ya he perdido mucho por escucharos. Entregaré la esfera si Clemente VIII viene por ella. Solo a él.

—Reconozco vuestra buena voluntad, pero estáis pidiendo un imposible. Su Santidad jamás vendrá a este páramo congelado, está viejo y enfermo.

—Entonces quedad tranquilo, pues la esfera está en manos del Gran Inquisidor de Liguria. —La mirada de Angelo se encendió.

—Vos no sois un puerto seguro, ya habéis sido engañado por los brujos: Darko os hizo creer que él era el Gran Maestre de la *Corpus Carus*, os tendió una trampa perfecta en la que caísteis sin dudar.

—Esta vez no fallaré.

Èvola reflexionó. Movió con lentitud los labios ateridos por el frío:

—Hermano Angelo, os he hecho una propuesta que incluye la devolución de lo que más deseáis: vuestra antigua investidura y el regreso a Liguria. Ya no me importan vuestras sospechas y desconfianzas, la realidad es así, en ocasiones los buenos se confunden con los malos y uno siempre está en el medio, tratando de distinguir. Escuchad a vuestro corazón y tomad una decisión.

—¿Y si no acepto?

—Entonces actuaré de otra forma. Asediaré vuestro castillo en Chamonix y tomaré la reliquia por la fuerza de las armas. Os mataré, y con vos a los cofrades de la *Carus* que halle a mi paso y a cualquier noble protector que os cobije.

—¿Y cómo pensáis perpetrar semejante acción? Se necesita más que el fanatismo de un hombre para asaltar una fortaleza. —Angelo sonrió.

—Hay nobles con suficiente codicia para llevar a cabo una locura. No me será difícil tentar a los enemigos de vuestro protector para que le ataquen. —El rostro abominable de Évola reflejó serenidad y seguridad.

—Ningún soldado se moverá convencido por vuestra palabra, y menos por un enigma teológico —murmuró Angelo DeGrasso irónico.

Èvola quedó en silencio. Su rostro se mostraba triunfal.

—El duque de Aosta lo hará —respondió.

—¿Bocanegra? —El inquisidor lo observó con repentina desconfianza.

Una leve sonrisa apareció en el benedictino deforme.

—El codicia los territorios de vuestro protector, no costará demasiado esfuerzo

seducirlo para que los tome con la complacencia de la Santa Sede, el silencio del rey francés y, por supuesto, el pago de un buen trato a cambio de la esfera.

—¿Llevaréis a millares de hombres a una guerra y a la muerte por la posesión de la reliquia? —preguntó Angelo incrédulo y asqueado.

—No, yo no seré el responsable de esas muertes. ¿No lo comprendéis? Ese baño de sangre recaerá en vuestra conciencia. Seréis vos quien decida el apocalipsis que habrá de venir pues vuestra es la opción de aceptar mi trato o rechazarlo.

—Me estáis extorsionando, queréis hacer caer sobre mí el peso de vuestras conjuras.

—La guerra entre los duques pende ahora de vuestra decisión.

Angelo DeGrasso miró penetrante a Èvola desde la penumbra y este sonrió con una horrible mueca.

Angelo alzó el índice en el que portaba el anillo de Cristo para advertirle:

—Pagaréis por esto…

Giuglio Battista Èvola se envolvió en su larga capa, como un murciélago ante el amanecer, y retrocedió nuevamente hacia la oscuridad desapareciendo en las tinieblas del pasillo al tiempo que aseveraba:

—El mensajero no es importante. Pensad una respuesta.

Angelo alzó la vista hacia la cúpula y contempló los vitrales encendidos. Todos ellos alumbraban en mosaicos perfectos las vidas de santos y guerreros, de padres de la Iglesia y monjes templarios. Al parecer, en Borgoña y tras largos siglos de espera, las espadas nuevamente iban a clamar por otra guerra santa.

Una guerra impulsada por el contenido misterioso de una reliquia.

IX. Soldados de Dios

23

El archiduque de Chamonix sostenía un halcón en su antebrazo. El ave tenía la cabeza cubierta y las garras clavadas en el guante de cuero del noble. Jacques David Mustaine observaba el pequeño conejo que corría por el campo buscando el cobijo de las rocas nevadas y al alcance de cualquier ballestero.

La melena del noble francés se movía con la brisa y dejaba ver su semblante pálido y abstraído. Sus asuntos le merecían una total atención; no podía vacilar, el éxito era su única posibilidad y el fracaso un imposible. Sabía lo que hacía, medía las distancias y gozaba con la expectativa de una carnicería pronta y certera dentro del antiguo rito silencioso del cazador y su presa.

Tres sirvientes lo acompañaban, uno cuidaba de los caballos, el otro de las jaulas de los roedores y el tercero de las copas de licor para el noble y su invitado.

Angelo Demetrio DeGrasso observaba el espectáculo desde cierta distancia. Era partícipe mudo del cetrero y su concentración, pero repentinamente el archiduque abandonó la atención de su presa y la dirigió a su protegido.

—Os noto extraño. ¿Qué ha sucedido en vuestro viaje a Cluny? ¿Tuvisteis problemas? —preguntó Mustaine, que observaba, con el ave sobre su antebrazo, al silencioso dominico.

—He sido interceptado por un mensajero de la Inquisición.

—¿Han enviado otro mensajero más?

Angelo refugió las manos entre las mangas del sayo y pensó su respuesta antes de contestar.

—Os aseguro que no habrá más mensajeros de la Iglesia después de este. Ya han dicho todo lo que tenían que decir y no quedan más palabras por decir.

—¿Están molestos por el dedo cercenado del nuncio?

—No. Me han dado un ultimátum —dijo, clavando en el archiduque sus iris color miel.

El cetrero volvió a centrar la atención en el conejo. Luego sonrió.

—No os preocupéis, dentro de los límites de mi archiducado estaréis a salvo.

—Excelencia, no comprendéis la magnitud de su amenaza, puede que arrase vuestros muros. No debéis subestimar el poder de Roma.

—¿En verdad pensáis que toda la armonía que reina hoy en la región desaparecerá por no entregaros a la Inquisición? Maestro Angelo, sois un ingenuo.

—La Inquisición no me quiere a mí —contestó el monje con suavidad y cordura —. Yo no soy importante, pero hay algo que sí les interesa… Buscan recuperar la esfera. La han reclamado desde el primer momento.

Hubo un silencio.

—Esto es Francia, maestro DeGrasso, aquí vivo yo y aquí ha vivido mi familia desde hace siglos. Tengo soldados y caballeros que son temidos… y un rey que no dudará en auxiliarme ante las adversidades. ¿Acaso os parece eso poca cosa?

—La Iglesia no amenaza a menos que guarde una carta ganadora. Si no devuelvo la esfera vuestro archiducado será atacado en breve.

El francés escuchó con cautela, pero cuando el monje calló, estalló en ira.

—¡Mentiras! La Iglesia no usará su ejército por este altercado, no para dirimir la posesión de una reliquia insignificante. Está ocupada con la invasión de Hungría por los turcos, ¡jamás desviarán un soldado para esto! —Mustaine soltó una carcajada—. Os alarmáis por nada, los Balcanes son más importantes que vuestra reliquia. No sabéis de política, solo de teología.

—Roma no moverá ni un soldado papal, pero jugará al ajedrez con piezas prestadas. Utilizará tácticas de conspiración seculares y vos sentiréis su efecto devastador.

—No veo peligro aún, ni a nadie que amenace mi gobierno. —El francés endureció la mirada—. ¿Quién será el atrevido que me desafíe en el campo de combate?

Angelo dejó vagar su mirada hacia las montañas lejanas, tras ellas se podía contemplar la magnificencia rocosa del Mont Blanc, allí donde las curvas caprichosas separaban Francia de los ducados italianos.

—El duque Bocanegra será vuestro verdugo —afirmó.

—¿Bocanegra de Aosta? —Mustaine dirigió un arqueamiento de cejas que revelaba su escepticismo—. Imposible. No tiene agallas ni ejército. Jamás cometerá la locura de atacar mi archiducado.

—La Iglesia bien podrá comprar su coraje y su cordura. Excelencia, sé muy bien cómo trabaja la curia cuando se propone desbancar a los príncipes. Os quedaréis solo y sin ayuda frente al duque de Aosta.

—Bocanegra no es un peligro, sus hombres distan de sumar los necesarios para cruzar los Alpes y asediar mi fortaleza. ¿Qué más diréis ahora, que el Papa cuenta con armas sagradas que desconozco? ¿Enviará plagas a mi archiducado? ¡Es una locura, maestro! ¿Qué noble en su sano juicio iría a la guerra por nada?

—¿Nada? —estalló Angelo DeGrasso—. ¿Es que os parece poco una reliquia capaz de crear tal conmoción?

—Pues bien, devolvedla entonces, entregad la reliquia a la Iglesia y que toda esta inútil conversación quede en el olvido.

—No haré tal cosa —replicó con la vista puesta en los horizontes nevados. Una brisa gélida silbó en las alturas.

—Veo que el obcecado sois vos, Maestro —constató el francés sonriendo levemente.

—Solo busco advertiros de lo que vendrá. Sois mi protector y os debo sinceridad y transparencia, por ello os prevengo.

—Entonces quedad tranquilo. Desde el momento en que os di protección fui muy consciente de los riesgos que asumía. Yo soy el guerrero y vos el teólogo… Dejemos las armas a los soldados y los libros a los pensadores. —Mustaine quitó la caperuza a su ave y la lanzó al vuelo. El halcón adquirió velocidad y cayó sobre su presa—. Nadie me asusta, nadie en su sano juicio se atreverá a provocarme.

Mientras, en la distancia, la sangre del conejo teñía el manto blanco, el ave aguardaba famélica a que su amo le diera de comer.

El archiduque dedicó una sonrisa exaltada al monje. Su voz era sombría y segura:

—Si pensáis que la esfera os pertenece quedaos con ella. Quien venga a través de la nieve solo la regará con su sangre para que nuestras uvas crezcan más rojas y bebamos nuestro vino con el sabor de los caídos.

Angelo quedó en silencio, atrapado en la espantosa visión de una tormenta de almas caídas. Las almas caídas arrastradas a la muerte por su decisión.

24

Pasquale Bocanegra estiró la cuerda con lentitud, en silencio. Tensó el arco y las hebras trenzadas chillaron en la madera arqueada hasta el límite mientras su ojo certero apuntaba al blanco.

Incluso antes de convertirse en duque de Aosta ya se había ganado el respeto de los maestros arqueros por su técnica. De pequeño aprendió a fabricar sus propias puntas forjadas; mirando y copiando el duro trabajo del herrero de su padre, descubrió cómo seleccionar las mejores flechas e insertar en ellas las plumas. Pronto su alma inquieta mostró unos dones excelsos que parecían provenir de la mismísima diosa Diana.

No vaciló, y el arco escupió la flecha tan lejos que muchos habrían jurado que intentaba asaetear el sol.

—¡Impresionante! —exclamó el *consigliere*.

El duque no contestó y se concentró en observar el resultado en el poste. Ahí estaba. La novena flecha consecutiva asestada en el blanco.

—Es suficiente —finalizó el noble italiano. Un sirviente retiró el arco de sus manos y sirvió una copa de licor—. ¿Qué distancia? —inquirió.

—Setenta —confirmó su consejero—. Treinta y cinco pies más. Habéis mejorado vuestra marca de la semana pasada.

—Creo que soy el mejor del Valle, ¿qué pensáis vos? —afirmó Bocanegra dándose la vuelta.

Martino Parlavicino sabía proteger su posición en el ducado. Contestó sin vacilar:

—Sin duda sois el mejor de toda Aosta.

El noble vació la copa con orgullo, de un trago largo.

Su consejero, viéndolo satisfecho, cambió de tercio:

—Por cierto, el monje Èvola ha llegado desde Francia, lo recibí bien entrada la noche. Ha pedido una audiencia extraordinaria con vos para hoy. Alegó un tema reservado.

—¿En nombre de quién ha venido?

—De la Santa Inquisición. Trae un poder firmado. Parece contar con el aval del cardenal Iuliano.

—Espero que no pretenda reemplazar a los párrocos de nuestra catedral —dijo Bocanegra quitándose su guante—. Hace años que mi pueblo se conforma con ellos… Sea lo que sea —decidió—, lo recibiré tras el almuerzo. Preparad para ello la sala de los trofeos.

Girando sobre sus talones, el duque de Aosta se dirigió hacia su alazán. Agarró las crines pardas y montó de un salto, como buen soldado y cazador. A lomos de su caballo extravió la vista en la lejanía de su valle nevado. Un valle que le quedaba pequeño, que deseaba ampliar. Tanto como la distancia que día a día aumentaba cuando disparaba sus flechas. Tanto como su codicia.

25

Giuglio Battista Èvola esperaba de pie. En aquella sala se exhibían un sinfín de cabezas disecadas, de ciervos y jabalíes, de lobos y felinos. Incluso el cuerpo entero de un oso pardo amenazaba desde un rincón, erguido, con las fauces abiertas y la mirada colérica momificada.

La sala era tributo al cazador por excelencia, culto al orgullo del duque y testimonio de su maestría. Por eso Bocanegra no dudaba en recibir allí a sus visitas, pues como anfitrión disfrutaba de las miradas curiosas y las preguntas obligadas. Al noble le gustaba impresionar y fabular, pues a pesar de que sus cotos de caza eran

seguros inundaba a sus invitados con relatos de arriesgadas y temerarias cacerías en los que cada pieza cobrada se correspondía con una cicatriz de su cuerpo.

Pero el monje Èvola ni siquiera preguntó por el oso ni mucho menos por los lobos. Impasible, se limitó a contemplar al duque, y este observó aquel rostro desfigurado, parco, que empalidecía la bravura de sus criaturas disecadas, un rostro que asombraba a cualquiera, incluso a un amante de lo grotesco.

—Habéis sido muy amable al recibirme, Excelencia —comenzó Èvola.

Bocanegra tardó en reaccionar, la faz deforme del clérigo lo tenía subyugado.

—Siempre guardo esa cortesía para los emisarios de Su Santidad —profirió.

—No pretendo airear problemas con la Inquisición en vuestro ducado, ni tampoco trastocar vuestro sistema diocesano. He venido solo a proponeros un negocio…

—Me sorprendéis, llevo mis negocios con banqueros genoveses, no con monjes.

—Sois prudente —respondió Èvola con el sigilo de un zorro—, pues entonces podríais confundir ganancias con dogmas. Sin embargo, en esta ocasión si escucháis y aceptáis mi propuesta dad por seguro que cambiaréis a los genoveses por los santos que yo os venda… y sabed que el Cielo siempre os recompensará más que los usureros.

El duque quedó desarmado y admirado por el discurso de aquel monje aterrador.

—Os escucho —concedió.

El benedictino cruzó las manos dentro de las mangas y no tardó en lanzar el anzuelo.

—He notado cierta actividad militar en el archiducado de Chamonix, tal vez estéis al tanto de lo que está planeando vuestro vecino francés…

Bocanegra observaba con sus pómulos brillantes y la pequeña papada temblando de ansiedad. Las palabras de Èvola habían despertado en él la más viva curiosidad.

—¿Acaso Jacques Mustaine ha movido a sus soldados? Mis informantes no me han alertado de movimientos en Francia…

—Es difícil que lo noten… incluso en Chamonix el asunto se mantiene en secreto, pero os interesará saber que los oficiales del archiduque han viajado a Borgoña para coordinar una ofensiva secreta y por sorpresa.

—¿Ofensiva… a mis tierras? —El duque Bocanegra sonrió—. ¡Imposible! Eso jamás se le cruzaría al archiduque por la cabeza.

—Entonces hay que reconocer lo acertado que ha estado vuestro enemigo al predecir que vos lo subestimaríais.

—¿Enemigo?

—Así es. El archiduque Mustaine es un enemigo que os encontrará dormido. Y acabará con vuestra vida de gobernante… ¿No sabéis que os dobla en ejército?

Bocanegra caminó hacia un rincón y tomó una copa de coñac. Luego observó los leños que ardían en la chimenea y su jauría disecada de trofeos.

—En menos de cinco días el valle de Aosta podría estar plagado de franceses —aseguró Èvola—. Y vos, Excelencia, siendo optimista, capitularíais en siete, tal vez en diez si decidís recluiros en vuestra fortaleza.

El duque italiano permaneció en silencio. Su cabellera prolijamente rizada le caía sobre los hombros, negra y brillante, como una capa.

—¿Por qué habría de creeros? —dijo finalmente.

—Porque la Santa Sede no desperdicia su tiempo en banalidades. Las cartas elevadas a Roma de los obispos franceses así lo advierten. Yo no tengo dudas sobre ello: Aosta será atacada. Ahora solo resta saber qué haréis vos.

El duque de Aosta dudó. Ese monje parecía totalmente seguro de sus afirmaciones. Por un instante sus palabras le causaron confusión.

26

A la hora del crepúsculo tres jinetes encapuchados, procedentes de diversos lugares de Francia, se reunieron en el espeso bosque y emergieron de él con las capas ondeando en la niebla, como fantasmas.

Los sementales negros expelían vapores furiosos por los hocicos con cada espuelazo, con cada taconazo lacerante. Las ancas sudadas de los animales evidenciaban lo frenético de su galopar mientras se adentraban en la nieve de Chamonix con el mismo misterio con el que habían partido de su condado en Francia.

Al llegar junto a los muros externos frenaron el galope y se encaminaron lentamente hacia el retén de guardia del archiduque. No tardaron mucho en identificarse y franquear el paso al baluarte fortificado del archiduque Mustaine.

Angelo Demetrio DeGrasso los observó desde su ventana. A continuación, cerró las cortinas de su habitación.

27

En la torre más elevada del castillo de Chamonix las miradas se cruzaron expectantes, ninguno de los recién llegados alcanzaba a sospechar aún el motivo de esa reunión. Los tres jinetes estaban allí, como había solicitado la misiva, pero desconocían por qué.

Giorgio Cario Tami caminó alrededor de la reliquia, sin apartar su vista de ella.

—*Mía ousía, treîs hypóstaseis* —balbuceó. Sus ojos leyeron la frase inscrita en la esfera y reflejaron la admiración por el descubrimiento.

Los tres habían atravesado Francia para acudir a la llamada de Angelo DeGrasso. Se trataba de algunos de los más destacados miembros de la *Corpus Carus*, viejos amigos del Ángel Negro desde aquellos días, que ahora parecían tan lejanos, en que compartieron peligros y aventuras en Sudamérica intentando proteger el *Necronomicón* de los brujos y la Inquisición.

—Es, simplemente, hermosa —suspiró Xanthopoulos, apodado el Vikingo por su fuerte complexión y las dos largas trenzas en que solía recoger su pelo rubio, quien aún no se había desprendido de la ballesta cruzada sobre la espalda que había llevado consigo todo el viaje.

A su lado, el sajón Lawrence Killimet, también jesuita como Tami, fijaba la atención más allá de la esfera en los gestos inescrutables y silenciosos del inquisidor DeGrasso.

—¿En verdad crees que el enigma del *Necronomicón* se encuentra aquí? —cuestionó.

—Sí. Delante de vosotros, en su interior.

Nuevamente el silencio rodeó la mesa. La esfera brillaba a la luz de los candelabros con fulgores de oro bruñido.

—¿Y el libro? —se interesó Xanthopoulos.

—El *Necronomicón* ya no sirve, sus conjuros ya han sido leídos —le respondió Angelo sin titubear—. Aquí están sus doce versos, el esplendor de la ciencia prohibida que se encriptaba en él. Todo gira alrededor de esta esfera. Si no, no se explica el interés de la Inquisición por ella. Están dispuestos a desencadenar una guerra para conseguirla.

Giorgio Cario Tami detuvo su contemplación de la esfera ante esas palabras. Alzó su mentón y observó a Angelo.

—Así pues, ¿qué contiene?

—El *Codex Terrenus* —afirmó el inquisidor con vehemencia y decisión.

X. El códex terrenus

28

Lawrence Killimet acercó el rostro a la esfera y vio su propio reflejo deformado. El jesuita de Dublín examinó con desconfianza cada detalle de la reliquia, como si se tratase de una manzana caída del árbol prohibido.

—¿Cómo llegó a tus manos? —indagó.

—Simplemente la trajeron hasta aquí, pero ignoro quién —reconoció Angelo DeGrasso tras un breve silencio y contempló a sus cofrades con ojos que intentaba ocultar un nombre.

—Sí que es extraño —murmuró Xanthopoulos.

El inquisidor sonrió y negó con la cabeza. Su voz fue suave y envolvente:

—No creo en casualidades. Detrás de esto hay una trama oculta. Huelo a conjura. A brujos —concluyó Angelo.

Tami, el otro jesuita, terminó de inspeccionar el exterior de la esfera y centró ahora todo su interés en su buen amigo genovés.

—¿Por qué a ti? —preguntó—. ¿Por qué una mano anónima te entregaría esta reliquia?

En la torre más elevada del castillo se oían los aullidos del viento. Sus silbidos penetraban por momento en la aspillera. Angelo caminó hasta el ventanuco y acechó el valle nevado. El bosque se iluminaba en los claros de luna.

—Alguien está interesado en que yo la posea y nadie más que esa persona sabe el porqué. Es un enigma para mí, un misterio que conseguiré desvelar. —Se volvió desde la ventana y observó la esfera y luego a sus cofrades. Finalmente sentenció con severidad—: Esta reliquia no puede caer en manos equivocadas. Es peligrosa y tentadora. Yo mismo deberé manipular este anzuelo y evitar tragármelo.

—Quizá por eso te la entregaron —argumentó Tami—, para que cayeras en la trampa.

Y las miradas de todos confluyeron presintiendo que habían topado con un huracán encerrado en ella, con un aguijón que se les clavaría en la curiosidad.

No se equivocaron.

29

En el castillo de Saint-Pierre, Èvola aguardaba impávido una respuesta del noble. El duque Bocanegra, sin embargo, permanecía enfrascado en los escarpes rocosos a los que se abría su vano mientras meditaba en profundo silencio. Finalmente, habló.

—Acepto vuestras palabras, monje, prefiero pensar en Mustaine listo para la guerra antes que cazando con su halcón por las montañas. Ahora bien… ¿Habéis venido solo para advertirme de mi desgracia o pretendéis algo más?

—Os ofrezco negociar —afirmó con un esbozo de sonrisa. Acarició el parche negro que le cubría el ojo antes de explicar su plan—. Os propongo atacar primero, Excelencia. Si lo hacéis, no solo sorprenderéis a vuestro enemigo sino que le venceréis. Así os apropiaréis de sus viñedos, de sus fértiles tierras y de sus fortalezas militares.

—Eso no es un negocio. Es una locura.

—No olvidéis que vos mismo seréis atacado en breve. De este modo os adelantaréis a una guerra que igualmente sucederá, pero eligiendo el momento y el lugar.

El duque de Aosta meditó aquellas palabras. Al poco, negó con su cabeza.

—Es imposible, no podría hacerlo. No tengo suficiente ejército.

—Saquearéis todo cuanto encontréis a vuestro paso y os haréis con los tesoros de la estirpe de Mustaine —vaticinó el monje benedictino—. ¿Rechazáis poseer sus uvas, beber su vino?

—¡Sugerís un imposible militar! ¡El archiduque de Chamonix aniquilaría mi ejército!

—Eso es lo que he venido a negociar, que todo lo que os he dicho no sea un imposible. Comenzaré por garantizaros la defensa y el ataque. Os ofrezco una guerra que no solo protegerá vuestras tierras amenazadas sino que os conducirá hasta Chamonix y os hará vencer al archiduque francés.

—El rey de Francia no vacilará en intervenir —respondió Bocanegra—. Proponéis que me embarque en una locura, que dé un mal paso que me llevará a la ruina.

—Desconocéis los alcances de mi propuesta y subestimáis el poder de la Iglesia.

—No sé por qué os escucho. Habéis salido de la nada con tramas oscuras, guerras y maquinaciones. Creo que debo dar por terminado en este punto la audiencia.

—Me retiro de inmediato si lo deseáis —ofreció Èvola, aunque no hizo ningún gesto destinado a marcharse.

Las miradas se cruzaron. El noble, tras un espeso silencio, invocó:

—No, no podéis marcharos así. Hablad claro.

Giuglio Battista Èvola se tomó el tiempo necesario para escudriñar cada facción del duque italiano. Contempló la tensión de su silencio, la ansiedad de sus movimientos y la vena que latía en su cuello. Luego alzó la vista y le miró a los ojos.

—Os garantizo que el rey Enrique IV de Borbón no se moverá de su trono. El monarca no querrá un enfrentamiento con Roma, mucho menos después de haber renegado del calvinismo. Seguirá el consejo del Sumo Pontífice, pues fuera del amparo de la Iglesia Enrique IV solo hallaría hugonotes deseosos de venganza y a la Corona española.

El duque de Aosta se pasó la mano por la quijada. El discurso del monje sonaba tan dulce y tentador como el licor de su copa.

—He traído conmigo tres arcones de monedas —siguió Èvola—, oro más que suficiente para comprar el servicio de mercenarios. Me he adelantado y he hablado con ellos. En este preciso instante un ejército de combatientes a sueldo espera mi señal al otro lado de las montañas, en la Confederación Helvética, a solo un día de camino. Si aceptáis serán vuestros, ellos combatirán contra Mustaine por vos y vuestro ejército quedará intacto.

Bocanegra mostró por primera vez un intenso brillo en su mirada que quiso ocultar volviéndose de nuevo hacia la ventana. Tras el vidrio emplomado observó cómo los copos blancos danzaban en el aire.

—Es demasiado perfecto —replicó—, todo parece tan fácil que raya en la fábula.

—Cierto, no todos los días se tiene el visto bueno de la Iglesia, no todos los nobles gozan de la posibilidad que pongo a vuestro alcance, la de tomar lo que deseáis y sin riesgos.

—Y vos ¿qué deseáis a cambio? —indagó entonces el duque.

—Mi parte —masculló Èvola—: una reliquia… y un monje.

Bocanegra se quedó pensativo. Luego se echó a reír.

—¿Una reliquia y un monje? Invertiréis tres arcones de monedas y una guerra por eso… ¿Y me regalaréis un archiducado entero a cambio de tan poca cosa?

—Reconozco que es un trato ventajoso para vos —respondió el benedictino.

—¿Y quién demonios es ese monje? ¿Acaso un nuevo Lutero?

—Eso no os interesa. Lo único que necesitáis saber es que ambos, monje y reliquia, se encuentran cobijados tras los muros de vuestro enemigo, el archiduque de Chamonix.

El noble se entretuvo en repasar los trofeos del muro y masculló:

—Es una locura…

—Veo que estoy perdiendo el tiempo —zanjó el monje—. Conformaos entonces con los negocios que puedan ofreceros los banqueros genoveses y recordad este día como aquel en que regalasteis vuestro ducado a Mustaine. Que tengáis buenas tardes, Excelencia. Con vuestro permiso… —Èvola se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida, pero una voz le detuvo.

—Si traéis aquí a los mercenarios y compráis la complacencia del rey de Francia… tendréis en vuestras manos la reliquia que deseáis, con monje incluido. Os

doy mi palabra —se comprometió su anfitrión, que recorrió el salón hasta llegar junto al religioso para exigirle con firmeza—: Pero quiero garantías.

El benedictino sonrió.

—Lo suponía. He traído algo que os tranquilizará.

Caminó hasta la puerta principal del salón y la abrió para dejar paso a una mujer que entró en la sala con paso majestuoso. Los ojos de Bocanegra se clavaron en ella. Era la primera vez que veía a una de las jóvenes más codiciadas del reino de Francia, aunque había oído hablar de su belleza.

—Os presento a la heredera del condado de Armagnac, Ségolène Lacroix, hija del conde Jean-Claude el Temerario —anunció el monje—. Se quedará con nosotros mientras lleguen a vuestro ducado los mercenarios que os prometí.

La dama cruzó la sala hasta llegar frente al duque. Vestía con enorme elegancia, su pálida piel, su cabello dorado y sus ojos azules combinaban a la perfección con el tono celeste de su vestido. Bocanegra se inclinó en una reverencia y besó su mano aspirando con deleite el perfume de su piel al tiempo que reparaba en los delicados brazaletes de oro que cubrían sus muñecas, un trabajo digno de los mejores orfebres y que delataba su rango y el poder de su padre. En la cercanía pudo detenerse a admirarla: era una joven delgada y de facciones bien definidas. Sus pómulos, nariz y mentón dotaban al óvalo de su rostro de una proporción divina. Su expresión era compasiva; labios carmesí y de sonrisa sensual. El noble contempló el cabello que le caía lacio hasta los hombros y, más abajo, el valle de su escote, que mostraba el principio de unos senos prominentes y blancos como el mármol.

—Sin duda estoy encantado de acogeros en mi castillo, bella señora, y espero que gocéis de las mayores comodidades en mis posesiones —manifestó Bocanegra a la dama con enorme satisfacción. Y acercándose a Èvola le preguntó al oído—: Pero ¿cómo habéis conseguido que su padre haya permitido…? —preguntó sin poder reprimir su curiosidad.

—Esa es una cuestión que no os interesa, Excelencia —zanjó Èvola sin dejarle terminar la frase con una sonrisa misteriosa—. Aunque espero que os baste con la presencia de esta bella joven aquí, sin más preguntas por vuestra parte, para comprobar hasta dónde puede llegar la Iglesia cuando decide mover sus hilos y ponerse en contacto con los poderosos. Todo lo que necesitáis saber es que Mustaine de Chamonix jamás se atreverá a atacar mientras la heredera del temible conde de Armagnac permanezca en este castillo. Es el aval que necesitáis para que todo intento de invasión quede suspendido y, por tanto, tenemos el tiempo a nuestro favor.

A Bocanegra cada vez le seducía más la propuesta de aquel extraño monje deforme. Repentinamente se soñó arriesgado como Marco Antonio, con poder y con el inesperado perfume de una Cleopatra con quien compartir la hazaña. El duque de Aosta observó las facciones delicadas y las formas rotundas de la francesa. Y sonrió.

Èvola, algo distanciado, advertía cómo la vanidad del noble crecía. Una vez más, constataba que el poder verdadero no residía en las armas sino en las palabras. Más afiladas que sables y más destructivas que cañones.

Mientras, Bocanegra reverdecía en su delirio romántico, presintiendo laureles impensados y gozos lúbricos sin fin. El monje había engendrado en una sola tarde una guerra gestada a base de codicia. Había cebado un mastín de pelea del tamaño de un ducado dispuesto a luchar por su causa, tenía en la mano las llaves de la guerra y pronto conseguiría también la reliquia.

Y la cabeza de Angelo DeGrasso.

30

En Chamonix, dentro de una de las torres del castillo, los candelabros sembraban el techo de sombras y claros. Las velas, casi consumidas, daban fe del tiempo transcurrido en aquella reunión alrededor de la reliquia dorada.

—Todos sabemos del *Codex Terrenus* —reconoció el jesuita Tami—. Nuestra cofradía se fundamenta en él, lo protegemos desde hace siglos. Pero… ¿no os llama la atención que nunca nos hayan dicho a qué se asemeja?

Era cierto. Los cofrades de la *Corpus Carus* eran como la guardia que custodiaba los tesoros vaticanos sin haberlos visto nunca.

—Eso demuestra su importancia —argumentó Angelo—, es un asunto tan delicado que los mismos protectores deben desconocer el misterio. Quizá sea una sabia medida destinada a que ninguno de nosotros, si tropieza con él, lo identifique.

—¿Y cómo saber entonces si lo que protegemos no es falso? —preguntó Killimet.

—¿Es deber del cartero proteger la carta o leerla? —Angelo DeGrasso sonrió al responder, pero su mirada era intensa y penetrante—. ¿Qué sucedería si el cartero leyera la carta del rey y descubriera que ordena cortar la cabeza a todos los carteros del reino? ¿Entregaría el mensaje o escaparía? Es natural que no sepamos qué es el *Codex Terrenus* que protegemos. Eso solo lo saben nuestros superiores.

—¿Sabes si el Maestre de la *Carus* ha validado esta reliquia? —se interesó Tami.

—No es falsa. Os lo aseguro.

Al jesuita dublinés se le iluminaron los ojos y posó delicadamente un dedo sobre la cruz que coronaba la esfera.

—¿Tú estás informado sobre lo que es el *Codex Terrenus*? —preguntó.

Angelo enmudeció. Aquella pregunta les quemaba la lengua a todos y sabía que la respuesta era ineludible. Lentamente asintió en silencio y todos quedaron

expectantes.

—¿Quién te lo ha revelado? —reprobó el ballestero Xanthopoulos.

Angelo negó con la cabeza antes de contestar.

—Lo he interpretado. He llegado a la verdad solo, investigando por mi cuenta.

—¿Qué es entonces el *Codex Terrenus*? —preguntó Tami apoyándose en la mesa con ansiedad—. ¿Cuál es el misterio que guarda la esfera?

El aliento del inquisidor Angelo DeGrasso formó las palabras como a la fuerza:

—Esta esfera contiene a Dios.

Los rostros se contrajeron ante tamaña afirmación. Un espeso manto de silencio se adueñó de la torre.

XI. La oscuridad cercana

31

Los cofrades llevaron el silencio hasta el límite de lo tolerable. Angelo sabía que sería difícil de explicar, pero debía hacerlo, debía abordar una realidad abstracta que revolucionaría la historia misma del pensamiento.

—Hermanos, esta esfera contiene el *Codex Terrenus*, un silogismo lógico destinado a demostrarlo por el método científico y racional del hombre ateo.

Fuera los vientos helados silbaban y dentro el hálito de los cofrades se cristalizaba en profundos silencios. Killimet apartó la vista de la reliquia y contempló a Angelo DeGrasso, el Ángel Negro.

—¿Comprendes el alcance de lo que dices? —le preguntó.

—Sí —contestó DeGrasso—, lo sé, y aún estoy aterrorizado por ello.

Nikos Xanthopoulos dio un paso al frente, apoyó los puños sobre la mesa y habló.

—No, es imposible. No se puede demostrar a Dios porque es intangible —afirmó.

—¿Crees en la matemática? —indagó DeGrasso atónito.

—Pues sí —respondió Xanthopoulos.

—¿Y te parece tangible?

—No —reconoció tras un silencio.

—Pues entonces, Nikos, ya crees en algo intangible y lo aceptas —dijo el genovés, con el rostro contraído por una violenta emoción, y miró a todos con vehemencia—. ¡Las matemáticas son ficción! ¡No existen! Solo existen si alguien las piensa, necesitan al hombre para hacerlo. ¡Y a pesar de esto todos creemos en ellas! ¿Y sabes por qué? Porque las creemos en abstracto y las comprobamos en concreto, como la física. De la misma manera que a un ateo podríamos hablarle de Dios y luego mostrarle la Creación como efecto. —DeGrasso se mostró colérico en su razonamiento—. ¡Dices que Dios no se puede demostrar porque es intangible y luego aceptas a las matemáticas por los efectos de la física! ¡¿Y la Creación?! —le increpó—. ¿Acaso es intangible a tus ojos? Debes saber que el cosmos es una evidencia inconmensurable de la existencia de Dios, y por eso en la teología comenzamos al revés: creyendo para luego avanzar en la inteligencia y forjar la comprensión. —A DeGrasso le brillaron los ojos—. *Credo ut intellegam!* —tronó—. «Creemos para entender.» Dios no ha podido ser demostrado no por ser intangible, sino porque no puede ser relacionado científicamente con lo que tocamos. Las matemáticas y la física se relacionan, pero la realidad de las cosas y la teología aún no conectan. Y a

ello se debe que Dios sea ficción para muchos. No es ciencia, sin embargo; cuando llegue a serlo, Nikos, te juro que nadie podrá dejar de creer en Él de la misma forma que hoy todos creemos en las matemáticas y no las vemos. —Posó ambos puños en la mesa, frente a la esfera, y se quedó mirándola al tiempo que susurraba—: San Anselmo dijo: «La fe reclama sabiduría», y ese es el motivo de que la búsqueda de Dios siempre reclame pruebas. Pero hallarlas es peligroso. —Su entonación se habría vuelto siniestra.

—¿Esto es lo peligroso de la esfera? —se admiró el Vikingo—. ¿Poder demostrar a Dios incluso ante los ateos? ¿Qué hay de malo en ello?

DeGrasso observó al ballestero con aprensión. Tenía ante sí la difícil tarea de explicar sus delicadas abstracciones a un rudimentario elefante de guerra.

—Con la esfera el hombre creerá en Dios sin tener religión —comenzó a aclararle —, creeremos en Él como en un evento natural, no religioso, de la misma forma que los que creen en el sol gracias a la ciencia no necesitan adorarlo para que este salga cada mañana. ¿No ves lo satánico, lo diabólico de encargar la demostración de la existencia de Dios a la ciencia? El hombre no creerá en Dios por fe, sino por razón, por saberlo real, no por sermones de párrocos sino por propia comprobación lógica. Pero si se constatara que Dios es real por rigor científico vendría la confusión, todos seríamos esclavos de esa verdad y el código celestial por el cual el Padre envió a su Hijo a la tierra sería violado y la Redención de Cristo obsoleta.

—Si el hombre llega a Dios por convencimiento racional no necesitará más templos ni iglesias, eucaristías ni vicarios, solo universidades y escuelas de científicos —aseveró Killimet—. Se destruirá el libre albedrío. Dios no será más una intuición ni una opción, sino una realidad irrevocable.

—Es confuso —alegó Xanthopoulos—, pero insisto: ¿en qué me afectaría a mí y al mundo que no es estudioso ni erudito de las ciencias sagradas el descubrir a un Dios tan real como los planetas que no vemos?

Angelo meditó brevemente y respondió con su enorme sentido práctico.

—Si Nicolás Copérnico con su observación y las matemáticas pudo sacar a la Tierra del centro de la creación y someterla al Sol, ¿impugnarías ese postulado con la Biblia?

—Pues no —respondió Nikos tras cavilar un rato—, porque con la Biblia solo me baso en creencias y con ellas no podría rebatir a Copérnico su teoría, ya que él demostraría en la práctica los resultados.

—¿No te das cuenta entonces de los terribles inconvenientes que trae la demostración? ¿No comprendes que la ciencia reclama introducir la mano en el costado para creer? En cuanto a los astros del firmamento que contemplas por las noches, si debieras creer en una de las dos enseñanzas en cuestión… ¿cuál seguirías? ¿La de la Iglesia o la de Copérnico?

El rubio Xanthopoulos meditó.

—La de Copérnico, él puede probar lo que plantea y la Iglesia no.

—Bien, entonces has cambiado las enseñanzas de un papa por las de un científico polaco, y si el *Codex* de la esfera prueba a Dios como existente y verdadero, quien desee encontrarle recurrirá a un científico que se lo explique de la misma forma que tú recurres a Copérnico por las verdades de los astros. Es más —añadió tras una larga pausa—, si yo te jurase que guardo una moneda de oro en mi bolsillo, pero jamás te he dejado verla, ¿me creerías? Tal vez, porque aceptas mi palabra, pero si la vieras con tus ojos sin dudar cambiarías el aval de mi palabra por el de tus ojos y ya no creerías más en mí sino en ti mismo. —Angelo sonrió—. Exactamente lo mismo ocurrirá con la fe en Dios: tras saber de forma fehaciente de su existencia ya no creerás en Él por fe en Cristo sino por la razón de tus ojos. Y tus ojos vencerán, tu fe ya no necesitará de la palabra, y así también será con la esfera: la ciencia del *Codex* sustituirá a la Iglesia.

La esfera brillaba ante la llama y todas las miradas convergieron en su superficie.

—Cristo no dejó una fórmula sobre Dios, solo nos legó el valor más elemental, la fe. Él dijo: «Creed en mí y seréis salvados», «creed en mí y entraréis en el Reino de los Cielos»… Nos enseñó a creer sin academias ni lógica de por medio, y esta es la única mecánica de salvación cristiana, la fe, creer únicamente por intuición en algo de lo que se duda, que incluso podría ser mentira. Pero este *Codex* destruirá todas las dudas, ya que después de él no podremos elegir. Puede que entonces la ciencia lleve al hombre a la perdición por alejarlo de la Iglesia y aniquilar la fe, y sea la falsa religión que confundirá y llevará al hombre a la perdición del Infierno.

—¿Una trampa teológica? —sospechó Tami.

—Una puerta prohibida —rectificó DeGrasso—. Esta esfera contiene un atajo prohibido para llegar a Dios. Creyendo en Dios de esta manera iremos al Infierno.

—¿Quién ha elaborado esta puerta? —sondeó Killimet.

—El Diablo —musitó Xanthopoulos.

—Los brujos —aseguró Tami.

—El hombre —concluyó DeGrasso mirando al trío—. El hombre es el único culpable. Es él quien escucha al Diablo y se deja seducir por el barro blasfemo de la ciencia y por Satanás, que gobiernan los reinos de la tierra.

—Entonces es inevitable que todo ocurra, pues el hombre siempre perseguirá el conocimiento.

Angelo miró con vehemencia a sus cofrades. Solo él era consciente del magma que bullía dentro de su pecho.

—La naturaleza va perdiendo lentamente su carácter teológico por obra de aquellos iluminados que prefieren negar a Dios en sus postulados, esbirros de Satán que no dudaría en mandar a la hoguera… ¡Cómo es posible que no vean a Dios en el

cosmos y la Creación! Os juro que alumbraría las noches de Europa con piras de científicos y brujos. —El dominico se quedó mirando las velas y su tono repentinamente decayó—. Pero la realidad me desborda, y por ello asumo mi parte de culpa.

Quedó inexpresivo. Como aquel guardián que ve peligrar a su protegido, pensó en los campesinos devotos y en los niños. Y lamentó que alguna vez diesen con la piedra que les arrebatara la fe.

—¿Has llegado a inspeccionar la esfera? —irrumpió curioso el jesuita Tami.

—Lo hice —dijo el Ángel Negro volviéndose hacia él.

—¿Cómo es el *Codex*? —indagó Killimet cuidadoso.

—Son doce pergaminos y un opúsculo que forman un único acertijo. De saber interpretarlos, podríamos convencer a cualquier ateo de que Dios es real. Pero todos están en blanco. —DeGrasso soltó una risa forzada.

—¿Y qué clase de revelación es esa? —exclamó Xanthopoulos exasperado.

El inquisidor dejó vagar sus ojos por la esfera, sopesándola.

—Habrá que resolver el misterio. Comenzaremos por el opúsculo grabado dentro de la reliquia. —Supo que había llegado el momento. Su mirada se agudizó mientras sus compañeros contenían la respiración expectantes.

Soltó el seguro metálico tirando de la cruz, destapó la esfera.

Todos miraron el interior con suma atención. Allí estaban los doce pergaminos en blanco y un raro texto grabado en el oro. Juntos formaban el misterio del *Codex Terrenus*.

32

—Este líquido será la garantía de nuestro éxito, el arma definitiva que hará que el triunfo final caiga de nuestro lado.

Giuglio Battista Èvola exhibió la pequeña botella ante fas velas y los ojos intensos de Ségolène quedaron atrapados en el brebaje rojizo. Luego esta se volvió hacia el rostro desfigurado del monje con un interrogante.

—¿Qué es?

—Un ingenioso seguro alquímico obra de un personaje con sorprendente inteligencia que, pese a ello, milita en el bando equivocado. —Lentamente dejó el envase de aquel líquido turbio sobre la mesa—. Sin esto, Angelo DeGrasso jamás descubrirá el misterio…

—La ciencia que esconde la esfera jamás se podrá interpretar sin esto —

sentenció.

El benedictino había cavilado día y noche, sin distraerse, solo templado gracias a la oración nocturna y al silencio. Sin duda su estrategia era compleja y en ella, aquella hermosa mujer, que el arrepentimiento había colocado en su camino, desempeñaba un papel clave, no solo respecto a la esfera sino como creadora de cizaña, como portadora de dudas.

Ségolène sonrió ante esa breve confesión.

Y Èvola la contempló, satisfecho.

XII. Las larvas de la mentira

33

Angelo Demetrio DeGrasso volvió a mirar la reliquia. Sujetaba la tapa cóncava que lentamente apoyó sobre la mesa. La esfera estaba abierta, y las miradas atónitas de los cofrades eran prueba de ello.

El interior de la reliquia era de oro bruñido al igual que todo su orbe externo. Dentro se amontonaban pequeños rollos de papiro amarillentos y envejecidos que parecían provenir de tiempos remotos, como el papel de los antiguos libros medievales.

Angelo los sacó con cuidado, uno por uno, hasta vaciar la media esfera.

—Doce —contó.

Luego tomó la base de oro. Con cuidado la elevó hasta la luz del candelabro y mostró su interior. Los cofrades pudieron leer con nitidez gracias al resplandor de las velas el opúsculo en latín grabado en el oro del fondo.

Uno tras otro volvieron sus ojos al inquisidor, pero este no les dio oportunidad de hablar y siguió con los pergaminos:

—Son doce —repitió, y tomó uno del montón para desenrollarlo en medio de una tensa expectación. Luego tomó otro pequeño papiro e igualmente lo desenrolló. Y luego otro—. Observad, están todos en blanco. Ninguno dice nada.

—¿Esto es el *Codex Terrenus*? ¿Esto es Dios? —preguntó Killimet confuso.

—Esto es el *Codex*. Pero hay que saber leerlo.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —quiso saber Killimet.

Todos miraron al inquisidor, quien se acarició el mentón, luego tomó la tapa de la reliquia y se vio reflejado en ella: en la barbilla ya le despuntaba una barba rubia.

—Espero que el Maestre de la *Corpus* nos ofrezca una solución —dijo.

—¿El Maestre? —Tami levantó las cejas—. ¿Por qué piensas que él nos ayudará?

—Porque escucha más que nosotros, ve más que nosotros… y su paradero siempre es ignoto para quien desee encontrarlo.

—¿Acaso el Maestre ha contactado contigo? —curioseó cauteloso Xanthopoulos.

—No. —Angelo DeGrasso devolvió lentamente los rollos al interior de la esfera y la tapó. Trabó el seguro mecánico y cubrió la reliquia con la seda perfumada. Luego sopló las velas del candelabro—. Pero él ya sabe que tenemos la reliquia. La noticia del robo ha llegado a oídos de los prelados, ha corrido por la curia romana y los pasillos de las bibliotecas. El Maestre moverá los hilos y nos hará llegar su señal.

Confío en ello.

El irlandés Killimet miró las velas humeantes con un gesto de satisfacción.

—Suena sensato. Este es un asunto peligroso… Creo que debemos esperar, será lo más prudente.

—Aguardaremos aquí —afirmó Angelo dándole la razón mientras sus reflexiones se perdieron en los vitrales emplomados—. El archiduque nos dará asilo y protección, esperaremos escondidos a la Inquisición de Iuliano o a las señales que nos envíe el Maestre. Esperaremos observándolo todo. Quizá así hallemos las respuestas donde ni siquiera imaginamos.

En aquella noche fría que arrastraba copos blancos en sus vientos infinitos, DeGrasso abandonó la torre. Todos estaban impacientes, pero su ansiedad debía armarse de templanza.

34

El carruaje con insignias vaticanas, cubierto de nieve y embarrado, se detuvo ante la puerta principal del castillo de Saint-Pierre, la fortaleza donde residía el duque de Aosta y en la que recibía y alojaba a sus invitados. Tras examinarlo, la guardia nocturna lo dejó pasar.

El duque Bocanegra y su invitado, Giuglio Battista Èvola, estaban cenando en uno de los salones principales junto a Ségolène cuando recibieron la noticia de aquella inesperada visita llegada en medio de la noche. El monje no dio crédito a lo que escuchaba y poco después, al presentarse ante ellos la recién llegada, su semblante pasó de la incredulidad a la cólera silenciosa. La hija del máximo cardenal de la Inquisición, Anastasia Iuliano, había llegado al ducado de Aosta sin previo aviso, sin contar siquiera con el permiso de su padre.

Bocanegra, por su parte, se sumió en un leve desconcierto no exento de agrado: sabía que la joven sobrina del Superior General del Santo Oficio poseía una belleza sin igual y, llevado por su afán de conocerla, en innumerables ocasiones había enviado a su residencia en Volterra mensajeros con las más dispares invitaciones que tenían como fin último comprobar personalmente si su fama era cierta. Cacerías, fiestas, aniversarios y recepciones… Tras cada acto que organizaba el duque se escondía el secreto deseo de contemplar y seducir a la dama más bella y codiciada de Italia, la misma que, hasta ese preciso instante, había hecho oídos sordos a sus requerimientos.

Pero ahora la sobrina del cardenal acababa de entrar en su salón, con paso firme,

aunque no exento de cierto cansancio, y extendía con una sonrisa voluptuosa su mano enguantada hacia él. Pensó que aquel era el día más dichoso de su vida: le había sido regalado un complot para vencer a su poderoso vecino y una dama francesa y otra italiana llenaban su fortaleza de aromas de orgías, tesoros y reinas.

Bocanegra observó la esmeralda de un verde profundo que pendía del cuello de aquella mujer y luego se fijó en el verde aún más poderoso de sus ojos, que parecían enturbiar y destronar al de la gema que llevaba colgada sobre su piel.

—Es un placer daros la bienvenida a mi castillo —murmuró mientras besaba su mano.

—El placer es mío, Excelencia. En verdad ansiaba conoceros; por ello, cumplidas mis obligaciones familiares en Roma, me he decidido a visitaros, aunque de forma intempestiva.

—Jamás es mal momento para acudir a mi castillo. —El noble sopesó disimuladamente los pechos que el vestido de la joven resaltaba—. Sabéis de sobra que siempre que llaméis a mi puerta se os abrirá.

Pasquale de Aosta sonrió embelesado, olvidado por completo el recuerdo del hombre que la semana anterior había muerto congelado a su puerta. Aquel desgraciado era un campesino feo y sin escote.

Anastasia alzó el mentón y descubrió, sentado a un extremo de la mesa, la sombra inconfundible de Èvola, al que dirigió una mirada de odio que solo duró un pequeño instante, el que Je llevó al religioso a levantarse, anunciar su retirada y, sin pausa, dirigirse a la escalera, por la que ascendió arrastrando su hábito negro hasta perderse en la oscuridad.

Bocanegra ignoró aquella descortesía e invitó a la joven a sentarse junto a él y su otra invitada, la dama francesa.

35

—¿Os conocéis? —indagó el duque. Las dos mujeres cruzaron sus miradas.

—No… —respondió Ségolène—. Pero he oído hablar de vos.

—Es un placer. —Anastasia sonrió.

—Igualmente para mí, soy Ségolène Lacroix.

El duque ofreció coñac, y Anastasia aceptó mientras la francesa posaba la vista en las facciones de la recién llegada y en la tersura de su piel y sus labios.

—Lacroix… —repitió la hija del cardenal—. ¿Acaso sois pariente del conde Jean-Claude de Armagnac?

—Soy su hija.

—Qué extraño, tenía entendido que aún erais una niña… —se admiró.

—Según mi padre sigo siéndolo, pues aún no he cumplido los veinte.

El duque tomó asiento a la cabecera de la mesa, con una dama a cada lado, contempló las facciones de Anastasia y agitó su copa.

—¿A qué se debe el honor de vuestra visita precisamente en una noche tan desapacible como esta? —preguntó intrigado.

La joven florentina bebió de la copa, luego sonrió.

—Curiosidad por vos, que tantas veces me habéis ofrecido vuestra hospitalidad, y por vuestras tierras. Ya que el norte de Italia limita en vuestro ducado, son un bastión de contención de los protestantes y un freno para los avances franceses. Tal vez por ello todos os aclaman como digno descendiente de los legionarios romanos.

El duque Bocanegra hinchó el pecho y creyó percibir el aroma glorioso de la admiración y el respeto. Se sintió nuevamente Marco Antonio y le pareció que el viejo foro, las columnas, el arco de Augusto y las demás ruinas imperiales que guardaba su ciudad reverdecían en la boca de aquella hermosa mujer.

—Entonces mañana mismo os llevaré a recorrer mi valle, os mostraré la veintena de castillos que protegen Aosta y la magnífica vista del Monte Bianco o Mont Blanc. Luego os haré entrar en la ciudad por la puerta pretoriana, aquella por la cual entraron los grandes generales del imperio. ¿Nos acompañaréis? —preguntó el duque dirigiéndose a Ségolène.

—Por supuesto, si Anastasia lo desea…

—Será un placer para mí.

Bien entrada la noche, se retiraron todos a dormir. Cada uno apoyó la cabeza en la almohada y pensó en la oscuridad.

Ségolène pensó en Anastasia.

Anastasia pensó en Ségolène. Algo la perturbaba pero aún no había descubierto qué era. No tardaría mucho en hacerlo.

36

El castillo de Saint-Pierre se encontraba a oscuras. Ségolène Lacroix se movió sigilosa en la penumbra del pasillo. Entró en el cuarto ajeno como un ladrón nocturno. Sabía muy bien lo que había percibido al mirar los ojos de la hija del cardenal, y por eso decidió asumir aquel riesgo.

Se desplazó por el cuarto con sigilo, descalza y en ropa de cama. Sentía el roce del camisón y la libertad de sus piernas desnudas que no tenían que cargar ahora con las pesadas faldas de gala. Anastasia parecía decidida, aunque su respiración era entrecortada.

La italiana abrió los ojos en la oscuridad de su cuarto. Dormía desnuda, sintiendo la caricia de las sábanas en sus senos. Se irguió con los labios entreabiertos, como queriendo besar el aire. Luego quedó en suspenso, escuchando el latir de su corazón y el silencio. Sintió las cosquillas de un presentimiento mientras recordaba a la francesa y permaneció en la penumbra, reflexionando. Su aliento formó un murmullo, como un gemido.

Ségolène tomó la poción alquímica de las manos de Èvola y la apretó contra su pecho.

Y Anastasia, en soledad, recordó.

La francesa retrocedió sobre sus pasos en aquella oscura habitación. Sabía que la guardia armada del duque estaba en la planta baja y los pasillos permanecían solitarios. Nadie debía verla.

¡Esa francesa no era la hija del conde de Armagnac! Al darse cuenta, a Anastasia casi se le escapa un grito. ¡La hija del conde era otra, una niña rubia de catorce años! Ahora lo recordaba con total nitidez.

Ségolène Lacroix abandonó la habitación de Èvola y entró en su dormitorio. Preparó una alforja, se puso un pesado abrigo y salió al pasillo. Lentamente se escabulló hasta alcanzar la planta baja, donde conseguiría el caballo que necesitaba.

Algo más tarde, una sombra avanzó por el pasillo de piedra. Bajo un vitral emergió el rostro deforme de Èvola, grotesco e inexpresivo.

El monje sonrió mientras veía alejarse a la francesa.

Tercera Parte

MYSTERIIS TERRENUS SATHANAS

XIII. Signos

37

Los ojos del archiduque Jacques David Mustaine recorrían sus prados y viñedos. No hallaba en ellos flores ni hierbas ni vides, solo un manto blanco de nieve y las preocupaciones que le acosaban. Poco antes le había llegado la mala nueva, la noticia que lo había empujado a un abismo de silencio.

Sujetaba el halcón en el guante, como todas las tardes, mientras su melena de destellos rojizos y bucles se agitaba con la brisa. Pero el noble no estaba solo, como él suponía. Allí, en el valle de muros viejos y cauces helados, se acercaba alguien que habló a su espalda:

—He recibido una última petición —resonó en la soledad del refugio montañés.

El cetrero se giró y observó al hombre encapuchado apoyado en una vara que había trastocado la quietud de su archiducado.

—Maestro DeGrasso —replicó Mustaine—. ¿A qué debo esta visita?

—Hoy he recibido una última petición —reiteró el dominico.

El francés alzó un trozo de carne y lo dejó en la garra del halcón, que lo prendió y lo desgarró con el pico.

—¿Y qué habéis decidido? —interrogó Mustaine.

Angelo le miró fijamente.

—No entregaré la reliquia.

El noble francés se puso rígido.

—Veo que la ambición está por encima de vuestra misericordia —afirmo sin ambages.

—¿Por qué lo decís, archiduque?

—Porque cargaréis una guerra en vuestra conciencia.

El inquisidor genovés asió la vara con ambas manos.

—¿Desde cuándo reparáis vos en evitar matanzas?

—¿Y desde cuándo vos preferís llevarlas a cabo? —replicó el noble.

El viento pasó entre ellos llevándose consigo sus palabras a través de las profundas cañadas. El halcón desmenuzó la carne y tragó el bocado, luego quedó erguido como el mástil de un buque de guerra en el antebrazo del pelirrojo.

—¿Qué ha sido del caballero francés vehemente que desafió a la Inquisición y este noble dubitativo que ahora contemplo? ¿Qué le ha sucedido al protector de la *Corpus Carus* que me guarece tras sus muros?

El archiduque le observó inquieto. Luego dio un paso hacia el inquisidor genovés.

—¿Acaso tenéis que saberlo todo siempre?

—Es vuestra mirada —reconoció Angelo—, que clama por un oído que os escuche…

—Para ello tengo consejeros… —bufó el archiduque.

—Ellos no os servirán en esta ocasión. Y vos bien sabéis que yo puedo ayudaros.

Jacques Mustaine volvió a suspirar y asintió con la cabeza. Luego miró los distantes confines de su archiducado. Por último, se dirigió al monje.

—Ha sido mi grupo alpino de exploración quien me ha dado la noticia —confesó—. Hay un ejército de mercenarios moviéndose hacia Aosta por el paso de San Bernardo.

—¿Cuántos son?

—Demasiados.

Angelo se pasó la mano por el mentón. Una tibia sonrisa despuntó en su rostro.

—¿Comenzáis entonces a creer mis palabras?

El francés oteó los riscos lejanos.

—Es verdad. No creí en vos, monje.

—¿Teméis que os ataquen?

—¡Jamás! —contestó furibundo apretando la mandíbula—. Un franco nunca teme a las armas. Soy un guerrero, no un cobarde.

—Pues bien, entonces comenzad a planear una defensa, porque ese ejército del que os han hablado caerá sobre nosotros y nos asediará hasta conseguir la reliquia. Os lo dije en un principio, la Iglesia no está jugando, vendrá como un verdugo.

—¿Y por qué no la entregáis? —preguntó su protector encarándose con Angelo—. ¿Por qué no termináis con todo esto y devolvéis la reliquia a vuestra Santa Inquisición?

—Nunca la entregaré.

—Pero ¿acaso no sois católico? —El francés señaló con el guante—. ¿Por qué no habríais de darle a la Iglesia lo que reclama?

—No confío en sus mensajeros. Creedme, podría depositarla en manos equivocadas y caer en una conjura de brujos que buscaran socavar la Iglesia. —DeGrasso hablaba sumido en la turbación—. Vos no reconocéis la herejía ni conocéis los mil disfraces del Demonio. No es tan sencillo como pensáis.

—¿No confiáis en la Inquisición?

—Claro que sí. Confío en ella, pues soy inquisidor y al Santo Oficio dediqué mi vida. Pero esta misión es delicada y habré de guiarme solo por mi juicio hasta que la tormenta haya pasado. Hoy en día yo soy la Inquisición, yo soy el guardián de nuestra fe y de la ortodoxia cristiana, por eso no entregaré la reliquia sino al Papa en persona. No daré la esfera sino al sucesor de Pedro.

—El Papa no vendrá hasta vos, Angelo.

—Entonces la fe de nuestra Iglesia quedará a salvo en mis manos.

—¡Llevaréis mi archiducado a la guerra! ¿No lo veis, acaso estáis loco? Vuestra terquedad aniquilará a mis soldados. Me obligaréis a hacer lo que mi familia jamás imaginó: ¡luchar contra la Iglesia!

—Yo no; no propiciaré la guerra —negó—. Podéis entregarme si lo deseáis, sois libre de hacerlo; pero será vuestra decisión, no mía.

El francés mostró en los ojos la ira que sentía y la lengua se le disparó.

—¡Sabéis bien que jamás os entregaría: tengo honor y palabra y se lo prometí al Maestre! ¡Sois un retórico que utiliza argumentos tramposos para conseguir vuestro propósito!

—Honrad entonces a vuestro honor y a vuestra palabra —le intimidó DeGrasso —. Preparaos para defenderme a mí y a la esfera como os ha pedido el Maestre. Preparaos para la guerra que vendrá.

Mustaine mostró un hilo de cordura.

—Será una batalla entre católicos… ¿Acaso el Maestre de la *Corpus Carus* no conoce esta flagrante realidad?

—Sé que el Maestre está al tanto de que los brujos siempre acechan, y por eso solo hay una forma de salvar a los hombres de esta reliquia: resguardarla en buenas manos.

—¿Habéis hablado con él? Lo último fue su orden escrita donde pedía que os protegiera. —Mustaine levantó las cejas.

—Quedad tranquilo, él bien sabe lo que está sucediendo. Si no se ha comunicado es porque no hay razón de hacerlo.

—¿Vos lo conocéis? —interrogó el francés—. ¿Lo habéis visto alguna vez?

El monje reparó en los ojos brillantes de curiosidad del archiduque.

—Sabéis que nos está prohibido revelarlo.

—Cierto —aceptó Mustaine frunciendo el ceño—. Y en verdad no me interesa.

Angelo reparó en el ave de rapiña sobre el antebrazo del noble. Admiró su plumaje grisáceo y su pico letal. Llevaba los ojos tapados por la caperuza.

—A veces es mejor confiar sin mirar. Como vuestra ave, que sin veros sabe que en vuestra mano siempre estará segura.

—Solo una cosa más, maestro DeGrasso —solicitó el noble—. ¿Qué guarda esa esfera que merezca el asedio de mi archiducado?

Este hizo una pausa, escuchó el sonido del agua helada que caía entre las rocas y finalmente respondió antes de comenzar a caminar hacia el sendero.

—Contiene lo más preciado que podáis imaginar, algo que debemos conformarnos con tener y no mirar. Tan necesario como el sol de este cielo —dijo, y señaló con su vara—, que de observarlo nos transformaría en ciegos y de no tenerlo

nos forzaría a vivir en tinieblas.

38

Al caer la tarde, el inquisidor Angelo DeGrasso mandó convocar a los cofrades de la *Corpus* en el castillo. Se reunieron junto a la chimenea de piedra, en el salón de audiencias. El jesuita Tami mantenía la vista en los leños, reflexivo. Desde su llegada no había podido descansar lo suficiente, sus pensamientos y sus sueños volvían siempre a lo mismo: a aquella esfera y a su misterio potencialmente devastador. Lentamente, dio la espalda al fuego.

—¿Hay novedades sobre el Maestre?

—Aún no —intervino Angelo.

—Los hombres del castillo murmuran y hablan de mercenarios que se acercan —reveló el Vikingo.

—Sí, esperan al otro lado de las montañas —afirmó—. Sirven al duque de Aosta y pronto vendrán a por mí.

—¿Y el archiduque Mustaine? ¿Qué te ha dicho?

—Es un hombre valiente. Estará listo para protegerme.

—¿Cuántos son? —indagó Tami.

—Miles, tal vez.

—Entonces ya nada tiene sentido —aseguró Nikos Xanthopoulos—. Esperamos señales del Maestre que tal vez nunca lleguen mientras se acerca el olor de la pólvora y el sonido de los cañones. Todo por una esfera que no comprendemos y que se llevará nuestras vidas por delante.

—Y además ya no podremos salir de Chamonix —añadió Killimet—, la Inquisición habrá cerrado ya los pasos fronterizos. Sería inútil escapar y ni siquiera tenemos la oportunidad de escondernos en el bosque: el invierno nos mataría en un par de noches.

—¿Entonces? —preguntó Nikos—. ¿Nos quedaremos aquí a esperar la muerte?

—¿Prefieres escapar mientras el archiduque combate? —le increpó Angelo.

—No soy un cobarde, bien lo sabes. Te he guardado las espaldas desde Génova hasta Sudamérica y de Sevilla a Florencia, pero quiero que salvemos nuestro pellejo, vivir para el próximo día. Aquí estoy en el matadero, aguardando la espada que me cortará el cuello y que presiento antes de que salga de su funda… ¡Me niego a morir así, como un cordero!

—Esperaremos —sentenció Angelo.

El rubio cazador de brujas clavó en él su mirada de hielo.

—La señal del Maestre no llegará —aseguró—. Esta reliquia seguirá tal y como está y nosotros sufriremos las consecuencias. Acuérdate bien de mis palabras.

En ese preciso instante la pesada puerta de roble giró en sus bisagras con clamores de hierro reseco y el archiduque Mustaine irrumpió con vehemencia en la sala cubierto con su capa y sus emblemas. En una mano sostenía la espada y su rostro brillaba encendido, como anticipando el fuego de su propio infierno. Tras él entró su guardia, uno de los soldados arrastraba por el cabello a una dama rubia muy pálida que parecía casi congelada.

—¡Que alguien me diga quién es esta mujer! —gritó el noble encolerizado señalándola con la espada—. ¡La han atrapado en el bosque rondando el castillo y clama por vos, maestro DeGrasso, aunque yo preferiría matarla por espía! ¡Nadie saldrá vivo de estas tierras tras haber visto mis ejércitos y mis cañones ni delatará mis posiciones al duque enemigo!

Los cofrades no salían de su asombro, la escena les paralizó.

Angelo contempló fijamente a aquella mujer vapuleada, se acercó hasta ella y se acuclilló. Mustaine le miraba en silencio, como esperando un gesto suyo para decapitarla. El inquisidor le levantó el rostro suavemente sujetándola por la barbilla.

Angelo no la conocía, pero lo ocultó al archiduque.

—¿Por qué me buscáis? —susurró dulcemente.

—Soy Ségolène… —La joven le miró aturdida. Temblaba de frío y miedo. Intentaba formar palabras que no le salían y su estado pedía a gritos ayuda—. Soy una cofrade de la *Corpus Carus* —balbuceó—. Os traigo una señal del Maestre.

Angelo abrió bien los ojos al oírla. Tras él, los demás quedaron paralizados.

La mujer tomó aire y resopló para explicarle:

—He traído un brebaje que os ayudará con la esfera…

Ségolène buscó entre sus ropas y extrajo un frasco que ofreció con manos temblorosas. Los finos brazaletes de oro que cubrían sus muñecas lanzaron destellos al reflejo de las velas y sacaron curiosas tonalidades rojizas al líquido que contenía la diminuta botella. El Ángel Negro tomó la ampolla, estupefacto. Aquella mujer parecía saber más que él de los secretos de la esfera. Sus manos cubrieron las suyas y sus miradas y pensamientos se acoplaron.

—Hay algo más… —Respiró, casi desmayada con sus ojos azules fijos en los del inquisidor—. Hay un traidor entre vosotros, un brujo infiltrado en la *Corpus*, aquí mismo.

La atención de los presentes se agudizó.

—Puede que esté mintiendo —apuntó Mustaine—. Quizá sea una espía del duque.

Killimet miró a la mujer con detenimiento y se acercó a DeGrasso.

—No deberíamos fiarnos de ella —declaró—. Ninguno de nosotros la ha visto nunca.

El inquisidor la tomó por los hombros y la cobijó en sus brazos. La mejilla de Ségolène se apoyó en su pecho mientras temblaba y miraba aterrada la figura intimidante de Mustaine. Alzó su cabeza hacia Angelo y musitó en su oído:

—Extra ecclesiam nulla salus…

El inquisidor miró a la joven antes de dirigirse a los presentes con voz atronadora:

—La conozco —mintió—. Se quedará con nosotros.

El jesuita Killimet endureció la mirada. El Ángel Negro había salvado a aquella mujer de una muerte segura obra de Mustaine. Un paso incierto hacia un futuro aún más oscuro.

Angelo comenzaba a ser consciente de la nueva realidad. Un traidor anidaba entre ellos.

39

En el castillo de Verrés, una fortaleza inexpugnable que dominaba el valle desde un páramo rocoso, rodeado de taludes y a pocas leguas del castillo de Saint-Pierre, residencia del duque de Aosta, Bocanegra había preparado la recepción de la comitiva del Santo Oficio, que llegó a primera hora de la mañana.

También Èvola había llegado a Verrés de madrugada a lomos de un cartujano negro con el que había atravesado al galope la espesa niebla de los valles.

A lo largo de todo el día el personal del castillo ayudó a descargar los carruajes de la Inquisición. Entre su equipaje se encontraba una llamativa máquina de tortura que depositaron en el patio de armas. Se trataba de una «dama de hierro», un sarcófago de metal forjado con forma humana que albergaba en su interior un enjambre regulable de afiladísimas púas, un mecanismo agobiante y brutal para arrancar confesiones.

Los soldados de la Inquisición ataron sogas alrededor del sarcófago y lo montaron sobre maderos untados de grasa. De esa forma, con la ayuda de los sirvientes del duque, lo subieron tirando de las cuerdas por los escalones de piedra hasta dejarlo en el lugar que había ordenado el cardenal Iuliano: una sala del tercer piso.

De otro carruaje, más largo y con las ventanas cerradas con barrotes, bajaron a Darko. El Gran Brujo llevaba grilletes en manos y cuello y era escoltado por un séquito de mosqueteros. Fue conducido por lúgubres pasillos hasta una habitación que resultó ser su nueva celda. Allí le quitaron las cadenas pero no lo dejaron solo. El

cardenal ordenó a un soldado que lo custodiara dentro de la habitación mientras los demás permanecían en la puerta. Era un fuerte dispositivo de seguridad para tratarse de un anciano ciego, pero todos sabían que Darko era demasiado peligroso y que por ello debía estar incomunicado.

Después del mediodía Iuliano recibió al monje Èvola en audiencia privada, pues en ella se decidirían los pasos finales de su plan. Este último se encontraba de pie, con las manos cruzadas dentro de las mangas del hábito. Su rostro mostraba la expresión fiel de un soldado guiado por la fe.

—Angelo DeGrasso se ha negado a nuestro último requerimiento. No entregará la reliquia —lanzó el monje del ojo parcheado.

Iuliano se tocó el crucifijo que llevaba al pecho y meditó en silencio. Su expresión era severa y firme.

—Era de esperar —respondió—. Parece que hará por su propia cuenta la investigación.

—Hablé con él en la biblioteca del Cluny, pero se negó a cualquier trato. Insiste en que solo depositará la esfera en las manos del Santo Padre.

—Angelo me sorprende —añadió el cardenal negando con la cabeza y esbozando una casi inapreciable sonrisa—. Pide imposibles… y pretende que el mundo le comprenda. Ya no sé qué pensar de él. No sé si es demasiado leal o un traidor.

—Él no es el problema —contradijo Èvola—, sino los brujos que le rodean y merodean como hienas. La esfera corre peligro y sé que muy pronto intentarán robarla.

—¿Por qué lo decís? —Iuliano contuvo su respiración.

—Porque Angelo DeGrasso ya tiene la solución alquímica para desvelar los rollos de la esfera. Pronto el *Codex Terrenus* será leído.

Los ojos azules del cardenal quedaron prendidos en esas palabras.

—Santo Dios. ¡Pero qué decís! —exclamó el General de la Inquisición acosado de pronto por la sensación de que un nudo oprimía su pecho.

—Excelencia, no os alteréis, todo está bajo control. Yo mismo se la entregué a una cofrade encubierta de la *Corpus Carus*.

—¡¿Sabéis lo que decís, y las consecuencias?! —le interrumpió el cardenal estrellando su puño en la mesa. Se volvió y preguntó furioso—: ¿Quién es?

—Su nombre es Ségolène Lacroix. Una francesa de Armagnac que trabajará para nuestros intereses, Excelencia, no os apuréis… Ha renegado de su lealtad a la cofradía. Además de Darko, como bien sabéis vos, DeGrasso es la única persona capaz de desvelar su misterio. Así, cuando por fin los tengamos a los dos, habremos ganado un tiempo precioso.

El purpurado, como si no hubiera escuchado una sola palabra, se volvió con

violencia y clavó la vista en su monje.

—No comprendo lo que habéis hecho, Èvola, es como si vos también quisierais poner piedras en mi camino.

—Por favor, creedme como siempre lo habéis hecho: no temáis por la *Corpus*, será nuestro instrumento para hacernos con el secreto de la esfera. Y con Darko bajo nuestra vigilancia personal impediremos que nadie del exterior pueda acceder de nuevo a sus estancias. Los brujos lo observan todo y ahora saben que la esfera se leerá en breve. Por ello os digo que muy pronto intentarán arrebatársela —aseguró Èvola.

—Darko está incomunicado… —rebatió su superior enarcando las cejas—. Es imposible que él esté detrás de todo esto. ¿Cómo se organizarán si su maestro está ciego y encerrado?

—Hay otro brujo que trabaja desde fuera, mejor dicho, una bruja —replicó el tuerto bajando la vista.

Iuliano habría querido evitar oír esas palabras. Sabía que siguiendo la conversación por aquella dirección terminaría encontrándose con lo peor. Pero el benedictino a sus órdenes no se detuvo:

—Recordad que fray Bernardo os advirtió en la carta llegada desde el Nuevo Mundo que vos mismo me leísteis. Por cierto, Excelencia… —Èvola tragó saliva antes de continuar—. Anastasia está en Aosta, en el castillo de Saint-Pierre. Os desobedeció, jamás llegó a Florencia. En vez de eso vino aquí sin previo aviso ni motivo que lo justificase.

Su interlocutor quedó paralizado. Le llevó un instante recordar aquella última conversación con su hija en Roma, donde le había rogado que no se entrometiera en los asuntos de la Iglesia. Recordó su dulce expresión junto a la fuente y su promesa de no interferir. Pero pronto dejó de lado sus recuerdos para centrarse en el rostro horrible de Èvola y tomó asiento. Era consciente de que las decisiones que adoptara ahora tendrían que salir de boca de un guardián de la Iglesia y no de un padre amoroso.

—¿Cuándo llegó?

—La misma noche en que entregué la solución alquímica a la espía francesa. —Èvola hizo una pausa antes de continuar—. Excelencia, me atrevo a recordaros que el tiempo apremia, he de partir… los brujos estarán informados del robo y ahora irán a por la esfera.

Iuliano levantó la vista de los leños; sin embargo, parecía conservar su fuego en los ojos. Cerró su guante negro y apoyó el puño en la mesa para ordenar con vehemencia:

—Comenzad el asedio. Atacad al archiduque francés y haceos cuanto antes con la reliquia y con DeGrasso. No habrá más retrasos.

—¿Y qué sucederá con su hija Anastasia? —murmuró su abnegado servidor.

—Encerradla. Ya tendré tiempo de analizar su situación.

Giuglio Battista Èvola se retiró en silencio. Al cerrar la vieja puerta de roble dejó al cardenal en la soledad de su aposento, hundido en sus pensamientos. Sopesaba detenidamente las consecuencias de un desastre de proporciones bíblicas.

40

El duque Bocanegra de Aosta se acercó y se sentó junto a ella en el mismo sillón de terciopelo. Dio un largo trago a su copa y la observó.

—¿Cómo habéis pasado la noche? —preguntó el noble—. Sé que os habéis levantado a media mañana.

—Muy plácida. —Anastasia le miró con ojos traslúcidos.

El duque apenas sonrió. Advirtió que aquellos ojos que la noche anterior brillaban verdes ese día estaban grises.

—Fue un largo viaje, dormí sin percatarme de la hora, estaba agotada. —La joven se levantó y caminó hasta la chimenea. Contempló cómo los leños ardían y después miró curiosa por la ventana. Sus ojos recorrieron los bosques nevados y las montañas —. Es hermoso vuestro valle en invierno.

—Hoy os llevaré a recorrer las ruinas —propuso él—, así entenderéis por qué los antiguos romanos decidieron enclavarse aquí. Veréis el arco de Augusto y el antiguo teatro, y comprenderéis el verdadero significado de la palabra belleza.

Anastasia se volvió hacia el duque, que al verla de frente no supo si la verdadera belleza estaba en sus ruinas o en aquel rostro.

—¿Me habéis espiado? —preguntó—. Sabéis cuándo desperté y yo no os lo he dicho.

—Sí. Es verdad —reconoció el duque con una sonrisa—. Dispuse que un chambelán os custodiase. Él me informó.

—¿Desconfiáis de mí? —Su mirada grisácea destelló furiosa.

—No es eso, no. Solo deseo que no carezcáis de ninguna atención. No es suspicacia, simplemente interés.

Ella se acercó a él más calmada, dispuesta para las confidencias.

—He oído rumores por los pasillos —dijo—. Parece que Ségolène nos ha dejado.

Pasquale Bocanegra asintió en silencio. La marcha de la francesa le había causado gran enojo puesto que con ella se había esfumado su seguro para salvaguardar el

castillo. Pero la llegada de Anastasia minimizaba su efecto: una garantía por otra y esta, a su modo de ver, era si cabe aún más atractiva. Luego alzó su vista.

—Ciertamente ha sido una grosería indigna de una dama de su alcurnia abandonar el castillo en plena noche, pero por una nota que me ha dejado disculpándose parece ser que su padre la requería con urgencia —afirmó el duque.

—¿Y la guerra? —siguió Anastasia consciente del efecto que iban a producir sus palabras—. Se dice que asediaréis el archiducado de Chamonix. ¿Es que no tenéis bastante con todo lo que poseéis?

El duque desdobló la capa que le cubría el hombro y estiró el brazo hacia la mesa para tomar una botella de licor. Hizo con un gesto un mudo ofrecimiento que Anastasia denegó, pero mantuvo la pregunta con la mirada.

—Sí —confesó mientras se servía—, habrá guerra. No os hacía tan enterada de los movimientos de la Iglesia, aunque siendo vuestro tío quien es…

—¿Qué os han ofrecido por atacar? —insistió la muchacha.

—Sois una dama —advirtió el noble con aire divertido— y la guerra es cuestión de hombres. No deseo hablar de esto con vos. Creedme, hay temas mucho más hermosos y plácidos para vuestros oídos.

Anastasia cambió de expresión como si fuese una gata acorralada. Su belleza era tan inmaculada como peligrosa.

—¿Qué os ha ofrecido mi tío? —repitió sin poder ocultar la ira en sus ojos y se sentó a su lado, muy cerca.

Bocanegra la admiró en silencio y se dio cuenta de que las maravillas naturales de su valle habían palidecido ante aquella impredecible mujer.

—Ya os he dicho que no hablaré de eso con vos. ¿A qué habéis venido? —preguntó—. Por la insistencia en ese tema dudo que haya sido por la historia de mi ducado y sus ruinas imperiales. Además, en vuestros ojos aprecio algo que he imaginado para mí en sueños…

—¿Y qué sentido tiene soñar con una mujer como yo?

Bocanegra admiró la tersura de su cuello y reparó con deleite en aquel escote prohibido, oprimido por un corsé que resistía a duras penas la furia natural de sus pechos.

—Soñar con vos tiene el sentido de espantar mis pesadillas —confesó.

—No me cuesta demasiado arrancar esas palabras de un hombre —reconoció ella con una nueva mirada felina.

—¿Qué buscáis?, ¿qué hay en esta fortaleza que yo os pueda dar?

Anastasia alargó la mano y tomó la copa del duque. Posó los labios en el cristal y bebió de su coñac. Bocanegra se quedó perplejo, con la mano vacía levantada en el aire.

—Nadie bebe de mi copa —murmuró—, nadie intenta lo que vos hacéis…

—Veo que aún no habéis conocido a una mujer con sed. Yo nunca pido permiso para degustar en el licor la saliva de quien deseo. —Devolvió la copa a la mano del duque y este comenzó a sentir un deseó desenfrenado por aquella insolente actitud.

—Debo volver a preguntároslo: ¿a qué habéis venido a mi castillo?

—Estoy aquí por un hombre —respondió ella con su sonrisa perfecta—, un hombre que no posee más que su vestimenta, sus convicciones y sus ideas.

—¿Un hombre? —El duque se enardeció, con parsimonia levantó un dedo enjoyado con el anillo de su emblema y recorrió la mejilla de Anastasia. Acarició el pómulo y luego frenó junto a la comisura de su boca—. ¿Debería estar celoso de él? Ahora soy yo quien está frente a vos, así que ya no necesitaréis otro hombre. —Le brillaron los ojos con codicia, su dedo siguió descendiendo hasta el cuello de ella, muy despacio, y Anastasia lo miró entre la furia y el deseo.

—Me sobran duques en mi joyero. A quien necesito es al hombre por el que he venido hasta estas tierras.

—Quedaos conmigo —balbuceó Bocanegra ahora suplicante—, os haré duquesa. Tengo un ducado para que viváis vuestro amor y un ejército para protegerlo. Os regalaré un castillo —insistió—. Hoy mismo saldremos al valle y tomaréis el que os plazca.

Anastasia observó el fuego de la chimenea y meditó. Luego se volvió hacia el noble.

—Tengo siete castillos en Volterra. Y ninguno de ellos me retuvo. No entendéis… No me interesa nada en el mundo más que quien me ha traído hasta aquí.

El duque, ciego de pasión, avaricioso, recorrió con su mano el escote de Anastasia y tanteó por encima de la tela que contenía la curva de sus senos. Ella lo observó con frialdad mientras sentía el cosquilleo de aquellos dedos invasores en ese valle prohibido. Con delicadeza posó su mano sobre la de él y le detuvo.

—Detened la guerra contra Chamonix y me quedaré con vos. Seré vuestra duquesa.

—Dios mío… ¿Habláis en serio? —Bocanegra levantó las cejas sorprendido.

—Os doy mi palabra.

Él la escrutó extasiado; sonrió fugazmente, pero luego su semblante se volvió amargo.

—No puedo concederos eso —rechazó—. El asedio ya está en marcha.

—Entonces ayudadme a salvar a un hombre. —Los ojos de Anastasia brillaron al borde de las lágrimas—. Os lo ruego.

—¿Me pedís que salve a un hombre? —El duque frunció el ceño y agitó el líquido de su copa—. ¿Y de quién se trata? —preguntó con recelo—. ¿Ese por quien habéis venido aquí?

—Sí. Es mi medio hermano.

El duque mostró todo su asombro en un gesto involuntario, pero Anastasia continuó con lágrimas y determinación:

—Es Angelo DeGrasso, un hombre que permanece oculto en las tierras que estáis a punto de atacar.

XIV. El enigma de la esfera

41

En la habitación de la torre el aire se cortaba con el filo de una daga. Las miradas confluían en la reliquia dorada que refulgía en el centro de la mesa. Angelo observó a cada uno de los presentes, hasta llegar a la francesa Ségolène.

Todo estaba dispuesto para aclarar el enigma. La esfera estaba delante de ellos. Y el líquido de los brujos reposaba a su lado. Pero sabía que no sería fácil, los brujos no dejarían carnada sin anzuelo ni misterio sin trampa. Debía ser precavido y utilizar toda su intuición. Una gota de sudor resbaló por su frente.

—Comencemos. Esta misma noche hemos de lograr leer los pergaminos.

—Bien, hagámoslo pues —le secundó Tami.

—Tú no lo harás. No verás el *Codex Terrenus*. Te irás de esta sala.

Tami frunció el ceño y Xanthopoulos torció el gesto.

—¿Qué dices? —bufó—. Ha cruzado Francia entera por ti, ¿y ahora lo echas?

DeGrasso se volvió hacia él y le habló con inusitada energía.

—¡Tú tampoco! —exclamó—. Vete, sal también de esta habitación.

Ségolène miró al genovés intrigada. Sabía que fueron sus palabras las que influyeron en las sospechas del monje.

—¡Por Dios, Angelo! —bramó Tami—. ¿Acaso desconfías de nosotros?

—Es una orden, y la obedeceréis. —La mirada del inquisidor cobró el brillo que exhibía en la cámara de tortura.

—¿Es por ella? ¿Temes que alguno de nosotros sea un brujo? ¡Si este mismo otoño te salvamos la vida en Florencia!

—Marchaos de esta sala —reiteró Angelo sin concesiones—. Y no apeléis al pasado que tan bien recuerdo. —Lawrence Killimet se quedó en silencio. El jesuita italiano y el ballestero se dirigieron hacia la puerta. No comprendían aquella extraña reacción—. Y llevaos con vosotros a Ségolène. Ella tampoco puede estar aquí.

La francesa recibió aquellas palabras como una saeta en su pecho. Sus profundos ojos azules se llenaron de lágrimas y, desde el centro mismo de su corazón, se lo reprochó:

—Os he dado el frasco, os he advertido de un traidor. He cruzado la montaña hasta casi morir congelada… Os lo he dado todo. Ahora veo qué clase de hombre sois.

—Salid de esta sala, mujer. No sois nadie para juzgarme, y menos cuando hoy

mismo he salvado vuestra cabeza de la espada del archiduque. No os debo explicaciones.

—No podéis hacerme esto —reclamó Ségolène impertérrita clavando sus ojos en él.

—¡Fuera he dicho! —gritó Angelo dedicándole una mirada que anticipaba tormenta.

Ella suspiró despacio y, bajando la cabeza, se encaminó hacia la puerta seguida por los dos hombres. Los tres cofrades salieron al lúgubre pasillo de la torre y cerraron la pesada puerta de roble a sus espaldas.

Angelo quedó en silencio, a solas con el irlandés Killimet.

—Aún estás a tiempo de irte tú también. Después de que eche la llave nos convertiremos en los únicos testigos del *Codex*, contemplaremos el manantial que brotará de esta filosofía y seremos los primeros en tocar y creer… o en volvernos cómplices de un error que puede que debamos pagar. Tú decides.

Los candelabros lagrimeaban cera y las llamas iluminaban sus rostros llenos de espanto e incertidumbre.

—Me quedo —respondió Lawrence.

Angelo asintió. Caminó lentamente hacia la puerta y giró la llave.

—Comencemos pues.

La esfera brilló ante la velas.

Y el tiempo pareció detenerse en la sala.

Angelo hizo la señal de la cruz sobre la reliquia y la abrió por tercera vez.

—Espero estar haciendo lo correcto —murmuró, como purgando la culpa de sus dedos.

De esta forma, los doce rollos salieron de nuevo a la luz para que los hombres espiaran el arcano de Dios en la torre más alta del castillo de Chamonix, la nueva Jerusalén.

42

Al otro lado de las montañas, en el valle de Aosta, una puerta se abrió de improviso. Cinco guardias de la Inquisición se adentraron en la estancia destrozando adornos y derribando sillas a su paso.

El cuarto mostraba aún la chimenea encendida y el perfume femenino seguía flotando en el ambiente. Sus ropas estaban allí, y también sus arcones, pero la mujer

había desaparecido. El castillo de Saint-Pierre había sido revisado de arriba abajo, incluso el carruaje en el que había llegado, pero ella ya no estaba.

Detrás de la jauría de soldados entró Èvola, cubierto con su hábito negro y en hermético silencio.

—Se ha marchado —informó el guardia más veterano.

El monje examinó cada recodo de la habitación y le ordenó:

—Seguid sus huellas desde los establos por la nieve y decidme en qué dirección partió.

El soldado asintió y se retiró con los otros cuatro. Èvola caminó hacia la ventana y observó en la distancia la negrura de los bosques congelados.

Anastasia había desaparecido.

43

Ante el Ángel Negro y su cofrade se hallaba un misterio tan sagrado y devastador como codiciado e incierto.

La reliquia estaba abierta y las miradas cautivas. Angelo volcó sobre la madera los doce pergaminos para acomodarlos uno tras otro. Mostró a Killimet la base inferior de la reliquia y ambos leyeron de nuevo el opúsculo grabado:

> El nombre de Dios ha sido falseado ante los hombres para confundir y velar el secreto máximo de su significado. Pero en su raíz aflorará como pétalos, regado por el agua invisible, sobre la flor del que murió dos veces.
>
> Al cruzar el portal de la luz en su recorrido hallarán la esfera en manos del niño soportando la base del conocimiento. Allí lo pescaréis.

—¿Cómo resolveremos este acertijo? —El jesuita estaba desconcertado.

—La poción que ha traído Ségolène es la clave. —Angelo levantó la mirada y buscó las respuestas en el frasco, pero solo halló un líquido turbio—. Ella dijo que sin el brebaje no se podían leer los pergaminos… Este líquido es el único camino.

—¿Cómo? —preguntó Killimet.

—No lo sé. —Angelo tomó el frasco y lo acercó al candelabro—. Es un misterio de brujos, un proceso que nadie conoce…

—¿Y si mojamos los pergaminos con el brebaje?

—Es arriesgado —consideró Angelo mirando al jesuita—. He visto algunos líquidos que disuelven los pergaminos. —Dudó—. Puede que al intentarlo lo

perdamos todo. Quizá el líquido sea un seguro ingenioso para proteger la información de quienes no sepan el procedimiento.

—Es posible, pero estoy seguro de que no los destruirá. —Killimet detuvo la vista en el interior de la esfera y permaneció en silencio. Sus ojos leyeron aquel grabado en latín.

—¿Por qué estás tan seguro? —Angelo le miró con curiosidad.

El jesuita pasó el dedo por una oración del opúsculo y leyó en alto.

—«Pero en su raíz aflorará como pétalos, regado por el agua invisible, sobre la flor del que murió dos veces…» El opúsculo nos dice que algo aflorará después de regarlo: es una evidente alusión al líquido, la única mención en el opúsculo a una sustancia.

—Esta no es un agua «invisible» —corrigió Angelo—. Tiene color, es roja.

—Pero tenemos doce pergaminos con un contenido invisible, puesto que no lo vemos, y un brebaje para regarlos… ¿Tienes una interpretación mejor de estas instrucciones?

—Está bien, lo haremos como dices. —Alzó el frasco frente a las velas y contempló el reflejo del líquido, de un rubí intenso similar al más añejo de los vinos. Lo acercó a las llamas y lo giró para derretir el lacre, que goteó derramándose por el vidrio, y por último quitó el tapón—. La base… los mojaremos ahí dentro. —Señaló la esfera.

Killimet, decidido, puso ante sí la parte inferior de la reliquia.

—Si se destruyen será por mi culpa —dijo—, deja que yo lo haga.

Angelo sopesó sus palabras, pasó fugazmente la nariz por la boca del frasco y olfateó. Poseía un aroma que no podía reconocer. Finalmente, tendió la redoma al jesuita.

Killimet tomó el frasco con sumo cuidado y lentamente fue derramando la pócima rojiza en el interior de la esfera hasta la última gota. Dejó el frasco vacío a un lado y ordenó a su compañero:

—Desenróllalos y mételos en la reliquia despacio, de uno en uno. Así tendremos tiempo de detener el proceso y salvar los que podamos si vemos que el líquido los destruye.

El inquisidor comenzó con aquella tarea: uno por uno desplegó cada pergamino y los depositó en la base abierta de la esfera dorada.

—Están todos —anunció.

Killimet esperó a que el monje sacase las manos del recipiente y se aseguró de que todos los pergaminos se encontrasen extendidos en el fondo. A continuación comenzó a verter el líquido hasta cubrirlos por completo. Dentro de la base ya no se veía nada, solo la pócima oscura que tapaba los pequeños documentos.

Killimet acercó su cara y miró con detenimiento.

—Huele raro… Pero creo que el pergamino no se está estropeando.

Angelo le escuchaba y le parecía como si el irlandés estuviera espiando el jardín del Edén. El jesuita hacía oscilar el líquido moviendo la base de oro. De repente, los papiros comenzaron a tomar un color terracota.

—Hay algo —anunció—. Los pergaminos… Están apareciendo unos signos.

—Déjame ver. —El monje se impacientó.

—¡No! —respondió y le detuvo alzando su mano—. Parece una escritura extraña… Deja que yo la examine, después lo harás tú.

Killimet mantenía el rostro a poca distancia de la esfera para poder distinguir los signos que afloraban sobre los papeles sumergidos. Entonces sintió el hedor de un vapor tibio que comenzó a fluir del interior.

—¡Los veo! —exclamó—. ¡Son alfas y omegas! ¡Tenía razón! ¡El líquido las ha traído a la luz! —Luego murmuró sin aliento—: Son hermosas letras grieg…

En ese instante, Killimet abrió las manos, dejó caer la esfera sobre la mesa y chilló con fuerza, un alarido bestial que salió desde el fondo de su garganta. Enloquecido, se retorcía cubriéndose el rostro mientras Angelo le observaba horrorizado, sin comprender nada, sin adivinar la causa de esa brusca enajenación.

La reliquia rodó sobre la mesa y el líquido se derramó. Los pergaminos quedaron apiñados y mojados en su fondo.

El jesuita no dejaba de gritar con las manos sobre su rostro. El inquisidor se abalanzó sobre él y lo contuvo todavía sin saber qué estaba sucediendo. Pero no fue suficiente. Sus gritos y quejidos continuaron hasta que se sentó en una silla. Killimet estaba asustado, temblaba. Fuera, los cofrades golpearon la puerta, pues sabían que algo malo había sucedido.

El Ángel Ne gro separó lentamente las manos del jesuita de su rostro y contempló una visión diabólica y siniestra: sus ojos se habían quemado y tornado blancos.

Algo había salido mal.

Lawrence Killimet se había quedado ciego.

XV. Ceguera

44

Durante la madrugada la climatología había cambiado. Los vientos helados limpiaron el cielo de nubes y dejaron un manto reluciente de estrellas. Jacques David Mustaine, archiduque de Chamonix, había montado un retén de exploración en Le Savoi, una pequeña aldea cercana a su ciudad, justo al pie de las montañas que caían como cortinas entre sus tierras y las del duque italiano. Esa noche había mandado llamar a sus caudillos, el condestable de Bonneville y el barón de Argentiére, que ahora le contemplaban en silencio.

—Hemos tenido noticias —exclamó Mustaine—, son más de cuatro mil.

—¿Qué planes tenéis? —preguntó el barón de Argentiére tras beber un trago de licor.

—Reuniremos todo el ejército en Les Praz, justo en la desembocadura del paso.

—Sería mejor atacarlos arriba, en la montaña —sugirió Maurice Bonneville mientras se acariciaba la barba.

—Hay mucha nieve —recordó el archiduque—, desperdiciaríamos nuestra caballería. Prefiero combatir en el llano.

—Pelearíamos en inferioridad de condiciones —siguió el condestable—. ¿Por qué esperarlos aquí si podemos emboscarlos en los riscos?

—Porque tienen cañones —confesó el archiduque—, nos dispararían y nuestros caballos no podrían cargar contra ellos. Prefiero usar nuestro puño donde más nos sirve.

—¿De cuántos hombres disponéis? —prosiguió el barón.

Mustaine se encogió de hombros. Luego habló con tranquilidad.

—Quinientos caballeros paladines y mil quinientos soldados de a pie.

El barón de Argentiére tomó asiento y meditó. Su ciudad estaba a escasas leguas.

—Podré sumar doscientos paladines —dijo—. Es toda mi caballería.

—¿Vos, Maurice? —le apremió Mustaine volviéndose hacia él.

—Trescientos… —titubeó el condestable—, trescientos paladines es todo lo que tengo.

El archiduque caminó en silencio hasta la botella y se sirvió una copa de licor.

—Mil paladines francos en total —calculó— es una fuerza a temer. Arrasaremos sus cañones y dejaremos que nuestros soldados aniquilen al resto.

—¿Qué hay del rey? —preguntó el barón.

—No intervendrá —se adelantó el condestable de Bonneville—. Estaremos solos. La Iglesia le ha persuadido.

—Bien. Esperemos entonces que nuestro archiduque sepa asestar el golpe mortal que necesitamos, pues más allá de estas tropas quedaremos sin ejército ni control.

—No vendrán —respondió el barbudo de Bonneville—. Apuesto a que el hielo de la montaña los detendrá, o quizá el miedo al saber de nuestra caballería. No vendrán.

Poco después un soldado de la guarnición de Mustaine entró presuroso informando del avistamiento. Los nobles salieron a pie a través de la nieve hasta llegar a una meseta rocosa. Desde allí, el soldado señaló la montaña.

El archiduque de Chamonix conservó la cordura mientras sus ojos contemplaban la débil luz que comenzaba a arder en la aún oscura madrugada. Se trataba de una fogata. Estaba donde suponía, se trataba de un puesto vigía del propio archiduque.

En el punto más alto, a trece mil pies de altura, en el Aiguille du Midi, la fogata comenzó a brillar cada vez con más intensidad. Era la señal inequívoca de que los exploradores alpinos habían avistado las tropas de Aosta. Mustaine anunció:

—Ya están aquí.

45

La caravana había partido de Entreves, último poblado de Aosta. Desde allí había comenzado el tedioso ascenso a la montaña, siguiendo las nieves duras del Ghiacciaio della Brenva hasta alcanzar la meseta helada del gigante, a los pies del enorme diente rocoso. Durante los primeros dos días habían perdido más de cincuenta hombres en la nieve. La nieve acumulada en las cumbres se había desprendido en varias ocasiones sepultando a los exploradores y quince caballos y ocho muías cayeron en las trampas del monte blanco junto con tres cañones y varias dotaciones de alimento. Eran momentos críticos en los que no pocos de los mercenarios se preguntaban si en verdad el dinero cobrado valía la pena para encarar una muerte segura.

El duque de Aosta cabalgaba junto a sus condotieros: un español recién llegado de Madrid y un comandante confederado. Ambos vestían capas y sombreros y ambos se preguntaban qué clase de locura llevaba a ese italiano a cruzar el pico más alto en pleno invierno.

—Cinco han muerto congelados esta mañana —informó Martínez, el español, al duque—. Hemos de bajar cuanto antes o solo llegaremos al otro lado la mitad de los que salimos.

—Hoy tendremos sol —masculló Bocanegra desde su caballo con la atención fija en las estrellas—. En un día más estaremos en Francia y beberemos del licor del archiduque.

Martínez lo miró con reticencia.

—¿Para qué habéis traído tantos caballos sin jinetes ni monturas, Excelencia?

El italiano se volvió en la fría madrugada y su mueca fue confusa.

—Porque adoro los caballos…

En las alturas más inhóspitas de los Alpes, abrazada por el frío y abandonada a sus avatares, la caravana de cuatro mil quinientos hombres cruzaba la frontera con extremo cuidado. Bocanegra declaraba la guerra a Mustaine de Chamonix, una declaración que nunca escribió ni entregó a su adversario y que firmaría con su sola presencia.

Sus ojos dejaban entrever su ansia por conquistar aquellas tierras, su lengua paladeaba el sabor exquisito de los nuevos vinos y el de las mujeres que no podrían resistirse a la llamada, obligada, de su lecho. Una esfera y un monje, recordó. Una esfera y un monje y todo caería a sus pies.

Horas después, al mediodía, los exploradores de Bocanegra dieron la buena nueva: habían encontrado el glaciar del valle blanco, el que los llevaría directos a las tierras del francés. Estaban a solo un día de la batalla. A un día de la esfera.

46

Esa mañana, Nikos Xanthopoulos entró en la alcoba de los jesuitas y se quedó de pie, junto al camastro. Lawrence Killimet permanecía recostado con una venda húmeda sobre los párpados. Ségolène, a su lado, le sostenía la mano con inquietud.

—¿Cómo tiene los ojos? —se interesó.

—Aún cerrados —respondió ella—. La quemadura es profunda.

—¿Mejorarán?

Ségolène negó dos veces con la cabeza en silencio, pero por si el jesuita estaba escuchando mintió:

—Seguro que sí. —Quitó las vendas con delicadeza y las empapó en infusiones de manzanilla para ponerlas de nuevo sobre el rostro de Lawrence con la intención de calmar el ardor y absorber las secreciones.

—¿Cómo va todo ahí fuera? —preguntó Tami desde un rincón.

—Nada bien —respondió Xanthopoulos—. La Inquisición francesa ha cercado las fronteras de Chamonix. Están por todos lados… en Les Houches, Chedde, Le

Fayet, Saint-Gervais… Cada pueblo y cada aldea de montaña están infestados de dominicos y soldados.

—Lo suponía —farfulló Tami.

—Eso no es todo… —Xanthopoulos miró por la ventana y alcanzó a ver las montañas lejanas. Lo que había escuchado esa mañana era decididamente demoledor —. El duque de Aosta viene hacia aquí con un ejército de mercenarios. Pronto estarán bajo nuestras narices.

En ese instante Angelo DeGrasso entró. Su rostro parecía sereno.

—Bienhallados seáis en Cristo —saludó mientras cerraba la puerta a sus espaldas —. ¿Cómo se encuentra Lawrence?

—Le duelen los ojos —respondió Ségolène—, pero espero que mejoren…

Angelo captó el doble sentido y el ambiente sombrío que flotaba en la sala.

—Estamos cercados —notificó Tami.

—Aquí estaremos a salvo.

—El duque está cruzando la montaña —agregó Xanthopoulos—. Viene a por nosotros. Èvola ha cumplido sus amenazas.

—Lo sé —siguió confesando Angelo con naturalidad.

—¿Y bien? —Tami se agitó.

—Nos quedaremos aquí. El archiduque Mustaine ha prometido protegernos.

—Pero ¿no ves que estamos encajonados en este valle? A los lados tenemos montañas heladas, por detrás un retén de inquisidores franceses y por delante un ejército que nos viene a aniquilar… ¿Acaso no te parece suficiente para plantear alguna estrategia?

DeGrasso mantuvo su inflexible semblante de juez eclesiástico.

—No tengo nada que plantear.

Entonces Tami se levantó de su rincón y se situó junto al costado del jesuita ciego.

—¿Qué sucedió anoche? —inquirió señalándole.

—Eso es secreto.

—¿Secreto? —repitió sorprendido—. Lawrence ha perdido la vista por algo que solo él y tú sabéis.

—Debes comprenderlo —le explicó Angelo—. No podemos revelaros lo que ocurrió.

—Me lo demuestras con tu mirada, piensas que uno de nosotros te traicionará. Pero, Angelo, tienes que entender que no podrás seguir solo, no de esta forma. No puedes vivir mirándonos a todos como a sospechosos.

DeGrasso contempló a Killimet y sus vendajes.

—Debo hacerlo así —decretó.

El jesuita, olvidando el arranque de genio que acababa de sufrir, le habló con

serenidad:

—No puedes dejarnos fuera, y tampoco pedirnos que esperemos aquí mientras vienen a por nosotros. No puedes con todo sin nosotros. Y lo sabes.

—Confiad en mí —le pidió Angelo—. Sé muy bien lo que hago. Solo os pido que me acompañéis en las decisiones aun sin entenderlas.

Tami sostuvo su mirada por un instante y luego asintió en silencio.

Pero el inquisidor había entrado en esa habitación por otro motivo. Se volvió hacia Ségolène y le pidió:

—Quisiera hablaros.

—Os escucho —respondió ella mientras notaba las miradas de los cofrades.

—Aquí no, en privado. Os esperaré en el patio.

Ségolène asintió. Sus manos volvieron a mojar las vendas que aliviaban el rostro de Killimet y habló con voz queda:

—Bajaré en un instante.

Angelo la escuchó sin mudar su expresión inalterable. Se dio la vuelta y caminó hasta desaparecer por el pasillo.

En la habitación, Tami y Xanthopoulos cruzaron rápidamente sus miradas sin saber bien qué pensar.

47

Angelo aguardaba en el patio exterior del castillo, detenido al pie de una columna que aún soportaba una arquería en ruinas que pertenecía a la vieja fachada de la fortaleza. Las hierbas resecas brotaban entre los bloques de piedra y la nieve formaba una alfombra uniforme en el suelo y las cornisas. El inquisidor escuchaba atentamente el viento, como si aquel lugar apartado le ofreciese inspiración.

Llevó lentamente sus dedos a la columna, tocó la piedra gastada por el paso de los siglos y contempló aquel arco que alguna vez fue grandioso y que ahora languidecía bajo el invierno y el olvido. Dos cuervos, de un negro azulado y profundo, le miraban desde una cornisa semiderruida. Serían los únicos testigos del próximo encuentro.

—¿Qué deseáis de mí? —La voz de Ségolène rompió el silencio del patio y la joven caminó hasta llegar a su lado.

—Quiero agradeceros vuestro trabajo —exclamó el inquisidor bajándose la capucha—. Habéis traído la solución a un problema que parecía irresoluble.

—Si hubiese imaginado lo que iba a suceder con la solución alquímica no la habría traído —se sinceró, apoyando la espalda contra el muro agrietado—. Me

siento culpable por ello.

—Vos no tenéis la culpa —la tranquilizó Angelo—. Yo tomé la decisión y elegí a Killimet para que lo hiciera.

Ella correspondió con una sonrisa forzada. Sus cabellos de color trigo bailaron con la brisa helada.

—¿Quién es el traidor, Ségolène? —preguntó imprimiendo dureza a su rostro.

Ella le miró intrigada. No supo qué responder.

—¿Me habéis llamado aquí por eso? —La francesa bajó su mirada casi avergonzada.

DeGrasso levantó su mano enguantada y le alzó el mentón con delicadeza.

—Responded —exigió.

—Solo sé que os traje el brebaje y la información de que había un traidor —proclamó—. Obedecí las órdenes del Maestre y vos me tratáis como a alguien peligroso y receláis de mis respuestas. —Ségolène tomó aire y no pudo frenar su lengua—: Anoche me echasteis de la torre y por confesaros la existencia de un traidor me he ganado la desconfianza de los cofrades, piensan que yo les acuso, lo noto en su actitud.

Angelo se quedó contemplándola. Quizá era la forma delicada de su mandíbula, o sus labios. Tal vez fuera su nariz recta o las mejillas que modelaban su rostro mientras hablaba. Todo ello formaba un paisaje del que cualquiera quedaría prendado, el de una cara que desvelaba los sentimientos más hondos de una mujer que no sabía disimular.

—Calmaos, por favor —solicitó—. No quise incomodaros. En verdad os llamé para daros las gracias.

—Pero pedís que confiese el nombre de un traidor que desconozco.

Los ojos de DeGrasso lanzaron chispas.

—¿Es que no lo veis? —exclamó casi a gritos—. ¡Cómo queréis que siga adelante con un traidor entre nosotros! —Los cuervos volaron espantados de las cornisas—. No puedo tolerar ninguna conjura, comprendedme. Después de lo que me habéis confesado me es imposible confiar en mis hermanos de fe pero aun así no puedo avanzar sin ellos.

—Yo no tengo la culpa de esta situación.

—Cierto… —Angelo se pasó la mano por la mandíbula y suspiró—. Pero muchas veces las malas noticias toman las formas de quien las da.

—Entonces es preciso que me vaya lejos de aquí, de vuestros asuntos —decidió Sególéne—. He cumplido con mi cometido, no os importunaré más.

—No os marcharéis. —El inquisidor, enardecido, la agarró por el hombro—. ¿Acaso no comprendéis cuándo un hombre habla en silencio? ¿No sabéis el motivo por el que quise veros en privado en este patio?

Por un instante Ségolène sintió miedo de Angelo.

—¿Por qué? —se hizo rogar con un leve hilo de voz.

—Porque os he observado mientras hablabais, mientras callabais, en momentos que jamás advertisteis. Os he visto respirar, sonreír. He espiado vuestros gestos y vuestros miedos y he descubierto vuestra esencia. ¿Es que no habéis notado mis miradas?

—No… —Suspiró mientras el inquisidor la miraba con vehemencia.

—Os mandé llamar porque os necesito, porque solo confío en vos.

—¿Y en qué podré ayudaros?

El monje meditó un instante. Paseó la vista por los muros envejecidos y las ruinas nevadas. Sintió la brisa del invierno en su piel y confesó su único deseo.

—Me ayudaréis a descifrar el *Codex*. —Lentamente volvió sus ojos hacia ella—. Nadie lo sabe aún y menos aún Killimet, que perdió la vista en ese instante, pero los pergaminos revelaron las letras que ocultaban. Los doce rollos ya son visibles. Solo resta leerlos.

—Pedís que me quede a vuestro lado… ¿o lo ordenáis? —Ségolène sintió que aquellas palabras la encadenaban.

—Os lo ruego —reveló Angelo esbozando una leve sonrisa.

La francesa no acertaba a entenderle. En ocasiones era duro y suficiente, mientras que en otros momentos se mostraba apacible y relajado. Sin embargo, quedó atrapada en aquella propuesta a causa de la confianza que había depositado en ella. Supo que él la había elegido.

—Si es así me quedaré con vos —indicó, como si caminara por el filo de su cordura.

—Preparaos, pues, para lo peor. —El inquisidor se subió la capucha y se alejó lentamente de ella, inmóvil entre las ruinas viendo cómo desaparecía tras las columnas. Su corazón palpitaba exaltado.

48

Al caer la tarde Angelo DeGrasso ya se encontraba en el molino abandonado. Había pasado la última hora en oración, murmurando las plegarias más excelsas en un intento fervoroso de evitar un innecesario derramamiento de sangre. Se aferró al rosario y en la oscuridad de sus ojos cerrados y el silencio de la vida apartada se fue elevando en cada cuenta a un plano más íntimo de conciencia. Estaba solo en el molino. Solo frente a Dios. Su fe era la del creyente, la de un siervo que sentía a Dios

tan vivo y real que sus rezos se convertían en extensas conversaciones.

El inquisidor comenzó a analizar lo sucedido. La ceguera de Killimet no había sido casual. Era el signo inequívoco de que seguía el camino correcto, los pasos hacia el conocimiento exacto de Dios. Pero un camino minado de obstáculos y trampas. Comprendió que tras la reliquia dorada se escondía una hábil maniobra orquestada por las fuerzas oscuras de hombres que merodeaban como buitres famélicos a la espera del moribundo. El Diablo mismo estaba detrás de todo aquello, detrás de la ciencia atea que borraría la fe de la tierra.

Angelo oprimió su rosario con fuerza y pensó con vehemencia: Pero ¿quién no caería en esta trampa infame?, ¿quién negaría una ciencia que parecería hablar por boca de Dios? ¿No sería entonces esa la ciencia que el hombre esperaba y que, tras probarla, se convertiría en amarga e indigesta? ¿Sería esta la nueva manzana del árbol prohibido que el Diablo ofrecía a los hombres igual que la tentación del Edén? El Diablo, que obligó a razonar a los hombres… Sí. ¡La esfera era otra trampa de Satanás! La última y más poderosa, una trampa que expulsaría a la humanidad del Cielo que Cristo le había ofrecido con su muerte.

Pero ¿dónde estaban los esbirros del Diablo? ¿Dónde se ocultaban los brujos? Esa era la pregunta que le obsesionaba. De pronto abrió los ojos, alerta. Un extraño ruido sonó en la entrada del molino. Se irguió y se ocultó en la oscuridad de un rincón.

La puerta del molino se abrió despacio. Los viejos escalones crujieron indicando que el intruso subía hasta el estudio del piso superior. Angelo se asomó por detrás de una viga, escondido en el antiguo mecanismo de la molienda. Desde allí vio una delgada sombra cubierta con un hábito que ascendía con sigilo y escudriñaba cada rincón del molino. Nadie debía estar allí y menos sin su autorización.

El inquisidor tomó un tablón de madera macizo que halló junto a la pared. Armado, siguió observando desde las tinieblas cada movimiento. La sombra se movía como si jamás hubiese estado dentro de aquel molino, como si fuera desconocido para él. Como no pareció encontrar lo que buscaba se acercó a la ventana, apartó la cortina y miró los campos nevados que rodeaban la fortaleza esperando que su inquilino llegase en algún momento. Pero cuando se volvió no encontró oscuridad sino a este ante sí, feroz, que le agarraba con fuerza el cuello con un brazo mientras su otra mano alzaba el madero para descargarlo sobre su cabeza. Fue entonces cuando el inquisidor pudo ver los ojos del intruso y quedó sin saber qué hacer. La mano que sostenía el garrote la bajó y lo dejó caer al suelo en tanto farfullaba sorprendido:

—Dios mío… ¿Qué haces aquí?

Anastasia Iuliano, agitada, lo miró con la terrible certeza de una mujer fugitiva.

—No tengo adonde ir.

Angelo observó confundido y turbado durante un instante interminable a su

medio hermana, a la sangre de su sangre. Apartó la mano de su cuello y le dio un efusivo abrazo. Ella comenzó a llorar desconsolada sobre su hombro. El dominico sintió el latir de su corazón angustiado.

—No llores, Anastasia —le susurró al oído—. Yo te protegeré, aunque en verdad no has llegado en buen momento. Vamos al castillo, allí te alojarás en una estancia más cómoda pero tienes que prometerme que no saldrás bajo ningún concepto. Yo me encargaré de que nada te falte…

Y la noche cayó en Francia. En otro crepúsculo oscuro.

XVI. Opus nocturne

49

Darko permanecía encerrado en una estancia del castillo de Verrés. Tras aceptar cooperar con el Santo Oficio su condición había mejorado, ya no sentía el húmedo suelo de piedra contra sus huesos, ahora reposaba sobre una cama acolchada y había olvidado lo que era sufrir hambrunas y dolores de vientre, pues se alimentaba mejor. Además, como estaba ciego, tenía a su servicio un guardia de la Inquisición que le ayudaba a no tropezar en su actual encierro.

—Llevadme a la ventana —le pidió.

El guardia lo tomó del codo y le acompañó hasta el mainel. El gélido aire de montaña entró como un torrente, llevando consigo el aroma de la noche.

—¿Cómo está el cielo? —preguntó el moldavo.

—Estrellado —respondió su guardián.

—Hoy debería ser noche de luna llena. ¿La veis?

—Sí, encima del valle.

—¿Cómo es su color?

—Está blanca y pletórica.

El anciano alzó la mano y con ella trazó una cruz imaginaria en el cielo.

—¿Habéis visto la cruz que he trazado? Observad mi señal y responded a mis preguntas. —Nuevamente dibujó en el firmamento con sus dedos, señalando a lo largo y ancho de la bóveda nocturna—. He dividido la bóveda celeste en cuatro… Fijaos en el primer sector, en el cuadrante superior derecho. ¿Qué hay?

—Aries —precisó el soldado.

—¿Y en el inferior izquierdo?

—Una parte de Escorpio que asoma tras las montañas… solo el aguijón de la constelación.

Darko escuchaba atentamente, intentando ver con su mente lo que sus ojos le negaban.

—¿Y en el centro? Fijaos qué hay en el centro de la cruz que he trazado.

—La Luna.

El anciano bajó la mano y la apoyó contra el alféizar.

—¿Y qué hay bajo esta ventana? —señaló con el dedo.

—Un oscuro barranco de piedras. —Darko sonrió y el guardia se alarmó ante su gesto—. ¿Qué sucede, para qué hacéis todas estas preguntas?

—Para saber qué habrá de venir.

—¿Magia? —El soldado frunció el entrecejo.

Darko había seguido el ritual adivinatorio de los antiguos maestros persas y las prácticas proféticas de los fenicios, adoradores del dios Baal. Podía reconocer el porvenir revelado por la luna llena, que avalaba sus sospechas con su presencia en el centro del cielo.

—Aries representa al pueblo judío —explicó entonces—, mientras que la luz nocturna de la luna es la ciencia racional del hombre y Escorpio el verdugo asesino. Cuando la luz de la oscuridad ilumine al Dios judío, llegará el escorpión que se esconde y su veneno lo matará. Hoy es noche de brujos y la señal está escrita en los cielos. Estos son los tiempos en los que veremos la caída del hombre al barranco de la oscuridad pues ya está listo el aguijón, el veneno para matar a vuestro Dios.

El soldado de la Inquisición dio un paso hacia atrás, apartó al anciano y cerró la contraventana. El silencio se apoderó de la sala. Darko tomó asiento en un rincón y volvió a sonreír en la penumbra. Sabía bien lo que sucedería esa noche y lo que vendría del otro lado de las montañas. Y el guardia, espantado, se santiguó.

50

Todo estaba dispuesto en aquel páramo helado; el cambio de guardia en el castillo ya se había producido bajo la luna llena que iluminaba el valle francés. Fue entonces cuando se cumplió la hora: la hora de los brujos.

A las tres de la madrugada, según un estricto horario, comenzó el ritual satánico contra la Santísima Trinidad. Los brujos aborrecían ese número por ser constitutivo de Dios, sabían que la relación de tres y uno era una constante implícita en los textos bíblicos y por ello la Trinidad estaba siempre en lo más profundo de las blasfemias e intentaban socavarla con todas sus fuerzas como habían hecho a lo largo de la historia sus ancestros, los sacerdotes de Baal y Osiris y aquellos asesinos de cristianos de Roma.

En cuanto oyó el sonido de las campanas que confirmaban la hora exacta una mujer caminó por la madera del viejo molino y se situó en el centro del pentáculo que previamente había trazado con harina y en cuyas puntas ardían cinco velas negras hechas con grasa de niño no bautizado. En el centro reposaba un cáliz cristiano robado ese mismo día de una capilla cercana.

Dejó caer su capa y quedó completamente desnuda. Se situó en el centro de la figura, se acuclilló y puso el cáliz dorado entre sus piernas mientras admiraba el brillo

de las velas. Su rostro estaba sosegado mientras contemplaba la cera derretida como un bálsamo grasiento. Con la mano acomodó el cáliz entre sus labios vaginales mientras derramaba su orina en el interior. Su boca dejó escapar un gemido de excitación y sus ojos se centraron en la cruz que yacía boca abajo. Volvió a gemir sobre el cáliz para demostrar su odio por el Dios trino y su Iglesia. La cruz era un signo a difamar, el icono a demonizar, el estandarte a derribar de la mente de los pueblos.

Comenzó a rezar una extraña plegaria de invocación. Cantó oscuros salmos en latín de contenido obsceno. Sentía a su maestro en la distancia, sabía que dentro de aquel pentagrama estaba a salvo, que el veneno de la esfera pronto bañaría a los pueblos y su misión estaría cumplida. Sus ojos quedaron en blanco mientras contorsionaba las caderas, convencida de que el poder no estaba en el perdón ni en la mansedumbre sino en el vientre pecaminoso y en los placeres de la fornicación. Ese era el secreto, el placer de ser libre fuera de Dios.

Un débil sonido se propagó por el interior del molino abandonado. La bruja interrumpió su plegaria y torció la mirada. Sus hombros giraron y sus senos ondearon en el aire a la par que su mirada quedaba petrificada. Como un animal aterrado, la discípula de Darko se puso en pie, tomó su capa y escapó hacia la oscuridad.

La puerta de madera se abatió de una patada y el cazador de brujas entró con la ballesta en una mano y una antorcha en la otra. Nikos Xanthopoulos buscó en cada rincón del primer piso y olfateó la cera. Luego observó el resplandor de las velas que se filtraba a través de las rendijas que formaban los listones de madera del techo y se dio cuenta de que el aquelarre estaba arriba, en el segundo piso.

A paso lento subió por la escalera con destellos de vengador en sus pupilas. Sus pasos le condujeron hasta las puertas mismas de la blasfemia, al asqueroso espectáculo del pequeño aquelarre. El ballestero adelantó la antorcha y contempló el pentáculo, las velas negras, el cáliz y el crucifijo volteado.

Se volvió hacia la oscuridad, colérico. Miró hacia todos los lados y se dio cuenta de que el cortinaje del vano estaba corrido. Al principio no le dio importancia, pues conocía las artimañas de las brujas y decidió investigar entre los viejos mecanismos de molienda en una suerte de laberinto abandonado.

No encontró a nadie. El molino estaba limpio de brujas.

Se dirigió entonces hacia la ventana y confirmó que por allí había huido la mujer, pues sobre la nieve descansaba una capa. Cerró la ventana convencido de que su presa había escapado. Nunca supo que en el exterior unos pies mantenían un precario equilibrio sobre una pequeña cornisa.

Cuando Xanthopoulos, el Vikingo, regresó a caballo a la fortaleza, la bruja saltó desnuda a la nieve, tomó la capa y se diluyó con presteza en la oscuridad del bosque.

51

Una hora más tarde Angelo y Xanthopoulos regresaron al molino y juntos contemplaron los vestigios del aquelarre. El primero lo tomó como un signo y un aviso.

El mismo día de su oración había obtenido la respuesta. El mismo día en que rezó los misterios del rosario se llevó a cabo la blasfemia de un ritual satánico. No quedaban dudas, los brujos estaban allí, muy cerca, detrás del Codex.

Angelo DeGrasso, el Ángel Negro de Génova, se aferró a la cruz que pendía sobre su pecho y se abstrajo en la contemplación de aquella enorme luna llena. Esa noche la guerra contra el Diablo había comenzado.

XVII. Infiltración satánica

52

Nikos Xanthopoulos echó un leño más en la chimenea. Los altos techos de la fortaleza de Mustaine obligaban a mantener vivo el fuego que a duras penas lograba entibiar aquel ambiente de piedra. Los ojos del ballestero brillaron ante las chispas con el recuerdo de las purificadoras piras católicas que ardían en el eterno duelo contra los hijos de la oscuridad.

Se volvió y encontró tras él a Angelo DeGrasso, con la mirada turbada. Supo que este pensaba en el rito demoníaco del molino.

—Por lo que parece, los sicarios de Darko están aquí —murmuró Ségolène, que permanecía sentada en un sillón cercano a la chimenea—. Nikos me ha puesto al tanto.

—¿Sospecháis de alguien? —inquirió el Vikingo.

—No —respondió Angelo.

—¿Acaso no tenéis nada que contarnos? —se asombró la francesa.

—¿Qué habría de contaros que os pueda interesar? —Elevó las cejas.

Ella se puso en pie y caminó hasta quedar entre los dos hombres.

—¿Por qué fuisteis precisamente anoche hasta el molino con vuestra ballesta? —preguntó Ségolène a Nikos.

—Porque advertí durante el crepúsculo de ayer una presencia ajena y tuve una corazonada que avivó mi sospecha —confesó girándose hacia DeGrasso—. Y no me equivoqué, sabía que encontraría un aquelarre en las cercanías. Los conozco, ellos se comunican de esa forma.

—¿A quién visteis? —prosiguió Ségolène envalentonada.

—A Anastasia Iuliano, hija del Gran Inquisidor —confesó—. Descubrí que estaba aquí escondida, bajo este mismo techo.

La francesa clavó sus ojos en Angelo, como buscando respuestas.

—¿Acaso nos habéis ocultado la presencia de Anastasia en el castillo? —recriminó.

Angelo no contestó.

—Vi a esa mujer en el castillo de Aosta, llegó la misma noche en que yo perpetré el robo de la poción reveladora. No confío en ella. Parece seguir como un espectro el paradero de la reliquia.

—¿Qué queréis decir? —le preguntó Angelo.

—Que es el infiltrado del que os hablé —respondió Ségolène sin vacilar.

—Os equivocáis. No tengo por qué explicaros todo y no contestaré a más preguntas.

Ségolène mostró un incontrolable brillo de guerra en sus ojos azules.

—Robé la poción para vos —le reprochó en voz alta—, he escuchado cada una de vuestras palabras, aceptado todas las órdenes y ahora me doy cuenta de que escondéis a esa mujer…

—¿Dudáis de mí? —preguntó Angelo.

—No podéis engañarme. No soy una estúpida a la que manipuléis a vuestro antojo. Vos bien podríais ser el brujo infiltrado —le acusó—, el Judas de quien jamás sospecharíamos.

El inquisidor se abrió la capa y levantó la mano con un terrible aspaviento. Mientras, Xanthopoulos asistía expectante a aquel enfrentamiento.

—¡Callad, mujer, o lo lamentaréis! —amenazó.

Pero Ségolène continuó dejándose llevar por la cólera:

—¡Bien podríais estar usándonos para descifrar el *Codex* y acceder a la información de la esfera con el único fin de entregarla a los brujos y ahora estaríais pactando vuestra huida de las tropas de la Inquisición y entregarnos a todos!

—¿Qué buscáis con esto? —La paciencia de DeGrasso estaba a punto de acabarse.

—Confesad —replicó Ségolène, convencida de lo que decía—. ¡Debéis explicaros! ¡No os escondáis amparado en el disfraz de la retórica! —terminó gritándole.

Angelo vio en la francesa la más grotesca aberración que la naturaleza diera jamás: una mujer con ínfulas de líder. El que se atreviera a exigirle una confesión le exasperó.

—¿Que confiese yo, el Gran Inquisidor de Génova? —lanzó con la garganta seca —. ¿Con qué miserable autoridad exigís la confesión de un inquisidor? ¿Creéis que una mujer pueda cuestionar al hombre? —Acercó lentamente su cara a la de ella y le escupió—: ¿Qué pretendéis que os conteste?

Xanthopoulos se apresuró a intervenir; agarró con cuidado al dominico por un brazo e intentó calmarlo, pero este, con su mano libre, apretó con fuerza la mandíbula de Ségolène observando con sus ojos penetrantes y profundos cada rasgo de su rostro, cada ángulo, cada textura. La francesa no pudo hacer otra cosa que devolverle una mirada aturdida.

—Cuando miréis al Demonio a los ojos os daréis cuenta de que no lleva mi rostro… —afirmó con sarcasmo— y cuando percibáis la carne quemada de un brujo sabréis que esa grasa no olería como la mía. Recordad, hoy y siempre, que yo no trabajo para Lucifer, pero sí puedo convertir en un infierno la vida de quienes me

cuestionan.

Después de soltarla, Ségolène tembló como una hoja y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Está bien —gimoteó ella—, ya no os pediré más explicaciones…

—¡No hay nada que explicar! ¡Anastasia está en esta fortaleza y aquí se quedará! —gritó Angelo con voz poderosa haciendo ondear su capa negra al colocarse delante de la chimenea—. Yo cuidaré de ella y vos haréis lo que yo diga hasta que el Maestre tenga a bien decidir otra cosa. Estamos frente a un asalto diabólico. Somos víctimas de la confusión, de una guerra inminente y de espejismos que pretenden malquistarnos. —El monje observó a los dos cofrades sin vacilar, aún encendido—. Confiad en mí. Os lo ruego.

Nikos asintió en silencio pero la mujer desvió la mirada hacia la lumbre. Con impotencia, con celos, con lágrimas y con orgullo.

53

La señal nocturna del grupo explorador había sido la misma que la noche anterior y con las primeras luces matutinas se certificaron las sospechas. Las tropas invasoras habían llegado y ya estaban en Francia. Esa fría mañana, la columna militar de Bocanegra se dejó ver en el valle tras descender el borrascoso y congelado Mer de Glace. Allí, con los primeros rayos del sol, el duque mandó establecer las pesadas carpas de mando y los barracones de guerra de su campamento.

Jacques David Mustaine de Chamonix, con ojo prudente y calculador, observaba toda aquella actividad a través de su catalejo. Una avanzadilla de cincuenta paladines le escoltaba. Cuando terminó su reconocimiento, dejó que el aire fresco le agitara la melena. Luego se dio la vuelta y se dirigió a la caballería que portaba su escudo familiar.

—Los exterminaremos —proclamó.

—¿Sabemos cuántos son? —preguntó un caballero de su guardia archiducal.

—Lo que esperábamos: unos cuatro mil.

Su leal guardaespaldas lo miró perplejo.

—Excelencia… Nos doblan en fuerzas…

—No estamos solos —confió el archiduque a sus hombres—. El condestable de Bonneville y el barón de Argentiére vendrán con sus caballeros. Ese miserable italiano ni se olerá la trampa en la que ha caído.

El caballero sonrió.

—Bien… ¿Y cuáles son vuestras órdenes?

—Reunid a la caballería en aquella explanada, traed luego de Chamonix a todo guerrero armado y formadlos para una maniobra de guerra.

—¿Queréis infantería? —siguió preguntando el militar.

—Quinientos protegerán la fortaleza, llevaos otros quinientos de avanzadilla a Les Praz y dejad quinientos aquí: los arcabuceros y las mejores secciones de ballesteros. Con ellos remataremos al italiano en el campo de batalla.

54

Pasquale Bocanegra se encontraba dentro de su tienda de mando, rodeado de siervas y lacayos. Ya le habían dibujado un perfecto lunar sobre el labio y terminado de arreglar su peinado de bucles. Pero su mente esa mañana estaba más allá del espejo y la hoguera de vanidad que mostraba aquel reflejo. El duque cogió una copa de vino y se irguió impaciente, echando con un gesto de la mano al séquito de chambelanes. Con paso elegante, se acercó al rincón más luminoso de la carpa. Allí contempló con curiosidad la destreza de los dibujantes que esbozaban con carboncillo trazos de plazas y monumentos.

—Excelencia… —murmuró el español Martínez introduciendo la cabeza por la puerta.

Bocanegra le indicó que entrase, pero súbitamente se llevó el índice a los labios para que lo hiciera sigilosamente, sin molestar. El duque de Aosta quedó ensimismado durante un rato mientras el mercenario esperaba en silencio.

—Bonitos bocetos. ¿Alguna ciudad que desconozco? —se interesó Martínez.

—Seguro. —Bocanegra sonrió al capitán español—. Se trata de una ciudad que el mundo aún desconoce…

—¿Está en el Nuevo Mundo quizá?

—No, aquí mismo… Es Chamonix. Estas serán las plazas que mandaré construir y las esculturas que adornarán sus calles y accesos. Mis arquitectos han sabido interpretar mis ideas a la perfección. Todo lo que haga en esta tierra quedará para la historia y me recordarán por siempre como el gran duque de Aosta, el conquistador y arquitecto, el que destruye y edifica, el que ama y odia, el que dice y hace… El gran duque hijo del arco y dueño de la flecha.

El capitán español guardó silencio y discreción, al igual que lo hacía en España delante de sus nobles, pero Bocanegra rápidamente dejó de interesarse por sus planes futuros para prestarle por fin atención y hablar del presente.

—¿Qué traéis de nuevo?

—Hemos recibido a un emisario del archiduque francés. Ha ofrecido para esta tarde una negociación.

—Muy bien… —respiró el duque aliviado—. Parece que se rendirá sin combatir.

—Lo dudo.

—¿Y por qué?

—Porque mi grupo explorador avistó un ejército oculto en Les Praz que ha llegado desde Chamonix para combatir.

—¡Eso son espejismos! Mustaine se exhibe como una cobra que se hincha pero desea escapar. Sabe que negociaré con él y le dejaré unas cuantas tierras para sus asuntos. Yo me quedaré con el control de Chamonix y con su fortaleza, con las mujeres y el comercio, pero él vivirá. Y beberá, y vestirá de sedas, solo que bajo mi puño.

—Así también lo espero.

Bocanegra se pasó la mano pesadamente por la barbilla y pensó en la realidad que se avecinaba. Sus ojos destellaron.

—¿Cómo se encuentran nuestras filas?

—Estarán listas para la tarde. Los cuarteles de ballesteros y arcabuceros están preparados, pero aún falta agrupar a los cañoneros y al grupo de piqueros para contrarrestar la caballería.

—¿Hay suficiente comida para los caballos?

Martínez torció el gesto. Aquel hombre lo exasperaba. No se molestó en responder y el duque tampoco esperó contestación. Atendía de nuevo a los dibujantes que diseñaban su futura ciudad. El noble vio cómo el mercenario español se alejaba y, antes de que este saliera de la tienda, exclamó:

—Más alto… —aconsejó a un dibujante—. Si hemos de hacer un arco triunfal, que sea mucho más alto. —Martínez ya creía que el duque le había olvidado cuando este se dirigió a él para ordenarle—: Mandad un mensajero a los franceses, decidles que hablaré con su archiduque esta misma tarde. Y preparad los cañones antes de que caiga el sol.

—Como ordenéis, mi señor.

55

Después del mediodía Ségolène entró en las habitaciones de Angelo, en la torre más elevada del castillo.

—Lo lamento… —Y se quedó en silencio largo rato, contemplándole.

El inquisidor tomó asiento a los pies de la cama y ofreció a la mujer que se sentase a su lado. Ella accedió.

—Os entiendo —aceptó él en voz baja.

—Lamento la acusación. Y más aún haberla hecho ante Xanthopoulos. Es que por un momento pensé…

—¿Que os traicionaría? —se adelantó Angelo DeGrasso—. Os comprendo, yo también habría pensado como vos. Habéis dicho que os confundo con charlas privadas. ¿En verdad pensáis que os engaño?

—No habría venido aquí si lo pensara ni estaría hablando ahora a solas con vos. Confundí los hechos de tal forma que habría jurado que bien podríais ser un peón de quienes nos hostigan.

—¿Y qué os ha hecho cambiar de parecer?

—Vuestra protección —reconoció Ségolène posando en él sus ojos llenos de fervor—. Habéis seguido protegiendo a Anastasia a pesar de mis palabras, tal como hicisteis conmigo, incluso a riesgo de perder vuestra credibilidad. Es un acto de valor y lo reconozco, el acto de un hombre que confía en sí mismo. Perdonad, pero no comprendo por qué estáis tan unido a la hija de Iuliano, vuestro enemigo.

—Bien. Dejemos eso atrás —zanjó Angelo—. ¿Cómo sigue Killimet?

—Sus ojos no volverán a ver, si es lo que queréis saber, pero tiene intención de acompañarnos en la próxima sesión.

—Será esta misma noche.

—¿Y qué haréis con Anastasia? —curioseó ella.

Angelo meditó un instante:

—No se inmiscuirá en nuestros asuntos, quedaos tranquila. Seguirá bajo mi cuidado. Sería fácil explicaros por qué la conozco, aunque sospecho que siendo yo quien soy y su tío quien es, las razones podéis encontrarlas vos sola. Pero no queráis saber por qué está aquí ni qué lazos, más allá de los evidentes, me unen a ella. Es una larga historia que no os incumbe. Solo os diré que si hemos llegado hasta aquí es gracias a Anastasia.

La joven miraba al inquisidor con detenimiento, como resistiéndose a hacer una pregunta. Finalmente salió de su mutismo y habló de forma pausada y respetuosa.

—¿Qué pasó por vuestra cabeza cuando me sujetasteis el rostro? ¿Me odiabais?

—Confieso que os habría estrangulado —reconoció Angelo—. No soporto que me ataquen… y menos una mujer. Pero también sé disculparme, y ahora os lo ofrezco. Sois valiente, como Juana de Arco.

Ségolène se irguió y declaró con pasión:

—Quiero que sepáis que esta mujer que os hace reproches también es capaz de dar la vida por lo que cree. Soy católica y cofrade, velaré por vos y sacaré las espinas

de vuestros pies. Este es un buen momento para que me conozcáis y adquiráis la certeza de que ningún reproche que salga de mi boca será para dañaros sino para ayudaros.

—Lo tendré en cuenta —aceptó el inquisidor con inesperada sorpresa.

La muchacha se levantó de la cama y se dirigió hacia la puerta, él la acompañó.

—Será hasta la noche —dijo ella. Y le miró con sus ojos azules y el monje sintió toda la vehemencia de una mujer decidida.

Angelo Demetrio DeGrasso acercó su rostro al de la francesa, respiró su aliento y observó los rasgos de su felina fisonomía. Ségolène cerró los ojos y alzó la cara notando un inmenso vacío en el estómago. Finalmente, abrió la puerta y se dispuso a salir. Ella abrió los ojos y la llama de su mirada se convirtió en una pregunta.

—Ahora sé que mi espalda está bien protegida —le aseguró Angelo por toda respuesta.

Ségolène asintió con la cabeza. El dominico despidió a la francesa y, cuando tuvo la certeza de que ella no podría oírle, suspiró. Los pasos de la cofrade se perdieron en el pasillo pero sus mentes seguían conectadas en la distancia. Esa tarde, había limado una aspereza y ganado una aliada. Una vez más, se había adentrado en los umbrales prohibidos de la tentación.

56

La tarde llegó y los nobles mantuvieron su primera reunión. El lugar señalado por Mustaine era una bonita explanada al norte de Les Praz. El archiduque estaba de pie, vestido para la guerra y con su halcón en el brazo. Por detrás tenía a su guardia de tres soldados y ciento cincuenta paladines circundaban aquella explanada en la que se erigían estandartes y banderas. Todo había sido cuidado al detalle, los accesos a la explanada y el valle contiguo estaban vigilados por los exploradores, pues nada se fiaba de su vecino italiano.

El duque Bocanegra de Aosta llegó montando un alazán oscuro, con una fuerte guardia y la compañía del condotiero español. Su capa negra cubría las ancas del caballo y sus bucles cuidadosamente peinados se agitaban a cada paso y cada golpe de viento. Cuando desensilló constató que el francés era un hombre diferente al que había imaginado y recordaba de niño. Sus facciones le hicieron dudar del temperamento que se había imaginado, la melena pelirroja le recordó a la de un cruzado, uno de tantos que había visto en códices y mármoles de monasterios. Y su expresión le hizo perder la tranquilidad, pues aquellos ojos ardían por el odio lógico

ante un asalto.

Hubo un silencio durante el cual las miradas de los guardias de ambos nobles se entrecruzaron con desconfianza.

—¿Qué deseáis negociar? —indagó el duque de Aosta.

—Vuestra retirada.

—¿Retirada? Pero si acabo de llegar… —contestó el italiano con ironía.

—¿Qué pretendéis obtener con vuestra invasión? —preguntó Mustaine.

—Un monje y una reliquia —replicó.

—¿Habéis cruzado la montaña solo por eso?

—En verdad me quedaré con vuestra ciudad, exigiré un tributo y os dejaré vivir en paz a vos y a vuestros hombres si me prestáis juramento.

—¿Qué os da derecho a tal usurpación? Jamás os he hecho nada, ni siquiera me interesa la vida que hay al otro lado de las montañas…

—Así es la ley del más fuerte. —Bocanegra sonrió—. Esta es la moneda con la que el mundo compra y vende. Mi ejército me da derecho a usurpar lo que deseo y vos debéis entenderlo. Yo solo trato de ser lo más misericordioso posible ante esta realidad.

Jacques Mustaine bufaba en un silencio contenido. Miró el cuello de Bocanegra y soñó con desenfundar la daga que llevaba en la cintura, pero se contuvo.

—Negociaremos vuestra retirada —habló el francés.

—Os escucho —atendió el duque italiano.

—Volveréis por donde llegasteis y prometo que no os atacaré. Enviaré provisiones para que vuestras tropas vuelvan a cruzar los Alpes y mis exploradores os acompañarán y mostrarán mejores caminos de los que habéis escogido para llegar. Prometo no tomar represalias por vuestro intolerable atrevimiento.

Bocanegra lo miró con total seriedad.

—Habláis como si fueseis piadoso, pero la única verdad es que lo que me ofrecéis es porque no poseéis otro bien que me pueda interesar. Si pudieseis aplastarme en el campo de batalla no pediríais mi retirada, y es por ello que no regresaré con las manos vacías. Ahora escuchad mi trato, que no variaré ni en una coma ante mi ejército al que teméis: entregadme al monje Angelo DeGrasso y la reliquia de oro y todo acabará. Os garantizaré un territorio para vuestro control y, si me juráis lealtad, una pequeña guardia.

—¡Esto es un insulto! ¡Soy archiduque! ¡Jamás juraría lealtad a un duque!

—Pues entonces vuestro título os queda grande, ya que un duque os ha puesto en jaque.

La mirada de Mustaine cortaba como un estilete.

—No hay trato —denegó entre dientes.

—No hagáis el ridículo, entregadnos lo que he pedido y os dejaré vivir entre

sedas.

—Os derrotaré en combate —juró el francés.

—Perderéis —aseveró Bocanegra.

—Eso lo veremos, estamos en mis tierras.

El duque italiano sonrió con ironía.

—Jamás he visto que la tierra combata, pero deseo que la vuestra os ayude pues haré una sangría tal que la teñiré por completo de rojo. Luego colgaré vuestro cuerpo de una lanza y lo exhibiré en lo alto del castillo.

—Espero que vuestras tácticas no os traicionen, pues os juro que daré de comer a mi halcón vuestros ojos y luego momificaré vuestro cuerpo para clavarlo en el pico más alto de estas montañas —espetó el archiduque francés.

El capitán Martínez observaba inquieto el número de franceses que había alrededor, sus armas y el estado de los caballos, mientras escuchaba este cruce de amenazas.

—Veremos quién tiene razón en la batalla —aseguró Boca-negra.

—Si vos os rendís ahora juro que os daré asilo en mi castillo —propuso Mustaine al condotiero español—. Pero si peleáis a las órdenes de este cadáver viviente os mataré al igual que a vuestros mercenarios.

El capitán Martínez no hizo ningún gesto, pero sintió el peso de la aterradora amenaza. Ese hombre pelirrojo hablaba en serio, parecía tener cordura y carácter.

De esa forma, los contingentes se retiraron con una única seguridad: Chamonix tendría espacio para dos nobles siempre y cuando uno de ellos estuviera muerto. La guerra había sido proclamada y la suerte, ahora, estaba en manos del destino.

Bocanegra tenía la ambición y el ejército más grande.

Mustaine un as en la manga. El apoyo secreto de un condestable y un barón.

Cuarta Parte

MITOS EN LA OSCURIDAD

XVIII. La constante Trina

57

Giuglio Battista Èvola permanecía tendido en el suelo, boca abajo y con las manos extendidas perpendicularmente a su tronco. Su cuerpo dibujaba una cruz perfecta.

Al ser benedictino observaba la liturgia de las horas, en aquel momento era la nona y en ella debía orar donde se encontrara, dejándolo todo y dedicando su tiempo solo al Señor. Por eso tenía ahora la piedra del piso, fría y dura, clavada en la punta de la nariz y en la frente, aunque el rezo le hacía olvidar esa sensación incómoda otorgándole a cambio un vínculo sublime con el plano de la fe. El napolitano oraba en el rigor de su postura, viviendo la crucifixión de su Salvador en la forma y sintiendo la compañía de la Santa Madre, que le comprendía e incrementaba su fervor, como hacía con cualquier pecador que decidiera emprender el empinado sendero de la salvación.

Su imagen permanecía imperturbable bajo la penumbra de la velas, a los pies de un fresco bizantino que representaba a la Madre y al Niño. Nada de lo que pasara en la tierra le importaba, nada de lo que el oro pudiera comprar le seducía. Ni las tentaciones, ni las banales corrupciones del vasto mundo secular. Èvola sabía que había sido marcado con el signo de la repulsión y su rostro deforme así lo demostraba, pero todo tenía un sentido que, en su caso, le había llevado desde un pasado lúgubre en el puerto de Nápoles hasta su entrada en el monasterio. Un peregrino franciscano que fue artífice de su conversión y le apartó del crimen y la noche portuaria le reveló que Dios tenía un propósito para él, y ahora recordaba la promesa que le hizo y el gozo que halló en cumplirla. Aquel peregrino lo había bautizado con el agua salada del puerto y le explicó que Cristo, en la Pasión, se había sentido como él, repudiado, odiado y burlado. Sabía que el joven era un pendenciero del puerto sin más familia que la calle ni más hogar que los burdeles, pero no le importó. Insistió en que Dios tenía un propósito para él y le habló de que sería un hombre nuevo en Cristo y este le brindaría a su propia madre como la suya y María le acogería como a un hijo más, dándole el resguardo maternal que nunca tuvo. Èvola nunca más volvió a ver a aquel peregrino que desapareció en los caminos más agrestes y pedregosos de Campania, pero ese hombre había transformado su vida a pesar de que solo estuvo con él tres días.

Desde entonces, había asumido la dureza de su misión en la viña del Señor. El

mismo día en que entró en el monasterio de Montecassino aceptó el mandato de su vocación: cuidar con el máximo rigor la Iglesia de su Señor y honrar su misericordiosa adopción por María. Entendió que su vida se regiría a partir de ese instante por la obediencia y se propuso serle fiel hasta que Dios lo llamase y lo apartara de este mundo. Sin claudicar, sin debilitarse, sin ceder un paso ante los falsos placeres y sus musas.

La puerta chirrió tras ser abierta por una mano impaciente. La capilla estaba oscura, pero el recién llegado, que se cubría con una capa y calzaba una daga en la cintura, caminó hasta el centro del altar recorriendo en el trayecto los rincones y techos con atención. Llegó junto a las columnas y se detuvo ante las velas, delante de la imagen bizantina de la pared. Parecía que su contacto había fallado, tal vez muerto por el frío o el previsible riesgo de alguna de sus conspiraciones. Se volvió para retirarse y se topó al hacerlo con la persona a quien buscaba, un monje deforme que aguardaba en silencio.

—Hermano Èvola —exclamó el recién llegado con un fuerte acento francés—, pensé que ya no os encontraría. Me habéis asustado.

—Es más fácil que yo encuentre a las personas que las personas den conmigo.

—Os traigo noticias —replicó el sujeto, y su mano se acercó a su cintura.

Èvola no perdía detalle de sus movimientos. Si sus dedos tocaban el puñal, aquella sería la última acción que ese hombre realizaría en vida, pero lo que extrajo no fue daga alguna sino un pergamino enrollado.

—Es para vos.

El monje lo tomó, se acercó al velón que iluminaba tenuemente el altar, desenrolló la nota y la leyó con atención.

—Está bien —concluyó Èvola tras finalizar la lectura—. Decidle a vuestro señor que ha hecho lo mejor para él y los suyos. —Sacó de entre sus ropas un pequeño saco de monedas y lo arrojó a su interlocutor, que lo agarró en el aire y sonrió al sopesarlo.

—¿Y esto? —preguntó.

—Es para vos. Id al pueblo de Les Houches y preguntad en la catedral por el enviado del Santo Oficio; decidle que vais de mi parte. Os pedirá que le enseñéis estas monedas, hay en ellas una señal que solo él entenderá, así sabrá que no sois un impostor. Allí os entregarán un arcón lleno de oro que debéis enviar a vuestro amo.

—Bien… Partiré entonces antes del crepúsculo. —El sujeto le miró intrigado—. ¿Es verdad que cruzasteis los Alpes con los invasores italianos?

—Lo es.

—¿Y cómo habéis llegado hasta aquí? En Chamonix todavía gobierna Mustaine; si os sorprendieran en esta iglesia de seguro…

—Sé cuidarme —interrumpió Èvola—. Y os puedo asegurar que conozco lugares

mucho más peligrosos que este.

El emisario asintió, le dio la espalda y caminó hacia la puerta. Pero antes, el siniestro monje le dedicó una última advertencia:

—Decidle a vuestro señor que si no cumple con el pacto le mataré.

El sujeto se dio la vuelta para replicarle, pero allí ya no había nadie. Solo la oscuridad.

58

La noche había llegado y en el castillo de Mustaine se iluminó una pequeña ventana en la torre más alta. Angelo terminó de encender las velas del candelabro, cerró la pesada puerta con doble vuelta de llave, se dirigió al armario, buscó en su interior y extrajo la reliquia. Con ella en las manos miró a sus cofrades y señaló:

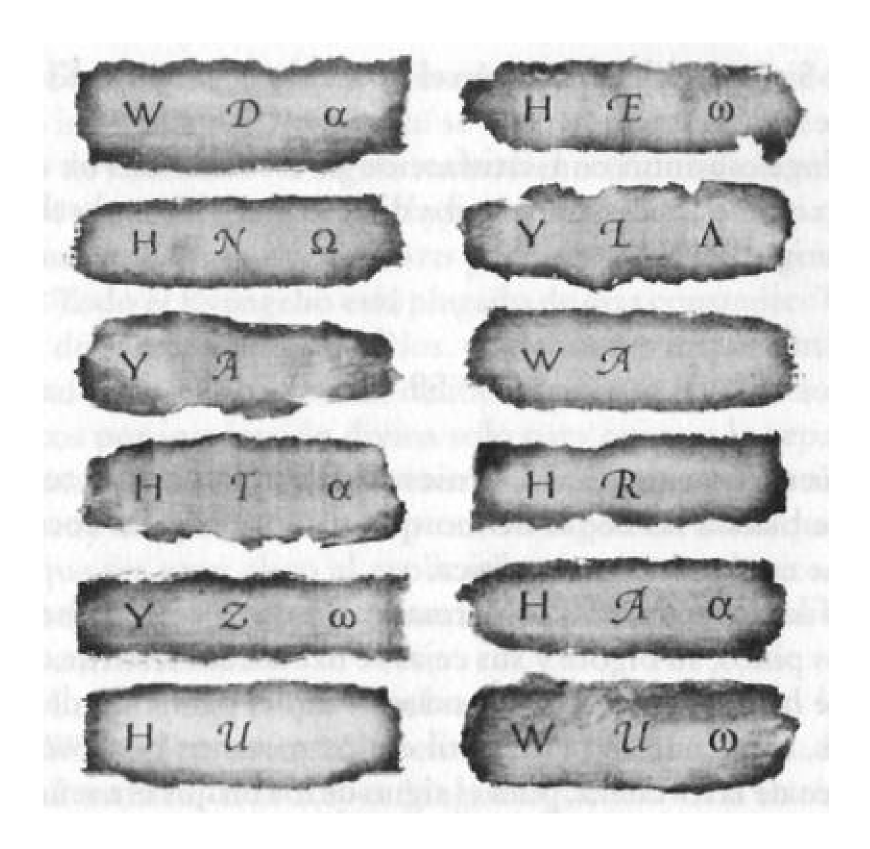
—Sigamos con esto.

Ségolène y Killimet estaban junto a él. DeGrasso colocó la esfera en el centro de la mesa, descorrió el seguro que la mantenía cerrada y la destapó.

Allí estaba su secreto.

Los pergaminos permanecían intactos, algo manchados por el brebaje alquímico pero definitivamente revelados. Todos y cada uno de ellos mostraba una serie de dos o tres caracteres. Los signos que se habían cobrado la vista del jesuita.

Angelo los alineó sobre la madera.



El rostro de Ségolène mostró asombro ante el jeroglífico.

—¿Qué es esto? —preguntó, sin poder apartar su vista de ellos.

—Es el comienzo. Son las primeras visiones del misterio —respondió Angelo.

—Describídmelos —pidió Killimet, el jesuita ciego que se aferraba, con los ojos vendados, al brazo de la muchacha.

Ella le detalló cada rasgo y particularidad, cada signo y cada mancha de aquellos pergaminos, pero el Ángel Negro fue mucho más conciso y contundente en su conclusión:

—Son letras. Letras griegas y latinas… Parece un mensaje cifrado.

Angelo volvió a mirar los pergaminos y frunció el ceño. Meditó unos instantes sobre la lógica de aquellos grabados.

—Parece que tendremos que ordenarlo —concluyó. Y se dirigió a sus compañeros—: ¿Ascendente?, ¿descendente?, ¿de izquierda a derecha? ¿Se os ocurre alguna idea?

—Sigamos adelante según el opúsculo —propuso Killimet desde su ceguera.

Angelo asintió con satisfacción al escuchar la voz de alguien que se arriesgaba, que iba directo hacia los umbrales del misterio.

59

Había oscurecido. Fuera, la nieve caía con intensidad tornando de blanco las copas del bosque y cubriendo las rocas. La noche era oscura y enigmática.

Nikos Xanthopoulos permanecía oculto entre la negrura de los pinos, su bigote y sus cejas se habían cubierto de cristales de hielo. Vigilaba los recodos de aquel paraje desde hacía horas, sabía que sería más útil en los páramos boscosos que dentro de la fortaleza, pues el signo de los brujos era señal inequívoca de que vendrían.

De su cuello pendía un rosario oscuro de cuentas de algarrobo que le caía sobre el pecho. Respiró con levedad, se agachó e inspeccionó la nieve removida. Distinguió unas pisadas frescas que marcaban el camino recorrido por un intruso. Alzó la vista y estudió el sendero. Finalmente, sonrió.

60

Angelo DeGrasso, ante la esfera y las velas, intentaba transmitir el torrente de ideas que le bullían en la cabeza:

—Para entender estos pergaminos deberé hablaros primero de algo que llevo estudiando largo tiempo y que tiene que ver con la leyenda de la esfera: os hablaré de la Constante Trina —anunció con voz serena pero decidida.

Tanto Killimet como la rubia permanecieron atentos con todos sus sentidos a cada una de las palabras.

—Se trata de algo que se insinúa en los Evangelios como signo indeleble de Dios y aquí se encuentra grabado en el exterior de la esfera. —Angelo mostró el ecuador de la reliquia y leyó—: *Mía ousía, treîs hypóstaseis*: «Una esencia, tres personas». Este es el comienzo para entender el lenguaje de Dios. Todo el Evangelio está plagado de esta constante: Tres y Uno, de la matemática de Dios. Cada suceso importante está marcado por ella, colocada deliberadamente por los autores bíblicos por inspiración divina solo para quienes lo sepan interpretar. Esta reliquia tiene ese mismo lenguaje bíblico.

Tomó aire para continuar y miró a Ségolène. Sabía que tendría que ser muy claro al explicar la cuestión teológica. Este podía ser comprendido por cualquiera, solo había que exponerlo con sencillez.

—La raíz hebrea del nombre de Dios tiene cuatro letras: «YHWH»: Tres letras diferentes más Una repetida. De la misma manera, Tres Reyes Magos siguieron Una estrella, y hubo Tres cofres para Un niño que se hizo hombre y en nombre de Tres recibió el bautismo. —A medida que avanzaba en su exposición, DeGrasso cobró impulso y dotó de fuerza y vehemencia a sus argumentos—. En sus enseñanzas,

Cristo reveló que el Reino de los Cielos es semejante a Tres medidas de harina en Una de levadura; también dijo que podría destruir Un templo y en Tres días volverlo a edificar; y vaticinó a Pedro que lo negaría Tres veces antes de que cantara Un gallo, como así sucedió. Una vez que Cristo resucitó preguntó a Pedro si lo quería y este respondió que sí. Cristo replicó: «Apacienta a mis ovejas», y repitió aquella misma pregunta Tres veces, de modo que Pedro necesitó Tres veces para negar a Dios y otras Tres nuevamente para aceptarlo. Y hubo Tres cruces en el Gólgota y Un justo en medio de ellas, y también hubo Un mensaje en esa cruz, en Tres idiomas, y fue allí donde murió Cristo y en Tres días resucitó.

—Impresionante —balbuceó la francesa—. Jamás lo habría relacionado…

—¿Sabéis cuántos días estuvo ciego Pablo tras tener Una visión de Cristo? Tres.

Killimet escuchaba sonriendo la exposición del inquisidor. Para él no era sorprendente, pero seguía intrigado por sus razonamientos, pues todavía no tenía claro adonde quería llegar.

—Pedro recibió Un mensaje de Dios sobre los alimentos prohibidos —continuó Angelo, exaltado y decidido— y le fue repetido Tres veces; Jesús en su infancia se extravió Una vez y fue encontrado en el Templo… ¿ Sabéis en cuántos días? En Tres. Dime, Lawrence, ¿cuánto tiempo permaneció Jonás en el estómago de Una ballena?

—Tres jornadas —afirmó el irlandés.

—Tú lo has dicho —respondió triunfal el dominico, y continuó—: Cristo expiró a la hora nona, es decir, a las Tres, y cuando falleció tenía la edad de Treinta y Tres años. ¿Os parece una coincidencia? —Angelo taladró con sus ojos penetrantes y agudos a sus cofrades—. ¿Cuántas veces cayó en la Vía Dolorosa mientras cargaba con la cruz? Tres. ¡Santo Dios, es que no lo veis! ¡Las Tres caídas de Cristo! —Tomó aliento y dulcificó al instante la expresión—. Hay muchísimos pasajes bíblicos que revelan esta Constante Trina, la que usó Cristo enhebrada en sus parábolas y el Padre para resucitar a su Hijo y los apóstoles para escribir sus cartas y evangelios. Por eso el mundo entero entendió que Dios es Trino, no por casualidad ni por capricho, sino porque esta constante fue inspirada por el Todopoderoso para que el hombre la sospeche pero nunca la pueda demostrar.

61

Xanthopoulos dejó su caballo al final del valle. Con sigilo escaló la roca hasta la meseta arbolada. Desde allí, en cuclillas, pudo observar la periferia, tratando de distinguir alguna señal en aquel bosque tupido que ahora se abría ante él. Con

discreción se adentró en el páramo nevado, sorteando rocas y ramas que le rociaban con finas gotas de agua congelada. Se desplazó como un lince, callado y curioso. Y así fue como confirmó sus sospechas, pues se acercaba al sitio del que siempre había desconfiado: un mirador perfecto, natural, desde el que se veía el castillo de Chamonix.

Desde esa pequeña explanada de roca cubierta de robles se podía observar cualquier movimiento en la fortaleza sin ser descubierto. Una vez en ella se agazapó, apoyó la espalda en el tronco de un abeto y permaneció atento mientras los copos caían sobre esa atalaya que ahora tenía a treinta y cinco pies delante de él.

62

—¿Y cómo pensáis usar vuestra Constante Trina para desvelar el secreto de la esfera? —inquirió Killimet.

—De la misma forma que advierte la esfera en su exterior: «Una esencia, tres personas» se lee fuera, antes de llegar al interior… Y eso precisamente es lo que nos advierte: que sin la Trinidad no llegaremos a ninguna parte… Reparemos en la raíz hebrea del nombre de Dios, que es «YHWH». —Angelo señaló los pergaminos con el índice—. Aquí aparecen esas letras, pero ¿qué más sabemos de Dios?

—Que es infinito —respondió Ségolène con presteza.

—Impresionante, es exactamente lo mismo que estaba pensando.

—Es lo primero que me viene a la mente cuando trato de imaginar a Dios —reconoció.

Angelo DeGrasso le sonrió y siguió señalando los rollos.

—Pues aquí tenemos alfas y omegas, signo de principio y de fin, de eternidad, aunque no están en todos los pergaminos. —El inquisidor inquirió de nuevo—: ¿Qué más?

—Que es Trino —dijo el jesuita—. Dios es Uno y Tres.

—Exacto —recapituló Angelo—. Entonces tenemos las premisas para comenzar a trabajar: «YHWH»… que es Alfa y Omega… que es Trino…

Killimet se pasó las manos por la venda que cubría sus ojos quemados.

—¿Cuántos de ellos tienen el alfa y cuántos el omega? —indagó.

—Cuatro muestran alfas y cuatro omegas —respondió la francesa.

Lawrence Killimet movía sus pulgares sobre las vendas mientras debajo sus ojos muertos lagrimeaban.

—Son ocho —dijo al aire—, son cuatro juegos de alfas y omegas… son cuatro

señales de principio y fin, de eternidad.

—¡Cierto! —corroboró DeGrasso exultante.

—¿Y eso qué significa? —Ségolène no entendía adonde querían ir a parar.

—Que también tenemos cuatro letras en el tetragrama hebreo —respondió el jesuita—, una por cada juego de alfas y omegas. Creo que esto no es una coincidencia, el *Codex Terrenus* nos está hablando con lógica y matemáticas. Debéis juntar los pergaminos de igual letra capital, cada juego con su alfa y omega —sugirió el jesuita.

Angelo meditó un instante y examinó de nuevo los pergaminos. Tomó un juego de letras iguales y las alineó con un alfa al comienzo y un omega al final.



—Aquí tengo la primera letra del tetragrama hebreo —balbuceó—, en el orden de primera a última, de Principio y Fin.

Una gota de sudor frío recorrió la frente del monje genovés. Su abstracción cobraba fuerza y lentamente iba despejando las enigmáticas trabas hacia la solución. Todo parecía tener .sentido, pero nada surgía aún, era solo un acertijo medieval que mostraba sus primeros encantos.

—¿Y esas letras que aparecen en el centro? —preguntó la francesa.

—Parece un mensaje, un mensaje que está a punto de emerger —respondió Angelo mirándola a los ojos, penetrante y turbado.

63

El hombre, con la cabeza cubierta, apareció de la oscuridad. Caminó sobre la nieve hasta el extremo de la roca y contempló la fortaleza. Eran las tres de la madrugada y, a pesar de la nevisca que caía sobre el valle, la mole imponente del castillo de Chamonix se divisaba en la distancia por las lámparas de aceite y las antorchas que iluminaban sus murallas. Todas las ventanas estaban oscuras menos

una, en la torre frontal había un vitral encendido como un faro en la lejanía.

En ese momento el encapuchado sacó de entre las ropas un catalejo de bronce y se lo llevó hasta el ojo. Apuntó con él hacia esa ventana y reguló las lentes. Allí estaba el objeto de su curiosidad.

Dentro de la estancia iluminada podía entrever movimiento. El vaivén de sombras y matices se reflejaba en los vidrios delatando la actividad de un grupo de personas en el seno de la torre. El espía sonrió mostrando sus blancos dientes y bajó el catalejo para enfocar al pie de la torre. Pronto descubrió la señal que esperaba: una estrella de cinco puntas pintada sobre el muro.

Su sonrisa se acrecentó. Todo estaba en marcha, los tiempos parecían comenzar indefectiblemente esa noche, en el episodio más trascendental e importante de los siete siglos de vida de la Sociedad Secreta de los Brujos. Se dio la vuelta exultante y se topó con el hierro de una punta de flecha frente a su nariz. Xanthopoulos, el Vikingo, mantenía la ballesta alzada y le apuntaba a la cabeza, silencioso, sin perder de vista al espía desconocido.

—He sorprendido a un búho, ¿o más bien a una comadreja? —se burló.

—Os equivocáis. —El sujeto tragó saliva—. Yo no soy esa persona a quien buscáis…

—Cierra la boca, brujo pestífero, y responde a mis preguntas sin evasivas ni trucos.

—¡Os equivocáis de persona! —insistió el encapuchado.

Xanthopoulos dobló al sujeto de un puñetazo en el estómago, después lo agarró de la capa y lo tiró al suelo, donde le asestó dos patadas en el costado.

—¿Qué estás buscando? —gritó el fornido cazador de brujas—. ¿Qué demonios has venido a mirar?

En el suelo, el espía de cabello blanco gesticuló de dolor, el Vikingo distinguió en su cuello el tatuaje de un pentáculo.

—Veo que la Iglesia cuenta con esbirros sigilosos —replicó entre gemidos el brujo albino tendido en el suelo nevado—, debéis de haberme esperado en el bosque…

—Te olfateé en el aire —balbució el rubio—. Dime, ¿a quién obedeces, maldita comadreja? —Aplastó con su bota aquel cuello tatuado como si fuese una víbora.

El hombre mostró su dentadura manchada de sangre y escupió a un lado.

—No obedezco a nadie, estoy solo. Soy un lobo errante de la noche.

Lord Kovac gritó afónico al tiempo que las venas de su frente se ramificaban como torrentes desbocados. Sus manos sujetaban inútilmente el tobillo opresor intentando detenerlo, pero Xanthopoulos cargaba todo su peso sobre el cuello.

—¡Darko! —gritó, mientras la sangre le chorreaba de la nariz. Nikos aflojó la presa y sonrió mientras le pateaba con fuerza en las costillas.

—¿Eres brujo de Darko? —El hombre no contestó, pero asintió en silencio—. ¿Qué espiabas en la fortaleza?

—La señal —hipó.

—¿Qué señal?

—Aquella… —Con su mano temblorosa, señaló al castillo.

Nikos solo vio la mole de piedra en la lejanía. Tomó al hombre de los cabellos y lo sentó junto a una piedra. Se acercó a su rostro y resolló delante de la nariz.

—Enséñame la maldita señal y revélame qué significa.

—En el muro… Por fuera… —El brujo, tembloroso, volvió a señalar mientras se limpiaba la nariz ensangrentada—. Bajo la torre del castillo está la señal de nuestro infiltrado, la que nos advierte… de que todo empezará esta misma noche.

—¿Infiltrado? ¿Quién es el maldito brujo que está entre nosotros?

El húngaro endureció la mirada:

—Angelo DeGrasso —escupió—. Él es nuestro infiltrado.

—¡Asquerosa alimaña! —El cazador le propinó un puñetazo en la nariz.

—¡Os lo juro! —chilló el brujo—. Allí está escrita la prueba. —Nuevamente señaló el muro lejano. Con dificultad, lord Kovac sacó el catalejo y se lo ofreció—. Mirad vos mismo… en aquella torre, la más alta, bajo la luz de la ventana encendida, allí veréis los signos del infiltrado.

El Vikingo movió la cabeza hacia la torre, por un instante pensó en qué hacer y entonces sintió cómo el catalejo se estrellaba contra su rostro. El dolor del golpe certero fue muy intenso, dio un paso hacia atrás y lord Kovac salió de su postración para asestarle un segundo golpe en la frente con la furia de un brujo acorralado.

Xanthopoulos se encorvó desconcertado, la sangre que le brotaba de la frente le dificultaba la visión. En ese instante se echaron sobre él y sintió un cuchillo que penetró por debajo de su axila. Cayó de espaldas y sufrió una segunda puñalada en el pecho que no penetró, pues la punta se frenó en la Virgen de su rosario.

Lord Kovac saltó y corrió por la nieve, trepó por las rocas con destreza y agilidad, y cuando llegó a la cima se volvió y observó al cazador con una sonrisa burlona. Pero la flecha ascendió vertiginosa y sin aviso y Kovac solo pudo escuchar el silbido en el aire antes de que la saeta se hundiera profundamente en su muslo. Cayó hacia atrás con un quejido sordo, desapareciendo entre las ramas cubiertas de hielo y nieve.

Algunas rocas más abajo, Nikos cargó su segunda saeta sintiendo cómo su propia sangre empapaba las ropas. Se incorporó y comenzó a correr con dificultad. En aquella huida frenética los pinos se repetían como en un laberinto. Sabía que su destreza con la ballesta era imposible de superar.

Pero esa noche la luna no aparecía, el cielo cubierto oscurecía los senderos y la nieve borraba las sendas. Las brújulas se perdían en aquel bosque, los ojos se confundían y la arboleda congelada conducía al brujo hacia peligrosas y escarpadas

pendientes. El muslo herido de lord Kovac regaba la nieve y dejaba un rastro de finas gotas y salpicaduras brillantes. Inesperadamente, se detuvo, escudriñó las sombras y escuchó en silencio. Con lentitud retrocedió para proteger su retaguardia y tuvo la sensación de haber llegado a la difusa salida de aquel bosque enmarañado.

Fue entonces cuando oyó un goteo justo a su costado. Permaneció en suspenso pensando en lo extraño de aquel sonido, pues la nieve parecía algodón. Sin embargo, las gotas caían desde arriba, desde las rocas, en una cadencia lenta, pero constante. Se agachó con sigilo y tocó la nieve bajo las copas boscosas sintiendo una tibieza particular en las yemas de los dedos y la espesa viscosidad al tacto de un jugo oscuro.

Los ojos del brujo, desesperados, intentaban distinguir en la oscuridad un color que no podía percibir con claridad, el color de esas gotas que no dejaban de caer, el de esa sangre espesa y púrpura que desde arriba caía sobre él. Una sangre que no era suya.

El brujo miró hacia arriba, y desde allí recibió la respuesta.

Xanthopoulos se abalanzó dejándose caer desde lo alto de un saliente sobre Kovac y aplastando su cuerpo contra el suyo en un acto desquiciado. La emboscada fue inesperada y fatal, golpeó con la frente su nariz fracturándole el tabique nasal como si de una rama se tratase y luego le hundió un pulgar en el ojo. Incapaz de quitárselo de encima, el brujo tanteó en la nieve hasta agarrar una piedra que descargó en la sien del ballestero. Nikos sintió el impacto seco y contundente y rodó con su oponente por la nieve hasta que un árbol frenó sus cuerpos.

Tras el golpe, el discípulo de Darko logró zafarse y, tomando con presteza su puñal, lo hundió donde pudo: en la clavícula del cazador. Este sacudió su cabeza para despejarse, quitándose el hielo y la sangre del bigote y, tomando el mango de la daga que tenía en el hombro, tiró de él con los pómulos encendidos por la furia, decidido a terminar con aquel esbirro de Satán. Obcecado, se puso de rodillas apoyándose en el roble para levantarse. Estaba decidido a estrangularlo y llevarlo a rastras hasta el castillo.

Pero un silbido atravesó el aire en la oscuridad y una flecha de la propia ballesta de Nikos le atravesó la mano y la dejó ensartada en la corteza rugosa del tronco; intentó tirar de ella para liberarla pero todo fue inútil. Lord Kovac no había errado del todo el tiro. Fue entonces cuando le golpeó otra vez en la cabeza con la misma piedra.

Nikos Xanthopoulos cerró sus ojos transparentes y sus rodillas se doblaron. Su cuerpo colgó inerte, solo sostenido por la mano atravesada por la flecha que lo mantenía unido al roble. El brujo volvió a golpearle una y otra vez y sus trenzas rubias poco a poco fueron tiñéndose de sangre. Sobrevino el silencio y se escuchó el aullido de un lobo en los confines del bosque. Un alarido bestial y aterrador.

XIX. Clamores de asedio

64

Las primeras claridades atravesaron el valle helado de Les Praz e iluminaron la imponente figura de un ejército en posición de batalla. El duque de Aosta, junto a los condotieros, recorría el frente a paso tranquilo montado en su caballo. A medida que avanzaba oía el variado vocerío de la tropa, que iba del italiano al francés, del español al alemán e incluso pasaba por dialectos como el ladino tirolés, el catalán o el genovés.

—Los distintos idiomas son un grave problema en la cadena de mando —espetó Bocanegra a los dos mercenarios que le acompañaban cabalgando en silencio.

—Me he tomado el trabajo de dividir a los grupos por sus lenguas —explicó Martínez a su derecha—. Los de los cantones suizos y los artilleros recibirán las órdenes en italiano.

—Espero que funcione —replicó el duque—. ¿En qué condiciones está el grupo de asedio?

—Se encuentra listo —explicó el capitán de los confederados, a su izquierda—. Está bajo el mando de un maestro artillero español, tenemos catorce cañones montados.

—¿Catorce? ¿Acaso no eran diecisiete?

—Perdimos tres en los Alpes, Excelencia —recordó el capitán.

El italiano no respondió mientras observaba la empalizada de estacas afiladas que se extendía a lo largo de más de mil pies.

—Los cañones deberán estar protegidos, defendidos por dos secciones de ballesteros por cada una de arcabuceros. No confío en la pólvora… ni en la lentitud de recarga de los arcabuces. ¿Dónde están nuestras tropas de élite? —indagó Bocanegra.

—Detrás —señaló el español—. Mis hombres son los mejores, cuatrocientos soldados expertos en pólvora, espada y arquería.

—Espero que resistan la embestida de los caballeros franceses —ironizó Bocanegra—, nos enfrentaremos a quinientos paladines que llegarán furiosos, y vos bien sabéis cuánto lastiman esos caballos acorazados…

—Contamos con quince escorpiones en la defensa —respondió el mercenario—. Estas pesadas ballestas móviles disparan flechas de siete pies, horizontales, a más de seiscientos setenta y cinco pies… —Sonrió—. Será una buena bienvenida para los

caballeros.

En ese instante el semental del duque frenó y dio la vuelta. Bocanegra llevaba una cota de malla que le cubría hasta el cuello y, sobre ella, un peto reluciente cubierto a su espalda por la capa negra que caía desde sus hombros. Con ojos calculadores escudriñó el terreno.

El duque invasor volvió la vista a sus soldados y habló con tono trascendente:

—Ya no importa el dinero. Ya no importa la suma que os pueda pagar, ni los terrenos que anexionaré a mi ducado… Ahora solo importa sobrevivir, y para ello debemos ser los mejores. Morir no es un negocio. No he venido hasta aquí para derramar mi sangre en la nieve. —Pasquale mostró la línea del horizonte, en dirección a Chamonix—. Al mediodía todo aquello estará plagado de franceses… Espero que tengamos para entonces cada cañón con sus sirvientes, cada bala con su amunicionador, cada barril de pólvora con su soldado, cada arquero con su flecha, cada oficial con su tropa y cada hombre con su coraje. Si no hay disciplina y orden, si no hay unidad y fervor, no os preocupéis por vuestras pagas, pues esta misma tarde estaremos todos muertos.

Dando un espuelazo cabalgó al galope hacia la carpa de mando mientras las primeras luces despuntaban a sus espaldas. Sería su primera conquista, o la última de su vida.

65

El extraño mensaje tendría que esperar. Tami golpeaba desde fuera la puerta con furia:

—¡Por Dios santo, abridme! Ha ocurrido algo terrible.

Angelo DeGrasso corrió a abrir para encontrarse con el italiano, completamente descompuesto.

—Bajad al patio. Nikos…

En el patio de armas el semental de Xanthopoulos se había detenido junto a las caballerizas. Angelo dio unos pasos en el empedrado para luego detenerse y miró a su amigo que yacía atado, atravesado en la montura e inerte.

El Ángel Negro se apresuró a sujetar al animal y, al hacerlo, reparó en la espesa sangre que cubría las ropas de Xanthopoulos y el color pálido de su rostro congelado.

—Dios mío… —jadeó—. ¿Qué ha ocurrido?

Desató al cazador y tiró hacia abajo para desmontarlo, luego lo apoyó en su hombro y lo dejó sobre la nieve. Tenía las manos frías y duras como cantos. Ségolène

se acuclilló a un lado y al verlo de cerca quedó paralizada. Se tapó el rostro con las manos mientras las lágrimas resbalaban silenciosas de sus mejillas.

Angelo comprobó su estado: no respiraba y su boca estaba cosida con hilo negro.

—¡Está muerto! —gritó la francesa. Se santiguó y tocó el hombro del cadáver, como si no creyera lo que veía.

—Dadme un puñal —ordenó el archiduque a uno de sus guardias.

El que estaba a menos distancia lo sacó de su cintura y se lo ofreció, Angelo lo tomó y se arrodilló delante del difunto, agarró con fuerza su barbilla amoratada y comenzó a cortar los hilos que mantenían cosidos aquellos labios. Luego le abrió lentamente la boca, ya rígida, arrugó el ceño ante el descubrimiento a pesar de que lo había sospechado e introdujo dos dedos en ella para extraer un rosario. El rosario de Nikos.

—Un brujo lo ha asesinado —constató.

Los guardias del archiduque se santiguaron aterrorizados y retrocedieron en la nieve hasta desaparecer dentro del castillo.

—¡Vos sois el culpable! —acusó Ségolène.

Angelo la miró. Se puso en pie sin dejar de hacerlo. Su mano soltó el puñal.

—¿Qué decís?

—Si los brujos no nos alcanzan lo hará la Inquisición, ella nos venderá. ¡Moriremos uno a uno! —exclamó como una leona enfurecida—. Jugaremos al juego de los brujos por vuestra complacencia. ¿Por qué no permitís que se lleven la reliquia? Vos y yo sabemos quién está detrás de todo esto… Ahora solo ruego que esa mujer no siga confundiendo vuestro instinto y cegándoos, seduciéndoos para que la protejáis.

—¡No inmiscuyáis a Anastasia en esto! —gruñó Angelo.

—¿Os habéis acostado con ella? Decidme. Estáis bajo su hechizo, os ha seducido —afirmó Ségolène.

El Ángel Negro se detuvo y desanduvo sus pasos hasta llegar junto a ella.

—¿Qué clase de locura decís? Es mi hermana, compartimos para nuestra desgracia el mismo padre.

—Entonces, solo es vuestra medio hermana —le corrigió—. Una medio hermana que apareció en vuestra vida cuando ya erais un hombre, que jamás supisteis que existiera y que bien podría arrastraros a sus planes con su sensualidad, por la tentación que sugiere mezclar vuestro vínculo sanguíneo en el lecho…

—¡Callad, mujer! Os lo estoy advirtiendo —amenazó tajante.

—¿Por eso la protegéis? ¡Esa ramera os ha embrujado! —continuó colérica.

Angelo no divagó y cumplió su amenaza, propinándole una sonora bofetada.

—¡Cómo os atrevéis a hablarme de esta forma!

Ségolène cayó de rodillas y allí quedó, aturdida. Se llevó las manos al rostro y

lloró nuevamente, desconsolada, mientras escuchaba los pasos del inquisidor, que se alejaban.

66

Cerca del mediodía el ejército francés se dejó ver en la distancia. La explanada mostraba medio millar de jinetes acorazados en línea, con caballeros de armaduras relucientes en un mosaico perfecto y colorido de plumas, estandartes y lanzas abanderadas. Sus monturas expelían humeantes vapores por el hocico y tras ellas se podía distinguir la marea impactante de un millar de soldados de a pie.

Anunciados por redobles que sonaban en la distancia marcando el paso, la infantería marchó en dos columnas, una a cada lado de la caballería central. Luego todo quedó inmóvil excepto por el movimiento de algunos oficiales que recorrían las filas a caballo en un vaivén continuo.

Tras bajar el catalejo, Pasquale de Aosta cuestionó:

—Tienen ocho cañones… cuatro por cada lado.

—Son defensivos —arriesgó el capitán Martínez—. Jamás dispararían teniendo una carga propia de caballería en el centro, se alcanzarían ellos mismos. Parece que se han formado para que nosotros avancemos.

—Pero ¿quién se cree ese estúpido? —bramó el duque con fastidio—. ¿ Piensa que es Alejandro Magno contra los persas? ¿Y ese francés se dice inteligente? ¡Dios mío!

—Es raro… —El español volvió a mirar—. Parece convencido de que iremos hacia él.

—¿Están a distancia de nuestros cañones? —quiso saber Bocanegra.

—No por el momento.

—Bien, esperaremos a ver con qué desquiciada maniobra nos sorprende. Lo aplastaré por insolente. —Sonrió colérico.

—Está defendiendo sus propias tierras, señor —recordó Martínez.

—¡Es un insolente! —gritó el noble—. Debería haber claudicado sin combatir y por eso lo ejecutaré. Nadie me desafía ni rechaza mis ofertas. ¡Yo sé más de combate que él y sus asesores y los aniquilaré a todos! Esta tarde colgaré su cadáver de una pica, lo juro.

El duque de Aosta estaba ya inmerso en la guerra. Era una sinfonía macabra que pronto sonaría para ellos. Pero nadie lo sabía, desconocía aún el terror que le esperaba.

67

Angelo DeGrasso entró como una tromba en una de las alcobas más suntuosas del castillo ávido de respuestas. Ségolène, con su insistencia, había sembrado la duda: ¿y si Anastasia era un peón turbio en todo aquel juego?

—¡Angelo! —exclamó su hermana al verlo, aliviada de la pesada ansiedad del encierro.

—Anastasia, ¿qué crees que estás haciendo aquí? —le preguntó con aspereza.

—Estoy recluida esperándote sin saber cuándo vas a atravesar esa puerta —reconoció encogiéndose de hombros.

—No hablo de esta alcoba sino de tu inesperada visita.

—No tengo adonde ir…

—¡No juegues conmigo! —La agarró de la muñeca, sus ojos ardían de furia.

Ella intentó zafarse pero no pudo, aquel puño la apretaba tan fuerte como un grillete.

—¡Suéltame o te arrepentirás, no olvides quién es nuestro padre! —le gritó desafiante.

Angelo tomó con la otra mano su rostro agresivo y caprichoso y la empujó hasta la pared, donde oprimió su cabeza.

—Hay gente que está muriendo por esto —exclamó— y vidas que se sacrifican por la reliquia, y tú, sangre de mi sangre, conspiras contra mí…

Anastasia respiraba entrecortadamente, su pecho oprimido por el de Angelo y sus piernas atenazadas sin poder escapar. La mano del monje bajó hasta su cuello y lo apretó.

—¿Te ha enviado Ségolène, hermano? —maldijo asfixiada—. Te está confundiendo, la impostora es ella. Debes confiar en tu corazón. Tú me conoces…

Las pupilas de su hermano se clavaron en las suyas. El inquisidor observó sus labios y su nariz, sus cejas y sus pómulos y apretó con más fuerza, cebado por la repulsa que le provocaría una posible traición. Anastasia lloraba y soltó un quejido. Su asfixia era tan real como el reflejo de la muerte en la mirada de él.

—Me ahogo —silbó en un hilo de voz. Pero aquella mano seguía apretando y la estrangulaba lentamente.

El inquisidor aspiró el aliento entrecortado que salía de aquella boca carmesí y bajó los párpados. Su mente repasó sus peores recuerdos: el de su madre asesinada por el poder de los Iuliano y la última sonrisa de su amada, Raffaella, antes de morir en la hoguera a causa también de sus órdenes; recordó a su maestro capuchino, Piero del Grande, ajusticiado a manos de Èvola, que de nuevo obedecía el mandato del cardenal, y sintió por último el dolor del exilio, el de su propia persecución.

Regresó entonces a la realidad que ceñían sus manos y reparó en lo último que le

quedaba, aquella hermosa mujer que se desvanecía ante él.

—¡Te odio! —le gritó Angelo. Luego tomó aire embelesado, fascinado por aquellos ojos llenos de lágrimas. Sus manos se aflojaron y se deslizaron por la piel de la mujer hasta abrazarla. Toda la pasión de su sangre italiana se derramó en un grito desgarrador, sincero y desolado—: ¡Y a la vez te amo! ¡Por el amor de Dios, también te amo, Anastasia!

Ese hombre destrozado, terriblemente solo, pasó de la asfixia al abrazo, del odio al amor, en una unión que buscaba un sentido, una razón de ser necesaria para ambos. Anastasia resopló agitada mientras sus lágrimas se derramaban.

—¿Qué te sucede? —le preguntó, aún llorando, presa por ese abrazo que había florecido en los umbrales de la muerte.

—No quiero odiarte… —confesó Angelo—. Ni siquiera quiero amarte.

Anastasia acarició su rostro con delicadeza.

—Sé que tu corazón podrá lidiar con todo esto —musitó, con su mirada humedecida por el rocío del alma.

—¿Por qué me hiciste llegar la esfera? —preguntó.

—Porque sé que en tus manos está a salvo de brujos e inquisidores y… porque también te amo —reconoció con humildad a la vez que acariciaba su mejilla.

—Yo también. Créeme que también te amo —reconoció mientras posó sus labios sobre la sien de Anastasia y una sonrisa amaneció entre sus lágrimas.

—Nunca te haré daño, hermano. Nunca te traicionaré.

El inquisidor asintió. Se sentía desbordado por un cúmulo de sensaciones, pero a pesar de ellas cumplió con su deber.

—He venido con unos guardias, están en el pasillo. Te escoltarán hasta una mazmorra.

—¿Me encierras? —Su voz perpleja se entrecortaba sin aliento a causa de la sorpresa—. Pero Angelo… ¿Es que no confías en mí? Yo robé la esfera para ti y me encierras como a una delincuente. Yo, que te salvé de la hoguera en Florencia y escapé de mi padre por ti.

La puerta se abrió y seis hombres entraron en compañía de Ségolène, que entendió el pesado silencio de ambos y decidió esperar.

Anastasia contempló a la francesa y a continuación miró a su medio hermano.

—¡Ahora entiendo! ¡Ella te engaña, no es quien dice ser y prefieres creerla antes que a mí!

—Encerradla —ordenó el inquisidor DeGrasso a los guardias—. Es una orden.

Jacques David Mustaine de Chamonix montaba su corcel protegido por una gruesa armadura y su larga capa aterciopelada sobre los hombros. Sus puntiagudas botas forjadas en hierro asomaban de los estribos y su melena, larga y pelirroja, era batida por el viento. Mustaine sabía desde que observó a su enemigo con las primeras claridades: Bocanegra poseía una estructura rígida de defensa, como si el italiano desease combatir desde la quietud y el alcance de sus cañones.

El archiduque francés volvió a recorrer con su catalejo la presencia del invasor en el horizonte. Sus caballeros jamás caerían en la trampa de la artillería enemiga. Por segunda vez en la mañana, pasó el guante de hierro por las plumas de su halcón, que mantenía erguido en el antebrazo. Ese sería un día diferente, pues se había jurado que su mascota no comería carne de roedor ni de paloma; no, comería carne italiana, carne con sabor a duque impertinente.

Estiró el brazo y entregó el ave a su sirviente, que la llevó hasta la jaula.

—¿Cómo haremos, Excelencia, para mover al enemigo de su posición? —preguntó uno de sus oficiales.

El pelirrojo se giró y lo miró con frialdad.

—Se moverán.

—No creo que lo hagan, están bien protegidos donde están.

—Se moverán —insistió el archiduque.

Nuevamente centró su atención en la línea de batalla, que se fundía con el tempestuoso cielo plomizo. Y allí quedó prendido, extasiado por una venganza que comenzaba a saborear en el cielo del paladar.

69

—No vendrán hacia nosotros —dijo el capitán Martínez retirando el catalejo—. Se quedarán donde están.

—Pues esperaremos —respondió Bocanegra—. No caeré en la trampa del francés. Vendrá sobre nosotros y le atacaremos con todo lo que tenemos.

—Entonces hay algo que no estamos contemplando —refutó el español—. El archiduque de Chamonix parece tener muy clara su posición, como si ocultara alguna estratagema…

—¿Estratagema habéis dicho? ¡Pero si ese archiduquecillo tiene una nuez en la cabeza sostenida por cuatro telarañas! No hay estrategia, solo un ejército de franceses que no sabe de batallas y únicamente se muestra para intentar asustarnos con su presencia.

—Aun así tengo mis sospechas —habló prudente Martínez.

—¿A qué distancia están?

—Algo menos de media legua —calculó el mercenario.

—Pues si el maldito francés no ataca, le atacaremos nosotros.

—Nuestras bombardas no llegarán hasta allí —le recordó.

—Alimentadlas con más pólvora y procurad que la artillería les caiga encima.

—Es una alternativa muy peligrosa, señor.

El duque de Aosta bajó de su caballo y se acercó al condotiero.

—He pagado muchas monedas por un cuerpo de élite, espero ahora que vos me solucionéis los problemas y no seáis un peso más.

—Sabéis que cuento con los mejores artilleros españoles de la armada. No existen en mar, ni menos en tierra, cañoneros tan profesionales y osados como los míos, pero sabed que no todo es posible y si uno de esos cañones llegara a explotar por un exceso de pólvora y confianza, os aseguro que aquí solo quedaría un gran pozo salpicado de nuestras propias osamentas.

—No acarreé una veintena de cañones por la montaña solo para mostrarlos. Sobrealimentadlas al límite —ordenó Boca-negra.

Montó y galopó hacia el otro flanco de la línea mientras los copos de nieve de nuevo comenzaban a caer anticipando un día crudo, un día que traería estruendos de pólvora.

70

Mustaine supo que era mediodía y sonrió. Un ayudante de campo le acercó su yelmo emplumado. Había llegado la hora.

En ese mismo momento vio surgir del horizonte, a la retaguardia de las fuerzas invasoras, un frente de quinientos paladines franceses. Aquella formación le proporcionó la tranquilidad que solo conoce un guerrero, pues en la batalla es más valioso contar con un aliado por retaguardia que con un cántaro de agua en la sequedad del desierto. El condestable de Bonneville y el barón de Argentiére hicieron su aparición en el momento pactado.

El archiduque de Chamonix se ajustó su yelmo templario, ese viejo morrión familiar protector que mostraba sus ojos por una fina raja horizontal, mientras exhalaba su aliento a través de las pequeñas cruces perforadas en el metal.

La gran carga de la caballería no tardaría en comenzar. Mustaine desenvainó su espada y la alzó por encima de la cabeza. El destello del metal pronto acaparó todas

las miradas. Sus quinientos caballeros berrearon exaltados, unidos por el fervor de la anticipación del combate. Sus mentes estaban cegadas, sus vidas ya no importaban y el grito los unió como feroces mastines del campo de combate.

Jacques sintió el poder. Sintió bullir la sangre franca en sus venas.

71

El duque de Aosta se volvió atónito, sin comprender del todo qué era esa horda de franceses que asomaba por su espalda. Parecía imposible, un sueño macabro. Corrió hasta el puesto de artillería con la capa al viento, pasando ante las tiendas de mando y arquerías, y divisó a Martínez: el español contemplaba todo con tranquilidad, sin exaltarse.

—¡Nos ha rodeado! —gritó Bocanegra señalando la meseta de retaguardia.

—Lo supuse —dijo el español.

Justo entonces llegó un robusto compatriota de barba crecida y botella en mano. Era el maestro artillero León Calvente, el marinó más codiciado de la armada española.

—Están buscando quebrar nuestra línea —dijo con voz poderosa—, quieren desarmar nuestra artillería en dos frentes y distraer la atención de nuestro ejército. Es un truco antiguo… pero siempre da buen resultado.

—¿Y qué haremos ahora? —exclamó el duque desesperado.

—¿Que qué haremos? —El almirante Calvente sonrió—. Pues nada. Esto no es un barco donde podamos girar… —El veterano marino señaló sus piezas de artillería —. Ya no tenemos tiempo para moverlas, están apuntaladas y cargadas. Si deseáis podéis dar la vuelta a esos quince escorpiones, pero no os garantizo grandes éxitos.

—Son quinientos. —Martínez señaló hacia la meseta—. Más otros quinientos caballeros…

—¡Mil! —gritó Bocanegra, comenzando a temer por su propia existencia.

—Excelencia, ¿qué queréis hacer? —preguntó con calma el capitán Martínez.

—Dad la vuelta a la mitad de los ballesteros junto con los escorpiones de asedio, los piqueros confederados apuntalarán la retaguardia y giraremos la mitad de los cañones.

—No, los cañones no —interrumpió el almirante Calvente—. Dejadlos donde están.

—Dije la mitad —insistió Bocanegra—, la mitad de los cañones pesados…

—¡Me resisto a tan terrible tontería! —se exaltó el artillero—. Dejaríamos

indefenso nuestro frente y jamás llegaríamos a proteger la retaguardia. En el momento en que comencemos a moverlos los franceses cargarán contra nosotros y sus caballos estarán aquí antes de que podamos hacer nada.

—No os pago para que opinéis, almirante, solo cumplid mis órdenes.

—Será nuestra muerte —sentenció Calvente— y me resisto a morir en la nieve, en esta tierra. Yo solo moriré en el mar, por el rey de España, y por un error mío, no por el vuestro.

—Escuchad a quienes saben, Excelencia —se oyó entonces una voz a sus espaldas—. Conozco la valía de hombres y sé de lo que son capaces. Ante el enemigo es preferible estar de pie y con cuchara de madera que dormido con una espada.

—¿Vos? ¿Qué demonios hacéis aquí? —le preguntó el duque atónito.

Calvente y Martínez, por su parte, tampoco pudieron contener un gesto de sorpresa y desagrado pues conocían al recién llegado: habían compartido con él una larga travesía por mar hacia el Nuevo Mundo durante la cual varios de sus compañeros fueron misteriosamente asesinados, y todas las sospechas le apuntaban a él. Sin embargo, se limitaron a saludarle con un tenue movimiento de cabeza que implicaba su reconocimiento después del cual se miraron entre ellos encogiéndose de hombros.

Allí estaba Èvola, ese personaje tan siniestro y peligroso como los gatos negros, portadores de mala suerte aunque a salvo de ella gracias a sus siete vidas. Pero los españoles ahora eran mercenarios dispuestos a obedecer a su pagador, y si el destino ponía a ese hombre en su camino, y en el mismo bando, no serían tan obtusos para enfrentarse al duque por su culpa.

—Debéis concentraros en el frente —siguió aconsejándole el monje Èvola—. Vuestra única preocupación debe ser la tropa de Mustaine.

—Pero ¿qué decís? ¿No veis los quinientos paladines que nos ha plantado a la espalda? —replicó Bocanegra.

Èvola le examinó con dureza y reticencia y vio en el duque una mueca de cobardía, la del héroe secular que ahora languidecía frente a la mortaja de la Sibila.

—Procurad escuchar al almirante —insistió en un bisbiseo el benedictino—, procurad confiar en alguien más que en el propio miedo.

Bocanegra le escuchaba turbado y temeroso mientras los copos de nieve caían entre ellos, entre sus miradas y pensamientos.

La sangría estaba a punto de comenzar.

XX. La guerra de los duques

72

El archiduque Mustaine, a lomos de su semental, con la espada en mano, observaba a su enemigo en la lejanía. —Bocanegra se está moviendo —atestiguó uno de sus consejeros.

—Está asustado. Jamás imaginó que amenazaríamos su espalda. Ahora debemos esperar a que repliegue la tropa de su línea de frente y la lleve hacia atrás. Ahí será donde encontraremos nuestra oportunidad: cargaremos contra ellos. —¿Y si no se repliegan?

—Entonces morirán por la caballería del condestable de Bonneville.

—¿Quién dará la señal?

Mustaine contempló al caballero.

—Nuestros cañones. Será el sonido de la victoria.

El barón de Argentiére, entretanto, sobre una meseta privilegiada estudiaba el campo de batalla y la espalda de su enemigo. A poco más de mil quinientos pies lo acompañaba el condestable de Bonneville con dos falanges de doscientos cincuenta paladines cada una. Esperaban la señal, el trueno lejano de los cañones del archiduque.

Bocanegra se giró y volvió a avistar a su enemigo en la retaguardia, que copaba dos mesetas enteras.

—Que un tercio de la infantería abandone la línea de Mustaine —ordenó vacilante, aun sin saber si su decisión frenaría a la Parca.

El capitán Martínez lo miraba en silencio, acompañado de Calvente y Èvola. El duque sabía que su decisión marcaría el triunfo o la derrota, no habría medias tintas para quien se decidiera a mover el esquema de guerra en el umbral de la batalla. Sabía, también, que sus mercenarios le serían fieles mientras no les ordenara maniobras suicidas.

—No mováis la artillería de la línea de Mustaine —volvió a repetir el monje.

—¿Por qué? ¿Por qué habría de confiar en vuestra palabra de clérigo?

—Tened fe en mí. —Èvola lo miró evasivo y Bocanegra caviló, luego refunfuñó.

—Dejad los cañones donde están —decidió algo dubitativo—, moved solo infantería y escorpiones.

—Escorpiones tampoco —bufó Èvola.

El duque y los militares le observaron estupefactos.

—¿Estáis loco? —exclamó Martínez.

—Pero ¿qué clase de locura pretendéis? —El duque alzó las cejas—. ¿Acaso no os parece demasiado atrevimiento que os deje opinar sobre el combate, para que ahora dirijáis toda mi tropa?

—Hacedme caso —siguió el religioso. Su único ojo oscuro brillaba con extraña tranquilidad—. No moriremos en esta guerra, a menos que ignoréis mis consejos.

—¡Entonces revelad el maldito plan que guardáis bajo la manga! —exigió el noble.

—No hay tiempo. Solo tened fe en mí —finalizó el monje.

Bocanegra clavó la mirada en el religioso, escudriñó al hombrecillo deforme por el que había armado toda aquella guerra, que le había hecho cruzar los Alpes y lo había colocado justo en aquel lugar. Algo estaba claro para el duque: si Èvola estaba loco, él también lo estaba, pues el cuerdo que cree en locos lo es tanto como ellos.

—No mováis los escorpiones —ordenó finalmente el noble—, dejadlos donde están.

—Excelencia, es una locura —murmuró Martínez.

—¿Una locura? Todo esto siempre ha sido una gran locura. Tenemos un archiduque francés que aparece de la nada con mil caballos justo cuando me doy cuenta de que contraté los servicios del mejor artillero español, un almirante que huele a licor y sabe más de galeones que de nieve. —Pasquale mostró una violenta resignación—. Tengo un monje que me aconseja locuras y yo le escucho y hago lo que él dice. Y os tengo a vos. Haremos lo que he ordenado. No moveremos la maldita artillería ni los ballestones. ¡Idos ahora y ocupad los puestos, y rezad a los cielos por vuestras almas para que no nos despellejen por la espalda!

Dicho esto montó en su corcel y se dirigió al centro de la formación, listo para esperar el espanto de la guerra.

—Se mueven —resopló el vigía desde el catalejo.

—¿Cuántos? —se interesó el archiduque Mustaine.

—Un tercio. Van a retaguardia.

Mustaine sonrió.

—¿Ha dividido la línea de cañones?

—No. Solo mueve infantes.

—No importa, así morirán por la espalda. —Mustaine lo tenía claro—. Cargaremos de frente contra ellos, sus cañones serán socavados por detrás. El combate será nuestro.

—No entiendo… —caviló su terrateniente—. ¿Por qué habrían de dejar sus

espaldas sin cañones?

—Porque sus artilleros han decidido morir con dignidad. Los mercenarios del italiano son hombres de valor, pelearán con todas sus fuerzas a pesar de que el combate está perdido.

Hemos ganado esta guerra desde que situé esos caballos en retaguardia, y ellos lo saben.

—Se han detenido —volvió a cantar el vigía—. Ahora piqueros y ballesteros están por detrás. De frente cañones y escorpiones, apoyados por menos que al comienzo.

Jacques David Mustaine de Chamonix contempló las nubes negras que arrastraba el viento, borrascosas y oscuras como carbón. La nieve caía lentamente, tapizando el valle de blanco. Todo estaba listo según lo planeado. Pero faltaba un detalle.

—Decid a la tropa que daré cincuenta monedas de oro a quien atrape al duque enemigo con vida —resopló Mustaine—. Mi halcón aguarda impaciente su comida.

73

Pasada una hora exacta del mediodía, los cuatro cañones laterales del archiduque Mustaine sonaron con gran estruendo. Sus bolas no llegaron a destino, pues la distancia de media legua larga era inalcanzable para esos morteros de asedio, pero su función primordial era el sonido ronco y poderoso: la señal que esperaban los caballeros que aguardaban a espaldas del italiano. Tras esto, una nube blanca de pólvora quemada se elevó de los lejanos cañones archiducales, como epílogo de los disparos.

El barón de Argentiére alzó inmediatamente su espada, gritó el avance y cargó con sus doscientos cincuenta caballeros. Pero no fue solo este quien comenzó el ataque, pues desde la otra meseta cercana el condestable de Bonneville espoleó a su alazán y comenzó el segundo movimiento, el segundo golpe de mazo, también por la espalda de la línea italiana y con otros doscientos cincuenta paladines enfurecidos.

Jacques David Mustaine de Chamonix blandió su espada y clavó sus espuelas en el corcel. Tras él cargaron quinientos bravos caballeros francos, con lanzas y estandartes, con espadas y mazas. El valle comenzó a ser conquistado por la caballería, en una línea frontal de dos mil pies, que asustaba tan solo de verla en la lejanía, aun sin que se escuchara el frenético crujido de las herraduras en la nieve.

Los ojos de Mustaine cobraron el brillo del bronce y su ira adelantó el filo de su espada, lista para ser hundida en el pecho del invasor.

—¡Disparen! —gritó el maestro artillero Calvente, y una primera salva de bombardas y culebrinas ensordeció los oídos.

El miedo de ver al enemigo ganando el valle quedó tapado por la bestial estampida de las piezas. Las bolas llegaron a dos mil setecientos pies, rebotando en la nieve y haciendo blanco en la nada. El artillero miró los resultados y resopló. Era bien cierto el refrán que circulaba en la jerga de los soldados, pues «que te mate un cañón en la guerra» era la máxima expresión de la mala suerte.

Los bombos y redoblantes marcaban el tiempo a los amunicionadores, que trabajaban a gran velocidad y a un promedio de quince por pieza.

—¡Disparen! —volvió a ordenar Calvente tras dar un trago a su botella de coñac.

Bocanegra observaba la oleada desbordante de caballería por todos los flancos, contemplaba su desesperante situación en aquella tierra ajena llena de enemigos. Aún faltaban más de dos leguas para el ataque frontal, en tanto los francos de retaguardia estaban a menos de mil pies. El duque miró a Èvola en el frenesí de la situación y este le devolvió su mirada de piedra. Bocanegra estaba desprotegido en la retaguardia, solo con infantes y sin artillería, todo gracias a las exigencias de aquel monje demente.

Las pupilas del noble se inyectaron de ira, pero el benedictino no bajó las suyas.

—¡Nos van a embestir! —gritó Martínez en la cara del duque señalando los quinientos paladines que reunían el condestable y el barón por la retaguardia—. ¡Estamos perdidos!

Bocanegra desenvainó la espada sin dejar de mirar al monje, sabiéndose engañado en la hora de su muerte.

—¿Por qué habéis decidido traerme a esta guerra? —masculló—. ¿Por qué maldita razón decidisteis inmolarme?

Giuglio Battista Èvola sonrió levemente, pero no contestó.

—¡Fuego! —gritó Calvente de nuevo, y sus catorce cañones tronaron despiadados. Luego el humo tapó toda visión y los baqueteros comenzaron con su sucio trabajo. Las bolas llegaron a poco menos de setecientos pasos, desparramando nieve y a cuatro paladines—. ¡Más pólvora! —ordenó Calvente—. ¡Más pólvora en las culebrinas!

—¡Están al límite! —le gritó el oficial artillero. Sudaba y tenía el rostro ennegrecido.

—¡Más pólvora he dicho! ¡Carguen gemelos! ¡De punto en blanco! —indicó, para que pusieran el cañón en posición horizontal, lo que facilitaba que sus tiros fueran tensos.

Alejo Deluca, un diestro marino salido de la escuela de artilleros, sabía que la

orden era peligrosa, pero no dudó en obedecer, pues peor lo pasaría en manos de los jinetes que no tardarían en llegar. Así, mandó a los servidores cargar las balas encadenadas, dos bolas unidas por cadenas que en el lenguaje corsario eran conocidas como «gemelos», «ángeles» o simplemente «rompe mástiles». Ordenó limpiar primero las ánimas de los cañones con trapos embebidos en vinagre y colocar los quintales de pólvora necesarios más un extra. Luego se volvió hacia su almirante.

—¡Listos! —gritó.

Calvente lo miró y dio otro trago a su botella.

El condestable de Bonneville giró y lentamente fue desviando a sus paladines a un costado de la escena de combate hasta replegarse a la derecha.

El barón de Argentiére tiró de sus riendas e hizo la misma maniobra pero virando hacia la izquierda. En un santiamén los caballeros de la retaguardia cambiaron de rumbo.

Los confederados mantenían sus picas hacia delante, en un intento inútil de detener la avalancha de caballos. Los oficiales mercenarios de retaguardia se asombraron, pues la daga que debía entrar en la carne pareció volver a su funda.

—¡Se desvían…! —resopló Martínez sacudiendo con fuerza el hombro del duque, que mantenía su espada en la mano en otro intento simbólico de querer frenar la estampida—. ¡Se han desviado! —volvió a reiterar el español.

Bocanegra miró al monje. Èvola estaba allí, ante él, y parecía conocer el interior de su alma. Y disfrutar del miedo del noble a la muerte.

Mustaine cabalgaba encolerizado a quinientos pasos de la línea frontal de su enemigo cuando se dio cuenta del desvío de sus aliados. En ese preciso momento decidió romper el ataque y cambiar también su curso, aunque dentro del alcance de los cañones españoles.

—¡Fuego! —gritó Calvente.

Los cañones sobrealimentados escupieron fuego y chispas, inundándolo todo en una espesa nube de humo blanco. Los gemelos hicieron blanco en la vacilante caballería de Mustaine en el momento en que se daba la vuelta. El saldo fue atroz. Una docena de caballos, junto con sus caballeros, fueron literalmente cercenados, regando la nieve de sangre y miembros mutilados.

—¡Disparad los escorpiones! —siguió el almirante español. Y una lluvia de gruesas flechas encendidas cayó sobre los franceses aturdidos—. ¡Cargad gemelos con más pólvora, apuntad en punto en blanco! ¡Rápido!, ¡que la gloria de nuestra

artillería sea escuchada por vuestros hijos! —El maestro artillero alzó su botella y siguió gritando mientras se abría paso a través de la nube de pólvora quemada—. ¡Por la gloria y el recuerdo de nuestro buen rey Felipe, por el honor de la Armada Invencible de nuestro reino!

—¡Bombardas listas! —se oyó entre el caos de voces, nieve y neblina.

No sabía qué había sucedido, y por ello suspendió el ataque en el punto más peligroso. El archiduque Mustaine, bajo el fuego y turbado, tardó lo que tarda un buen noble en darse cuenta de que había sido traicionado. Y no solo traicionado, sino arrastrado a perpetrar un ataque que resultaría letal.

En el horizonte, las figuras borrosas del condestable de Bonneville y del barón de Argentiére se recortaban en la retirada. Una retirada que Bocanegra había predicho.

Mustaine gritó abatido, enfurecido.

—¡Es una traición! —resopló sorprendido Martínez—. ¿Acaso vos la comprasteis?

—Yo no —murmuró Bocanegra encogiéndose de hombros.

—Pues entonces Dios está de nuestro lado —siguió el español.

El italiano asintió en silencio y observó la figura de Èvola mientras este se retiraba.

—¿Qué hacemos, Excelencia?

—Aniquilar a nuestro francés, aplastarlo como a una rata. —Pasquale mostró su primera sonrisa—. ¡Poned todo lo que tenemos en la línea de frente! ¡Ahora! —Sus ojos recobraron el brillo de la codicia—. ¡Yo tengo el poder!

Mustaine se sintió perdido. Sus caballeros morirían ese día, la desdicha de los suyos y sus familias, de su pueblo y sus gentes, estaría marcada por el sello de su error. Y la traición le hirió de muerte y lo dejó a merced del escarnio de sus enemigos.

El archiduque miró por la abertura de su yelmo la línea del invasor, observó las flechas incendiarias que cubrían el cielo, el humo espeso que se elevaba de los cañones a cada salva, a cada detonación que destrozaba y desmembraba a su caballería. En aquel momento, volvió a levantar su espada brillante con vehemencia y orgullo, como señal de la última carga.

Mustaine dirigió su caballería hacia delante, lejos de la puerta fácil de la huida, lejos de la rendición. Bien adentro, hacia las mismas formaciones de su enemigo italiano.

En un acto de furia y honor, el francés ordenó el ataque, y todos aquellos valientes caballeros le siguieron. Directos al suicidio.

74

Angelo entró en la torre del castillo sabedor de que el tiempo apremiaba. En cuanto cerró la puerta a sus espaldas notó la mirada suspicaz de Tami que, tras la muerte de Xanthopoulos, se había incorporado al grupo. Pero no se detuvo a dar explicaciones. Se apresuró en dar dos vueltas de llave a la cerradura. Sin decir palabra caminó hacia la mesa donde, poco antes, habían ordenado los pergaminos.

—No saldremos de esta torre sin descifrar el Codex —determinó entonces alzando la vista hacia sus compañeros. Sabía que el próximo amanecer sería determinante, pues la suerte del archiduque Mustaine en el campo de batalla marcaría sus destinos. En aquella fortaleza, sin una victoria del francés, ellos y la esfera estarían perdidos.

Ségolène tenía el rostro serio, el cabello recogido y el azul de sus ojos apagado. Relajada, parecía aceptar el destino que estaba por venir. A su lado, sentado y asiendo su brazo, el jesuita Killimet, las vendas sobre su rostro y la barba prolijamente recortada, enfocaba su atención en un nuevo mundo de sensaciones: la oscuridad, las voces y el tacto. Al otro, Tami, el reflexivo jesuita, miraba asombrado el resultado de las pesquisas.

Ya todos sabían que Xanthopoulos había muerto esa mañana, que los ejércitos invasores cerraban sus fauces en el valle y que los brujos parecían afilar sus garras preparados ante los tiempos que estaban por venir.

—Prosigamos. —Angelo miró al jesuita y pidió—: Lee el opúsculo, por favor.

Giorgio Cario Tami tomó la base de oro y comenzó a recitar con voz clara:

—«El nombre de Dios ha sido falseado ante los hombres para confundir y velar el secreto de su significado. Pero en su raíz aflorará como pétalos, regado por el agua invisible, sobre la flor del que murió dos veces. Al cruzar el portal de la luz en su recorrido hallarán la esfera en manos del niño soportando la base del conocimiento. Allí lo pescaréis».

—Nos advierte de que el nombre de Dios ha sido falseado y por ello nos centraremos en las cuatro letras hebreas «YHWH», que son lo único que sabemos del nombre primitivo —explicó DeGrasso—, puesto que Yahvé y Jehová son falsas pistas que confunden y nos alejan del Nombre Original. Ahora seguiremos adelante uniendo los grupos de letras iguales, tal como hicimos en la sesión anterior, y los

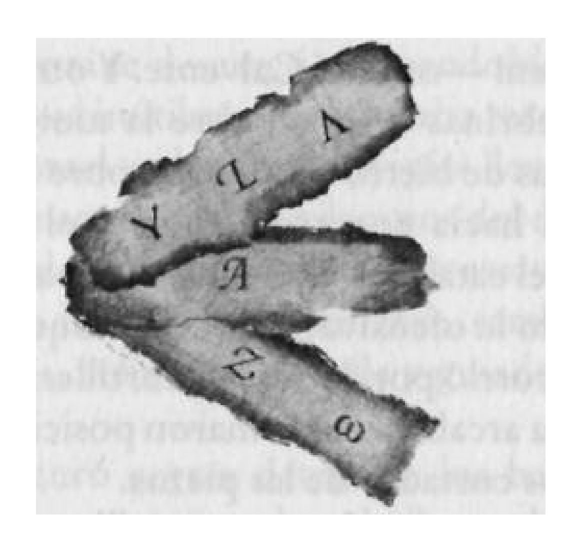
alinearemos según el orden trino. Después, haremos Uno lo que es Tres siguiendo el orden de comienzo a fin con el Alfa y el Omega.

—¿Cómo convertiremos en uno tres pergaminos? —inquirió Tami frunciendo el ceño.

—Superponiendo las tres «Y» que tenemos para hacerlas una —respondió Killimet.

Angelo sonrió y le miró sorprendido de que el ciego pensara lo mismo que él. Decididamente, iban por el camino correcto. Manipuló los pergaminos con la «Y» sobre la mesa y murmuró satisfecho:

—Lo tenemos, esto es Uno y Tres y va del Alfa al Omega.



Ségolène observaba con detenimiento aquella forma, igual que el jesuita italiano.

—Se abre como un pétalo —comentó.

—Exacto —dijo Angelo satisfecho—. Y en el opúsculo, el texto sigue: «Pero en su raíz aflorará como pétalos, regado por el agua invisible, sobre la flor del que murió dos veces». Como veis, aquí tenemos un pétalo que ya ha sido regado por el agua que causa ceguera.

—Entonces… —dijo Ségolène, que comenzaba a vislumbrar el proceso encriptado en aquel extraño enigma— los pétalos pertenecen a una flor de cuatro pétalos compuesta en base al tetragrama hebreo… Pero ¿quién es el que murió dos veces? —siguió la francesa.

—No lo sé —confesó Angelo—. Pero cuando terminemos de armar la flor lo veremos. —Con determinación, pericia y pulso firme, igual que cuando firmaba la quema de sus herejes, manipuló los pergaminos para ordenar los pétalos según el orden del tetragrama.

Repentinamente ante ellos se armó una flor, y aquello que estaba oculto apareció.

—¡Disparen! —ordenó Calvente. Y otra descarga de bombardas y culebrinas resonó sobre la nieve ensordeciendo y lanzando bolas de hierro candentes sobre los franceses.

—¡Vienen hacia nosotros! —gritó el duque Bocanegra, mirando por el catalejo—. ¡Quinientos pasos! ¡Los paladines han reanudado la ofensiva! ¡Ese archiduque está demente!

Martínez corrió por detrás de la artillería gritando a sus infantes. Setenta arcabuceros tomaron posición en la primera línea, justo a los costados de las piezas.

—¡Fuego! —gruñó el maestro artillero.

Y otra oleada de estruendo sacudió la tierra. Esta vez el duque Bocanegra contempló a una docena de hombres volar por los aires y no precisamente franceses sino artilleros de sus propias líneas. Una bombarda pesada había estallado en su carromato, fatigada y sobrealimentada, despidiendo astillas de fresno y esquirlas de hierro candente. El saldo fue atroz: cuatro muertos y quince heridos.

—¡Cirujanos, llamad a los cirujanos! —gritó León Calven te. Luego señaló a Deluca y le repitió la misma receta de carga para sus cañones. Sus ojos brillaban de alcohol y frenesí.

Fueron dos últimas ruedas de salvas disparejas y a ciegas, pues el humo había formado una muralla ante ellos. Entonces se recortaron los primeros caballos en la niebla, aparecieron a galope furioso y por sorpresa: Mustaine estaba a cincuenta pasos de la artillería.

—¡Fuego! —gritó Martínez esta vez, y sus arcabuceros prendieron sus mechas.

La primera y última descarga llenó de plomo a los primeros paladines, pero ya no tuvieron tiempo de recargar, pues la caballería arremetió como un rayo.

Cuatrocientos caballos acorazados chocaron contra las filas mercenarias, la mayoría evitó la empalizada y piqueros, entrando por el frente más blando, el de los cañones.

Jacques David Mustaine descargó un mandoble en la cabeza de un arcabucero que inútilmente intentaba recargar su arma, luego estrelló su corcel en la carpa de vigías llevándose consigo las telas, instrumentos, mapas y lacayos del duque. Tras él, los lanceros montados no dudaron en atravesar a cuanto español, confederado o italiano se les cruzase, sembrando de terror la niebla espesa, cobijados por ella y guiados por el coraje de su señor.

Bocanegra procuró correr detrás de los ballesteros, que disparaban frenéticos, ensartando caballos, caballeros y soldados propios. El caos era sublime, una sinfonía

de gritos lacerantes, de mazos que volaban sobre nucas y espaldas, de hierro calando la carne y lanzas que traspasaban los petos. Todo golpe era acelerado por la masa poderosa del caballo de guerra, todo azote era terrible y sucumbía bajo las herraduras y las pisadas. Martínez recibió una saeta de uno de sus ballesteros, que disparó en la revuelta, entre el humo y la pólvora, y le clavó su flecha en el muslo. Cuando cayó lo topeteó un franco que lo arrojó al foso de la bombarda explotada.

Mustaine distinguió un galón de rango, reconoció la vestimenta de un oficial y espoleó a su alazán hasta que lo tuvo por debajo.

El almirante Calvente contempló la mole de cuatro patas que le embistió y sintió el golpe del hierro afilado en un pómulo que salpicaba su rostro de sangre. Un profundo corte trazó su mejilla.

El duque Bocanegra gritaba a los cuatro vientos que dispararan contra la caballería francesa que parecía estar diezmando indiscriminadamente a los españoles. Al instante se escuchó un tañido como de arpas, el concierto desafinado de las cuerdas de centenares de ballestas disparando, y una lluvia de flechas llenó el cielo ya oscuro de aguijones que con su punta de hierro se incrustaron profundamente en armaduras y caballos. Los ballesteros disparaban sobre todo lo que veían, sobre franceses y también sobre los suyos, en un intento desesperado por extirpar el tumor a costa de perder un órgano propio.

El caballo de Mustaine cayó de costado, asaeteado en cuello y abdomen. El francés cayó con él con tres flechas encajadas en la capa y la armadura, aunque eso no le detuvo: tomó con ambas manos su espada de la nieve y cargó hacia una tienda sorprendiendo a tres oficiales del duque, que vieron la muerte tan pronto como Mustaine blandió su filo sobre ellos como si se tratase de corderos. La nieve caía en abundancia. Y entonces contempló una figura que le disparaba en el pecho desde la bruma. Esta vez la cota de maya no le protegió y la bala de plomo se enterró en su hombro.

El artillero Deluca no se dio cuenta de que había descargado su arcabuz sobre el archiduque Mustaine. Desesperado, sucio y ensangrentado, buscó algún lugar donde guarecerse de la carnicería, pero no lo logró: fue interceptado por un francés furioso, con sed de venganza, que desde su caballo le lanzó un mazazo que lo echó por tierra. El joven artillero cayó y rodó hasta perderse en las cureñas de las culebrinas.

Media hora más tarde la niebla comenzó a ser arrastrada por la brisa. Ya no se oían más que lamentos. La guerra había dejado a su paso la imagen del terror: un sinnúmero de cadáveres yacía en el valle y teñía de granate la nieve regando de espanto y carne el horizonte.

Alrededor de un millar de almas se había cobrado la mañana.

Cuando todo acabó, el rostro de Bocanegra era desolador, jamás había llegado

siquiera a imaginar la magnitud que podría alcanzar aquella escaramuza, nunca pensó que una batalla podía ser tan horrible y demoníaca como mostraba la visión del valle. Allí descubrió la miseria de los hombres plasmada en la vana costumbre de aniquilar al prójimo por codicia.

Sin embargo, esa tarde el duque salió de su letargo y ordenó aniquilar a todos los infantes de Mustaine que se hallaran escondidos en los bosques. El mundo debía seguir, una o mil sangrías daban lo mismo, solo habían motivado un instante de reflexión. En cuestión de horas conseguiría la esfera y al monje Angelo DeGrasso, y su codicia sería saciada.

76

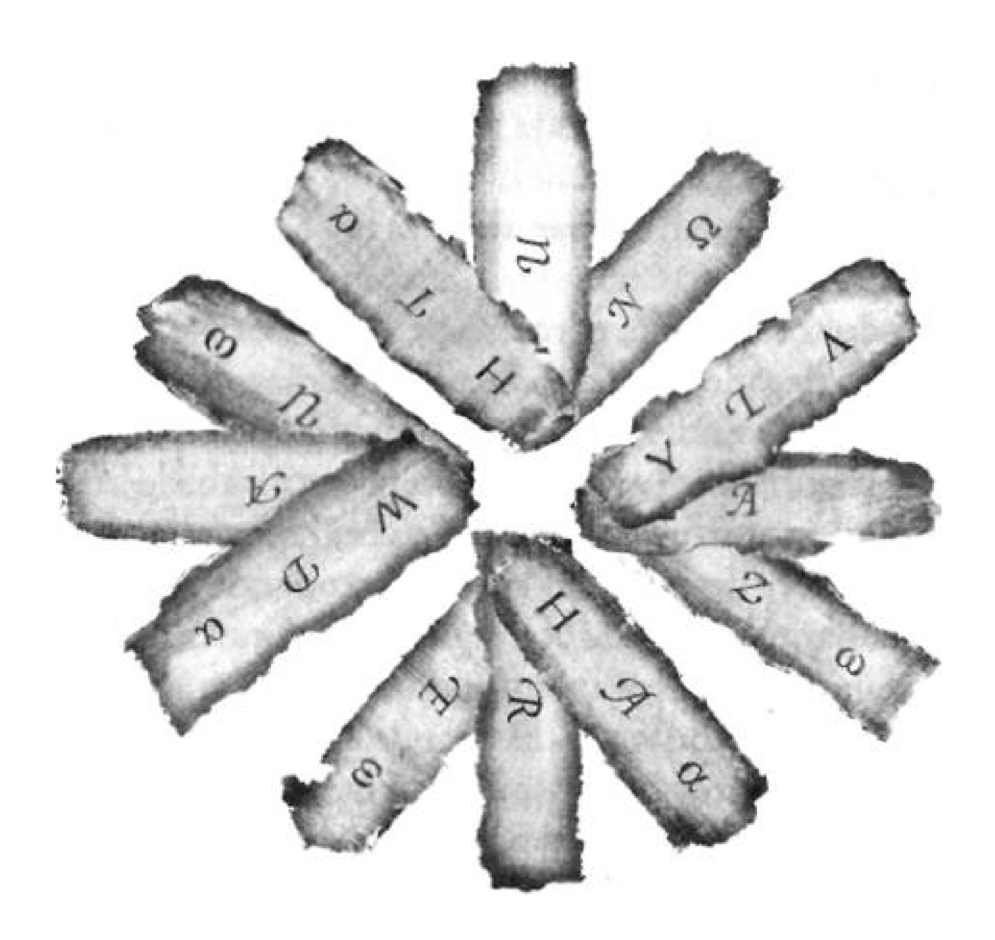
Los candelabros lagrimeaban cera derretida, luces y sombras pululaban por los muros en un ambiente gélido y opresivo, pero la excitación no permitía reparar en tales detalles.

—¿Veis lo mismo que yo? —preguntó el inquisidor ante la flor que emergió en la alineación de pergaminos.

—Sí —susurraron los labios de Ségolène, que se hallaba atrapada por el mensaje.

—No es posible… —negó Angelo incrédulo—, esto no puede ser el *Codex Terrenus*…

El genovés volvió a leer el mensaje encriptado en el centro y comprendió rápidamente que iban por buen camino aunque aún a ciegas. El paso que acababan de dar parecía no ser el último, y tuvo la certeza de que aquel secreto iba más allá del entendimiento convencional.



—«Lazare d'Autun» —leyó Angelo.

—No tiene sentido —sentenció Ségolène—, nos hemos equivocado en algo…

—Sí lo tiene. El opúsculo habla del que murió dos veces y aquí lo tenemos, en la raíz del nombre de Dios afloró este otro, el de Lázaro, que murió por primera vez y fue resucitado por Cristo y luego murió naturalmente, ya anciano. Aquí lo tenemos, estampado en la flor como marca el opúsculo. Este es el nombre que debemos seguir.

—¿Para qué? —preguntó Tami intrigado—. ¿Adónde vamos con todo esto?

Hubo un silencio. Angelo miraba fijamente el candelabro y pensaba.

—Esto no es el *Codex Terrenus*. Es otra cosa —afirmó con expresión turbada—, un mapa. La esfera es un mapa que nos dirige hacia un lugar concreto… —El dominico miró a la mujer y mantuvo sus ojos en ella, abstraído, como encajando el enigmático rompecabezas. No tardó en relajar la expresión y hablar con total convencimiento—: La catedral de San Lázaro de Autun, en Borgoña.

El misterio ahora parecía ser diferente. Y tenía la forma de una catedral.

XXI. El mensaje

77

La discusión sobre salir o no de la fortaleza para ir a Borgoña quedó resuelta cuando los mensajeros confirmaron que las tropas de Mustaine habían sido derrotadas. Ni Angelo ni los cofrades de la *Corpus* tenían ya quien los protegiera y las probabilidades de mantener la reliquia a resguardo eran nulas.

Pero la idea de abandonar Chamonix era tan arriesgada como la de quedarse. Fuera los caminos y valles estaban vigilados, decenas de retenes armados cortaban los accesos a las ciudades vecinas, y los bosques y las montañas nevadas parecían imposibles vías de escape; sin pertrechos ni guías experimentados, cualquier caminante terminaría congelado.

Pese a todo, la reliquia había dado su fruto aunque este no fuera el que todos imaginaran. Los pergaminos no contenían el mítico *Codex Terrenus* sino un mapa que daba un único mensaje, aquel que empujaba a seguir hacia la catedral de San Lázaro, en Autun.

—«Lazare d'Autun.» —Angelo suspiró y negó impotente, aceptando la realidad que lo mantenía cercado en el castillo—. Ya es tarde, nos esconderemos aquí.

—El patio está desierto —les informó Ségolène, que miraba por la ventana—, ni siquiera hay soldados en las rondas.

Efectivamente, bajo ellos solo se veía a los últimos sirvientes que abandonaban corriendo la fortaleza y franqueaban los portones externos para huir a los poblados vecinos.

—Este castillo posee escondites subterráneos —recordó el monje—, llevaremos pertrechos y permaneceremos aquí.

—Pero no podremos escondernos para siempre —objetó Tami—, tarde o temprano nos encontrarán.

Angelo meditó en silencio. Debía ser cauto.

—Ségolène —pidió con amabilidad—, id a buscar al médico de Mustaine. Él conoce los escondites. Solicitadle que nos enseñe el más seguro y pedidle que nos proporcione cuatro carros con sus arrieros, sirvientes fieles a Mustaine.

—¿Carros, para qué? —La mujer no acertó a comprender.

El genovés caminó hasta la ventana de vidrios emplomados y sobre ella su mano trazó una ruta imaginaria en el horizonte.

—Os lo explicaré en cuanto estemos a resguardo. Decidle que envíe uno a cada

punto cardinal, no importa qué lleven, solo que los envíe…

—Es arriesgado —apuntó Tami.

—Si se te ocurre algo mejor dímelo, y si no, ¡obedece! —contestó airado. Luego miró a la francesa—. Y vos, ¿a qué estáis esperando?

Esa misma madrugada Angelo cogió la reliquia y la ocultó entre sus ropas. Salió en busca de Anastasia, y sin tiempo para nada más los cofrades y la hija del cardenal se escabulleron en una sombría cripta subterránea.

78

Las primeras claridades del amanecer mostraban un camino sinuoso y difícil. El sendero que salía de Chamonix estaba nevado, por lo que el carro solo podía circular por las huellas que otros antes que él habían dejado en el barro. Mantenía aún las lámparas encendidas y era conducido por un hombre somnoliento.

Faltaba menos de media legua para Les Houches cuando vislumbró un fuerte retén de soldados que bloqueaban el sendero. El conductor tiró de las riendas y los caballos aflojaron el paso hasta detenerse, pues era imposible continuar.

—¿Qué hacéis en el camino a estas horas de la madrugada? —preguntó un soldado.

El cochero miró reacio. Observó a cuatro ballesteros que aguardaban a cierta distancia junto a dos arcabuceros. Por delante, ya en el camino, había diez alabarderos.

—¿Y vosotros? —respondió.

—Un registro.

—¿Desde cuándo se hacen registros en estos páramos? —rezongó.

—Desde hoy. ¿Adónde te diriges? —reiteró el soldado.

—A Le Fayet.

—¿Y de dónde vienes?

—De Chamonix.

El soldado metió los pulgares en el cinturón y alzó la vista.

—¿Qué transportas?

—¿Acaso no lo ves…? Porto féretros. Los cadáveres que contienen serán inhumados este mediodía.

—¿Cómo se llaman los difuntos? —interrogó el soldado.

—¿Y cómo diablos voy a saberlo yo? —El hombre se encogió de hombros—.

Solo soy cochero.

El soldado alzó la mano solicitando la presencia del oficial. Grabando la nieve a cada paso, un corpulento militar se acercó con la mano apoyada en la espada.

—¿Qué sucede con este hombre? —inquirió a su subalterno.

—Viene de Chamonix y transporta cajones con muertos desconocidos.

El oficial observó al cochero y le ordenó bajar del carruaje.

—De modo que vienes de Chamonix —dijo—. Pues debes saber que ahora es obligatorio controlar a todo el que salga de la ciudad.

—Yo no pretendo escapar de nada ni rebatir ninguna autoridad… Solo hago mi trabajo.

—Nadie te acusa. ¿Traes papeles?

—Sí. —El conductor metió la mano en el capote y los presentó, eran certificados de transporte expedidos por la gobernación de Chamonix, lacrados y rubricados por el médico del archiduque derrocado.

—Abre los féretros —ordenó el oficial a su soldado.

Este desenvainó la espada y corriendo las cortinas laterales del coche descubrió los cajones.

—¿Sabes qué ha sucedido últimamente en Chamonix? —le preguntó el militar con cierta sorna.

—Ha caído mucha nieve —respondió el cochero.

—Lo que ha caído ha sido vuestro archiduque —rectificó el militar.

—Dios mío… —balbuceó el hombre. Luego se quedó en silencio.

—No te alarmes, solo revisaremos los féretros y podrás irte.

Al cochero empezaron a caerle gotas de sudor por la sien ante su nerviosismo.

—Escuchadme, por favor, no sé qué está pasando ni me interesa, pero si queréis puedo dejaros las cajas aquí y me dejáis seguir mi camino. Ya poco importa la entrega pues ahora no tendré que dar explicaciones a las autoridades sanitarias de Chamonix…

—¿Qué es eso de autoridades sanitarias?

—Es que estos cuerpos han sido expatriados por orden judicial.

—¿Acaso eran delincuentes? —se interesó el oficial.

El hombre levantó las cejas, como sorprendido de que no lo supiera.

—No, son muertos debidos a la peste. El certificado lo dice bien claro. Los quemarán en Le Fayet para evitar la epidemia.

Los ojos del oficial volvieron a la autorización y leyeron las líneas que especificaban la causa de la defunción. Su mirada se congeló al comprender la terrible realidad.

—¿Peste? ¿Transportas víctimas de la peste?

Al escuchar lo que decía el cochero, el soldado que manipulaba la tapa del féretro

con la espada dejó de hacerlo.

—Quedaos con ellos si queréis —insistió asintiendo con la cabeza—, solo permitidme coger un caballo de la yunta para que yo pueda marcharme de aquí.

El oficial dio tres pasos hacia atrás y se tapó la boca con un pañuelo. Gesticuló con su mano en alto una extraña orden que ni él mismo pudo razonar, en tanto el soldado se arrojó literalmente del carromato a la nieve, cayendo casi de cabeza y olvidando el sable encajado en la bisagra del cajón funerario.

—¡Abrid paso! —gritó el oficial a los alabarderos que bloqueaban el camino—. ¡Sube al carro y márchate! ¡Rápido! —vociferó volviéndose ahora hacia el conductor.

El cochero, desconcertado, tomó el látigo y castigó al tiro, que salió al galope rumbo a su destino fijado: Le Fayet.

Nadie deseaba sentir el hedor pútrido de un cadáver de la peste. Nadie quería rozar el aroma penetrante de la muerte ni menos enredarse con sus mortajas en esa fría madrugada. Fue así que el oficial anotó en su registro, con pulso tembloroso, el paso infortunado del carromato. Con la escueta observación de haberlo revisado.

79

Finalizando el laudes y rayano las primeras claridades, los pesados pórticos del castillo de Mustaine se abrieron sin oponer resistencia. No hubo sitio ni sitiados, solo un común acuerdo entre el guardián del enclave y sus invasores. Estaba claro que Chamonix ya no tenía a su noble protector ni el grueso de su ejército, y por ello el regente tuvo que dimitir en nombre de quien ya no estaba. Nadie en su sano juicio quería plantar cara a los italianos, la realidad había cambiado de la noche a la mañana y había que asumir la derrota.

La infantería italiana del duque de Aosta entró sin pelear, al igual que los mercenarios españoles y confederados. Los francos entregaron las armas y acompañaron a los oficiales enemigos en un registro intensivo de la fortaleza, con los condotieros españoles a la cabeza.

—¡Que nadie se mueva! —gritó el capitán Martínez al entrar en la estancia con un trabuco en una mano y una espada afilada en la otra. Tenía el rostro sucio de pólvora quemada y la ropa rasgada por las esquirlas.

Los médicos que allí trabajaban quedaron inmóviles, espantados por la docena de soldados castellanos que traspasaron el umbral.

Rápidamente, los soldados redujeron al séquito de doctores archiducales, identificando y separando al cirujano de cabecera.

—La fortaleza ha caído —le informó Martínez en un precario francés.

—¿Qué deseáis de mí? —El doctor decano suspiró reteniendo el aliento.

—Me han dicho que atendisteis a unos cofrades heridos, huéspedes del archiduque, y que conocéis al hombre que buscamos… Angelo DeGrasso, un monje inquisidor de la orden de Santo Domingo. Llevadme con él.

El doctor alzó la mano y se mesó su barba blanca.

—Ya no sé si será posible. Unos carruajes salieron de aquí en la noche y…

El español apoyó el trabuco en su frente y tiró del martillo labrado, listo para disparar.

—He cruzado una montaña helada y participado en una sangría para llegar hasta aquí. Solo dadme una buena razón para no volaros el cráneo y seguir preguntando a vuestro subalterno lo que vos no sabéis…

—¡Por Dios, no disparéis! Os llevaré con DeGrasso —prometió al instante el anciano, convencido por el frío cañón del arma contra su cabeza y la mirada desquiciada del que la manipulaba.

El capitán Martínez volvió a sonreír y retiró el trabuco.

—Pues en marcha.

80

El escondite de Angelo era conocido por muy pocos; allí había pasado largas horas encogido y a oscuras. Sentía la presión de la esfera que oprimía contra su vientre, en un intento desesperado de protegerla hasta las últimas consecuencias. Ya había oído las voces de los soldados enemigos, razón para mantener una respiración pausada y olvidar, de paso, los músculos entumecidos y los calambres que le producían su difícil posición. Eran horas cruciales en su vida, pues sabía que podía convertirse en botín de los invasores y cabeza que pagaría por todo lo que había sucedido. En la oscuridad de su escondite contemplaba la muerte como su próximo destino.

81

El capitán Martínez irrumpió en una de las bodegas del castillo acompañado del

cirujano y una guarnición de arcabuceros. El doctor recordaba la última orden de su archiduque: «Esconder y velar por el monje DeGrasso hasta las últimas consecuencias». Pero ahora el mundo giraba en sentido contrario, era rehén de los vencedores y su cabeza estaba a no más de una cuarta de un gatillo manejado por un dedo extremadamente sensible.

—Ahí. —El médico señaló con un dedo tembloroso.

Martínez contempló la puerta. Era robusta, de roble y reforzada con lonjas de hierro.

—Abridla —murmuró. Tras él, cinco infantes alzaron sus arcabuces.

Dos vueltas de llave y el cerrojo cedió. Con cuidado, el médico abrió la puerta.

Dentro de la habitación, junto a una pesada alfombra que aparecía apartada, descubrieron una abertura oculta en el piso.

Sin esperar, un infante agarró la argolla y tiró de ella.

82

Angelo sintió que la madera protectora cedía. Un torrente de aire fresco penetró en su escondite. Había llegado su momento. Cerró los ojos y se encomendó a la Madre Santa.

83

El capitán Martínez acercó un candelabro e iluminó el interior de la cripta oculta. Allí debajo encontró a tres personas. Una de ellas herida.

—¿Dónde diantre está DeGrasso? —inquirió el español, pues conocía a aquellos dos monjes y ninguno de ellos era el que buscaba.

84

Angelo recibió la tenue luz del amanecer en el rostro. Su expresión era la de un

muerto en vida, pero estaba ileso. Sobre él se alzaba el cochero archiducal, vestido con un capote gastado y con expresión esquiva.

—Pensé que no pasaríamos el retén.

Con lentitud, el monje se incorporó dentro del féretro. Aún conservaba clavada en su tapa el sable del soldado que había intentado abrirlo.

—¿Dónde estamos? —preguntó DeGrasso con la respiración entrecortada.

—En Le Fayet. Ya tenéis el camino libre. —El cochero ofreció su mano y ayudó al inquisidor a incorporarse.

A su lado, Ségolène emergió dolorida del otro ataúd.

85

—¡Juro que no lo sé! —gritó el doctor asustado.

Martínez parecía deseoso de fusilarlo por mentiroso. El capitán estaba harto de aquellos monjes y de sus intrigas y conspiraciones. En el pasado compartió una larga travesía desde el Nuevo Mundo en la que, para su desdicha, además de a los jesuitas y a Angelo DeGrasso, había conocido también a Èvola, ese escarabajo deforme y siniestro que parecía mover todos los hilos de esa guerra sin sentido. No entendía nada, pero recibía órdenes y, a pesar de la corriente de simpatía que durante ese viaje se estableció entre él y el inquisidor, si su misión era ahora apresarlo no dudaría en llevarla a cabo. Y la cosa se complicaba aún más porque aquella hermosa mujer decía ser la hija del cardenal Iuliano… Pero ¿qué hacía allí y en aquella compañía?

—¿Cómo que no sabéis dónde está el inquisidor?

—¡Os doy mi palabra de que yo mismo lo escondí aquí! —continuó con sus explicaciones y súplicas—. ¡Yo era el único que conocía el escondite de los cofrades! ¡Pero ha desaparecido, no está donde lo deje!

—¡Mentís! —espetó Martínez, y le propinó un culatazo con su macizo trabuco.

—¡Deteneos! ¡El galeno está diciendo la verdad! —confesó uno de los cofrades.

Giorgio Cario Tami se acercó al capitán español.

—Es verdad que Angelo DeGrasso estuvo aquí escondido, pero decidió correr el riesgo y se marchó. Vos lo conocéis y sabéis que es imposible frenarlo cuando toma una decisión.

—Pero ¿cómo pudo hacerlo? —se admiró Martínez—. Tengo todo el maldito castillo cercado por mis infantes… ¿Acaso está en otro escondite de la fortaleza?

—Ignoro qué ha sido de su suerte ni tampoco el decano lo sabe, pero me atrevería a decir que por aquí ya no está; creo que DeGrasso os ha ganado unas horas.

El español guardó silencio y observó al jesuita con mesura. Giró sobre sus botas y habló a su cabo.

—Revisad todo el castillo, puerta por puerta, muro por muro. Avisad al duque de Aosta de que existe la posibilidad de que su monje haya escapado; que cierren y revisen los puestos fronterizos. —El militar volvió a mirar a Tami—. Y encerrad a estos religiosos en una mazmorra. Tratadlos bien, pero impedid a toda costa que escapen. Y la señorita Iuliano… tenga la merced de acompañarme. No sé qué querrá hacer el duque con vos.

86

—¿Que existe una posibilidad de que haya escapado? —Bocanegra recibió con fastidio e incredulidad las noticias del emisario—. ¿Y que la señorita Iuliano, que abandonó mi castillo sin dejar una sola nota, se encuentra con ellos…?

—Así es, Excelencia, y la reliquia tampoco la hemos hallado. Seguramente se la llevó el monje.

El duque tragó una saliva espesa. Por un instante sintió la presión de su corazón desbocándose en el pecho. Apretó la mandíbula y asintió.

—Bien. Regresad al castillo y decid a Martínez que inspeccione toda la fortaleza y las zonas aledañas. Pronto iré para allá. En cuanto a la señorita Iuliano, que la traigan inmediatamente a mi castillo. —Una vez se hubo retirado el mensajero el duque se volvió a su acompañante—. Estad tranquilo, lo encontraremos. No irá lejos, no sin dejar huella —prometió, tratando de proteger el negocio de sus inversores.

Giuglio Battista Èvola contemplaba, sin revelar sus emociones, el comportamiento de quien se debatía entre el éxito y el fracaso.

—Espero que así sea —dijo.

Una brisa sopló entre la mirada de ambos sembrando un manto congelado de promesas.

—Yo mismo partiré hacia los puestos fronterizos —decidió Èvola repentinamente—. Ya no confío en vuestra pericia, ni mucho menos en los resultados.

—¡Pero cómo os atrevéis! —bufó el noble italiano.

El benedictino se le enfrentó y habló con tono desabrido:

—Compré una traición y salvé vuestro ejército de una masacre segura. Si queréis, vos podéis seguir jugando a conquistador. Tomad la fortaleza que ya no se defiende y entreteneos con las mujeres que allí halléis. Yo me ocuparé del monje. Eso sí, os aconsejo que recéis para que Angelo DeGrasso y la reliquia aparezcan, pues de lo

contrario os juro que volveré para arreglar cuentas.

El noble no respondió. No le gustaban las crudas verdades, esas que lo describían mejor que las fábulas que él mismo inventaba.

87

Angelo se calzó los guantes negros y tomó el látigo, dio las gracias con extrema amabilidad al sirviente de Mustaine y chasqueó las riendas. La carroza comenzó así su viaje hacia el norte. Ségolène Lacroix viajaba a su lado, deleitándose en los primeros paisajes que podía contemplar tras la dificultosa y peligrosa huida.

El inquisidor sabía que miles de hombres le buscaban y que, de no ser cauto, caerían sobre él como enjambres de moscas ansiosas por la miel. No debía dejar rastro, y de ello dependía su éxito.

Era preciso que alcanzara su destino sin alertar a sus perseguidores. Debía llegar como fuera a la catedral de los misterios: el templo de San Lázaro de Autun.

XXII. El secreto de los Papas

88

Como respetando la hora canónica de vísperas, los cielos de Roma se oscurecieron dejando en el horizonte solo un tenue resplandor carmesí. En el Vaticano podía vislumbrarse una ventana iluminada en el tercer piso del palacio apostólico. Indicaba el comienzo de una reunión de última hora que involucraba al propio Pontífice.

El papa Clemente VIII mostraba una expresión serena. Su vida pontificia había comenzado repleta de problemas que debió asumir, atender y solucionar con prontitud. Pero Ippolito Aldobrandini era un doctor en leyes tenaz e inteligente que había mostrado sorprendentes virtudes diplomáticas ya en su sacerdocio y más tarde como nuncio. Una vez elegido Pontífice, tomó las riendas de la Iglesia y tiró con fuerza de ellas, poniendo fin a las guerras de religión. Antes de ello, vio coronar a Enrique de Navarra como rey francés, un aspirante al trono calvinista que luego de abjurar de su fe protestante aceptó la corona y devolvió al reino de Francia al catolicismo. Sin embargo, no contento con ello, fue más allá y forzó la paz definitiva entre España y Francia, así como entre Francia y Saboya mediante el Tratado de Vervins. Y mientras esto sucedía en los reinos seculares, también debió mediar en la feroz disputa entre dominicos y jesuitas y en el borrascoso divorcio entre el nuevo rey francés y Margarita de Valois.

Ahora, ya en el ocaso de su vida, el anciano Clemente que había conseguido liberar al Vaticano de las fuertes influencias hegemónicas españolas se mostraba como un viejo león lleno de cicatrices que había empleado toda su sabiduría en la lucha.

—¿Cómo andan nuestros asuntos? —preguntó el Papa a su asesor y amigo, una de sus personas más cercanas, el jesuita Roberto Bellarmino, experto en teología, que estaba sentado cómodamente en un sillón de terciopelo.

—Hemos costeado una guerra en Francia entre el archiduque de Chamonix y su vecino italiano, el duque de Aosta… Y parece ser que la causa es una reliquia —informó—. Nos ha costado unos cuantos baúles de oro de nuestras arcas.

—Controlar las demencias de príncipes y herejes de Europa, Asia, América y los confines del mundo es demasiado para un hombre —aseguró Clemente VIII mesándose su barba canosa—. Demasiado para no perder la santidad en el camino…

—Por ello, Santo Padre, vuestro trabajo es importante, pues demuestra que la

servidumbre en la Viña del Señor es difícil y ardua de entender. Pero alguien ha de hacerlo.

—Los enemigos de la Iglesia no entienden de dignidad y menos de espiritualidad. Ellos no me ayudarán a ponerme en pie cuando caiga, más bien me hundirán la cabeza en el barro. Por desgracia, con mis solas oraciones no iluminaré el mundo, ni con un rosario sostendré la Iglesia, ni poniendo mi otra mejilla a los bárbaros lograré proteger la vida y la salvación de las almas cristianas. Por eso, querido Roberto, debes empezar a asumir que no seré santo, pero sí moriré viejo y fatigado y difamado en boca de muchos que ni siquiera imaginan el precio a pagar por entrometerse en la inmoralidad de los gobernantes…

—Siempre habrá manos que arrojarán piedras y espaldas que las recibirán —aseveró el jesuita—; el mundo no ha cambiado ni cambiará al igual que vuestro oficio, que ha sido tortuoso desde las épocas en que nos arrojaban a nuestra suerte a los leones. Pero a pesar de ello nuestra Iglesia tiene muchos santos, santos que ni siquiera imaginaron serlo.

—Estoy manteniendo una guerra en Hungría contra los turcos —añadió el anciano Pontífice sabedor de que Bellarmino siempre le apoyaba, máxime en momentos de soledad y tribulación—, y financio con hombres y monedas una cruel resistencia al islam en los Cárpatos… Y ahora esta guerra en el corazón de Europa que podía haberse evitado…

—Sin embargo, todo fue tramado por la Inquisición y avalado por un poder que vos mismo concedisteis. La Inquisición se dirigió al ducado de Aosta con vuestro permiso y desde allí ha conjurado una guerra y desbancado a un archiduque…

—Estás en lo cierto —admitió el Vicario de Cristo—. Yo di ese poder y también escribí al rey de Francia para que no interviniera a petición del cardenal Iuliano, pero te prometo que confiaba en que la amenaza surtiera efecto y la guerra no se llevara a término.

—¿Confiáis en Iuliano? —se atrevió a preguntar Bellarmino.

—Es mi mano derecha. Por ello está a cargo de la Inquisición.

—¿Qué hay detrás de todo esto, Santidad?

—Te preguntarás por qué di a la Inquisición esos poderes, fomentando así esos chismes entre cardenales y obispos que inundan los pasillos y por qué tú, siendo consultor del Santo Oficio, no sepas nada de la finalidad de esta maniobra… —Clemente VIII se levantó y se dirigió a la ventana. Allí descorrió la cortina y admiró el brillo nocturno de la cúpula de San Pedro, el enorme y excelso trabajo de Miguel Ángel—. Y seguro que también estarás intrigado por saber qué alberga esa reliquia que resulta fundamental para nuestra Iglesia, y es por eso que te he llamado. No me será fácil explicártelo, es un secreto que se ha mantenido pontífice tras pontífice durante siete siglos. ¿Podré confiar en ti?

Bellarmino miró fijamente al Pontífice y asintió. Sabía que había de tener una razón poderosa para permitir que la paz que tanto le había costado alcanzar en Francia se viera perturbada por una simple reliquia.

89

Angelo y Ségolène condujeron el carromato gran parte del día, ralentizando su marcha solo ante los senderos intransitables. Así, al caer la noche estaban ya en las cercanías de Cluny tras dejar atrás Bonneville y sus peligros como bastión del condestable que había traicionado a Mustaine.

Angelo decidió que pasarían la noche en un pequeño poblado montañés, a poco menos de media legua del camino y cercano a los bosques. Allí dio con un anciano ermitaño que vivía de la leche de sus vacas, recluido en la quietud y el olvido de su casa alpina. Era el sitio perfecto para esconderse.

Fue difícil entender al viejo, pues su francés tenía poco vocabulario, hablaba casi con gruñidos, pero al final llegaron a un acuerdo provechoso: Angelo y la francesa pasarían la noche en el pajar a cambio de dos monedas de plata.

90

Roberto Bellarmino no era hombre que se impresionara, más bien demostraba su admiración intelectual en contadas ocasiones. Esa noche fue una de ellas. El jesuita había sido nuncio de Sixto V en Francia en tiempos difíciles para el catolicismo galo y dos años más tarde fue nombrado rector de la Universidad de La Sapienza, en Roma. Su erudición le llevó prontamente a asumir el cargo de provincial en Nápoles para acabar finalmente siendo consultor del Santo Oficio y teólogo personal de Su Santidad. Era un experto en herejías y mantenía la templanza de un escudero curtido en mil peleas. Sin embargo, su rostro mostró sorpresa y curiosidad por el asunto que el Pontífice estaba a punto de revelar.

—¿Puedo confiarte mi secreto? —Clemente VIII alzó las cejas insistiendo de nuevo.

—Desde luego, Su Santidad.

El Papa dejó caer la cortina y regresó al interior de la estancia. Se detuvo detrás

de su silla y se agarró al respaldo con ambas manos.

—¿Qué sabes de santo Tomás? —inquirió.

—No recuerdo todo el *Corpus Thomistucum* pero sí su obra más importante, la *Suma Teológica* —contestó—, con la que mostró la existencia de Dios a través de las Cinco Vías.

—¿Recuerdas cuáles son? —indagó Clemente VIII.

El jesuita le miró extrañado, aún sin saber hacia dónde llevaba aquella conversación, y con voz pausada enumeró:

—Primera Vía: «Vía del motor inmóvil»; Segunda: «Vía de las causas eficientes»; Tercera: «Vía de los seres contingentes»; Cuarta: «Vía de los grados de perfección» y Quinta: «Vía del orden cósmico».

—Y Sexta Vía: «Vía Dolorosa» —añadió el Pontífice.

—Perdonad que os contradiga, pero no hay una Sexta Vía —afirmó perplejo.

El Papa caminó en silencio, tomó asiento en la silla en la que se había apoyado y habló:

—Santo Tomás no escribió cinco vías, sino seis. Existe una Sexta Vía que el mundo entero desconoce. Al finalizar la *Suma Teológica* santo Tomás sufrió un desmayo, se dice que antes de caer al suelo había intentado quemar su obra al darse cuenta del alcance de su descubrimiento. Sin embargo, no tuvo voluntad para hacerlo y solo eliminó lo que no quiso mostrar escondiendo el culmen, la Sexta Vía, que llega al Todopoderoso por un silogismo lógico, por el entendimiento de la sola razón humana. La Vía Dolorosa es, pues, el final de toda su obra y con ella demuestra la existencia de Dios. ¿Te das cuenta ahora, Roberto, del alcance de este secreto?

—No puede ser cierto… —musitó el jesuita.

—Lo es.

—¿Y dónde se encuentra esa obra? —se apresuró a preguntar el teólogo.

—No lo sabemos. Los discípulos de santo Tomás escondieron el escrito tras su muerte, siguiendo las órdenes expresas de su maestro, y jamás revelaron la existencia de la Sexta Vía, la borraron de la historia. Con el paso de los años fueron falleciendo y su paradero pareció desaparecer con ellos. Desde entonces hay un polvorín teológico perdido en Europa que puede resurgir y explotar en cualquier momento. Será en un día como el de hoy, o como el de mañana, quién sabe, pero seguro que, cuando ocurra, será desastroso para nuestra Iglesia, para nuestra fe y para la libertad de creer en Dios.

—Su Santidad, ¿por qué entonces os preocupáis por algo que ha sido borrado de la historia y olvidado por ella, tanto que es altamente improbable que salga a la luz?

—Porque hay personas que están cerca de hallar su escondite… brujos. —El rostro del teólogo mostró pesadumbre, pero Clemente VIII se apresuró a añadir—: Antes de seguir adelante debes saber todo lo que se esconde detrás de este secreto

papal, que no es solo la vía perdida de Tomás sino algunos aspectos más. ¿Tendrás la paciencia de escucharme?

—Desde luego, Su Santidad.

El Vicario de Cristo hizo una pausa en silencio, y a continuación empezó:

—Durante el siglo VII, en un hecho poco conocido y documentado, los musulmanes entraron con sus ejércitos en Alejandría, lo que generó un exilio tanto de egipcios paganos como de literatura profana que provocó un movimiento que nos concierne, y mucho: Expulsados por la presencia islámica, un grupo de cuidadores de la extinta biblioteca alejandrina viajó a España siguiendo la ruta de Marruecos y halló refugio final en la ciudad de Toledo. Estos hombres no eran ajenos a nuestra historia occidental y menos a nuestra Iglesia católica, pues eran descendientes de sacerdotes persas y fenicios, los antiguos adoradores del dios Baal, y de aquellos mismos que al comienzo del cristianismo y con ayuda del Imperio romano, aún pagano, asesinaron a nuestros obispos y delataron a los cristianos que se ocultaban en las catacumbas. —El Pontífice calló brevemente y contempló a su asesor—. Pedro fue delatado por ellos, interceptado en las catacumbas y llevado al martirio del circo romano por obra de uno de estos espías y asesinos llegados de Persia.

—¿Eso es una especulación?

—No —respondió al instante el Papa—, es un hecho documentado que se guarda bajo llave en los archivos de la Iglesia. Lo que te estoy contando es algo que en la curia solo conocen, además de mí, tres cardenales, y cada uno es reemplazado a su muerte por otro para perpetuar así el secreto de esta sociedad de anticristos. Sigamos adelante… como bien sabes, el Imperio romano fue vencido por el cristianismo y muy pronto él mismo devino cristiano. Cuando esto ocurrió todos estos asesinos persas escaparon a Egipto, donde permanecieron inactivos y escondidos más de cuatrocientos años. Allí pasaron a ser una sociedad clandestina de conocimiento, la Sociedad Secreta de los Brujos Alejandrinos.

—Nunca oí hablar de ellos —intervino impávido Bellarmino.

—Es lógico… —El Papa sonrió—. Forma parte del secreto. Después de que el islam invadiera Egipto, este grupo adormecido y aletargado, pero enriquecido por un gran conocimiento adquirido a lo largo de los siglos, tuvo que escapar de los califas de la dinastía Omeya y exiliarse en Toledo, en un reino católico, pese a lo cual nunca dejó de odiar al cristianismo ni de matar contra cuanto prelado pudiese, hasta el punto de conjurar contra numerosos papas. Los brujos tienen una aversión visceral hacia Cristo y por nuestra Iglesia, que supo sustituir sus templos paganos de la antigua Roma, que ha sabido prohibir sus ritos sangrientos de adivinación y el sacrificio de niños. Por ello, odian la Cruz e intentan por todos los medios derrocar a la Iglesia. Así, cuando dejaron de tener un imperio que los protegiera, como el de la Roma pagana, concibieron una empresa tan magistral como maligna: crearon en Alejandría

un plan detallado y lo condensaron en un libro herético que reúne la información necesaria para sus grandes maestros. Esta debe transmitirse para que el conocimiento anticristiano pase de mano en mano y sus líderes lleven a cabo la praxis anticlerical en nuestras tierras. El libro que los inspira y adoctrina en el odio a la Cruz es el *Necronomicón*, el libro prohibido que perseguimos en Toledo en el año mil doscientos treinta y uno; el mismo del que advirtió la Iglesia griega un siglo y medio después, en mil trescientos ochenta, y que consiguieron salvar de nuestras pesquisas haciendo que sobreviviera hasta el presente, momento en el que el inquisidor Angelo DeGrasso, tras perseguirlo incansablemente, lo encontró en el Nuevo Mundo.

91

La casa del ermitaño en la montaña estaba construida con piedras irregulares y madera, techos bajos a doble agua de tejas planas y dos chimeneas. Todo estaba cubierto por una gruesa capa de nieve, pero el cobertizo que albergaba a Angelo y a Ségoléne era aún más precario, repleto de fardos para las bestias y sin contraventanas, por lo que el aire corría libremente en su interior.

A las cinco de la tarde ya había anochecido, la oscuridad del crepúsculo era total y se vieron obligados a guarecerse en su interior. Angelo tomó algunos leños que se apilaban fuera del cobertizo, bajo los aleros laterales, y cerró la puerta. Eran maderos secos que proporcionarían el fuego suficiente para pasar la noche. Ségolène, en tanto, cubrió los tragaluces con jirones de trapos logrando un ambiente algo menos fresco y acogedor.

Angelo cebó el fuego, un trípode de fundición sostenía el caldero sobre las brasas, y echó a su interior los pocos ingredientes que pudo encontrar.

—Para vos —ofreció cuando el plato estuvo listo.

—¿Qué es? —preguntó ella acercándolo a su nariz.

—Algo caliente después de un largo viaje. Es un caldo de agua de nieve y… algunas cosas más —explicó brevemente pero sin aclarar los ingredientes.

La francesa comenzó a degustar el mosaico de sabores de su plato, un espeso consomé de verduras y unos cuantos huesos de ave de los que aún pendían hilos de carne.

—No dejáis de sorprenderme, Angelo —exclamó Ségolène mientras sorbía del cucharón y masticaba cada vez con más confianza.

—Entre pobres se aprende a comer —respondió divertido.

—Pensé que vos jamás adoptaríais costumbres de pobres… —se sorprendió ella.

—¿Acaso en Armagnac solo toman sopa los pobres? La vida nos enseña. Yo soy hijo de herrero y monje con voto de pobreza…

—¿Pobreza? —cuestionó Ségolène—. ¡Pero si tenéis el poder que muchos nobles codician…! Podéis entrar en los reinos y hacerlos temblar, podéis señalar a un cristiano y convertirlo en hereje… ¿Pobreza? ¿Vos, inquisidor de Génova, en verdad os creéis pobre?

—Lo soy. —Angelo la miró con ojos inescrutables—. ¿Os asusta ver a un hombre pobre con poder o es que, simplemente, no lográis entenderlo?

Angelo metió un tronco más bajo el caldero y pareció recordar por un tiempo. En silencio se cruzó de brazos y miró a la mujer en la penumbra de aquel pequeño cobertizo.

—Cuando mi padre ya no pudo mantenerme pidió ayuda.

Solo conocía a un capuchino que había dado la extremaunción a mi madre el día que por mi alumbramiento ella perdió la vida. Mi padre me entregó de pupilo y pagaba la renta como podía; a veces, cuando ni siquiera le quedaba una moneda, hacía trabajos para el monasterio. Pronto el capuchino que me cobijó dejó de aceptar la mensualidad y él mismo se hizo cargo de mi educación y mi bienestar. —Los ojos de Angelo brillaron al recordar—. El día que me examinaron para el ingreso en los estudios religiosos yo tenía once años, después de aquel examen mi maestro me dijo que era «apto» y sonrió, yo le miré y pregunté sorprendido: ¿Qué quiere decir «apto»? —Miraba ahora las brasas dejando salir al exterior sus sentimientos. Hizo una breve pausa y, sin apartar los ojos del resplandor, continuó—. A partir de ese día comencé los estudios de latín y ciencias, dos clases diarias seis días a la semana durante siete años. El latín expande los horizontes del pensamiento, te hace pensar de forma diferente, te saca de la oscuridad intelectual y te hace sentir el poder de los pobres.

A su lado, Ségolène escuchaba atentamente mientras comía.

—Luego fueron tres años de griego y dos más de hebreo, y cuando cumplí los diecisiete mi maestro me envió a un convento dominico en el que estudié teología y filosofía y donde llegué a leer las obras de santo Tomás con una cadencia y entonación impensables para cualquier otro de mis hermanos de seminario, hasta tal punto que mis mentores se preguntaban por mi increíble capacidad de aprendizaje. Y en ese momento yo era pobre… En los bolsillos solo tenía pan y cebollas, pero ya tenía poder, el poder de los humildes. Luego fui monje, y cuando murió mi padre y me dejó en herencia su herrería, llena de martillos y fraguas, yo ya era inquisidor. Con su venta pagué su entierro y doné el resto a un lazareto.

—¿Y no os quedasteis nada para vos?

—Yo nunca he tenido posesiones ni tampoco las necesitaré. —Angelo tomó la hogaza de pan que había conseguido llevarse del castillo y cortó un extremo, hundió

el pan en un pequeño recipiente con aceite y lo ofreció a su acompañante—. Cerrad los ojos y probad esto…

Ségolène dejó que el pan mojase sus labios. Luego lo mordió.

—Exquisito… ¿Qué es? —Se regocijó con este último bocado aunque ni siquiera sabía qué estaba comiendo. Abrió los ojos y no pudo con la curiosidad.

El inquisidor lanzó una carcajada.

—Los franceses nunca aprenden. Lleváis miles de años de frontera con Italia y todavía no sabéis cocinar… —Ella permanecía expectante. Al advertirlo, finalmente respondió—: Anchoas, pan, lechuga, un poco de queso y aceite. La comida preferida de los cesares, la comida de los pobres en el Tirreno.

—¿De dónde habéis sacado las anchoas? —preguntó intrigada.

—Costaron una moneda de plata. El viejo tenía estas menudencias en su alacena y no dudé en conseguirlas para vos. Me gusta cocinar.

Ségolène no respondió, pero sus pupilas brillaron con los destellos del fuego. Dejó su plato sobre el heno y contempló al monje a la luz de la vela.

—En verdad pensé que erais…

—¿De otra forma? Pues sed bienvenida a mi vida. Tarde o temprano los prejuicios se derriban.

—Decidme… ¿qué lugar tiene la mujer en vuestra vida? —Su expresión la delató al hacer esta pregunta, aunque ella lo ignoraba.

Angelo dejó pasar un tiempo antes de hablar. Sabía de la profundidad escabrosa que acarrearía su respuesta, pero no dejaría de responderla. Su naturaleza no lo permitía.

—Venero a la Madre de Dios, una mujer que supo estar al lado de su hijo incluso cuando los apóstoles escaparon. Amé a una mujer terrenal, con la que me habría casado de no haber muerto. Y he quemado a veintiuna mujeres en la hoguera, todas ellas brujas y blasfemas. Esos son los lugares que ocupan las mujeres en mi vida.

La francesa se acercó al inquisidor. Parecía intrigada.

—¿Cuántas personas habéis quemado en la hoguera?

—Ciento cuarenta y cuatro. —Angelo DeGrasso no titubeó al responder.

92

—Se infiltran en nuestra Iglesia —reveló el Pontífice—, se comportan como nosotros para luego actuar según los dictados del Diablo.

—Me resulta difícil comprenderos…

—Lutero es un ejemplo —murmuró Clemente VIII con voz gélida.

—¿Lutero era un brujo infiltrado? —preguntó el jesuita con cautela.

—No, desde luego que no, pero su entorno estuvo plagado de ellos. Fue engañado, al igual que Calvino, Zuinglio y Enrique VIII de Inglaterra. Todos ellos escucharon las voces de quienes no aparecen en la historia, voces de consejeros oscuros que se muestran como sabios y buenos guías pero que esconden pezuñas de bestia y el estigma del Anticristo. El signo de la división.

—¿Y qué ha hecho la Iglesia contra ellos?

—La Inquisición.

El jesuita Bellarmino escuchaba con sumo interés y, tras unos instantes de silencio en que asumió la información recibida, pareció despertar como de un sueño.

—¿Por qué me confesáis todo esto? No soy dominico, y menos inquisidor.

Clemente VIII lo observó con calidez en su rostro arrugado, y alzando hacia él sus manos temblorosas y doloridas por la gota, en las que brillaba su anillo de pescador, respondió:

—Porque hoy he decidido elevarte a cardenal.

—¿Cardenal? —balbuceó boquiabierto—. Pero yo… yo no creo merecer esa dignidad.

—Así lo he decidido. Hace dos días falleció un cardenal alemán que era uno de los tres conocedores del secreto, tú lo reemplazarás. Te sobran cualidades y humildad. Yo soy quien designa a aquellos dignos de guardar los secretos de la Iglesia y tú, Roberto, eres un bastón firme en mi vejez. —Bellarmino mostró un brillo emocionado en los ojos, pero Clemente VIII no dejó que hablara—. Aún no he terminado con el secreto que deberás callar en cuanto salgas de aquí y que tras mi muerte, una vez reunido con los demás cardenales, deberás desvelar a mi sucesor. Pronto sabrás dónde descansan los documentos que prueban todo lo que has escuchado. —Se apoyó en el respaldo, repentinamente agotado—. ¿Continúo?

—Sí, Su Santidad, os escucho.

93

—¿Me miraréis así toda la noche? —preguntó el inquisidor al ver a Ségolène abstraída.

—Perdón, es que…

—No sabíais cuántos herejes condené al fuego. ¿Os asusta?

Buscó respuestas en los ojos de Angelo y encontró serenidad en ellos.

—No —concluyó—, aunque no puedo entender cómo pueden convivir en una misma persona vuestras sentencias… y la mirada que tenéis ahora. No es temor, creedme. Es solo curiosidad.

—¿Tenéis frío? —Angelo dejó su plato y recostó la espalda en los fardos de heno.

—Ya no.

Ambos se miraron. El pequeño cobertizo estaba sepultado bajo la nieve, pero el calor del interior era agradable. No estaba mal para ser una noche de exilio.

—Bien, mañana llegaremos a la catedral. Solo quedan poco más de treinta leguas. —Se acomodó el capote y lo colocó debajo de la nuca—. Saldremos a primera hora, yo os despertaré. —Se dio la vuelta y se dispuso a soplar la llama, pero antes alzó la vista—. ¿Deseáis que apague la vela?

—No… —Ségolène titubeó—. Me da miedo la oscuridad.

—Os habéis infiltrado en la fortaleza de Aosta y robado el brebaje alquímico de las manos de Èvola ¿y ahora confesáis que teméis a la oscuridad? —El genovés volvió a tomar asiento y se quedó mirándola incrédulo.

—Es verdad. ¿Por qué habría de mentiros? —Alzó las cejas y se encogió de hombros—. ¿Y por qué me contempláis así?

—Por vuestros ojos. Pasáis de una mirada fría a una cálida en un instante. A veces lo hacéis como una mujer y otras como una niña indefensa. Y en vuestros temores os descubrís.

—No soy una niña —protestó con gesto áspero.

—Sé lo que estáis pensando de mí, lo veo en vuestros ojos, pero sabéis que callaré…

—¡No sabéis qué dicen mis ojos!

—¿Lo veis? Sois caprichosa, como una niña que teme a la oscuridad y que desea saber lo que no debe.

—Odio que me traten como a una niña, y lo hacéis continuamente.

—Si pensara en vos como en una niña no habría permitido que llegarais hasta aquí conmigo.

—No habéis decidido por mí —refunfuñó Ségolène endureciendo repentinamente su voz—. Si estoy aquí es porque sabéis que puedo correr estos riesgos y fue mi decisión, incluso cuando me disteis una bofetada. Y si no os abandoné en el castillo fue porque me lo pedisteis.

—Sois bella, aún más cuando estáis enojada. —Angelo se dio media vuelta y se recostó sobre la paja, decidido a dormir.

La francesa no pudo continuar, el enfado se había aplacado con el halago. Se quedó observando la espalda del genovés bajo la vela encendida que espantaría su miedo nocturno.

—¿Recordáis cuando me llamasteis Juana de Arco? Desde entonces no he podido

dejar de pensar en vos.

Angelo abrió los ojos. Sabía que a sus espaldas una mujer no apartaba la vista de él. La noche juntos estaba resultando ser una trampa insospechada para ambos.

—Esto es un error —murmuró él.

—No lo es. Estoy aquí porque quiero estar con vos. Y es lo mismo que vos pensáis en silencio, lo supisteis ver en mis ojos. ¿Acaso sabéis qué es lo que me dicta mi corazón?

Angelo se incorporó y se acercó a ella. Con la mano le colocó el cabello tras la oreja y la arropó con la manta que la cubría.

—Ségolène, en verdad no quise llegar a esto. He dicho que eres bella para frenar tu ira, no para sugerirte…

—¿No te parezco bella?

—Sí, lo eres —reafirmó él—. Confieso que provocas algo en mí.

—Entonces no creo que quieras detenerte esta noche.

—¿Tú me ayudarías a detenerme? —rogó mirándola con respeto.

Ella respiró quedamente, su mandíbula se apretó y sus labios parecían cerrarse solo por un instante.

—No puedo detenerme cuando te veo, cuando me hablas, cuando sonríes… ¿Cómo puedes pedirme que te ayude en un mar donde yo misma estoy naufragando?

Angelo se quedó en silencio, un silencio que le impedía pensar. Le estaban empujando hacia un mundo de emociones donde la lógica desaparecía.

—Apagaré la luz solo si vienes conmigo debajo de mi manta —decidió Ségolène —. Estoy segura de que el miedo a la oscuridad se irá contigo.

Fue ella quien ahora alargó la mano hacia el cabello de Angelo y le acarició detrás del cuello. Los labios rojos de Ségolène dejaron escapar un hálito de atrevimiento, su corazón latió tan fuerte como en la noche en que robó la poción del castillo.

Avanzó en la penumbra y acercó su rostro al de él. El tiempo se detuvo mientras rozaba sus labios con los del monje. Fue un beso suave aceptado en silencio que exaltó las emociones de ambos. La luz de la vela iluminó aquel beso pero ambos no lo vieron, tenían los ojos cerrados.

El genovés puso una mano vacilante sobre su espalda y le apartó la camisola para descubrir sus hombros. Su vestido cayó y sus senos emergieron libres, como dos generosas gotas de agua. DeGrasso sintió aquel cuerpo rozando el suyo, un cuerpo que parecía frágil pero ahora descubría lleno de curvas. Aquel instante le hizo sentir los efectos sublimes y misteriosos de la Creación: la atracción inexplicable que gobernaba al hombre frente a la mujer, embelesado y vencido por el aroma de su esencia.

Recorrió su piel como un descubridor, la tanteó con turbada curiosidad; no había

imaginado que aquella noche invadiría la desnudez de la cofrade. Luego dejó reposar la palma de su mano en su seno, oprimiéndolo mientras sentía que su pezón rosado se endurecía. Era una oferta irresistible y un tropiezo espiritual.

Los dedos del inquisidor recorrieron aquel cuerpo sin restricción, a su antojo, y ella jadeó. Recorrió sus hombros y bajó deslizando sus yemas por la piel pálida hasta las muñecas, donde palpó el brazalete dorado que conservaba a pesar de su desnudez. De un movimiento abrió aquella pulsera y sus dedos invadieron el espacio que antes ocupaba. Sintió un suspiro y abrió los ojos. Por un instante, la conciencia gobernó la mente ya flagelada del dominico inquisidor y el sonido metálico del brazalete resonó al caer.

—¿Qué es esto, Ségolène?, ¿qué son estas cicatrices? —exclamó el monje al vislumbrar su muñeca en la penumbra. La francesa apartó el brazo con rapidez, sin dar ninguna respuesta.

Ella agarró su camisola y se cubrió. Sus piernas eran delgadas y bien formadas, pero las cubrió sin decir palabra para recostarse en la paja.

Angelo quedó en suspenso, descargó el aire de sus pulmones y vaciló. Luego habló sin saber cómo abordar aquel descubrimiento.

—¿Por eso las cubres con brazaletes? —Ella no contestó y comenzó a llorar. Él la agarró por los hombros y le dio la vuelta sobre los fardos—. Ségolène, ayúdame a conocerte esta noche, ¿qué es lo que sucedió? —En ese momento pudo contemplar todas las marcas que rayaban su piel blanca, decenas de ellas en cada antebrazo. Sin duda no eran casuales.

Ségolène ocultaba un gran secreto, un secreto que había pasado toda la vida intentando ocultar y olvidar. La abrazó con fuerza y ella tembló como una hoja.

94

—¿Deseas una copa de vino? —ofreció Clemente VIII a Bellarmino. El anciano llenó el cuenco y acto seguido regresó a su asiento para reanudar su relato—. Un siglo después de la muerte de santo Tomás un núcleo de discípulos tomistas aún conservaba por transmisión oral el secreto del paradero de la Sexta Vía. Se denominaban a sí mismos la *Corpus Carus*, el «Cuerpo Querido». Sin embargo, poco a poco fueron menguando en número y a finales del siglo XIV, en mil trescientos setenta y cuatro, decidieron protegerse contra una muerte violenta o accidental que rompiera esa cadena de custodia. Para ello tomaron la decisión de construir una reliquia donde escondieron el mapa que señala el lugar exacto en el que sus maestros

lo habían ocultado. Se trata de la esfera de oro que mencionaste al inicio de nuestra conversación, una pieza de orfebrería dotada de mecanismos de defensa codificados que, pese a todas las precauciones, solo duró seis años en la seguridad de un monasterio de Fossanova: en mil trescientos ochenta fue descubierta por brujos, que consiguieron robar los doce axiomas protegidos dentro de la reliquia y los ocultaron en un libro al que bautizaron como *Tabla Esmeralda*. —Acercó la copa a sus labios y dio un sorbo de vino. Con paciencia religiosa se permitió una pausa—. Fueron muy astutos al hacerlo, pues lograron disimular el auténtico contenido secreto del libro ante las posibles averiguaciones de nuestra Inquisición. Aun así, cometieron un error…

—¿La esfera? —preguntó Bellarmino.

El Pontífice asintió.

—No le dieron importancia. Solo robaron los pergaminos que contenía y la abandonaron suponiendo, con lógica, que de nada servía y, también, que conservarla en su poder atraería a los inquisidores sobre ellos. Por eso, cuando la Inquisición llegó al monasterio, encontró la esfera, como si fuese un simple envoltorio vacío. —Clemente VIII sonrió antes de continuar—. En cuanto consiguieron ponerse a salvo con los doce pergaminos no tardaron en comprender, llenos de rabia, la magnitud de su equivocación: nunca pudieron leer el mapa sin la esfera, según hemos podido averiguar gracias a las cartas confiscadas a estos Grandes Brujos. Nuestra Inquisición siempre les siguió de cerca y hubo incluso monjes dominicos que llegaron a infiltrarse en la secta interceptando la correspondencia e informando al Santo Oficio. Con todo, ha sido muy difícil saber algo de su organización, pues se mostraron tan sagaces como escurridizos a pesar de que cada brujo apresado, torturado y quemado en nuestras piras dejó información suficiente para poder afirmar con total convencimiento que, por más que lleven intentándolo desde el siglo XIV, jamás han podido leer el mapa. Hasta hoy.

—¿Hasta hoy, decís?

—El último Maestro de los brujos accedió a la esfera y pudo reunir todo aquello que siempre se necesitó. Su nombre es Darko Bogdan y su objetivo estaba en el castillo del Monte.

—¿Y cómo consiguió la esfera? —preguntó ansioso Bellarmino.

—Se la dimos nosotros. Hace unos meses, y gracias a Darko, el *Necronomicón* y la *Tabla Esmeralda* se reunieron y pudo así ser posible descifrar los doce axiomas robados. En ese momento, cuando lo desenmascaramos y se reveló la oculta identidad del infame astrólogo que alguna vez ganó mi confianza, tras apresarlo e incautar los libros, creímos haber vencido, pero luego, en el castillo del Monte, nos dimos cuenta de que los pergaminos estaban en blanco y que se necesitaba de la reliquia para revelarlos, alinearlos e interpretarlos. Él había descubierto que un

opúsculo grabado dentro de la esfera era la clave que necesitábamos para hacerlo y por ello le facilitamos la *bullée* imperial, para que desvelase el mapa y nos lo entregara a cambio de su vida. Pero todo salió mal, Darko quedó cegado y la reliquia fue robada. Y entonces sobrevino el desastre.

—¿Quién posee ahora la esfera y los pergaminos?

—Angelo DeGrasso —afirmó con gesto tranquilo, como si todo se tratase de un simple juego—. Un dominico inquisidor que ha desertado del Santo Oficio y que pertenece a la *Corpus Carus*… descendiente de los discípulos de Tomás y discípulo de Piero del Grande, el último Maestre de esta cofradía, un capuchino que le dotó de conocimientos para descifrar el camino que conduce al lugar donde se ocultó la Sexta Vía.

—¿Por qué él?

—Por azar, por amor, por la gracia de Dios diría incluso. Ahora es el único capaz de interpretar el mapa. Pero estoy seguro de que si finalmente desentraña el misterio los brujos estarán allí para arrebatárselo de las manos. Llevan siglos esperando ese momento.

95

Angelo abrazaba el torso desnudo de Ségolène acariciándolo. Su índice recorrió su seno, luego subió y acarició el pezón, que se encontraba ahora dócil y dilatado. Ella seguía con su mirada azul la mano que la acariciaba en la penumbra del cálido cobertizo que los refugiaba. Las lágrimas habían humedecido sus mejillas en un sollozo que brotó de los hilos más sensibles de sus recuerdos. Tenía un pasado que no podía borrar.

Angelo enjugaba sus lágrimas a cada momento con el pliegue de la manta, sin preguntar. Estaban tranquilos porque, si bien la mujer yacía desnuda, las caricias de Angelo no eran de pasión sino para ofrecer consuelo en ese momento de fragilidad. Y ella lo sabía.

El brasero que los calentaba chisporroteaba al rojo, cebado por los maderos. Todo el cobertizo estaba sumergido en aquel resplandor rojizo, en una tenue luminiscencia que relajaba la vista e invitaba a pensar. El inquisidor permanecía abstraído, había logrado frenar la abrupta tentación que representaba la mujer pasando del deseo a la compasión y a la preocupación, había comprendido que su experiencia vital no había sido en vano. Haberse entregado en el pasado a otra mujer le concedía una cátedra por la cual ya no era iletrado. No todo era engaño, no todo era falsedad en el

sacerdocio, como escupían los charlatanes de taberna, ni tan celestial como parafraseaban los apologistas del clero. Todo era reflexión, descubrir que el hombre puede levantarse tras la última caída.

El monje no apartaba la vista de la francesa. Supo que el amor era más profundo que la lujuria. Sentía que esa mujer desnuda era un ser humano pidiendo ayuda y que un dominico no podía defraudarla. Siguió acariciando aquella piel blanca con la delicadeza de un artista, de un maestro, como si sus yemas fuesen un pincel que arreglaba y sanaba los trazos de esa alma atormentada sobre el lienzo de su cuerpo.

—¿Por qué las cicatrices? —deslizó Angelo tras un largo silencio.

Ella alzó la vista y le miró por un instante eterno.

—¿Cómo podría explicarte el suicidio? —susurró—. ¿Qué puedo decirte de la melancolía y la soledad para que creas que son capaces de empujar hacia la destrucción?

—¿Te sientes sola?

—Sí.

—¿Y eso vale tu vida?

—Es dulce y… peligroso —confesó con un fino hilo de voz tras meditar largamente—. En el suicidio uno puede confundirse y suponer que la muerte es una forma de amor.

Las chispas del caldero eran el único ruido que llenaba la estancia.

—Ségolène, jamás podrás encontrar amor solo por ti misma, y menos aún en la muerte. El amor debe compartirse, si no es una sensación vacía que nada tiene de real. —El inquisidor le levantó el mentón hasta dejarlo frente a él—. ¿Por qué no me lo habías contado antes?

—¿Qué habrías pensado de una mujer que ha intentado quitarse la vida, que ha conspirado contra sí misma por la nostalgia de los otoños y los amores que jamás llegan? ¿Acaso habrías confiado en mí, Angelo? —Su expresión fue dolorosa—. Si en Génova me hubieran llevado ante ti por mis marcas… ¿me habrías condenado a la hoguera?

—Tu pecado no es punible con el fuego —balbució—. Tu pecado es el fuego mismo.

Ségolène mostró el antebrazo al resplandor de las brasas, libre por fin de los brazaletes.

—Dame una buena razón para no agregar a estas cicatrices la última y definitiva, para no buscar amor en la muerte y dejar de vivir en el fuego diario de mi existencia… —suplicó sollozando mientras derramaba unas lágrimas que no podía contener.

El inquisidor se tomó tiempo para responder y confesó con el rostro ensombrecido.

—Tú eres importante para mí.

—No. —Negó con la cabeza—. Si fuera importante para ti no me habrías rechazado esta noche.

—Si te hubiera tomado en este lecho solo me importaría tu cuerpo —replicó con vehemencia—. Ségolène, quiero que sepas que no me separaré de ti hasta que llegue el amor y los otoños lo cubran de hojas. Esperaré contigo, te lo prometo. Por eso no me dejarás aquí, a medio camino, ni por mí ni por nuestra misión, porque ya tienes un compromiso y necesito que lo sepas. ¿Podré confiar en ti antes de que cante el gallo? —Su gesto era sincero. La mujer acarició aquella cara y en silencio rogó a Dios que dejara libre a ese hombre para que fuera suyo por siempre.

—Sí, podrás confiar.

—Entonces dormiré tranquilo.

La mujer se dio la vuelta en el heno y se acurrucó.

—¿Por qué yo? ¿Por qué me has elegido para que te acompañe?

El Ángel Negro de la Inquisición sonrió.

—Porque eres francesa y estamos en Francia. Porque eres mujer y puedes servirme en muchas situaciones delicadas… —Ella frunció el ceño, Angelo la observó y su sonrisa desapareció—. ¿Crees que ese ermitaño habría dado hospedaje aquí a dos hombres desconocidos? Tu presencia otorga un manto de seguridad a nuestra huida.

Ségolène no contestó, pero entendió rápidamente el pragmatismo de su presencia.

—¿Por qué has dejado a los demás en el castillo?

DeGrasso sopló la vela con suavidad. Sabía que ahora ella estaba tranquila a su lado.

—Tengo mis razones —afirmó.

—¿No confías en mí para revelármelo? —Ségolène se quedó pensativa, parecía pedir fidelidad, una vaga señal que le hiciera sentirse segura en aquel mundo de conspiraciones.

—Confío en ti, por supuesto. Confié desde el momento en que apareciste con la poción y te metiste en aquella caja de madera para acompañarme en esta locura.

—Entonces dime, ¿qué órdenes tenemos? Si es que tenemos alguna…

El mismo debía contenerse ante la incertidumbre y no podía pretender que ella lo hiciera. Era consciente de que su huida de la fortaleza había sido afortunada, pero su misión aún no había acabado. Debía ser cauto y flexible para conseguir el éxito absoluto. Por eso observó a Ségolène, que le contemplaba esperando y desnuda bajo la manta, y se decidió. Era el momento de confiarle un pequeño secreto.

—He hablado con el Maestre —confesó—. Lo hice antes de planificar la huida. Sabes bien la importancia de los secretos en la *Corpus*. Gracias a ellos subsistimos. Confía en mí, los demás cofrades sabrán cuidarse y nos protegerán en nuestra misión.

En cuanto a nosotros… Es algo que entenderás más adelante.

—¿Qué haremos en Autun? —se apresuró a preguntar.

—Llegaremos al final del misterio, tomaremos lo que allí se esconde y lo dejaremos en manos seguras.

—¿Del Maestre? —siguió ella.

DeGrasso no contestó, pero ella entendió la respuesta a pesar de su silencio.

Fuera, los pinos nevados cercaban una noche helada y estática, azulada bajo los rayos de la luna llena. Dentro del cobertizo, Angelo y Ségolène se ofrecían calor con sus cuerpos, junto a la esfera, esperando que el nuevo día los pusiera en camino, el nuevo día en el que pisarían la catedral del misterio. El desastre estaba a punto de sobrevenir.

Quinta Parte

SINFONÍA DE INVIERNO

XXIII. Armonía

96

La ciudad de Autun se encontraba al sur del macizo de Morvan, en la frontera del valle de Arroux. Al atardecer de aquel corto día de invierno el carruaje de Angelo se adentró en los páramos que marcaban el final del camino. Habían viajado toda la jornada, deteniéndose solo en las tierras cercanas a Cluny, lejos del cobertizo donde pasaron la noche y mucho más lejos aún del rastro de sus perseguidores. Pero la mirada del inquisidor genovés seguía siendo desconfiada; mantenía las riendas firmes y el silencio sellaba sus labios.

Pronto divisaron las ruinas nevadas del Templo de Jano a un costado del sendero, en la campiña, como vestigio inmortal de las legiones romanas en las Galias.

—Ahí está —señaló Angelo tirando de las riendas y deteniendo la carreta. Ségolène esforzó la vista en la bruma vespertina intentando seguir la dirección que marcaba el índice del genovés—. ¿La ves?

A lo lejos se distinguía la catedral, una enorme mole grisácea coronada por tres ábsides situada en la cima de un monte que se fundía con el crepúsculo.

—Sí, es inmensa. —Volvió su rostro hacia Angelo. Sus pómulos estaban sonrojados del frío—. ¿Qué haremos?

Angelo observó lentamente el cielo, de levante a poniente, y decidió:

—Aprovecharemos la última claridad, nos acercaremos y esperaremos el momento.

—¿Piensas entrar en la catedral hoy mismo?

—Lo decidiremos allí. Debemos ser cautos.

El genovés volvió a contemplar el atardecer y vio que llegarían al templo con las primeras oscuridades de la noche. Luego tomó la fusta y chasqueó a los animales de tiro; las ruedas comenzaron a girar, lentas, dejando en la nieve del camino las huellas que conducían hacia el centro mismo de aquel misterio.

97

Intentaron pasar desapercibidos al atravesar las puertas de la ciudad, esquivando

el edificio del obispado y las dependencias militares. Aun así dejaron el carruaje a cierta distancia de la basílica, en una callejuela inhóspita en uno de los recodos oscuros que propiciaban las tabernas. Angelo ató los caballos a un abrevadero y ofreció la mano a Ségolène para que descendiera. Luego tomó un farol de los dos que poseía la carroza y se lo entregó a la francesa.

Caminaron por las calles empedradas de la pequeña ciudad hasta dar con el magnífico edificio, que floreció ante sus ojos con todo su ancestral porte medieval. La catedral de San Lázaro de Autun proyectaba hacia el cielo plomizo una aguja puntiaguda, oscura, cargada de filigranas. Alzó la vista y captó el esplendor de las altas ventanas que horadaban la geometría del ábside mayor y también el cuerpo entero de la iglesia. Dos torres flanqueaban la fachada principal y un hermoso pórtico esculpido abría al visitante el conjunto de aquella joya arquitectónica del románico que podía equipararse con las más distinguidas basílicas del reino de Francia.

Angelo no separaba la vista de la fachada.

—Hemos llegado. Ven aquí. —La tomó del brazo y la apartó del centro de la calle. Ella lo observó como saliendo de un encantamiento y el inquisidor le clavó su mirada—. No deseamos parecer forasteros, ¿verdad?

—Así es —afirmó Ségolène.

—Pues entonces deja de mirarla como si lo fueras, con esa actitud nos puedes delatar.

—Es que me ha deslumbrado. —Volvía a descubrir al hombre calculador.

DeGrasso la tomó de la mano y la condujo hasta los jardines laterales, donde tomaron asiento en un banco de piedra.

—Ahora seguiremos adelante con el opúsculo…

El monje observó hacia ambos lados cerciorándose de que el lugar estuviese desierto y extrajo de sus ropas con precaución la esfera de oro, envuelta en su paño de seda original. La posó entre sus piernas, abrió el seguro y la abrió. Su índice señaló el opúsculo grabado en el interior y comenzó a leer en silencio.

> El nombre de Dios ha sido falseado ante los hombres para confundir y velar el secreto máximo de su significado. Pero en su raíz aflorará como pétalos, regado por el agua invisible, sobre la flor del que murió dos veces.
>
> Al cruzar el portal de la luz en su recorrido hallarán la esfera en manos del niño soportando la base del conocimiento. Allí lo pescaréis.

—Solo falta descifrar la última estrofa —señaló Angelo—. La primera nos condujo hasta aquí.

—«Al cruzar el portal de la luz en su recorrido hallarán la esfera en manos del niño soportando la base del conocimiento. Allí lo pescaréis.» —Los ojos azules de

Ségolène destellaron enigmáticos—. ¿Te parece coherente el final del opúsculo?

El dominico cerró la reliquia, la cubrió con la seda y volvió a guardarla entre sus ropas.

—Todo parece carecer de sentido, pero esa debe de ser la finalidad: despistar al hombre común y ofrecer una señal solo a quien se atreva a leer entre líneas.

—¿Es que has interpretado ya la última estrofa? —preguntó la mujer.

—No —reconoció Angelo—, pero no me conformaré con la primera impresión… por eso entraremos en la catedral. Ven conmigo.

Volvió a agarrarla de la mano y tirando dulcemente de su muñeca la obligó a seguir sus pasos hacia el interior. Ségolène parecía confusa y su mirada mostraba un cúmulo de emociones intensas. Jamás olvidaría el recorrido hasta el pórtico de la mano del inquisidor en aquel oscurecer brumoso. Seguía sus pasos sintiendo la presión de su mano, descubriendo a un juez de la Iglesia que se desenvolvía con argucias propias de un ladrón. Por fin se detuvieron ante el pórtico, delante del misterio.

XXIV. El hedor de los brujos

98

El atardecer devino aún más oscuro en el valle de Aosta, cubierto de nubes negras cargadas de agua. Darko parecía contemplarlo con sus ojos blancos e infectos y los codos apoyados en el marco de la ventana del castillo, en el tercer piso de la mole amurallada de Verrès.

Tras de sí oía chisporrotear los leños en la chimenea; por delante, en cambio, solo sentía la brisa húmeda y la oscuridad total a la que había sido condenado. Desde la ceguera tenía que imaginar aquel barranco que se abría ante él, los confines turbulentos de las nubes y la posición defensiva del castillo ante el agresor. El viejo moldavo era prisionero de la Iglesia, pero esta ni siquiera imaginaba lo que bullía en la mente del último Gran Maestro de los brujos, el último cabecilla de los antiguos enemigos de la Iglesia primitiva.

Un nuevo clamor de tormenta recorrió el valle, un trueno que resonó desde las alturas atravesando bosques y poblados. En un orden escrupuloso, los brujos se habían sucedido desde tiempos del reinado de Nerón. Darko era el sucesor número ciento noventa y uno de una lista que se había iniciado con los grandes sacerdotes de Baal, los mismos que persiguieron a Pedro y a Pablo y los entregaron a las autoridades romanas tras infiltrarse en las catacumbas donde enseñaban los apóstoles. Desde entonces no había cesado la hostilidad hacia la Iglesia católica y la guerra frontal contra Cristo había sido su estandarte y su objetivo aunque, después de Constantino, debieron hacerlo de forma encubierta. Ya no podían utilizar un imperio pagano ni un emperador anticristiano y optaron por la propagación de herejías que sembraran la discordia en pueblos y reinos. El signo de su labor macabra era evidente en la historia y aun así hablar de ellos era motivo de burlas y descreimientos. Desde los cataros y arríanos hasta las reformas protestantes y la apostasía de Inglaterra, todos parecían hechos aislados e inconexos. Pero no era así.

Darko había esperado durante toda su existencia para vivir aquel momento que había parecido imposible y que, sin embargo, estaba a punto de suceder. Los cristianos ya habían comido de la fruta de los brujos, ya se habían dividido. Habían escuchado las voces turbias de los profetas oscuros, habían creado tantas sectas como intérpretes se creyesen iluminados por la Biblia. La Biblia, aquella que ni Pedro ni Pablo, ni Juan ni Santiago, ni Andrés ni Tomás llevaron bajo el brazo para predicar, había sido el anzuelo más dañino utilizado por los brujos para la tentación. Darko

sonreía. En cada calumnia, en cada acusación del vulgo al Papa había un triunfo de los dioses paganos sobre la Iglesia de Cristo y sus apóstoles.

El teatro europeo estaba preparado. Un trabajo de siglos. Ahora solo faltaba el último paso, y no tardaría en llegar. Un último trueno resonó en las montañas. Y el brujo rió feliz.

99

Angelo DeGrasso se acercó lentamente al pórtico central de la catedral. Las puertas se encontraban cerradas, separadas entre sí por un parteluz de piedra en el que descansaba una imagen del santo y bajo un pesado tímpano lleno de figuras: un Cristo glorificado rodeado de las alegorías correspondientes al Juicio Final. El inquisidor quedó atrapado por aquella imagen con sus ángeles y demonios, sus santos y pecadores en el camino hacia la salvación o la condena. Pero pronto salió de su ensimismamiento y bajó la vista para subir los cuatro últimos escalones de mármol blanco y tomar la argolla de hierro que pendía de una de las pesadas hojas de la puerta, la empujó con fuerza y sintió sufrir las bisagras. Estaba abierta.

—Gracias al cielo… —murmuró.

Abrió con dificultad una pequeña rendija suficiente para entrar en el templo. Ségolène seguía sus pasos, y después de que también accediera al corazón de la basílica cerró el portón.

Contemplaron en silencio las primeras imágenes de la catedral, la magia arquitectónica suavizada por el olor dulce y penetrante del incienso. Allí dentro todo era ampuloso, vasto y pétreo. Los ventanales iluminaban el colosal cuerpo central de la nave, los sólidos pilares y los arcos apuntados que se disolvían en una sólida bóveda de crucería. Al fondo, encendidos aún por la escasa luz del atardecer, los ventanales del ábside central, tras el altar mayor, irradiaban un crisol de colores hermosos, de contrastes llamativos y cálidos.

Angelo revisó atentamente toda la catedral, desde el ábside y la bóveda hasta los arcos que la separaban de las naves laterales y las ventanas.

—¿Y ahora? —susurró la francesa.

—«Al cruzar el portal de la luz en su recorrido hallarán la esfera en manos del niño soportando la base del conocimiento. Allí lo pescaréis» —respondió recitando de memoria el final del opúsculo.

—No entiendo esa frase —replicó Ségolène—, ¿cómo puede relacionarse con lo que vemos?

—Estamos en el sitio exacto, debemos buscar, interpretar lo que se esconde aquí.

DeGrasso caminó por la nave central y ella le siguió. Juntos comenzaron a recorrerla escrutando cada pared, cada pilar y cada capitel, revisando frisos y bajorrelieves. En los ojos del maestro brillaba la sospecha que hacía destacar su color miel intenso y mostraba su profundo mundo interior, el saber teológico y la virtud del sentido común. De pronto se detuvo y señaló algo que le pareció significativo.

—¿Qué hay? ¿Qué ves? —preguntó en voz muy baja, profundamente interesada.

Pero el inquisidor no contestó, se quedó contemplando los capiteles que adornaban los pilares facetados de la nave central y las columnas. Todo comenzaba a cobrar sentido.

100

—Fíjate en ese relieve —señaló el inquisidor—. ¿Lo ves…? *Mía ousía, treîs hypóstaseis* —recitó en griego, propagando un suave eco por el templo.

Ségolène miraba cada capitel que Angelo le mostraba, deteniéndose en cada columna en un intento desesperado por interpretar sus palabras y seguir el ritmo de su erudición.

—Hay un mensaje oculto en ellas —apuntó con pasión—. Una relación directa entre estos capiteles y la frase exterior de la esfera…

—¿Cuál? —preguntó.

—La Constante Trina —explicó exultante mientras señalaba los capiteles que adornaban las columnas de la nave.

Ella lo miró detenidamente intentando interpretar algo que no entendía, entonces Angelo la tomó del brazo y retrocedieron hasta la puerta. Señaló dos capiteles que se encontraban en el reverso del Cristo glorificado que habían visto en el exterior.

—Observa. —Finalmente los ojos de Ségolène descubrieron dos demonios que guardaban, uno a cada lado, el acceso principal—. El Diablo y la víbora y, otra vez, el Demonio y la bestia —indicó en cada extremo del pórtico.

Era cierto. La parte posterior de los capiteles de cada columna de la entrada mostraba una representación de los demonios. Las facciones grotescas de las tallas producían espanto y parecían resurgir del siglo XII, lanzando un mensaje velado.

—El mal existe. Está presente, nos acecha… —continuó—. ¿No te parece que estos demonios a espaldas de quienes entran aquí en busca de algo son un mensaje?

—Puede que sí —admitió confusa.

Angelo DeGrasso la tomó de la mano y avanzó dos columnas hacia el centro de la

catedral.

—Contempla ahora… —Y señaló las caras internas de la segunda y tercera columna—. ¿Lo ves aquí?

—Unos demonios… y Cristo —murmuró ella absorta en los capiteles.

—Es Simón el Mago —corrigió el inquisidor—. El hombre que desafió a Pedro y demostró el poder de Satanás en una levitación ante el gentío, retando abiertamente a la Iglesia.

—¿Quiénes están con él?

—El que tiene la llave es Pedro, que contempla al Mago mientras levita —describió—. Detrás de él está Cristo, con la mano posada en su hombro. En este otro capitel —dijo, y señaló al que se encontraba enfrente— vemos la caída del Mago, respaldado ahora por Satanás.

—Pero ¿qué significa todo esto? —siguió ella.

—Observa la mano de Pedro y la de Cristo. ¿Qué ves?

—Sus dedos… sus dedos están marcando…

—… números —concluyó el monje—. Pedro tiene tres dedos extendidos…

—… y Cristo uno —siguió la francesa.

—Exacto. Tres y Uno. Cristo y Pedro en unidad luchando contra el Demonio.

Un escalofrío recorrió la espalda de la mujer, que tras quedarse casi sin aliento aspiraba ahora con lentitud el penetrante perfume del incienso.

—He aquí otro signo solo posible de interpretar para quien venga en pos de una causa: el Mago de Satanás lucha contra la Iglesia y de nuevo aflora la extraña constante bíblica que nos liga a la leyenda de nuestra esfera. —Angelo puso sus manos sobre los hombros de la joven y la hizo girar sobre los talones para mostrarle la tercera columna.

—¿Qué ves allí?, ¿es casualidad? —Se refería a un capitel en el que un hombre portaba un madero sobre los hombros—. Tres campanas en cada lado y dos hombres que hacen sonar una en cada brazo del tronco.

—¡Tres y Una! —exclamó la francesa alborozada, pues por fin entendía los símbolos que Angelo le mostraba—. ¡Sorprendente!

El Ángel Negro caminó hacia una de las naves laterales y por ella se dirigió al crucero. Allí alzó la mano y señaló un capitel que mostraba a un hombre que estaba siendo ahorcado por dos demonios alados. El relieve ilustraba una escena violenta, trascendental en la historia y determinante en la Iglesia apostólica: la muerte de Judas. De nuevo las coincidencias parecían no serlo pues este, con la lengua fuera y las facciones desesperadas, colgaba de un árbol de tres frutos y con su mano mostraba claramente el número tres.

—Tres dedos —dijo Ségolène advirtiendo ahora lo que antes parecía imperceptible.

—Alguien nos está advirtiendo de la realidad oculta, de la antigua pelea del mal contra la Iglesia, de aquellos demonólatras que conspiraron desde siempre contra los sucesores apostólicos… Es como si nos advirtiesen de que el Maligno nos persigue. ¿Tú qué opinas?

—Que si esto es verdad no voy a tardar en salir corriendo de aquí.

Angelo siguió avanzando, atravesó el crucero y, dejando atrás el altar mayor, se dirigió hacia el ábside. Desde allí vociferó, llenando de ecos la bóveda.

—Observa ahora esto —indicó señalando hacia arriba.

Ségolène asumió la verdadera dimensión del mensaje. Era cierto tal cual lo veía: ante ella, en un capitel aparecía de nuevo un gran demonio alado con garras de rapaz y una víbora enroscada que ofrecía a Jesucristo una esfera.

—¡Una esfera! —clamó Ségolène.

Se volvió y se encontró a Angelo tras ella, quien la contemplaba en silencio con la mirada turbada, una mirada que le causó espanto en la penumbra de aquel enorme templo.

—No temas. Estamos cerca —la tranquilizó. Puso una mano en su hombro, pero la atmósfera lúgubre de la basílica no ayudaba a tranquilizarla, ni mucho menos las diabólicas representaciones de los escultores medievales—. Se trata de la tentación de Cristo. Satanás le está ofreciendo una esfera.

La atención de ambos se concentró en ese mensaje que había tardado cuatrocientos años en llegar a su destino.

—¿Recuerdas el final del opúsculo? Recítalo —pidió el inquisidor.

Ségolène tomó aire. Estaba nerviosa, pero sus labios se movieron con armonía.

—«Al cruzar el portal de la luz en su recorrido hallarán la esfera en manos del niño soportando la base del conocimiento. Allí lo pescaréis.»

—Hallarán la esfera en manos del niño —repitió él, y tomando suavemente su mano la condujo a pocos pasos, junto a la columna izquierda del altar principal.

Alzaron la vista a la vez y ella descubrió un extraño capitel que representaba a los tres Reyes Magos durante el sueño revelador. Ségolène ni siquiera lo mencionó ni Angelo lo apuntó, pero otra vez se exhibía la señal Trina, otra vez estaba ante ellos la evidencia de que alguien quería dejar un mensaje: había tres magos, pero solo uno mostraba un brazo, y ante ellos volaba un ángel que nuevamente tenía tres dedos extendidos y un meñique doblado. Tres y Uno, Tres y Uno. Algo estaba claro: el que diseñó la reliquia conocía los capiteles de esa antigua catedral. Los doce papiros apuntaban hacia el templo de San Lázaro y allí mismo, dentro de ella, se abría un mundo similar, un mundo que tendrían que interpretar.

Angelo se volvió, y ambos observaron la columna que antes quedaba a sus espaldas. Sus ojos no pudieron sostener el peso de aquella realidad.

—¡Ahí está! —exclamó la francesa con un potente chorro de voz. Sus rodillas

flaquearon y su corazón se aceleró ante aquella visión sorprendente.

—Hemos llegado —proclamó el inquisidor dejando escapar el aire de los pulmones.

Delante de ambos, del maestro y de la discípula, se alzaba un capitel que evidenciaba el paso del tiempo, erosionado y opaco, con el cincelado excelso de un escultor que sabía lo que quería comunicar.

El bajorrelieve mostraba la escena de la Sagrada Familia en su huida a Egipto, cuando Cristo aún era niño, a raíz de la ordenanza de Herodes que tenía como fin asesinar al pequeño Nazareno. Una vez más la alegoría de la persecución satánica dominaba la escena: el capitel mostraba la muía tirada por José, que tenía detrás el mismo árbol del cual Judas había sido ahorcado, un árbol de tres frutos. La muía caminaba con tres patas sobre el suelo y una recogida; sobre ella viajaba sentada María, que llevaba en su falda al Niño Jesús que, a su vez, llevaba en la mano una esfera.

—¡El Niño tiene una esfera en su mano! —exclamó ella—. Esto no es coincidencia, decididamente es…

—El opúsculo —añadió Angelo—. «Hallarán la esfera en manos del niño soportando la base del conocimiento. Allí lo pescaréis.» —Entonces señaló el labrado de la columna y comenzó a recorrer con el dedo la nervadura de piedra que bajaba desde el capitel del Niño hasta la base del pilar—. «Allí lo pescaréis» —repitió.

Y allí estaba: una baldosa desgastada por el paso de los siglos tenía grabado un pequeño signo. Un pez.

Angelo escudriñó con detenimiento la roca erosionada. Sin duda era el sitio que buscaban.

Y no se equivocó.

XXV. El misterio de la catedral

101

DeGrasso se acuclilló junto a la baldosa, sacó de entre sus ropas una daga y la acercó al suelo. Ségolène seguía en silencio el procedimiento. Con cuidado, el inquisidor metió la punta del puñal en una juntura de la losa que yacía cubierta de polvo, recorrió con ella el grabado y fue quitando la tierra apelmazada. Luego se puso de rodillas y sopló. Levantó la mirada y percibió que la luz de las ventanas del ábside había menguado en intensidad; la catedral comenzaba su inexorable camino hacia la oscuridad.

—Es lo que buscamos —le confirmó a ella—. Se trata de un *Icthys*, el primer signo cristiano. Cada letra de esta palabra griega esconde un mensaje: *Jésoûs Christós Theoû hYiós Sotér* —murmuró en griego—: «Jesús el Cristo es Dios Hijo y Salvador». Este pez fue un símbolo secreto de los cristianos cuando eran perseguidos por el imperio. Por él se reconocían y localizaban aquellos lugares en los que se encontrarían a salvo.

Clavó la daga con fuerza en la rendija que separaban ambas baldosas y, despacio, comenzó a desencastrarla en una maniobra que no fue precisamente sencilla para no dañarla. El ruido rebotaba en los techos abovedados, inundaba la nave principal y rodeaba las columnas. Angelo sostenía el mango con ambas manos y, por fin, logró un primer movimiento leve de la losa.

—Ayúdame. La baldosa está cediendo…

Ségolène sostuvo la daga e hizo palanca como le habían pedido, y Angelo introdujo sus dedos calzando la piedra y aferrándola hasta que, con gran esfuerzo, apartó la baldosa. Debajo apareció un hueco sombrío. Al dejar caer la daga provocó un sonido metálico que volvió a alcanzar las cúpulas y las manos temblorosas del monje dejaron la losa a un costado. A continuación, miró en el hueco: el escondite parecía pequeño.

—Es nuestro —celebró Angelo. Hundió el brazo izquierdo en el hueco hasta el codo. Sus dedos palparon a tientas el lúgubre escondite hasta dar con un objeto pequeño y frío. Cuando sacó el brazo a la luz sus miradas recayeron en aquel raro objeto: un relicario de bronce que cabía en la palma de la mano.

—¿Es todo? —preguntó ella.

Angelo metió de nuevo el brazo para comprobarlo.

—Es todo —respondió. No tardó en cerrar el puño con fuerza y, sin perder

tiempo, dirigirse hasta las vidrieras del ábside para recibir la poca luz que penetraba. Allí examinó detenidamente el objeto.

El cilindro, opaco y oxidado, mostraba una tapa en el extremo sellada con cera. Los ojos buscaron por el altar hasta que encontró un cirio encendido que iba ganando brillo en contraste con la cada vez más espesa oscuridad. Caminó hacia él y puso el extremo sellado del estuche sobre la llama. Lentamente la cera comenzó a derretirse en un goteo escarlata. Angelo retiró el cilindro de bronce y sopló con delicadeza, como dando aliento a un mensaje asfixiado durante años. Forzó la tapa con los dedos que, aun bañada en cera, cedió para desvelar un interior hueco.

—¿Qué hay? —quiso saber Ségolène, que seguía de cerca sus maniobras.

Angelo no contestó, concentrado en colocar el cilindro bajo la luz del cirio. Su expresión fue parca, pues solo levantó una ceja.

—Pero ¿qué es lo contiene? —reiteró la francesa.

Golpeó el cilindro un par de veces contra el mármol del altar y se acercó de nuevo la boca del tubo a los ojos. Con los dedos extrajo un pergamino enrollado que se cobijaba en su interior. Tenía las dimensiones de un dedo tanto o más erosionado que el recipiente que lo protegía.

—Es un mensaje —balbuceó finalmente mientras lo extendía.

Había un mensaje en latín, escrito con una trabajada caligrafía medieval, que no le costó traducir:

> Si sois un cofrade y habéis llegado hasta aquí, sabed que no es prudente seguir. Si lo hacéis, procurad que el mal no esté siguiendo vuestros pasos.
>
> Leed con sabiduría:
>
> Nuevamente hallaréis el portal de la luz en su recorrido,
> fuera de estas tierras.
> Ahí donde descansa el misterio final:
> el *Codex Terrenus*.
>
> HNO. REMIGIO
> Maestre I de la *Corpus Carus*
> Fossanova, agosto de 1275

—Dios mío… —exclamó absorto y desconcertado—. Está escrito en el siglo XIII por el primer maestre de la *Corpus*.

Un silencio sepulcral invadió la catedral.

—Por lo visto aquí no está lo que buscamos —concluyó ella, tan sorprendida como él.

—No entiendo… —Angelo se llevó la mano a la frente, miró hacia los capiteles y después, de nuevo, al pergamino—. «Nuevamente hallaréis el portal de la luz en su recorrido, fuera de estas tierras» —repitió, abstraído por el nuevo mensaje—. Pero ¿de qué nuevo portal nos está hablando?

Ségolène suspiró y trató de mostrar una paciencia que no tenía. La contemplación y la reflexión, decididamente, no eran sus mejores virtudes.

—«Nuevamente hallaréis el portal…» —siguió recitando el inquisidor—. «Nuevamente…» «Nuevamente…» —Se llevó la mano a la frente por segunda vez y meditó, luego se dio la vuelta hasta dejar el altar a sus espaldas. Sus labios no dejaban de repetir la misma frase.

—¿Qué piensas? ¡Por el amor de Dios! —pidió ella desorientada.

—Se supone que si nuevamente hallaremos un portal… —decía más para sí mismo que para ella—, es porque ya hemos hallado uno, ¿no crees?

—Sí, es lógico —solo pudo responder Ségolène.

—Pues entonces el portal de la luz en su recorrido es esa puerta. —Señaló en dirección a la entrada de la catedral.

—El opúsculo de la esfera nos trajo aquí.

Angelo quedó en suspenso ante esa afirmación.

—Entonces hemos pasado el portal por alto —concluyó.

DeGrasso no dio más explicaciones, agarró la mano de Ségolène y la llevó en una carrera desbocada por la nave central, como si se tratase de su enamorada tras el vértigo de unas nupcias, para llegar al pórtico de la entrada, aquel que era custodiado en su reverso por demonios de piedra.

Angelo y Ségolène salieron de la basílica y hallaron la clave del misterio.

102

Estaban a los pies del pórtico principal, bajo el imponente tímpano de piedra tallada. Ya habían estado allí, lo atravesaron al entrar pero no habían deparado en su significado. Quizá fue la angustia o la prisa por entrar en la catedral, pero lo cierto era que ahora descubrían un dintel cargado de signos que parecían pedir a gritos que los leyeran.

Angelo escudriñó cada detalle con una paciencia inquebrantable y una fe plena en la capacidad de sus sentidos.

—El Juicio Final —confirmó.

Estaba allí delante, sostenido por tres columnas que soportaban aquella obra

maestra, un relieve con un sinfín de figuras apocalípticas. En el centro mismo del tímpano estaba representado el Cristo Pantocrátor, un Cristo glorificado, protagonista y dominante, que era eje del juicio de Dios mientras los hombres se debatían entre la salvación y el infierno.

DeGrasso respiró con lentitud y continuó admirando su diseño. Sus pupilas mantenían el mismo brillo de cuando contempló la esfera por primera vez, el brillo de la sospecha, de la conspiración y de la intriga.

—Mira esos signos… —resopló, y su índice pareció dibujar en el aire.

Ségolène atravesó con los ojos el tímpano de punta a punta, inspeccionando cada recodo y cada figura. El Cristo Pantocrátor estaba sostenido por cuatro ángeles, a su derecha se hallaba Pedro y un grupo de apóstoles y María sobre ellos, como intercesora de una larga fila de hombres que desfilaban debajo, en un desfile que conducía directamente a las garras de Satanás. A la izquierda se distinguía un profeta, tal vez Elías, que junto a san Juan y un arcángel pesaban las almas y las repartían entre la Jerusalén celestial y el demonio Leviatán.

—El Juicio… —argumentó la francesa—. El Juicio Final.

—Arriba —apuntó Angelo y su dedo trazó un círculo sobre toda la escena del Gran Juicio y la Majestad de Cristo. Allí descubrió unos signos que jamás habría pensado encontrar en una iglesia católica, y menos en una catedral—. El zodíaco. Los doce signos del zodíaco envuelven al Redentor, rodean el Juicio y la entrada a esta catedral.

—Increíble —tartamudeó ella sumida en la más profunda confusión—. Pero ¿acaso no son herejías la adivinación y el sortilegio?

—Es un pecado para el cual no hay indulgencia ni piedad… —Tras un silencio la voz de Angelo parecía brotar de su lado más funesto—. Un pecado que yo mismo he hecho pagar a brujas en salas de tortura y después… en la hoguera.

El dominico miró a su compañera. En un momento el destello de sus ojos cambió de la curiosidad a la vehemencia y terminó por inyectar una punzante sensación de terror en Ségoléne. Esos signos habían despertado lo más íntimo de su alma de inquisidor.

—¿Es entonces un mensaje pagano para brujos? ¿Un mensaje diabólico en una iglesia? —Sus palabras brotaron con cuidado, tratando de evitar una mirada de reproche.

Angelo se quedó atrapado en el rostro de la francesa, volvió a contemplar su frente y la comisura de sus labios, la expresión de sus ojos azules y la geometría de sus hombros. Continuó estudiándola en silencio, como si estuviese examinándola antes de ponerla en un potro de tortura.

—No, no son signos paganos. Pagano es el pensamiento del hombre que cree en ellos. Estos signos representan simplemente las constelaciones. Este es el portal de la

luz en su recorrido, como indica la esfera, pues el sol en su recorrido dibuja la eclíptica, y en esa eclíptica es donde se encuentran las constelaciones. —Angelo reflexionó y la paz volvió a su rostro—. Este pórtico nos está señalando que Cristo es el centro del cosmos, el equilibrio del universo, y que todo gira en torno a él.

Ségolène reparó en la expresión del inquisidor. En ese preciso instante sintió el extraño magnetismo que ejercía sobre ella, un poder que conseguía zarandear sus prejuicios y que destruía todo intento de alcanzarlo intelectualmente.

—¿Cómo sabes todo eso? —acertó a preguntarle.

—Porque soy maestro en teología. Ahora deberemos encontrar un pórtico igual a este pero en otras tierras —continuó—. La esfera nos trajo hasta aquí y aquí pareciera terminar el rastro, es un mapa bien concebido para despistar a quien no sepa de ciencias sagradas.

—Pero… ¿cómo? Debe de haber un sinfín y no solo en Francia. Es una locura…

—«Nuevamente hallaréis el portal de la luz en su recorrido, fuera de estas tierras…» Ségolène, sé adonde hay que ir. Confía en mí —replicó el inquisidor mientras se guardaba el pergamino y animaba a la francesa a seguir viaje.

A algo más de treinta leguas de Autun, hacia el norte, se alzaba la antigua y tranquila ciudad de Vézelay. Pocos sabían que allí, en la cima del valle, existía una iglesia tan antigua como la de Autun con un pórtico idéntico y, en él, un mismo tímpano tallado en piedra que representaba a Cristo en Majestad rodeado de los doce signos del zodíaco.

Las coincidencias no existían. Una extraña visión del cosmos unía a esas dos iglesias, una extraña visión que rayaba en la herejía y de la que solo algunos eruditos podían interpretar su verdadero significado. Las coincidencias no existían. Los de Autun y Vézelay eran pórticos gemelos, cómplices de un misterio absoluto.

103

Esa misma noche, el carromato abandonó las callejuelas oscuras de Autun con rumbo norte. Pero durante toda la visita a la catedral alguien había espiado los movimientos de Angelo y Ségolène. Aquel hombre de capucha y hábito contempló también su marcha.

Luego se volvió y miró hacia el pórtico. Sabía que estaban descifrando el misterio, aquel al que los brujos jamás habían podido acceder. Solo debía seguir su rastro. Apartó la vista de la catedral y contempló el valle en la noche. En la penumbra

silenciosa rió, como una hiena.

XXVI. Ósculo infame

104

Durante las primeras horas de la noche el carruaje recorrió casi treinta leguas. Aquel día había comenzado muy temprano para ellos, con una marcha que los había hecho avanzar sin descanso hasta Autun. Por ello decidieron detenerse durante la noche para dar tregua a los caballos y a ellos mismos, tanto del frío y la nieve como de la sensación taladrante de sus estómagos vacíos.

Detuvieron su marcha en la ciudad de Avallon, muy cerca de Vézelay, el lugar de destino, y el guante de cuero negro de Angelo golpeó dos veces la madera de aquella recia puerta. Aguardó hasta que terminó por propinar dos fuertes golpes más. Cerca de él se oía el crujir del madero que pendía de una ménsula como indicativo del hostal. A un lado, a través de una cuadrícula de vidrios emplomados, se divisaba el resplandor del interior y a pesar de las altas horas de la noche podía adivinarse algún tipo de actividad en él. La pequeña aspillera enrejada de la puerta se abrió por fin y el rostro inflado de un bodeguero los miró intrigado.

—Buenas noches —dijo Angelo en francés—, busco habitación, algo con cierta comodidad.

Los pómulos del hombre estaban sonrojados por el alcohol y la calidez del interior.

—¿Cómo os llamáis? —bufó.

—Arnold… Arnold de Lyon.

El mesonero se quedó un instante en silencio inspeccionando el aspecto del forastero.

—¿De dónde venís?

—De Montpellier —mintió—, la ciudad más hermosa del golfo de Lyon.

DeGrasso era un experto en adoptar distintas identidades, en infiltrarse en cualquier sitio e inventar historias sobre la marcha, pero sus inventos siempre estaban bien fundamentados. En este caso, recordaba claramente aquella ciudad. Años atrás, en tiempos aún de la Francia protestante, hubo de infiltrarse en Montpellier disfrazado de campesino a petición de un abad de Aviñón para perseguir, apresar y quemar a una de las brujas más notorias del sur francés. En esa ocasión su astucia y su labia le libraron de aquellos hugonotes que bien lo habrían desollado vivo en venganza por la cruel y sangrienta matanza de San Bartolomé. Ser católico e inquisidor en tierras protestantes requería de una personalidad locuaz y astuta,

aprendida en el rigor de un suelo hostil.

—¿De qué parte de Montpellier sois y adonde os dirigís? —desconfió el encargado.

—Somos de Méze, un pueblo en las afueras, en dirección a Carcassonne, y vamos hacia París. Me acompaña mi esposa —se apresuró a decir el dominico. Alzó la mano enguantada, Ségolène descendió del carruaje y se quedó esperando una aprobación que parecía pender de un hilo.

El encargado de la hostería comprobó el exterior de izquierda a derecha a través de la pequeña aspillera. Era tarde, estaba oscuro y hacía frío. Finalmente, les abrió la puerta y se disculpó por tanta palabrería, aludiendo al temor de ser asaltado por ladrones nocturnos. Los condujo a su habitación más opulenta y cara de la hostería, como habían solicitado. Al ver la alcoba, Angelo supo que descansarían como en un palacio, pues aquello distaba mucho del granero en el que habían pernoctado la noche anterior. A fin de cuentas, el refugio y el anonimato eran lo más importante, ya fuera en un lecho de heno o en un tálamo de bronce.

—Por la mañana prepararán vuestra colación —informó el francés regordete alzando su farol de mano en el pasillo—. Que tengáis buenas noches, señor Arnold, y espero que disfrutéis de la habitación. —Luego sonrió y señaló en voz baja—: Os felicito por vuestra esposa, es muy bella.

Angelo, sonriendo, le entregó unas monedas y le cerró literalmente la puerta en las narices. Se quedó en silencio hasta que dejó de oír los pasos del obeso mesonero en el pasillo. Cuando por fin se volvió, encontró un camastro enorme y la mirada de Ségolène.

—¿Señor Arnold? Advierto que tus trucos no tienen fin. Eres capaz de ser maestro en teología, erudito filósofo y a la vez un hábil mentiroso.

—Es parte de mi oficio. Lo aprendí de los herejes —se excusó—, entre galgos se aprende a correr y entre mentirosos… a mentir.

—¿Estás molesto por el comentario final de ese barrigón? —preguntó ella con curiosidad.

—Los hombres a veces parecen toros cebados —confesó mientras se quitaba los guantes y se masajeaba las sienes—. Juro al Cielo que no hay cosa que me sulfure más que las groserías lascivas de un hombre ignorante.

—¿Dormiremos juntos? —Ségolène dio unos pasos deteniéndose ante al genovés.

—Dios quiera que no. —Y miró la alfombra que había a sus pies.

Ségolène lo agarró por la barbilla, con decisión, forzándole para que la mirara.

—Dormiremos juntos —afirmó sin titubear—. No quiero dormir sola.

Angelo sintió un cosquilleo en el estómago y quedó preso del encanto de aquella mujer. En aquel momento le pareció que una estampida de toros pisoteaba sus principios religiosos. Su mente se iluminó con el recuerdo de la máxima de san

Agustín: «Oh, Dios, hazme casto, pero no todavía».

Caminó hasta el camastro sentándose a un costado, se desprendió del calzado y se metió bajo las sábanas. Angelo quedó en silencio con sus convicciones a punto de zozobrar. Ella se situó al otro lado del lecho, quedándose a sus espaldas.

—Dormiré desnuda —anunció.

Angelo cerró los ojos y apretó las mandíbulas, como si esas palabras se le clavasen profundamente en la conciencia. Terminó por resoplar como un animal acorralado.

—Que descanses —musitó, y se volvió para mirarla.

Ségolène acercó el torso hacia la mesa donde brillaba el candelabro; sus senos libres se balancearon carnosos en el aire. Sopló las velas y la alcoba quedó a oscuras. Se introdujo bajo las mantas y le demostró que a sus diecinueve años podía no saber de ciencias sagradas, pero sí calentar un lecho. Su encanto era un descubrimiento exquisito para Angelo que, sin resistirse, se entregó por completo a los caprichos de su aguerrida Juana de Arco.

Ségolène lo tomó de la nuca y acercando su boca le mordió suavemente su labio superior. El inquisidor sintió sus besos tibios y luego su lengua, que tocaba la suya. En ese instante fue consciente del filo lacerante del encanto de una hembra. Sintió sus dedos recorriendo su rostro, después el roce de su piel joven y la turgencia de sus pechos. Los corazones de ambos latían con frenesí en aquella penumbra que los envolvía.

—¡No! —exclamó Angelo reteniéndola por los hombros.

—Perdóname —se lamentó avergonzada. Retrocedió sus movimientos en silencio y descansó su cabeza en el pecho del genovés.

—Perdóname tú —balbuceó Angelo—. Soy monje, el hombre equivocado. Yo te abandonaré. —Ella no contestó, pero se aferró a él bajo las sábanas dejándole percibir su angustia.

Angelo sintió el cuerpo desnudo de Ségolène unido al suyo en un abrazo que, lánguidamente, los condujo al sueño.

105

Angelo DeGrasso, agotado, comenzó a soñar lo que le pareció una indudable realidad. Se encontraba caminando por un sendero oscuro, envuelto en zarzas y olivos. Sus pasos eran lentos y seguían una vereda antigua y abandonada. Vestía el hábito inquisitorial, empuñaba un rosario y trataba de inspeccionar el paisaje que

afloraba a su paso y que comenzaba a mostrar sus primeros secretos. Al final de la travesía le esperaba la fachada más inmensa que nunca hubiera visto, una fortaleza inexpugnable que se abría camino entre aquella maleza gris, detrás de un portón de hierro forjado, ornamentado y robusto.

Detuvo el paso. Estaba prendido en la contemplación de aquel castillo, del pórtico y los jardines opacos que invitaban a la devoción. Supo al instante que aquel entorno producía una experiencia espiritual que le obligaba a pensar una y otra vez en el motivo que le había llevado hasta allí, y fue entonces cuando prestó mayor atención y pudo divisar a su alrededor un cementerio que mostraba centenares de lápidas con sus leyendas y crucifijos devastados por el tiempo en torno a una bruma espesa que los asfixiaba.

En ese instante oyó una voz susurrante que provenía del bosque, cerca del sendero por el cual había transitado. Sin embargo, no se volvió porque justo delante de él, saliendo de entre la niebla del cementerio, distinguió siete siluetas que se acercaban al portón principal como fantasmas. El murmullo cada vez estaba más cerca, casi junto a su espalda, y terminó descubriéndose como el lamento de una mujer. Esta vez no pudo con la incertidumbre.

—Anastasia… —musitó al verla.

—Angelo —recitó ella.

El inquisidor dio unos pasos y se adentró en el bosque que ahora le reclamaba. La mirada de su medio hermana irradiaba angustia.

—¿Qué haces aquí? —balbuceó perplejo.

—No puedo entrar… estoy sola —le contestó dirigiendo su mirada al bastión fortificado mientras mostraba las mejillas húmedas de lágrimas sinceras, fruto del miedo y la soledad.

—Ya no. Ahora estás conmigo. —La aferró por los hombros con un instintivo afán de protección. La sensación de estar en el frío bosque no era grata.

—No lo entiendes. Jamás podré entrar contigo…

—Yo no iré a ningún lado sin ti. No te dejaré —le confesó el inquisidor.

Ella alzó el rostro y lo contempló con sus ojos ahora tan grises como el entorno.

—¿Te quedarías fuera por mí? —indagó con un hilo de voz.

Angelo DeGrasso volvió a mirar el castillo. Las siete figuras que ahora montaban guardia tras el portón enrejado eran cruzados ataviados para la batalla. Comprendió que estaban muertos. Los cruzados se mantenían en silencio mientras los observaban a él y a su hermana. Sabía que su destino estaba detrás de ese portón, su vida entera obedecía a una llamada continua para ser parte de esa fortaleza. Era una sensación que brotaba de su interior más profundo, de su instinto más noble y sincero.

—Debo ir, pero no te dejaré —dijo admirado de su confesión—. Vendrás conmigo.

—Yo no puedo entrar ahí. Por mi deseo hacia ti, hermano.

—Yo también te amo, y por ello te llevaré a donde yo vaya.

—Si quieres quedarte conmigo deberás elegir el bosque, pues estoy confinada para siempre a este paraje abandonado.

Contempló absorto el inmaculado rostro de su hermana tratando de iluminarla con el poder de su buena voluntad. Pero ella se acercó aún más, con los labios húmedos y la fragancia de las lágrimas.

—¿Me amas, Angelo?

—Sí.

—Dime entonces… ¿ qué significa la muerte para ti?

—Un estado de existencia.

—¿Serías capaz de morir por mí?

—Sí.

—Y si me encontraras en la muerte y en ese estado de existencia del que hablas estuviésemos juntos, ¿gustarías entonces de una muerte eterna en la plenitud de mi amor?

—Claro. ¿Por qué dudas de mí?

Anastasia posó sus labios en los de Angelo, tan suavemente que hizo que este olvidara su pregunta. El dominico terminó de besarla y se volvió hacia la fortaleza. Allí aguardaban los cruzados difuntos.

—Ellos son los protectores —apostilló Anastasia—. No saben de piedad, solo de obediencia y fidelidad. Protegen las murallas de gente como yo.

—¿Protegerla? Pero si dentro solo hay un cementerio…

—Te equivocas. El cementerio está aquí.

En aquel momento se abrió una ventana en el castillo y resonó un gran trueno, potente, que cayó de los cielos. De la ventana emergió un hombre, pero a pesar de la lejanía Angelo pudo contemplar nítidamente sus rasgos y complexión. Lucía un cabello cuidado, de barba prolija y castaña. Su mirada era serena, enigmática, capaz de crear una dimensión peculiar en la que los mensajes sin palabras eran entendidos como leyes y degustados como poemas.

Anastasia lo miró absorta y abrazó aún más fuerte a su medio hermano.

—¡No me dejes! —gimoteó—. ¡Mírame! El amor verdadero se perpetúa incluso en la muerte. Si me amas de verdad será para toda la eternidad.

Angelo no pudo evitar volver a mirar a ese hombre que se asomaba al balcón del castillo. Anastasia tomó la mandíbula del monje y lo forzó a que la mirara.

—Te daré mi amor por siempre. Te daré mi cuerpo y mi pasión y viviremos en el bosque. —Comprimió su pecho contra el suyo haciéndole sentir sus curvas femeninas, tentadoras, y se descubrió uno de sus senos, generoso, perfecto en volumen y forma. Los ojos de la florentina resplandecieron mientras su corazón latía

en una entrega total.

Angelo estaba aturdido, se debatía entre la espontánea oferta y aquel otro deseo de volver a mirar al hombre del castillo.

—¿Por qué el castillo está gris y tenebroso? —recitó en voz baja para sí mismo.

—Porque nuestros ojos lo hacen gris, nuestras calumnias lo hacen lúgubre y lo cubren con las nieblas de los mitos del vulgo. Nosotros lo vemos como lo pensamos, con el descrédito y la falsedad que destilan nuestros corazones, y creamos allí tumbas que no existen.

—Has dicho que la muerte no está ahí dentro, Anastasia.

—Es cierto. La muerte no está en ese castillo, está fuera de él, aquí, en este bosque de colores inventados donde intentamos evitar la soledad, el abandono y la desdicha, porque estamos a espaldas de Dios.

—¿De Dios? Pero entonces… ¿de qué amor puedes hablar si estamos a sus espaldas? —Se volvió hacia el castillo mientras empezaba a comprender la trampa en la que estaba cayendo.

El hombre de cabellos largos y barba seguía la escena como si conociera cada palabra de la conversación, como si supiera leer sus corazones.

—Existe el amor a espaldas de Dios —ronroneó ella mientras llevaba la mano de Angelo hasta su pezón endurecido como un fruto seco.

El inquisidor escuchaba a su hermana sin dejar de contemplar al hombre glorificado y sin dejar de sentir el busto carnoso que ahora tenía entre sus dedos.

—Prometiste quedarte conmigo unido por nuestro amor toda la eternidad —convenía Anastasia—. Podrás abusar de mí todas las veces que quieras, te permitiré dejar tu semen en mis senos o en mi boca y fornicar cuando pidas.

El monje advirtió que los siete cruzados desenvainaban sus espadas. Entonces vio que una de las manos de aquel hombre de mirada penetrante estaba perforada y la alzaba con lentitud. Cuando la tuvo en alto, miró directamente al inquisidor, una mirada que recorrió el prado, que abrió el portón enrejado y le golpeó en la conciencia más íntima con la potencia de una marejada. La mano señaló con tres dedos. El tiempo se detuvo en aquella imagen y en el rostro perplejo del monje que entendió aquel misterio.

Los cruzados parecían en pie de guerra contra algo que Angelo aún desconocía. Entonces reparó en que esa que le abrazaba ya no era su hermanastra Anastasia sino un alma pestilente que le embaucaba en un bosque solitario y sombrío, pues su rostro se tornaba ahora diabólico, de sonrisa blasfema y desconocida.

—Con la esfera traerás la muerte absoluta —graznó.

Angelo, aterrorizado, la soltó.

La guardia de templarios salió del perímetro del castillo y la entidad demoníaca mostró temor. Miró a Angelo a los ojos y habló en un idioma muerto, con muchas

voces que conversaban a la vez, entre un hedor insoportable de carne y lujuria.

—Ahora ve a por la esfera y mata a vuestro Dios —le ordenó. Su sonrisa producía un terror insoportable para cualquiera que contemplara la visión del odio absoluto.

En aquel momento, Angelo se incorporó abruptamente de la cama, horrorizado y sudando. Su respiración era entrecortada y la sensación de ansiedad le oprimía el pecho hasta el punto de asfixiarlo. Percibió las primeras claridades del alba en la ventana de la habitación pero aun así permaneció inmóvil, recordando las palabras del Demonio y la mirada penetrante de aquel hombre que reinaba sobre los cementerios y descubrió la máscara de la bestia. Ségolène abrió los ojos y lo miró extrañada.

—Ha sido una pesadilla —musitó ella, y acariciándole el cabello le obligó a recostarse junto a su cuerpo.

Pero el inquisidor estaba espantado, trataba de explicarse lo que le había parecido una incuestionable realidad.

—El Diablo… —hipó—, el Diablo está mirándome… Está siguiendo mis pasos como si fuese yo la pieza que completará su obra… Está disfrazado y yo le escucho. Y me engaña.

—Solo ha sido un sueño. Un mal sueño.

—La esfera —continuó Angelo—, la esfera matará a Dios…

—Descansa —le aconsejó—, ya hablaremos de tu sueño después. Ahora estás a salvo, conmigo. No dejaré que nada te asuste.

Tras unos instantes, los párpados de ambos se cerraron de nuevo como telones fatigados a la espera del nuevo día que no tardaría en amanecer.

Unos instantes después Ségolène abrió los ojos en la penumbra. Aquellas frases sobre el Diablo le habían producido una poderosa sensación.

XXVII. La muerte de Dios

106

Cerca del mediodía los cofrades llegaron a las inmediaciones de Vézelay. Habían entrado por un sendero rural poco transitado, cuajado de zarzas secas y árboles sin hojas. Todo aquel paisaje estaba cubierto por un manto homogéneo formado por la nieve que había caído copiosamente durante la noche y que alfombraba bosques y frondas. Vézelay se divisaba en la cima de un monte poblado, rodeada de tierras cultivadas. Las torres de la iglesia se erguían en el paisaje encumbrándose sobre el día plomizo y sus campanas sonaban entre nubarrones y vientos helados.

La sorpresa de Ségolène había rayado la incredulidad al saber que en esa iglesia benedictina, a solo algo más de treinta leguas de distancia de Autun, existía un pórtico gemelo al de su catedral erigido en la misma época. La iglesia abacial de Vézelay atesoraba las reliquias de María Magdalena, o al menos así lo indicaba la tradición, pero Angelo lo que buscaba no eran precisamente reliquias.

Angelo tomó la precaución de dejar el carruaje a cierta distancia de la iglesia. Sabía que mientras hubiera claridad su trabajo sería arriesgado, pues los fieles accederían en busca de oración y no podría actuar con sigilo. También imaginó que los confesionarios estarían abiertos y que habría sacerdotes atendiéndolos, por lo que caminó con disimulada indiferencia y sin detenerse hasta las puertas. Pronto se dio cuenta de que sus suposiciones eran acertadas: había demasiado movimiento.

—Lo haremos más tarde —decidió Angelo. Los finos copos de nieve escarchaban su cabello y sus ojos brillaban por el plan que estaba preparando—. Esta iglesia también es una abadía, son monjes benedictinos que cumplen la liturgia de las horas. En breve será nona y cesarán sus actividades para rezar. No tendremos demasiado tiempo, pues volverán para vísperas, a las cinco de la tarde, cuando la comunidad entera se reunirá en el altar.

—¿Y por qué no entrar después, cuando anochezca?

—Porque cerrarán las puertas de la iglesia para la hora completa, a las seis. Los benedictinos terminan el día a esa hora.

—Entonces ¿solo tendremos una hora, entre las cuatro y las cinco? —apuntó Ségolène.

—Es todo el tiempo que tenemos. Lo intentaremos entonces.

Angelo la tomó de la mano y ambos recorrieron el costado de la iglesia hasta el exterior del ábside central. Desde allí se podía contemplar el valle tintado de blanco por la nieve, los bosques vecinos y la armónica construcción románica que cerraba la cabecera de la iglesia. El ábside era la culminación natural de una nave gótica asentada por arbotantes y estaba coronado por una bóveda de crucería rematada por un crucifijo que en sus muros exhibía vidrieras llenas de color.

El Ángel Negro escudriñó las ventanas y los tejados, la torre y el campanario, cada detalle que pudiera facilitar una hipotética huida o una silenciosa entrada. Él no era de los que descartaban imponderables; lo había aprendido cuando tuvo que escalar para colarse en unos de los palacios más custodiados de Florencia, el mismísimo palazzo Vecchio, en busca del *Necronomicón*. Tanto aquí como en el palacio ducal florentino, si las cosas salían mal un escape bien calculado podría valer dos vidas.

Durante más de una hora, juntos, en silencio, recorrieron Vézelay, y en el mismo instante en que las sombras ganaban las paredes de la abadía se encaminaron hacia la iglesia. La hora había llegado.

107

La fachada de la iglesia era peculiar, mostraba un pórtico principal y dos laterales, dos torres elevadas y una imagen casi duplicada de la que se exhibía en Autun: un tímpano de piedra con el Cristo glorificado pero no visible desde el exterior.

Ségolène quedó perpleja y se le cortó el aliento cuando lo contempló: el pórtico principal era la antesala de otro que se escondía tras las pesadas puertas, casi oculto, en el acceso obligado de la iglesia. Allí, en esa pequeña galería, el pórtico interior permanecía cerrado con unas puertas de madera y hierro forjado. Fue todo muy rápido, tal vez por el apremio de no ser vistos o la misma ansiedad que había creado la espera. Una espera que al parecer había dado sus frutos.

Estaban solos delante de lo que ya no podía ser considerado coincidencia ni azar. Encima del portal principal se apreciaba un dintel de piedra soportado por tres columnas que abarcaba ambas hojas de los postigos, como en la catedral de Autun. Era también una excelsa representación del Cristo Pantocrátor rodeado por los doce signos del zodíaco.

—Aquí está el portal gemelo —murmuró Angelo extasiado.

—¡Increíble! —exclamó también extasiada Ségolène.

Ante sus ojos el tímpano se erguía silencioso, ya no como una magnífica obra de

arte sino como la clave final para encontrar el misterio oculto. Angelo sacó el último mensaje encontrado en la catedral de Autun y lo leyó:

—«Nuevamente hallaréis el portal de la luz en su recorrido, fuera de estas tierras. Ahí, donde descansa el misterio final: el *Codex Terrenus*».

—La luz en su recorrido es la elíptica que marca el sol al girar —explicó el inquisidor—, y allí, justo en el recorrido de la luz, está el zodíaco.

—Todo parece terminar aquí —comprendió ella tras un largo silencio.

—Fíjate en el detalle —dijo Angelo sujetándola del brazo y señalando la imagen con el índice—: tanto aquí como en Autun el Cristo glorificado está en el centro porque El es Dios, es Dios revelado: «Él es la imagen de Dios invisible».

—No entiendo lo que sugieres.

—Portal gemelo, zodíaco y Dios revelado… Gemelo, zodíaco y Dios —abrevió— es lo único que coincide en los pórticos. Ese es nuestro código, ¿no te das cuenta?

Fijó su atención en el Cristo Pantocrátor y halló en él una expresión serena, penetrante y triunfal que le hizo recordar la pesadilla de la noche anterior y la expresión del hombre que le miraba desde el castillo.

—Estás sudando —murmuró Ségolène al advertir su rostro desencajado.

El Ángel Negro se tocó la frente y suspiró con preocupación.

—Espero no equivocarme.

—Estoy contigo —dijo apoyando la mano en su hombro—. Te cuidaré ahí dentro. ¿Sabes qué buscar?

—Sí. Ven conmigo.

Juntos traspasaron el pórtico y entraron en la nave enigmática de aquella iglesia desconocida.

108

Dentro de la basílica el arte gótico brotaba en cada columna, en cada capitel. Angelo y Ségolène fueron devorados por la imponente estructura de la nave central, que mostraba arcos altos apoyados en pilares trabajados, y dos naves laterales de menor altura. Los techos abovedados parecían encumbrarse sin límite.

Al igual que en Autun, los capiteles cincelados representaban un vasto repertorio de imágenes de santos y profetas y escenas bíblicas colosales y grotescas del Antiguo y el Nuevo Testamento. Cada símbolo podría esconder la señal o bien confundirla, cada elemento tallado era gema y estorbo. Por ello, el monje comenzó una investigación cuidadosa que le sumió en el más completo silencio.

El tiempo fue pasando lentamente y el anochecer apagó los vitrales; con solo el resplandor de las pesadas lámparas que colgaban de los techos los ojos de Angelo revivieron las alegorías medievales de la muerte de Judas, en las que el traidor pendía de una cuerda con la lengua fuera de la boca. David y Goliat, Daniel y los leones, la tentación de Satanás a san Benito y la muerte de Lázaro desfilaron ante él, que intentaba escrutar cada detalle en un intento de desentrañar aquel laberinto misterioso. Pero los símbolos parecían dispuestos a no revelarse, pues por largo tiempo recorrió las columnas y las paredes sin encontrar nada que pudiera relacionar con el mensaje encriptado.

Angelo caminó con el altar a sus espaldas, rendido, hacia el pórtico, y de pronto reparó en el tercer pilar de la derecha de la nave central. Se acordó del número tres y se detuvo. Acababa de recordar que era el número tres el que le había llevado allí tras mostrarle la manera de leer los pergaminos de la esfera, y nuevamente contó. Elevó la mirada y siguió la armonía de la piedra convertida en la columna, las nervaduras que se alzaban hasta la bóveda y otras, más bajas, que sostenían los arcos de la nave lateral. Allí divisó un capitel de los más bajos y visibles y el aliento se le cortó. Algo realmente enigmático se mostraba a su vista.

Ségolène advirtió en la distancia sus extraños movimientos. Caminó entre las sombras de las columnas hasta emerger en la nave principal, donde quedó prendida del sigilo repentino de Angelo quien, a los pies de una columna, permanecía abstraído en la contemplación de su capitel.

Se acercó a él con prisa contenida, haciendo resonar sus pasos en las bóvedas. Cuando llegó a su lado vio que se hallaba como en trance.

—Angelo —dijo en un suave murmullo.

Pero el genovés no respondió, ella alzó también la vista y pronto lo entendió.

Era el único capitel de la iglesia que mostraba una figura del zodíaco.

—¡Géminis! —exclamó por fin—. Los gemelos… este es su signo: el que ha de buscar aquel que viene tras los portales gemelos. Aquí está el Dios revelado que muestran los portales. En la columna número tres, a la que nos dirige a la esfera —dedujo con seguridad.

—¡Sorprendente! —se oyó una voz que rebotó como un trueno en la iglesia y que no pertenecía ni a Angelo ni a Ségolène.

Estaba oscuro y un sentimiento de terror se apoderó de sus sentidos. De la penumbra de un costado de la iglesia emergió como un fantasma la figura de un monje, su hábito negro le había resguardado de las miradas y la capucha sobre el rostro escondía sus facciones. Un paso más y el rostro de Giuglio Battista Èvola se iluminó bajo la leve claridad de luz que atravesaba las vidrieras. El parche del ojo y el rostro deforme producían un espanto absoluto.

—Èvola… —balbuceó Angelo, que aún no se había recuperado del sobresalto.

El nuevo visitante supo administrar el terror que había provocado. Sus labios dejaron escapar una suerte de voz opaca con la que se dirigió al inquisidor.

—Os negasteis a mis propuestas y optasteis por el camino oscuro. Ahora vengo como verdugo.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —indagó el genovés cubriendo con su cuerpo a la francesa.

—Perpetrasteis un plan de escape del castillo de Chamonix casi perfecto, a no ser por un detalle. —El benedictino parecía cincelado en la borrosa superficie de la nave, quieto e indescifrable—. No soy un hombre que se conforme con el fracaso, y menos uno de esos que tiene la fe prendida de su lengua y apartada del corazón. Quien tiene el trabajo de Cristo está iluminado por su inspiración constante y quien protege a su Iglesia está amparado por la intuición certera que infunde el Espíritu Santo. Todo el mundo os dio por perdidos, todo el mundo mediocre y secular menos yo, que estoy del lado de Dios. El duque de Aosta y sus mercenarios se conformaron con vuestra huida, pero yo no, yo no conformé mi fe con el abatimiento del mundo corrupto y pecador. —La basílica olía a incienso y sus palabras resonaban como truenos en el techo—. Y decidí inspeccionar los retenes fronterizos, recorrí todos ellos hasta dar con una información peculiar que parecía inservible, aunque no para mí, no para quien busca en los recodos más lúgubres de una mente brillante como la vuestra, hermano Angelo. Es así que el registro de un puesto en las afueras de Chamonix me reveló lo que buscaba: un carromato en dirección a Le Fayet para inhumar varios cadáveres. No habían sido inspeccionados pues supuestamente estaban infectados por la peste.

—Sois muy observador —elogió DeGrasso—. Veo que no es fácil librarse de vos.

—Comprendí que en ese carro ibais ambos. Si lo hubieseis abandonado habría perdido vuestro rastro, pero aún no sé por qué extraña razón cometisteis ese fatal error. Luego no fue difícil seguir vuestros pasos por los pueblos.

—¿Me creeríais si os dijera que estuve a punto de hacerlo? —confesó Angelo.

—Entonces puede que sea el magnetismo de esta mujer lo que os hizo perder vuestro sentido común para escapar —ironizó con un maligno brillo de su único ojo que miraba fijamente el rostro de Ségolène.

—¿A qué habéis venido? —preguntó el inquisidor.

—A cumplir con mi trabajo —reconoció Giuglio Battista Èvola—, el que me ordenó mi Iglesia y que ejecutaré como he prometido.

Angelo se llevó la mano a sus ropas y la posó sobre su puñal.

—Brillante y obediente, como siempre. Pero ¿cómo pensáis controlar vos solo la situación? —preguntó Èvola.

Los techos parecían inalcanzables. Frente a los muros elevados y las cornisas, las columnas y los arcos románicos, los tres parecían insignificantes en aquella

construcción que súbitamente había quedado a merced de la oscuridad.

—Haréis lo que os ordene —apostilló Èvola levantando una ballesta que quedó bañada por la luz.

Y Angelo obtuvo su respuesta. Estaba bajo el poder de un arma que podría causarle la muerte.

XXVIII. Crepúsculo

109

Dentro de la iglesia reinaba la incertidumbre, Èvola dio un paso y se mostró ante la luz. Portaba una amenazante ballesta y poseía el control de aquellos últimos pasos en busca del misterio.

—¿Qué se os ofrece? —preguntó Angelo DeGrasso.

—Ya lo sabéis. Lo que habéis venido a buscar.

—Jamás. Antes prefiero morir que entregároslo —apostilló el genovés.

—Es que ya no os resta otra opción, hermano Angelo —anunció sonriendo bajo la capucha y apuntando con su arma al rostro perfecto de la francesa—. Excavad donde tengáis que hacerlo u os aseguro que veréis esta flecha atravesar el ojo de vuestra compañera.

—Asesino… —le increpó ella aterrorizada.

No hacía falta que Ségolène se lo recordara, DeGrasso sabía muy bien la clase de hombre que estaba delante, un monje incorruptible y despojado de humanidad. No había botín que comprara su voluntad ni moneda que le hiciese reflexionar, y su arma más peligrosa no era la ballesta que mostraba sino su propio fanatismo. Conocer esa verdad supuso el final del coraje del Ángel Negro. Su largo silencio dio a entender que no estaba dispuesto a una muerte más, y menos la de ella.

—Comenzad a excavar —sugirió Èvola.

El maestro DeGrasso asintió con la cabeza. Se desprendió de la daga de su cintura con la que escarbar y se acuclilló buscando la señal en el suelo. Allí estaba, a los pies de la tercera columna. Otro *Icthys*, como en la catedral de Autun, marcando el sitio que sería el final del camino.

Por un buen rato solo se oyó el rascar del puñal entre las juntas mientras Èvola controlaba la situación con la ballesta. Las manos del inquisidor temblaban con frenesí en la penumbra cuando la losa cedió y comenzó a moverse. El misterio de la esfera ya estaba al alcance de la mano.

110

La mirada suspicaz de Èvola siguió a la francesa mientras esta llevaba una vela del altar y la entregaba a Angelo para que él, aún encorvado, iluminara el interior del escondite.

—Hay una oquedad. Es una pequeña cripta de mármol con una inscripción. —Pasó el guante por la piedra y retiró el polvo que la cubría.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Èvola, apuntando con más firmeza a Ségolène con la ballesta.

Angelo acercó la vela derramando un poco de cera y la luz despejó la oscuridad:

CODEX OMNIPOTENS, PETRI APOSTOLICI

SUCCESORIS POTESTAS

—«Código omnipotente, potestad de los sucesores apostólicos de Pedro» —leyó el inquisidor traduciendo directamente del latín aquella frase clara y disuasoria.

—Valiosa exhortación —reconoció el monje deforme y de un solo ojo—. ¿Seguís creyendo ahora que el misterio que ahí reposa os pertenece?

—Nunca dije que me perteneciera —resopló el genovés con la vela en mano—, solo os indiqué que se lo entregaría únicamente al Santo Padre y en persona. No quería que hubiese intermediarios.

—¿Y por ello habéis organizado esta cruzada personal hasta llegar aquí? —Èvola rió con sarcasmo—. Pues a tiempo he llegado porque con vuestro plan utópico habríais terminado cayendo en una trampa de brujos que habría facilitado el veneno a los que conjuran contra nuestra Iglesia. —Miró a Ségolène y palideció.

—También vos podríais ser un brujo —replicó el inquisidor—. ¿Acaso tenéis la potestad de abrir esta cripta? ¿Sois tal vez el vicario de Cristo?

—Soy su emisario. —La voz de Èvola resonó en la basílica—. Un siervo de Cristo y ayudante fiel de su vicario en la tierra.

—O un brujo de labia venenosa a punto de lograr su objetivo —apostilló Angelo.

—Pensad lo que queráis; de todas formas soy yo el que conserva la ballesta, por lo que haréis lo que os diga.

Fue entonces cuando Ségolène dio un paso hacia delante y habló con soltura.

—Vos solo tenéis una flecha, Angelo sostiene una daga en su mano y nosotros somos dos —dijo convencida—. Estáis equivocando vuestra superioridad. No podréis someternos.

—¿Lo creéis así? ¿Y qué pensáis hacerme después de que mate a este hombre?

—Os mataré —contestó ella—. Si tocáis a este hombre juro que os mataré.

El rostro de Èvola se convirtió en un mosaico grotesco de sensaciones.

—¿Me amenazáis? ¿Creéis que temo a la propia muerte? —Parecía bullir de pasión.

—Vos no querréis morir —respondió Ségolène, tratando de convencer al benedictino.

Èvola alargó la mano libre y la agarró del cuello, la zarandeó y la acorraló contra la columna de piedra mientras con la otra apuntaba con la ballesta a Angelo a fin de detener cualquier acción heroica innecesaria. Mientras oprimía su tráquea con fuerza, asfixiándola, acercó a la francesa su rostro deforme.

—¿Morir? ¿Qué os hace pensar que la muerte me quitaría algo?, ¿esta vida tal vez? —Ségolène escuchaba impotente el bisbiseo de su voz exaltada—. Resucitaré en Cristo… La muerte con la que me amenazáis me llena de gozo y esperanza. Vos sí teméis a la muerte, ¿verdad? —Sintió que la vida de la mujer, que temblaba entre ahogos y lágrimas, se iba apagando.

El benedictino golpeó dos veces la cabeza de la francesa contra la columna y luego la tiró al suelo. Cayó desarticulada bajo el techado de la nave central, agarrándose el cuello y aspirando todo el aire que sus pulmones demandaban. Sus lágrimas caían sobre el suelo de la basílica mientras se maldecía en silencio por haber intentado intimidar al sicario de Roma.

—Maestro DeGrasso… —dijo Èvola, ahora con suavidad y mesura—. No me hagáis esperar más. Abrid la cripta y tomad lo que allí contenga. —Y su arma apuntó hacia el lugar donde ella yacía derrumbada.

Angelo aferró el estilete y comenzó a escarbar en la junta de la piedra empotrada en el nicho de mármol. Dentro de la iglesia la oscuridad dominaba los corredores y el silencio era quebrado solamente por las quejas de Ségolène, que aún yacía dolorida y abatida. A su vez, Èvola seguía con detenimiento el trabajo hasta que por fin el nicho cedió.

El inquisidor retiró la lápida escrita en latín escudriñando el interior como quien espera la visión más trascendental de su vida, la que bien valdría una ceguera o, incluso, la muerte inmediata.

Hubo un silencio. Un profundo silencio.

—¿Qué hay dentro? —indagó el monje de ojo parcheado con impaciencia.

Las manos de Angelo emergieron portando un rollo vetusto y amarillento, un pergamino del tamaño de un puño.

—Solo esto.

Lo posó sobre la lápida y lo desenrolló un primer palmo. Arrimó la vela e iluminó el pergamino. Tanto él como Èvola pudieron leer claramente:

Tomás de Aquino, Sexta Vía

La Vía Dolorosa

Demostración final de la existencia de Dios

Cuestión primera: CODEX TERRENUS

Anno Domine MCCLXXIV

Angelo y Èvola se miraron. Sabían que la fe caminaba por una cornisa angosta sobre el vacío helado de la ciencia y ahora el hombre estaba a punto de ser esclavo de la existencia del Creador, a unos pocos pasos de condenarse eternamente por esa noticia definitiva: Dios existía.

—Santo Tomás escribió una Sexta Vía que descansa aquí desde el año de su muerte. Conocía bien el peligro de sus palabras. Fue muy prudente al ocultar este documento —reconoció con admiración Angelo.

Otro silencio intenso y reflexivo los alcanzó. Èvola observaba el rollo amarillento con aire meditabundo.

—Si esto llegara al conocimiento de los fieles nuestra Iglesia dejaría de existir. Ya no habría más fe —añadió el monje deforme.

—Lo sé.

—Guardadla con mucho cuidado —ordenó el napolitano.

Angelo extrajo de su capa la esfera dorada y posándola sobre el suelo de la basílica destapó la parte superior. Èvola quedó sorprendido al verla. Por primera vez tenía ante él aquella reliquia que se había cobrado un sinnúmero de desgracias y hasta una guerra. Pero la sorpresa para ambos fue al descubrir que la Sexta Vía original enrollada cabía en su interior, como si la reliquia hubiese sido forjada para aquellas medidas exactas.

La Vía Dolorosa de santo Tomás encajó a la perfección y el inquisidor tapó la esfera mientras la contemplaba una vez más. «Una esencia, tres personas», leyó esa inscripción griega en su exterior que le había llevado hasta aquel lugar, hasta ese preciso momento.

—La esfera está lista —sentenció el inquisidor deseando que ahora el Espíritu Santo guiara los ignotos destinos de aquella arma terrible.

—Tenemos a Dios encerrado en esa esfera —aseguró Évola sabiendo el futuro oscuro que podría acontecer ante un mal paso del destino—. Ponte en pie —ordenó apuntándole con su arma.

Angelo tomó la reliquia de oro y se incorporó dejando el puñal sobre el suelo. Èvola mantenía en sus manos el logro más excelso y pleno del razonamiento humano, el cénit del ingenio, la cumbre de toda inteligencia, la demostración racional de la existencia de Dios.

—¿Por qué el signo de Géminis marcando este lugar? —se interesó Èvola.

El genovés le miró con sorpresa. Luego se tomó tiempo para contestar:

—Los Gemelos no son aquí un capricho. ¿Recordáis al gemelo del Evangelio,

aquel discípulo que era llamado el dídimo? —preguntó Angelo.

—¿El apóstol Tomás?

—A quien recordamos habitualmente por meter la mano en el costado de Cristo, por ser el único que solo creyó por la comprobación de sus dedos.

—Tomás el incrédulo.

—Vos lo habéis dicho. Los tímpanos del zodíaco y el signo de Géminis aquí nos están gritando su nombre, porque la Sexta Vía es para incrédulos, para aquellos que necesiten saber de Dios mediante el tacto del razonamiento, mediante una comprobación más allá de la fe. Y aquí estamos, con la maquinaria racional capaz de enseñar a Dios al mundo entero y convencer al ateo más obcecado. Aquí está todo lo deducido por el gemelo incrédulo, el que necesitó tocar el costado de Dios. «Dichosos los que no han visto y han creído.» —Èvola repitió las palabras de Cristo cuando Tomás metió sus dedos en la herida, entendiendo por fin el porqué de la señal de Géminis.

En ese instante, provenientes de las puertas, empezaron a oírse sonidos continuos y sigilosos. El rezo de vísperas había llegado.

—Los monjes de la abadía vienen a orar —afirmó Angelo.

—¡Levantad a la mujer y caminad hacia el altar. No hay tiempo que perder! —respondió Èvola con rapidez.

El inquisidor ayudó a Ségolène a incorporarse dejando que se apoyara en su hombro. Ambos caminaron en dirección al ábside en silencio, bajo los arcos de piedra y las pesadas lámparas de metal. Al llegar cerca del altar el monje benedictino corrigió su rumbo.

—Descended por la escalera —indicó—, hacia la cripta.

Esta era un lugar lúgubre, angustioso y frío bajo el piso del altar que se abría entre columnas y techos bajos. Después de descender por aquella escalinata angosta y curva volvieron a quedar a plena merced del monje armado, que no les daba respiro ni ventaja.

—¡Caminad! —ordenó Èvola.

Angelo y Ségolène se adentraron entre las columnas hasta el fondo de la cripta, a unos veinticinco pasos. Allí se dieron la vuelta. Èvola no mostraba expresión alguna, echando por tierra cualquier conjetura.

—Hemos llegado. Entregadme la esfera —ordenó.

—¿Qué harás con nosotros? —suplicó la francesa.

La pregunta no obtuvo respuesta por parte del monje. Su único ojo negro se clavó en Angelo, quien portando el oro pulido de aquella reliquia en sus manos sentía una enorme culpa al tener que entregarla. Su hallazgo se había desviado por una senda que ni siquiera había contemplado. La esfera, con los documentos que contenía,

parecía a punto de perderse en un horizonte escabroso, peligroso y confuso.

—Entregadme la esfera. No os lo pediré otra vez —reiteró el benedictino.

—No lo hagas. Nos matará de todas formas —añadió ella mientras su cabeza era apuntada por la ballesta.

—Hermano Angelo, veo que habéis decidido la pronta muerte de esta joven…

El inquisidor Angelo DeGrasso dio un paso al frente, alargó los brazos y apoyó la reliquia en el suelo. La francesa observó ensimismada aquel repentino movimiento.

—Bien hecho —se complació Èvola.

—¡Nooo…! ¡Es un error! —profirió Ségolène—. No la cambies por mi vida, Angelo. ¡Sigue tu destino y no pienses en mí!

DeGrasso se volvió y tomó a Ségolène de los hombros haciéndole dar un paso atrás.

—¡Silencio, mujer! —Angelo parecía abatido y decidido—. Ya no deseo más muertes, no quiero ser el responsable de otra más, y menos de la tuya. Es hora de aceptar la realidad. Ahora solo quiero sacarte de esta cripta para que veas el próximo amanecer.

Ella le miró intensamente, allí, en el instante más difícil de su vida.

—Te amo, Angelo. Lo sabes.

El genovés asintió turbado a la confesión, y no pudo articular palabra, solo un suspiro.

En aquel momento el canto de los monjes benedictinos despedía el día e inundó la iglesia desde el piso superior. Entonaban salmos de alabanza a Dios Todopoderoso y su rezo les llegó como un canto celestial.

—Retroceded —ordenó Èvola entonces—. Dad un último paso hacia atrás.

Esto les hizo toparse con la pared, donde terminaba la cripta. El tuerto napolitano caminó hasta la esfera y contempló la reliquia sobre el suelo en toda su belleza intachable, la perfección exacta del oro pulido y el inquietante grabado en griego. Se agachó y estiró su mano para tomarla.

—Separaos —mandó a continuación.

—¿Para qué…? —preguntó Angelo extrañado.

—Mataré a la mujer —amenazó el monje con frialdad.

—¡Ya tenéis lo que queréis! ¡Marchaos y respetad su vida! —gritó el inquisidor.

El rostro de Èvola se deformó en rasgos tenebrosos y la francesa se agarró al brazo de Angelo, aterrorizada por aquel monje asesino.

—Abrid los ojos, hermano. Me temo que aún no sois consciente de una realidad que os seduce y os confunde.

—¿A qué os referís? Ella no tiene nada que ver con esto. —Las cejas del genovés se elevaron sorprendidas.

Ségolène escuchaba muy quieta, resguardada tras la espalda de Angelo, con todos

sus sentidos en alerta.

—Creéis que estáis haciendo lo correcto, hermano, pero en verdad sois víctima de un engaño por el que os habéis convertido en peón de Satanás —argumentó con una sonrisa que sobresalía lacónica de su capucha.

—¡Medid vuestra lengua! —DeGrasso se estaba encolerizando.

—Ségolène es una impostora. No es quien dice ser —desveló Èvola y Angelo quedó sumido en un profundo silencio. Su corazón latía a gran velocidad.

—¡Sois un maldito embustero! —chilló ella mientras sus ojos azules cobraban la bravura de una mujer difamada—. ¡El demonio sois vos! No le escuches, pretende quedarse con todo y confundirnos mientras huye —repetía ciega de rabia.

El puso su mano sobre la de ella para refrenar aquella explosión de improperios y maldiciones.

—Hermano Angelo, siempre caéis en las mismas trampas: esta mujer que ha renegado de vuestra cofradía para regresar al seno de la verdadera Iglesia a cambio de su vida fue mi instrumento para que la solución alquímica llegara a vuestras manos. Trabajaba para mí, ni siquiera Lacroix es su verdadero apellido, y no dudasteis de ella, os tragasteis todo el anzuelo. Supuse que lograríais sacar la esfera del castillo de Mustaine y, como veis, aquí estáis, junto a ella.

—Soy un siervo de Cristo —replicó el monje dominico—, y siempre permanezco en el mismo bando, pero ya veo que dudáis y parecéis renegar de nuestro trato. Os aseguro que vais a pagar caro vuestro atrevimiento.

—¡Quiere matarme! ¡Es un asesino! —continuaba gritando Ségolène.

—No lo permitiré. —Angelo se interpuso entre la ballesta y la muchacha y lanzó una mirada retadora a Èvola—. ¡Pasaréis por encima de mi cadáver!

El tuerto le miró desconcertado.

—No puedo creer que os dejéis engañar por esta mujer. La defendéis como si mereciera respeto —se admiró, intrigado por la reacción del inquisidor y frunció el entrecejo—. ¿Os habéis enamorado? ¿Acaso os habéis acostado con ella? —Como el dominico no contestaba y se limitaba a sostener su mirada con las pupilas incendiadas por la rabia, prosiguió—: Sabéis bien que siempre os he respetado y admiré vuestra templanza y justicia. Pero aquel hombre que perseguía a los sacrílegos, que los interrogaba, torturaba y quemaba… ahora parece haber claudicado y prefiere acostarse con herejes y dejar a la Iglesia las llamas de la hoguera.

—¡No tolero que habléis así a un inquisidor! —gritó Angelo fuera de sí.

—¡Dejadlo en paz! —gritó también Ségolène.

—¡Cerrad la boca! No agotéis la poca paciencia que tengo… Mi dedo está deseoso de apretar el gatillo. ¡No pretendáis entrometeros en discusiones de religiosos! Y menos vos, porque de vuestra boca solo pueden salir cizañas y semen.

Ségolène calló al comprender que Èvola estaba dispuesto a dispararle. Se hizo un

espeso silencio durante el cual solo se oyó la melodía de la antífona, el canto de los monjes que sepultaba cualquier otro ruido del templo. Èvola, sin dudar, decidió terminar su trabajo.

—Idos al Infierno, mujer —y apuntó la ballesta decidido a disparar a su garganta.

—¡Bajad el arma! —Una nueva voz gutural sonó en la penumbra de aquella cripta oscura rebotando por los techos bajos. Èvola se volvió y recorrió con la vista el rosario de columnas bajas, pues la oscuridad que envolvía aquel espacio debajo del altar principal era inescrutable—. ¡Soltad la ballesta os dije! No lo repetiré otra vez —reiteró la voz.

Angelo y Ségolène seguían inquietos el rumbo de los acontecimientos. La francesa era consciente de que por un momento acababa de salvar su vida de milagro. Las sombras abrieron paso al desconocido, que se hizo visible por detrás del napolitano.

El sujeto parecía un hombre joven, aunque su pelo era totalmente blanco, de un blanco amarillento que también destacaba sobre su rostro, pues era el mismo color de sus cejas y pestañas. Su capa, abierta, dejaba entrever una aparatosa herida mal vendada en el muslo. Llevaba un arma de fuego en cada mano. Montó con sus pulgares los martillos labrados y aquel sonido mecánico otorgó a sus armas una autoridad indiscutida en aquella estancia.

—Dejad la ballesta en el suelo —exigió sin miramientos.

—¿Quién sois? —interpeló el monje deforme dejando la ballesta sobre las baldosas.

—Lord Kovac —se presentó con una mueca irónica—. Un brujo que ha sabido escapar de la Santa Inquisición.

—¿Cómo habéis conseguido…?

—Seguí el rastro que me dejaron, como las hienas, que solo se acercan a las presas ajenas cuando están heridas de muerte.

El inquisidor genovés lo contempló con detenimiento y aseveró:

—Sois discípulo de Darko.

—Y vos Angelo DeGrasso, el Gran Inquisidor de Liguria, el Ángel Negro de la Inquisición —lo reconoció conforme lo escudriñaba—. Creedme si os digo que es una sensación extraña el teneros delante.

—¿Me conocéis?

El albino dio unos pasos y se detuvo a poca distancia para contemplar su rostro.

—¿Cómo no habría de conoceros? Os encargasteis de quemar y diezmar a la mayoría de mi secta —le acusó con una ironía que resultaba siniestra—. Vos no solo aniquilasteis a todos mis condiscípulos, también torturasteis y desmembrasteis a Eros Gianmaria… ¿Lo recordáis? Lo quemasteis en la pira junto al cadáver de la bruja

Spaziani.

—Lo recuerdo.

—Juzgasteis y condenasteis a Isabella Spaziani cuando llevaba meses muerta. La sentenciasteis y exhumasteis su cadáver para llevarlo a la hoguera. ¡Y la quemasteis, maldita sea! ¡Quemasteis a una bruja muerta! —El húngaro se echó a reír, se llevó el cañón del arma a la cabeza y se rascó la sien con él—. ¡Sois un maldito loco que ha matado a todo cuanto brujo conocí! Cómo no habría de conoceros, venerable Angelo DeGrasso, si yo estuve en cada uno de eso autos de fe viendo arder los cuerpos torturados de mis condiscípulos.

—Lo siento —respondió Angelo.

—¿Lo sentís? ¿Qué sentís? —preguntó extrañado Darko.

—Siento no haberos reconocido en esas quemas —confesó con una penetrante mirada, guerrera y firme, la mirada del católico depurador que prendía fuego a las piras—, pues habría agregado otra hoguera para vos junto a las suyas.

Kovac nuevamente mostró una sonrisa sarcástica.

—Excelencia —anunció—, será un placer llevarme la esfera delante de vuestros ojos. Y creedme, será este un recuerdo que no olvidaré hasta el día de mi muerte.

Ségolène permanecía aferrada al hombro del monje, alerta y pendiente del devenir de los acontecimientos. El brujo desvió la mirada y se encontró con la de ella.

—Venid aquí y traedme la esfera.

Angelo sintió que el brazo se aflojaba del suyo y la presión de su pecho y su vientre desaparecía de su espalda. La francesa dio unos pasos y quedó delante de la reliquia.

—Tomad la esfera y traedla hasta mí —indicó Kovac.

La francesa dobló su cintura, tomó la reliquia y se incorporó con el tesoro. Angelo DeGrasso observaba la escena con atención viendo cómo Ségolène caminaba con cuidada elegancia por la cripta hasta detenerse ante el hombre, que admiró las facciones delicadas de la mujer, el magnetismo de su mirada y el profundo azul de sus ojos. El húngaro la agarró por la nuca acercando su rostro. Ella, entonces, lo besó con lascivia y pasión no contenida. Luego se volvió.

—Vayámonos de aquí —le pidió Ségolène con gesto burlesco.

Angelo se quedó estupefacto ante aquel beso y aquellas palabras, que volaron como dagas afiladas en la penumbra y se le clavaron en el corazón. A Èvola le ocurría lo mismo, pero él se martirizaba por haber menospreciado la inteligencia de la mujer y haber sobrevalorado la suya: los había engañado a los dos…

—¿Qué haremos con ellos? —preguntó la mujer recogiendo la ballesta del suelo.

—Nada. Tenemos lo que queremos. ¿Tú qué pretendes hacer con ellos? —indicó Kovac.

Angelo seguía mirando en silencio a Ségolène, que apartó la vista con rapidez.

—Matémoslos —propuso ella.

—¿Matarlos?

—Así es.

La francesa evitaba mirar el rostro de Angelo, aunque sabía que sus ojos estaban prendidos en ella. Momentos antes, él mismo había cedido la esfera para proteger su vida de la saeta punzante de Èvola. Ahora, esa misma flecha apuntaba directa a su propio pecho.

—No, los dejaremos con vida para que puedan contemplar la magnitud del desastre que no han sabido evitar. Vivirán para ver caer los cimientos de su Iglesia —decidió Kovac.

—Insisto en que los matemos —reclamó ella.

El brujo se paró a observarla y descubrió un fulgor particular en sus ojos. Ségolène recordaba la noche del granero, la suavidad de las palabras del genovés y su protección incondicional, también su aliento, los susurros y la extraña sensación de paz que brotaba de aquella mirada. Alzó los ojos y encontró allí al hombre de sus recuerdos, al mismo que la había puesto intempestivamente entre la espada y el amor.

—Salgamos de aquí —finalizó Ségolène. Después… apretó el gatillo.

La saeta atravesó el aire de la cripta para ir a dar en el pecho de Angelo. El hierro punzante entró en la carne y lo derribó hacia atrás. Apoyó la espalda contra el muro de piedra pero sus piernas flaquearon impotentes y cayó al suelo. Sus ojos revelaron el dolor y la sorpresa. Una pequeña lágrima rodó por su cara antes de que se desplomara por completo. Yació contra la piedra húmeda con la respiración entrecortada.

Èvola bajó la mirada y cerró su único ojo dejando escapar un profundo lamento. Se arrepintió de no haber estrangulado a la mujer cuando pudo hacerlo, de no haberle disparado a pesar de la oposición del inquisidor.

Los brujos desaparecieron al amparo de la noche. En la iglesia, el cántico gregoriano inundaba las bóvedas en el final del gozo mariano del *Magníficat* y la sangre espesa de Angelo brotó y se abrió paso por el suelo.

En la soledad de aquella cripta subterránea, Èvola caminó sobre la sangre de su hermano de fe y se agachó. Contempló el rostro inerte del genovés y halló en él una expresión angustiada, una turbada pesadilla que parecía haber destruido la paz de su descanso final.

—Si hubieseis escuchado… —se lamentó.

Se santiguó y sus labios murmuraron en latín la extremaunción. Cuando terminó, alzó la vista y apretó las mandíbulas, decidido. Juró asesinar a los sicarios de Satanás.

La iglesia de la abadía benedictina de Vézelay se quedó silenciosa en la oscuridad. Los copos de nieve pululaban por el aire en la noche más oscura y agreste de la historia de la Salvación.

Sexta Parte

SACRAMENTUM MORTIS

XXIX. El estigma de Judas

111

En una estancia lujosa y opulenta, caldeada por vapores y sudores generados por motivos bien diferentes al fuego del hogar de piedra, Ségolène Lacroix engullía apasionada la verga del duque de Aosta. Una y otra vez la francesa lamía el glande inflamado de Bocanegra, devorándolo como si se tratase de un fruto prohibido. El noble yacía desnudo sobre un sillón carmesí, estaba drogado, el opio le había transportado a un mundo de risas y sensaciones tan deleitables como el mismo placer que le proporcionaba aquella mujer que le lamía con mirada de afilada lujuria.

La escena tenía lugar en la sala del trono del castillo de Saint-Pierre, la fortaleza insignia del valle. El duque guardaba allí sus animales disecados, trofeos de caza. La chimenea era majestuosa, amplia y tallada en piedra; los frescos pintados sobre la campana y las paredes eran exquisitos, y compartían las paredes con un sinfín de escudos y muebles oscuros que descansaban sobre un suelo ajedrezado en mármol blanco y negro. La vorágine de las llamas irradiaba calor, pero nada era tan caliente y seductor como la boca de aquella joven francesa.

—¡Trágatela entera! —exclamó el duque con los ojos enrojecidos mirando a Ségolène, a quien lord Kovac penetraba por detrás sujetándola de la cintura. El albino arremetía sudoroso mientras ella se inclinaba hacia delante para succionar el asta dura del noble.

—Qué golosa es la muy puta —hirió Kovac.

Bocanegra asintió en silencio y aspiró profundamente de su pipa, contuvo el aliento y expulsó el humo impregnado de opio. Sonrió y llevó las manos hacia los senos de la bruja, que bailoteaban armónicos a cada embestida que le propinaba el húngaro. Los apretó pellizcándole con fuerza los pezones.

—Ramera —constató, su aliento a opio era suave y penetrante—, mira cómo tengo la verga por ti… Mira cómo me la has puesto… —graznó—. ¡Oh, sí! Niña mala… Hazlo hasta el fondo, ¡sigue, no pares, quiero correrme en tu boca! —Y estalló en una torpe carcajada.

Entrecerró los ojos sintiendo cómo todo su interior entraba en erupción. La saliva de la francesa le goteaba en las piernas y su lengua seguía succionando sin aflojar. Ségolène se anticipó a su colapso y, tomando su pene desde el tronco, le miró con sus ojos azules al tiempo que el latigazo de semen le estallaba en la boca. Pasquale Bocanegra soltó todo el aire de sus pulmones y se encogió, como queriendo

desaparecer en el sillón.

A un lado, sobre la mesa, se hallaba la esfera de oro. El noble la contempló. Aquella reliquia era el icono del triunfo y de su próspera riqueza. El objeto que había dado lugar a la guerra y a la anexión de las nuevas tierras estaba ahora en sus manos, segura y protegida, como el baluarte más significativo y vigilado de su valle.

El duque se incorporó y se puso una bata negra. Semidesnudo, contempló el esplendor dorado de aquella pieza de orfebrería; admiró el grabado en griego que la circundaba y el lábaro cristiano que coronaba el cénit. No podía comprender aquel mensaje porque desconocía el griego, pero aun así en ese momento comprendió lo que significaba aquello que nunca le había interesado, lo que le había parecido una estúpida contienda. Ahora se daba cuenta del valor de la esfera, pues si la Iglesia la había cambiado por un archiducado y varios arcones de oro para financiar un ejército mercenario, decididamente debía valer más de lo que él mismo se atrevió a suponer.

Se volvió al oír los incesantes gemidos de Ségolène, que continuaba en el suelo sobre la alfombra de piel. Aún conservaba el semen dentro de su boca mientras Kovac la penetraba.

¿Cuánto valdría realmente la esfera?, pensó el duque. ¿Qué significaba todo lo que la reliquia arrastraba a su paso? Los ojos del italiano parecían contemplar el nuevo mundo que se abría ante él en tanto que Ségolène clavaba las uñas en la alfombra y jadeaba de placer. El albino no cedía, incansable, como un animal cebado y desbocado y ella gozaba, lúbrica, aspirando aquel olor a sexo como un perfume hipnótico.

Bocanegra supo que había sido afortunado al cruzarse con la rubia, aquella mujer que, sin más, había reaparecido ante él con la esfera en las manos, la misma que sus ejércitos buscaban infructuosamente en la fortaleza del archiduque Mustaine. Y así, lo que parecía un fracaso se había convertido en éxito, el éxito que necesitaba para pagar a la Iglesia por el trato convenido. Ségolène había regalado su cuerpo y la reliquia que le había quitado el sueño.

¿Una esfera y un monje?, volvió a pensar. ¿En verdad valdría eso más que todo lo que se le había ofrecido? El duque tomó espaciosamente un trago de la botella. La codicia comenzó a encender la llama de su imaginación. La esfera que necesitaba la Iglesia estaba ahora en su poder. La francesa que la entregó, desnuda y ardiente, parecía encantada de que la penetraran. ¿No era todo un regalo del Cielo?

En la alfombra, Kovac cayó rendido al fin rodando hacia un costado. Bocanegra contempló a la francesa, que pedía más y buscaba al duque con su mirada angelical. Bajó la vista y vio cómo brotaba una gota de semen de su vulva.

—¿Os importaría terminar lo que empezasteis, *caro* Pasquale?

El noble apoyó la botella en la mesa y caminó hacia la alfombra. La bruja sonrió.

112

El cardenal Iuliano escribía en su despacho, una amplia estancia cedida por el duque Bocanegra en el segundo piso del castillo de Verrés. El General de la Santa Inquisición se concentraba en el trazo uniforme de su pluma mientras transcribía las últimas noticias que le habían proporcionado sus espías franceses. Sabía que la victoria militar de los últimos días sobre el archiduque de Chamonix era una señal inequívoca, sus objetivos estaban cercanos y prontos a cumplirse y su pulso trazaba con letras armoniosas en latín un informe detallado al Santo Padre sobre los pasos a seguir para alcanzar la ansiada realidad.

Dos golpes sonaron al otro lado de la puerta.

—Con su permiso, Excelencia —dijo al entrar el duque de Aosta.

Iuliano quedó sorprendido. Dejó la pluma en el tintero y dobló el escrito.

—Me sorprendéis —confesó—. Imaginé que estaríais en Francia inspeccionando vuestra conquista.

El noble sonrió, cerró la puerta y caminó hacia la ventana, desde donde contempló el esplendor del valle nevado.

—Poseo veintiún castillos en este valle —replicó con suavidad—, un ejército intacto y nuevas tierras de mi otrora vecino francés.

El General de la Inquisición escuchó con atención y terminó por responder:

—Pues bien, ese era el trato de nuestro arreglo. Ya tenéis lo que se os prometió.

—Aún no.

—¿Aún no? —El cardenal se quedó estupefacto.

El duque Pasquale Bocanegra de Aosta se quitó los guantes negros y se llevó una mano a la mandíbula. Una pose que pretendía ser reflexiva.

—Quiero la mano de vuestra sobrina —espetó.

Vincenzo Iuliano se quedó sin aliento y sus ojos mostraron la ira que le producía aquella propuesta.

—¿Qué clase de locura estáis diciendo? —balbuceó.

—Tengo veintiún castillos —reiteró Bocanegra, que parecía hablar en serio—, y he regalado uno a Anastasia… Pero lo ha rechazado. ¿Cuántos he de ofreceros a vos, Excelencia? ¿Qué vale la mano de vuestra sobrina?

—Ella no está en el trato —concluyó terminante e incrédulo.

—Pues lo reformularemos. Quiero que se quede aquí, conmigo. Que sea mi esposa.

—Vos no conocéis a Anastasia. Es imposible que yo arregle un contrato matrimonial por ella. Es ingobernable.

—Lo sé. Por eso la deseo.

—Estáis loco, cegado de poder —se reafirmó el dominico—. Haríais mejor en disfrutar de lo que habéis conseguido.

—Lo arreglaréis todo para nuestra boda. Se celebrará aquí, en mi valle. —El duque se frotó las manos con optimismo—. Sería bueno que el Sumo Pontífice celebrara nuestro enlace. ¿Qué os parece?

Iuliano no pudo contener una carcajada involuntaria. Aquel hombrecillo era tan insolente como gracioso.

—El Santo Padre jamás saldría de Roma por vuestro antojo. ¿Quién pensáis que sois? Olvidadlo —dijo el dominico, convencido.

—No entraré en detalles. —El duque sonrió—. Quiero a Anastasia y vos sois el único que puede conseguirlo por ley. Una negativa no sería buena para nuestras relaciones.

—Y yo os aconsejo dejar esta charla estéril y que hablemos de nuestro pacto.

Pasquale Bocanegra tomó asiento, al igual que el religioso. El duque había pensado largamente en aquellas palabras durante su viaje de regreso a sus tierras y se había reafirmado en su discurso tras su «agradable» encuentro con Ségolène y lord Kovac.

—Todo salió como debía —comenzó a detallar—. El asedio al archiducado de Mustaine fue un éxito. Mis tropas derrotaron en el campo de batalla a la caballería francesa… A continuación, cayeron sus fortalezas y el gobierno central quedó en mi poder.

—He recibido el informe —dijo Iuliano con tranquilidad— donde se hace mención del soborno para dividir a vuestro enemigo, creo que Èvola se encargó de que todo saliese a vuestro favor. Hay un escrito, también, que os describe como un hombre dubitativo en el campo de batalla y propenso a caer en trampas enemigas…

El noble intentó no cambiar su expresión, que él creía firme.

—Son detalles que nadie recordará. Lo cierto es que la batalla fue una clara victoria.

—Por supuesto. —El Gran Inquisidor suspiró—. ¿Y qué hay de nuestra reliquia?

Bocanegra reposó los brazos en la silla reclinándose hacia atrás.

—El día postrero al combate asaltamos la fortaleza de Mustaine y atrapamos a un par de jesuitas que estaban involucrados en la trama de la reliquia robada.

—¿Atrapasteis a Angelo DeGrasso? —se interesó de inmediato—. La esfera, ¿la confiscasteis?

El duque tomó aire y continuó:

—Ese mismo día vuestro monje escapó llevándose la esfera con él.

El cardenal comenzó a sospechar que todo su plan y la fortuna invertida, sin contar su propia reputación, estaban a punto de zozobrar por aquel imbécil y petulante italiano.

—¿Dejasteis escapar lo único que os pidió la Iglesia? —Había llegado al límite de su paciencia.

—Aún no he acabado, no os adelantéis.

—¡Por el amor de Dios! —El cardenal Iuliano golpeó la mesa encolerizado—. ¡Decid de una maldita vez lo que sucedió en la fortaleza! ¡He movilizado un ejército de mercenarios para vos, he fomentado una guerra y arrastrado a un millar de soldados a una muerte segura para que ahora vengáis con aires de misterio! Os pedí solo un hombre y una reliquia, ¿y ahora queréis que no me impaciente ante vuestro silencio? ¿O creéis que después de escucharos pedir la mano de mi sobrina y solicitar al Pontífice para oficiar vuestra boda no habría de impacientarme? —Sus ojos lanzaron destellos peligrosos—. No juguéis conmigo, ni lo intentéis. Puedo destruiros de la noche a la mañana… puedo quitaros todo… incluso vuestros sueños, y convertirlos en pesadillas.

Pasquale Bocanegra no contestó. No se atrevió. Esperó el tiempo necesario hasta que el religioso volvió a sentarse. Su ira había desatado una tormenta en la sala. Con lentitud, el noble continuó:

—Perseguí al monje —afirmó.

—¿Y bien?

—Confisqué la esfera.

—¿Dónde está?

—En mi poder.

Vincenzo Iuliano respiró con alivio.

—¿Y el monje DeGrasso?

—Murió en el encuentro.

Un puño de hierro oprimió el pecho del cardenal. Quedó en profundo silencio. Su mente intentaba valorar la trascendencia de aquellas palabras que se negaba a creer.

—¿Estáis hablando en serio? —balbuceó, atónito.

—Es la pura verdad. Fue alcanzado por una ballesta en la iglesia de Vézelay.

El cardenal se acercó a la ventana. No quería que Bocanegra fuera testigo de sus emociones en aquel momento, evitaba mostrar debilidad en un encuentro en el que se jugaba tanto. Pensó en su hija y en lo que aquello significaría para ella. Y también en sí mismo y en la desconocida emoción que la muerte de su hijo Angelo había despertado, una emoción que era incapaz de comprender y valorar.

—¿Acaso os importa? —preguntó curioso Bocanegra.

—No, creo que era un riesgo previsible… —Sus ojos se apartaron de la ventana y miraron al duque—. Aunque lamento su muerte.

—Hablemos de la esfera —recordó Bocanegra.

—¿De la esfera? ¿Qué os interesa de ella?

—¿Qué contiene?

—Eso no os incumbe.

—Me han dicho que contiene un documento desenterrado de una basílica, la misma donde cayó muerto el monje Angelo DeGrasso.

—¿Quién os ha dicho eso? —Iuliano, con voz gélida, clavó su vista en él.

—No importa. Solo quiero saber qué hay dentro y cuánto vale para vos la esfera.

Iuliano lo miró con reticencia, su voz adoptó un tono seco y tajante.

—Vale lo que ya he pagado, que no es poco.

—No es suficiente. La esfera vale mucho más de lo que hasta ahora se ha pagado por recuperarla —soltó, arriesgándose a pronunciar la frase. Por fin Bocanegra iba a aclarar la razón de su presencia en aquella sala, el motivo que le había hecho renunciar a ir a Chamonix para tomar posesión de su nuevo castillo.

Hubo un silencio tétrico y al cardenal le recorrió una poderosa sensación de inseguridad y de estar siendo chantajeado.

—¿Qué estáis insinuando, duque? Hicimos un trato, vos ya tenéis lo que se os prometió.

—Lamento deciros que venderé la esfera por mi cuenta: su valor supera holgadamente la producción rural del archiducado que me habéis facilitado. —El duque de Aosta se levantó, se colocó los guantes y miró al religioso con astucia.

—Sois un demente —exclamó el cardenal.

—Os informo de que he ordenado liberar al prisionero que manteníais en el castillo del Monte, ese viejo ciego llamado Darko. Nunca imaginé que él me ofrecería un trato más sustancioso que el vuestro.

—¡Esto es alta traición! —se encolerizó el cardenal.

—No, es un negocio. En unos días tendré la protección de los protestantes de la Confederación Helvética. Oficialmente convertiré mi ducado a la fe reformada y seré un duque protestante. Ellos querrán poseer el documento que contiene la esfera.

—¡Es una trampa! —gritó el Gran Inquisidor—. ¡Darko os ha tendido una trampa!

El duque sonrió.

—Un anciano ciego no puede tenderme una trampa, soy más astuto de lo que creéis.

—¿Venderéis vuestra fe por un objeto? ¿Traicionaríais a la Iglesia por unas monedas? —prosiguió el purpurado, ya con pocos argumentos a su favor.

—No es asunto que me quite el sueño abjurar. Inglaterra lo ha hecho y aún sigue siendo una nación… incluso hablan de salvación en sus iglesias. ¿Qué más quiero? Una nueva vida, una fe reformada y la misma salvación.

—No lo toleraré —resopló Iuliano.

—¿No? ¿Y qué haréis para impedirlo?

—Traeré el ejército de la Iglesia a estas tierras. Formaré una liga católica y os destronaré… Sobran motivos para ello. Y os juro que montaré una pira en la plaza principal de vuestra ciudad y os quemaré vivo, e iréis directo a donde Judas, a donde el mismo Satanás.

—No lo haréis, no sois capaz.

—¿Acaso vuestro ejército y el que envíen los protestantes me detendrá? Los aniquilaré a todos. Organizaré una verdadera cruzada y vos os sentiréis como el turco ante el yugo católico. —El cardenal enrojeció de cólera.

—Os digo que no lo haréis —reiteró el duque, sonriente y convencido.

—Dadme una buena razón.

—Tengo a Anastasia prisionera, la encontré en la fortaleza de Mustaine, había acudido al encuentro del monje DeGrasso. —El noble parecía disfrutar de su relato —. Si preparáis una ofensiva no dudaré en asesinarla. Haré que la desollen viva con la mayor lentitud posible.

—¡Sois hombre muerto! —farfulló el religioso con una terrible mueca amenazante.

—No hagáis una tragedia de esto: si no atacáis mi ducado yo seré rico y vuestra sobrina vivirá y se casará con alguien que no le dará problemas. Pero si lo hacéis será una terrible pérdida para todos, creedme, jamás se verá otra mujer con la belleza que posee Anastasia.

El cardenal se quedó estupefacto. Aquel hombre desquiciado y su hija como rehén no eran asuntos para tomar a la ligera. Con esas palabras el duque de Aosta abandonó la sala. Casi al unísono, el consejero ducal entró en compañía de tres soldados e informó al cardenal de la Inquisición de que debía abandonar en aquel momento el castillo de Verrés con su séquito y pertenencias a excepción de su detenido, el viejo moldavo, como había anticipado Bocanegra, pues sería liberado y puesto bajo su protección.

Iuliano caviló las posibles opciones que tenía frente a aquel desastre. Había sido traicionado y una mente poderosa lo había preparado todo: Darko.

El cardenal tomó la carta que acababa de escribir de su puño y letra al Pontífice, carta con buenas noticias que ya nunca llegarían a serlo. La arrugó como si fuese el final de todo, como si todo intento fuese insuficiente para recuperar la reliquia. La llama de la Inquisición, ahora, parecía arder para sí misma.

113

Los ojos blancos y enfermos del anciano seguían los sonidos del cerrojo exterior como si pudieran ver cómo se descorría. El momento más esperado de su plan había llegado y no se equivocaba: la puerta se abrió. Sus brujos lo habían conseguido.

—Eres libre —anunció Martino Parlavicino, el consejero del duque de Aosta.

Darko se aferró al bastón y mostró una escuálida sonrisa.

—¿Qué hay de los inquisidores del Santo Oficio? —preguntó.

—El duque los ha expulsado del castillo y también del valle.

El viejo caminó hasta la puerta y tomó el brazo de Martino, que lo escoltó lentamente hasta el salón central.

El Gran Brujo estaba libre. El final estaba a punto de llegar, como el hacha de un verdugo.

XXX. El caer de las hojas

114

La forma del castillo de Verrés era cúbica, medía lo mismo de largo, de ancho que de alto. Sus paredes grises tenían dos varas de espesor y estaban edificadas con la misma piedra de las montañas del valle. Almenas y chimeneas coronaban aquella impresionante mole enclavada en lo alto de un peñasco.

En una sala del tercer piso, al resguardo de los leños que ardían en la chimenea, Darko y el duque hablaban de sus respectivos beneficios.

—Aquí estaréis a salvo —afirmó el noble—. Desde este castillo podréis dar el próximo paso sin riesgos.

—¿Qué hay de la Inquisición? —volvió a preguntar el anciano.

—Se ha ido, la he expulsado de mi valle. —El astrólogo asintió en silencio mientras Bocanegra agitaba su copa y bebía un trago de su contenido, que lentamente bajaba por su gaznate—. Pero no podré pelear solo contra la Iglesia. La Inquisición volverá.

—¿Habéis tomado las precauciones que os señalé?

—Lo hice —admitió—. Sin embargo ahora dudo que funcionen.

—Anastasia será nuestro aval, mientras tengáis encerrada a la hija de luliano habrá paz en el valle. Esto refrenará su ira.

—Espero que funcione, por vos he dado un paso muy arriesgado.

Darko sonrió, sus ojos quemados parecían percibir el nerviosismo del duque de Aosta. Con parsimonia juntó las manos sobre el bastón y alzó su mirada muerta.

—Tranquilo. Conozco a la Iglesia; me ha perseguido desde siempre, me ha encerrado y torturado y aún sigo en pie. Sé bien cómo manejarla y dónde golpearla. No temáis, estáis con quien os dará la mejor paga e independencia. En cinco días dejaréis entrar a las tropas de los suizos protestantes. Ellos nos protegerán.

—¿Qué hay de mis clérigos?

—Que se conviertan o escapen al exilio. Es su decisión.

—No creo que el obispo de Aosta y la curia de mi ciudad se conviertan a estas alturas —supuso—. Y menos aún mi pueblo.

—Vos abjuraréis del catolicismo. Después no habrá opción, vuestra gente deberá confesar la misma fe —afirmó el brujo—. No habrá ningún caos, os lo aseguro, ocurrirá como en Inglaterra, siempre y cuando hagáis lo mismo que hizo su monarca.

—¿Qué hizo?

A pesar de su sayo harapiento y rasgado, los pómulos huesudos y la nariz aguileña del anciano mostraban una extraña sabiduría: la de quien sabe andar entre lobos.

—Ejecutad al obispo, a los clérigos y a todo aquel que desee mantener la religión del Papa de Roma. Luego regalad a los conversos pan y cebolla y prometedles la Salvación. Confiscad toda documentación apostólica de la catedral y dadla a los nuevos sacerdotes de la Reforma, ellos harán escarnio de los escritos y nuevos templos sobre los anteriores.

—Será un baño de sangre…

—¿Y qué pensáis que hará la Iglesia con vos si os atrapa?

El noble caviló. En el juego de las traiciones no había moneda de cambio más valiosa que la sangre derramada. El solo debía cuidarse de que esa sangre no fuera la suya. Bocanegra se irguió para dirigirse a un robusto armario confeccionado en roble. Giró la cerradura con una llave, abrió las pesadas puertas y extrajo un cofre. Dio unos pasos y lo depositó sobre las rodillas del moldavo.

—Aquí está, como pedisteis.

Los dedos largos y huesudos del ciego recorrieron el pequeño cofre de madera reforzado con láminas y remaches de bronce. Sus dedos intentaban saciar su ansia de ver. El brujo lo acarició con avaricia: allí dentro se atesoraba la razón de su vida. La punta más afilada de la historia, más que el gladio romano, más aún que los clavos de la cruz. La esfera contenía el documento que heriría de muerte a la divinidad, una lanza que no derramaría sangre del costado sino un océano negro de perdición.

El anciano sonrió satisfecho. Sabía que la era de la fe había llegado a su fin.

115

Anastasia Iuliano yacía sobre un lecho bellamente ornamentado en una lujosa habitación del castillo de Verrés. Se encontraba parcialmente sedada. Los bebedizos que le había suministrado el boticario ducal habían conseguido relajarla, pues durante todo su viaje desde Chamonix casi había sufrido un colapso por la desazón ante los reiterados rumores de la muerte de su hermano. El clima en la alcoba era confortable, cebado por la chimenea encendida perfumada con incienso.

—Lo lamento —murmuró una voz.

Abrió los ojos y descubrió el rostro de Ségolène Lacroix.

—¿Qué hacéis vos aquí?

—Cuidaros.

Hubo una pequeña pausa. Anastasia observó la habitación, luego a la mujer.

—¿A vos también os ha secuestrado el duque? —indagó, mientras se percataba de lo relajada y somnolienta que se sentía.

—Así es.

Intentó incorporarse, pero se sentía débil. Entonces posó la cabeza en la almohada y contempló el escote de su camisola. Estaba desatado y la prenda apenas cubría sus senos.

—No os preocupéis —la tranquilizó Ségolène—, estamos solas, no hay hombres. Nos encontramos en el castillo de Verrés, en el valle de Aosta. Ya lo conocéis.

—Mi tío… ¿el cardenal Iuliano está aquí? —balbuceó Anastasia.

—Partió esta mañana con destino a Roma. —La francesa la miró entristecida—. Ya no podremos esperar nada de él ni tampoco de la Iglesia.

—¿Y los jesuitas? —siguió Anastasia—. ¿Dónde están?

—¿Qué jesuitas?

—Los que fueron detenidos conmigo en el castillo de Mustaine —explicó—. Los pusieron en carruajes diferentes… Solo Dios sabe con qué rumbos.

—También están aquí —tranquilizó Ségolène—, aunque no corren la misma suerte que vos. Estarán encerrados en las mazmorras por largo tiempo, quizá de por vida.

—¿Por qué motivo? —exclamó.

—Por decisión del duque. Parece que quiere silenciar a cuantos conocen la existencia de la esfera. Y ellos la han visto.

La florentina comenzó a entender la magnitud de aquella persecución que parecía obedecer a un plan premeditado, no a la casualidad. Todo el que se relacionaba de algún modo con la reliquia comenzaba a pagar un alto precio.

—Angelo… —Suspiró aferrándose a la francesa—. Habéis estado con él, ¿qué le ha sucedido?

La francesa bajó la cabeza. Sus labios parecían congelados, como resistiéndose a una noticia que no quería florecer, aunque no lo quedó más remedio que confesar:

—Está muerto desde hace cinco días —soltó Ségolène.

Los ojos color esmeralda de Anastasia brillaron con un llanto silencioso, un torrente de lágrimas surcó sus pómulos ahogándola e impidiéndole hablar. Sus manos estrujaban el vestido mientras un amargo dolor se abría paso hasta el centro de su corazón.

—Era un buen hombre… —Ségolène la consoló acariciando los cabellos de Anastasia con la misma mano que había disparado la ballesta—. Estuve con él las últimas horas de su vida y pude compartir sus angustias, sus deseos y sus últimos pensamientos.

La joven Iuliano trataba de resistirse a la realidad, todos sus sentidos trataban de

combatirla. Sentía el mundo cubierto por la devastadora mortaja de la muerte.

—Lo amo. ¡No puede estar muerto! —gritó de forma desgarradora mientras negaba con la cabeza que no podía ser posible.

—Él no merece vuestras lágrimas, creedme. Os aborrecía, no quería saber de vuestra familia ni de vuestro tío —replicó Ségolène.

Anastasia negó en silencio ante la mirada de aquella que pasó junto a su hermano sus últimas horas. Aquellas palabras cayeron como una espada en el cuello frágil y sensible de una mujer enamorada.

—Me lo confesó la última noche, había soñado con vos, un sueño tempestuoso en el cual erais una tentación que le llevaba al abismo de la oscuridad y la condenación. Vio en vos el rostro de Satanás y comprendió que erais la causante de todos sus males.

—¡No es posible! —balbuceó ella—. Angelo me abrazó la última vez que nos vimos, sus ojos no mostraban ningún odio. Él me amaba de la misma forma que yo a…

—Angelo murió en paz, pero creedme: no merece vuestras lágrimas.

—¡Es mentira!

La francesa alzó una ceja con extrañeza ante la respuesta de Anastasia.

—¿No me creéis? Me lo confesó en el lecho esa noche, la misma en que nos amamos. No erais nadie para él y es mi obligación, aunque sea difícil, decirlo en este momento.

—¿Os acostasteis con Angelo? —se asombró Anastasia, ahogada en sollozos.

—Las dos últimas noches —precisó mientras con su cabeza, muy despacio, asentía—. El me sedujo y yo no pude escapar. Creo que ninguna mujer habría podido huir de un hombre como él.

La italiana se enjugó las mejillas con las manos. Su respiración se apaciguó. En su cabeza las ideas cobraban la fragilidad de los cristales y se poblaban con las sombras de las noches más oscuras.

—Supo conquistar mi corazón, supo protegerme y también servir a Dios —continuó Ségolène—. Pero la realidad de hoy no es la de ayer, ni lo que pensabais era lo que en verdad sucedía: Angelo ya no está y el amor que vos sentís jamás fue correspondido.

Anastasia se quedó atónita estudiando el rostro de aquella mujer que compartió el lecho con su hermano y que, según parecía, había sido elegida como confidente de sus confesiones más íntimas, más impredecibles.

—Hoy nosotras padecemos otra realidad. —Ségolène se volvió para señalarle la puerta trabada, mostrándole que se encontraban en una prisión.

Hubo un largo silencio.

—¿Qué nos va a pasar ahora? —Anastasia comenzaba a preocuparse por su

futuro.

—Nos quedaremos. El duque nos tendrá entre sedas. Vos sois… su preferida. No lo pasaréis mal a su lado.

—¿Estáis loca? —gritó perpleja—. ¡No me quedaré aquí con ese hombre!

—Estaréis conmigo. Permaneceremos juntas —interrumpió la francesa.

—Entonces debemos escapar —concluyó Anastasia—. Ni siquiera alcanzáis los veinte años, no creo que queráis envejecer en este castillo. ¿O sí?

Ségolène la miró con una leve sonrisa. Sus pómulos tomaron la firmeza del mármol y la textura pálida de un fresco. Con movimiento lento introdujo la mano en el escote de su compañera de celda y sus dedos buscaron hasta encontrar su pezón, que por debajo de la tela permanecía distendido y rosado.

—¿Qué me hacéis…? ¿Qué pretendéis…? —balbuceó Anastasia escandalizada.

La francesa liberó de un tirón los senos de esta admirando el volumen carnoso de aquella tentación que nadie se habría resistido a espiar. Anastasia intentó recomponerse la ropa pero se lo impidieron. Sedada, cayó nuevamente rendida sobre la almohada.

—Cuidar de vos —susurró Ségolène, mientras sus ojos azules invadían aquellos pechos.

Pero su insinuación quedó flotando en el aire, pues se incorporó y salió de la habitación. Giró dos vueltas de llave por fuera y se quedó escuchando tras la puerta, escudada por la oscuridad del pasillo. Sabía que Anastasia volvería a dormir, aún estaba débil, pero poco a poco la convertiría en su amante y en la esclava sexual preferida del duque. Ella era la única carta para evitar la venganza de la Inquisición y una pieza indispensable en aquel rompecabezas. Una pieza que nadie se atrevería a eliminar.

116

La mañana siguiente sorprendió al duque y a Darko en una reunión. Ambos estaban interesados en definir los pormenores de su acuerdo, algo que traería confianza y seguridad al ducado y, sobre todo, la ansiada tranquilidad al duque traidor. Se necesitaron seis guardias para entrar los tres pesados cofres, siguiendo las órdenes de lord Kovac, convertido en los ojos de su maestro. Al ser abiertos mostraron su preciado contenido. Pasquale Bocanegra de Aosta permanecía inmutable, vestido con un traje de terciopelo oscuro. Sin embargo, su inalterable estampa solo duró un brevísimo instante, hasta que sus ojos ilustraron sus emociones.

La mueca fue involuntaria, pero su rostro evidenció su codicia y la fascinación que le provocaba el brillo del oro que llenaba los cofres.

—¿Qué hace todo este oro en mi castillo? —se asombró.

—Es un adelanto por nuestro trato. Lo envía un conde de Ginebra a quien prometí la esfera. Es protestante y nos protegerá de Roma —respondió el anciano desde su silla, con las manos aferradas a la vara y su vista muerta divagando por los recodos de la habitación.

—¿Qué tiene esa esfera que yo no sepa? —exigió el noble.

—Aceptad que la teología no es vuestro fuerte y dejadme manejar los destinos de la reliquia. A cambio, solo tendréis que dedicaros a recoger el oro que os lloverá.

—¿Y por qué debería seguir vuestro consejo? —razonó el duque con un deje de ironía—. La reliquia está en mi poder.

—Porque ya no tenéis opción. —Su expresión fue macabra, oscura y amenazadora—. Al aceptar mi propuesta de no devolver la esfera habéis ganado un enemigo infinito: la Iglesia. Ahora, únicamente contáis con mi oferta. Aparte de mí solo os rodean enemigos.

Darko percibía, a pesar de su ceguera, que Bocanegra lo estaba mirando, incluso imaginaba su mueca reflexiva mientras meditaba. Sabía que las palabras del viejo eran ciertas: la Iglesia vendría en cualquier momento, la garantía que suponía Anastasia no aseguraba del todo la supervivencia de su ducado ante un ataque directo del ejército papal. Era cierto, sus asuntos no podían apartarse de su realidad inmediata, no podía divagar sobre pormenores teológicos que solo añadirían problemas, le restarían horas de sueño y le producirían confusión.

El duque se levantó de su asiento y caminó hasta la ventana, donde se dedicó a observar la nevada matutina, que caía en algodones pequeños.

—Está bien. ¿Qué pensáis hacer con la reliquia?

El brujo sonrió. Sus labios finos y amoratados se movieron.

—El conde suizo ya ha vendido los derechos a una imprenta alemana. La esfera contiene un documento medieval de sumo interés, una novedad teológica que algunos suponen peligrosa… y otros, como yo y como el noble, no. Los dividendos que generará esta edición serán incalculables, y también la fama de quienes lo hagan público, entre ellos, vos. En concreto, recibiréis regalías de una edición sin precedentes, obtendréis mucho más oro y riquezas de las que soñasteis en el trato con la Iglesia. Tendréis protección de los ejércitos protestantes y una vida nueva. Cada uno de nosotros hará lo que deba, sin molestarnos los unos a los otros, pues el beneficio será para todos en común.

Bocanegra se llevó la mano al mentón y contempló los cofres, la prueba más concreta de que las palabras del brujo eran ciertas. Como un apóstol incrédulo que necesitara meter su mano en la carne, caminó hasta los baúles y tocó las monedas.

Arrodillado, metió su mano en la fortuna. Escarbó con sus dedos hasta donde pudo.

Y creyó.

—Está bien. —Suspiró—. Podéis comenzar con lo pactado.

—Entonces debéis entregarme la esfera —replicó Darko tras un breve silencio—. La llevaremos a tierras suizas y allí será estudiada y editada. Después enviarán el resto del oro.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible.

El duque de Aosta quedó abrumado por la idea de entregar aquel objeto que parecía concitar el interés de los más altos pensadores y teólogos. Sin embargo, debía ceder. Era la única manera de lograr el control de esa apremiante situación. Aunque no sin garantías.

—Está bien, os la daré. Pero vos os quedaréis en Aosta, conmigo.

Darko había planeado viajar a Suiza con la reliquia, pero calló.

—No hay problema en ello —contestó—. Mi discípulo podrá llevar la reliquia. Mientras tanto yo permaneceré donde gustéis, donde creáis más conveniente.

—Bien, os quedaréis aquí, en este castillo. Ambos compartiremos el mismo destino.

La charla llegó a su fin.

Los baúles fueron arrastrados hasta las arcas del duque y la esfera quedó al amparo de una de las llaves que pendían del cuello de Bocanegra.

Una fuerte turbulencia estaba a punto de caer sobre el valle. Y el brujo lo sabía.

XXXI. Anatemas

117

Los laterales de la capilla Sixtina, en aquel 28 de febrero de 1599, no solo evidenciaban el estilo fortificado del templo sino que mostraban los frescos que evocaban los sucesos del Antiguo y el Nuevo Testamento. Pero la atención principal recaía en el que se alzaba detrás del altar: Cristo era el centro, como juez implacable, y sus anatemas llegaban a ricos y poderosos, a pobres y esclavos. Todo convergía en ese epicentro que rodeaban profetas, apóstoles y mártires. Hacia arriba y por la derecha ascendían los elegidos, mientras que hacia abajo y a la izquierda, los réprobos e impíos se hundían en la oscuridad y los suplicios del Infierno.

El papa Clemente VIII se encontraba sentado en la cabecera de la capilla, delante del altar y a espadas del Gran Juicio. Vestía con una gruesa capa dorada abrochada en el pecho y llevaba las manos enguantadas. Estaba cubierto con la tiara y sus hombros soportaban el palio que pendía de su pecho, bordado con las siete cruces del Vicario de Cristo. Su mirada, como todas las de quienes allí estaban, mostraba gran seriedad.

La puerta principal se abrió y dio paso a una procesión de prelados que caminaron en silencio en dos filas paralelas hacia el Pontífice. A medida que los religiosos llegaban ante el altar cada cual se dirigía a su puesto en las gradas. Los obispos iban tocados con sus mitras y cubrían sus hombros y pecho con las pesadas capas pluviales; los cardenales, a su vez, llevaban sombreros chatos de ala redonda y la faja púrpura en la cintura.

Una vez sentados, el silencio, perfumado por el aroma del incienso, los envolvió y la puerta principal se abrió de nuevo para que entrara el último invitado, el cardenal Vincenzo Iuliano, máximo responsable de la Inquisición, que cruzó la capilla Sixtina ante todos sus compañeros hasta situarse en un banco situado justo delante del Pontífice.

No había duda para él del motivo de aquella reunión de prelados y por qué había sido ese el lugar elegido para hacerlo: el secreto papal se había roto. La Iglesia debía prepararse para una gran tribulación.

118

La puerta de la cabaña se abrió y la luz del exterior cegó al prisionero de guerra más importante de Chamonix. Lo habían encontrado durante el atardecer del mismo día de la batalla, moribundo y casi congelado aunque ahora estaba fuera de peligro. Èvola entró en el refugio y contempló, allí, en la remota y helada Les Praz, al hombre que yacía en el camastro. Sus miradas se cruzaron.

—Dejadme morir en paz —exhaló el archiduque Mustaine. El benedictino se volvió hacia los guardias y con un gesto parco les conminó a salir—. ¿A qué habéis venido? ¿Qué deseáis de mí? —inquirió el noble—. He sido derrotado y despojado de mis tierras, mi fortaleza ha caído y mi ejército ha sido diezmado. ¿Por qué no me dejan morir? ¿Por qué insisten en tenerme entre los vivos?

—Fue mi decisión.

—Sois un cínico —le espetó con rencor—. No tenéis piedad, no sois cristiano. Gustáis de torturar a vuestros enemigos para obligarles a vivir en un infierno perpetuo.

—Os equivocáis —respondió Èvola en un correcto francés esforzándose por mostrarse diplomático—. No soy el demonio por quien me tenéis.

—Pagasteis a mis aliados para que me traicionaran —replicó—. Vos, un monje…

—Os negasteis a obedecer a la Iglesia, desde ese momento cualquier recurso contra vuestra rebeldía era legítimo. Soy religioso y gozo de la vida contemplativa y conventual, pero no por ello dejaré de luchar contra los enemigos de mi Dios.

Mustaine suspiró y apoyó la cabeza en la almohada. Aún estaba débil.

—¿Qué queréis de mí? —susurró desde el lecho.

—He decidido devolveros el archiducado —afirmó Èvola ambiguo con un inescrutable brillo alumbrando su único ojo—. Retomaréis el control de la fortaleza y del ejército.

Mustaine le escuchaba como si se tratase de una burla, pero el silencio críptico del monje le hizo dudar.

—Habéis enloquecido —gruñó con una mueca desdeñosa. Se incorporó a tientas y, apoyando los codos en el camastro, le increpó con ironía—. Hace una semana me quitasteis todo. ¿Ahora pretendéis devolvérmelo?

—Dispondréis de un ejército de mercenarios suizos, los mismos que os han atacado. Retomaréis el poder en la región y obtendréis el apoyo incondicional de los nobles que os traicionaron, que os jurarán fidelidad delante de mí y se disculparán. Luego marcharéis hacia Italia y os vengaréis del duque que invadió vuestras tierras.

—¿Venganza? ¿Proponéis que vaya a por Bocanegra?

—¿No lo deseáis?

—¡Cómo no he de querer vengarme de ese cretino! —respondió sin pensar

Mustaine—. Lo que no entiendo es por qué hacéis esto. Yo debería estar muerto o encarcelado…

—No es momento de entender, solo de elegir. ¿O preferís olvidar mi propuesta y quedaros aquí en calidad de prisionero?

—Devolvedme mi archiducado —rugió— y juro que me encargaré de Bocanegra.

—Así sea: mañana mismo encontraréis un ejército en Chamonix y volveréis a luchar por el poder.

—Tengo un plomo de arcabuz en el hombro y tres flechas en la espalda —recordó.

—Sois un hombre fuerte, vuestras heridas cerrarán —contestó Èvola tajante—. Ordenaré a los médicos viajar a vuestro lado.

—¿Cómo podéis tener la certeza de que venceré al duque en sus tierras?

—Porque esta vez pelearéis del lado de la Iglesia —afirmó el religioso con total convencimiento.

El napolitano cerró la puerta a sus espaldas y, apoyándose en ella, sonrió satisfecho. Poco después un antiguo oficial de Mustaine llamó a aquella misma puerta todavía algo sorprendido: acababan de liberarle de su celda. Por orden del monje, le entregó la espada que este había perdido en la nieve durante la sangrienta escaramuza confirmándole asimismo que, aunque pareciera una locura, el ejército de suizos esperaba sus órdenes.

El archiduque tomó la espada y la empuñó con fuerza. La Providencia parecía derramar su gracia de extraña y retorcida manera, pero no se detuvo a pensarlo, no en ese momento; ya encontraría tiempo para hacerlo. Ahora era la hora de la venganza, no de la reflexión.

119

En la capilla Sixtina el cardenal Vincenzo Iuliano era el centro de atención. Permanecía sentado en un banquillo frente a Clemente VIII. A ambos lados, dispuestos en gradas, se situaba la curia. Prudente y desconfiado, había escudriñado atentamente los rostros y actitudes de los trece prelados que presenciaban la sesión en tanto no comenzaba la audiencia, que no tardó en iniciarse cuando la voz del secretario de Estado, Pietro Aldobrandini, resonó con profundidad en la estancia en un latín culto y cuidado:

—Su Santidad, poniendo fin a largas centurias de ocultación, ha roto hoy el

secreto de los papas motivado por un asunto de Estado sumamente peligroso e ineludible. —Iuliano escuchó estas palabras con la mirada firme y el semblante impasible exento de todo asombro, pues él era uno de los tres allegados al Pontífice que conocía el secreto. Sus ojos se cruzaron por un instante con los de Clemente VIII, que le devolvió una mirada compasiva y, al tiempo, extrañamente inescrutable—. Es esta la causa por la cual Su Santidad ha convocado a los principales pastores y consejeros de la Iglesia: para informaros, hermanos, de estos nuevos tiempos que vendrán. Vincenzo Iuliano, máximo cardenal de la Santa Inquisición romana, responderá e informará de los últimos acontecimientos. Por ello os pregunto —prosiguió el sobrino del Papa dirigiéndose a él—: ¿Estáis en condiciones de declarar?

—Lo estoy —respondió Iuliano con firmeza—, pero antes debo poner en antecedentes con todo detalle a los presentes de cuanto ha ocurrido: la Sexta Vía de Tomás de Aquino ha sido hallada en la iglesia de Santa María Magdalena, en Vézelay, Francia.

Un nuevo silencio, espeso e incómodo, se adueñó del lugar. Al cabo, la ansiedad empezó a recorrer las gradas hasta que, finalmente Henri de Gondi, obispo de París, habló:

—Cardenal Iuliano, ¿tenéis la certeza de que se trata del último escrito de santo Tomás y no de uno falso?

—El documento es auténtico, contiene la demostración racional de la existencia de Dios a través de un silogismo comprensible para la lógica humana. Es el *Codex Terrenus* que hemos buscado durante siglos. No se trata de un mito, la Iglesia tiene conocimiento de él desde mil doscientos setenta y cuatro, año en que se decidió mantenerlo oculto. Hasta hoy.

Un murmullo de asombro invadió la capilla. Todos los presentes eran conscientes de la gravedad de la situación.

—¿Y cómo ha podido descubrirse ahora, después de tanto tiempo? —quiso saber Stefan Szuhay, obispo húngaro.

—Por un antiguo mapa codificado contenido en una reliquia que hemos buscado durante siglos. Fue diseñado por los discípulos de Tomás y ocultado por ellos, pero en el Medievo los brujos lo robaron, aunque nunca pudieron descifrarlo.

De nuevo los murmullos invadieron la capilla.

—Pero ¿quién ha descifrado el códex? —dijo Federico Borromeo, arzobispo de Milán.

—Angelo DeGrasso —respondió, escueto.

—¿DeGrasso, el Gran Inquisidor de Génova? —Los ojos del cardenal genovés Pinelli brillaron de admiración—. ¿Cuál es entonces el problema? ¿Acaso un inquisidor de vuestra congregación no es digno de confianza para proteger este manuscrito?

El cardenal Iuliano lo contempló con prevención. La respuesta no iba a ser fácil.

—Nuestro inquisidor ha sido engañado y utilizado para llegar a la Sexta Vía. En cuanto logró sus objetivos fue despojado del documento y asesinado por un brujo.

—Fue un brujo perteneciente a la antigua secta —aclaró el papa Clemente VIII con autoridad—, aquellos descendientes de quienes conspiraron contra los primeros papas en las catacumbas para enviarlos a una muerte segura en el circo de Nerón.

El silencio se apoderó de los presentes. Nadie supo bien cómo reaccionar ante la inesperada noticia hasta que Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, tomó la palabra.

—¿Cómo ha podido caer DeGrasso víctima de esa secta de brujos?

El papa Clemente VIII miró al Gran Inquisidor conminándole a continuar.

—DeGrasso estaba solo en Francia, exiliado por el Santo Oficio. No pude advertirle, aunque de todas formas no me habría escuchado, pues además de ser un inquisidor, también era miembro de la *Corpus Carus*, una cofradía tomista destinada a proteger el mapa. La Sexta Vía es un argumento teológico sumamente peligroso y, conscientes de ello, los discípulos de santo Tomás prometieron guardar el secreto e incluso esconderlo de la propia administración de Roma. Como cofrade, DeGrasso emprendió en soledad, al margen de su oficio de inquisidor, la búsqueda del Codex Terrenus porque sabía que el mapa había salido a la luz y los brujos no tardarían en descifrarlo. Eso hizo que decidiera adelantarse, para poder cambiar esos documentos a un lugar más seguro o quizá…

—¿Entregarlos al Pontífice? —arriesgó el jesuita Bellarmino.

—Es posible. —El General de la Inquisición asintió pesadamente con la cabeza —. Puede que DeGrasso quisiera entregar el documento sin intermediarios. Lamentablemente, falló en el intento y terminó llevando a los brujos hasta él. En estos momentos, la esfera que contiene la Sexta Vía está en Aosta, en el castillo de Verrés, protegida por el duque Bocanegra. En breve será entregada a editores protestantes. Si eso sucede, el silogismo para demostrar a Dios se imprimirá y, para nuestra desgracia, será divulgado.

—¿Acaso ese duque se ha vuelto loco? ¿No es católico? ¿Pretende traicionarnos?

—El ducado entero de Aosta está bajo la influencia de un moldavo —informó Iuliano con pesar—, Darko Bogdan, el Maestre de los brujos, que usó su cargo como astrólogo papal para acceder a las informaciones que le llevaran a la esfera. Él es el cerebro de todo esto y quien ha convencido al duque Bocanegra, cegado por el oro y aturdido por las palabras de un diablo, de abjurar del catolicismo, tomar la fe reformada y desafiarnos.

—Su Santidad… ¿Qué vamos a hacer? ¿Habéis tomado alguna decisión?

—Haré lo que el máximo responsable de la Inquisición crea necesario —respondió.

—Necesito el ejército de la Iglesia. Todo el ejército vaticano. Sin restricción —

anunció el Gran Inquisidor alzando el mentón.

—¡Es inaudito! —replicó el secretario de Estado vaticano.

El Pontífice alzó la mano y lo silenció.

—¿Cuándo lo necesitáis?

—En tres días. A las puertas del valle de Aosta.

Clemente VIII estaba empeñado en un feroz combate contra los turcos. Tanto sus arcas como su tropa se hallaban diezmadas, pero Roma tenía la inexplicable cualidad de generar recursos de la nada. Aun sin dinero y sin demasiados soldados, podía convocar una legión de la noche a la mañana; era el poder que muchos príncipes envidiaban e incluso temían.

—Lo tendréis —sentenció el Sumo Pontífice.

—Eminencia, los turcos avanzarán si retiramos el apoyo a Hungría y tomarán las tierras cristianas —le recordó su sobrino—. Deberíais contemplar que…

—Créeme, si la Sexta Vía sale a la luz —cortó tajante el Papa— las escaramuzas con los jenízaros serán un buen recuerdo en la historia de la Iglesia, el recuerdo de cuando aún conservábamos la fe en Dios. Los turcos gritan el nombre de su profeta, esa esfera en cambio contiene el fin de la teocracia, el veneno que alejará al hombre de la Iglesia por siempre.

Esa misma noche se tomó la decisión. El ejército de la Iglesia caería sobre Aosta, su duque y los brujos.

Un desastre de proporciones bíblicas estaba a punto de comenzar.

XXXII. Divide et impera

120

Dentro del castillo de Verrés se extremaban las precauciones. Darko había decidido comprobar la esfera antes de enviarla a Suiza, pero su ceguera le impedía hacerlo, por ello había pedido ayuda a su discípulo: ante ellos estaba el cofre que contenía la Sexta Vía. El duque tomó la cadena que colgaba de su cuello, separó una de las llaves que pendían de ella y, con sumo cuidado, la introdujo en el candado de hierro. Tras tres vueltas el seguro cedió y abrió el cofre. El Gran Brujo, apresurado y torpe, palpó el interior hasta dar con la *bullée* envuelta en terciopelo perfumado. Sus dedos largos y huesudos, ansiosos, encontraron el seguro y lo accionaron para abrir el orbe dorado que contenía un pergamino enrollado.

El moldavo sonrió ante el documento que había ansiado toda su vida, que tanto buscaron los que le precedieron. Habría llorado y gritado, pero debía mantener la compostura ante el duque.

—Léelo —ordenó a su discípulo.

Lord Kovac lo desenrolló con delicadeza, lo sostuvo delante de los ojos y aguardó en silencio mientras el duque Bocanegra asistía atónito al ceremonial de aquellos dos hombres que, a su juicio, daban un valor absoluto a un miserable escrito.

El húngaro comenzó a leer con un suave tono de voz:

—El título reza: «Tomás de Aquino, Sexta Vía. La Vía Dolorosa. Demostración final de la existencia de Dios: Cuestión primera: *Codex Terrenus*. Año del Señor de mil doscientos setenta y cuatro…».

—¡Es suficiente! —exclamó Darko alargando las manos en las que, de inmediato, depositaron el pergamino.

Creyó que no podría soportar el peso de tanta erudición en sus manos, una erudición que envidiaba, que no era la suya. El Gran Brujo odiaba tener que reconocer que un hombre como Tomás de Aquino fuera más inteligente que él, que la mente de un santo católico hubiese podido acariciar la excelencia mientras la suya vadeaba entre maquinaciones y conjuras. Un fugaz pensamiento cruzó su mente, podría arrancar aquel nombre del pergamino y poner el suyo, deseó escribir: *Darko Bogdan y su demostración final de la existencia de Dios. Año 1599…* Pero el noble interrumpió sus sueños, que se rompieron en mil pedazos al estrellarse contra la realidad.

—Si ya habéis comprobado lo que queríais, cerraré el cofre.

Las manos huesudas del anciano depositaron la Sexta Vía dentro de la esfera; Bocanegra la cerró accionando el seguro e introdujo la reliquia envuelta en terciopelo en el cofre, que a su vez cerró con tres vueltas de llave.

—Entregadle el cofre a lord Kovac —ordenó Darko—. Él trasladará nuestro tesoro a Suiza.

—Todavía no —proclamó Bocanegra en un rapto inesperado apretando el cofre contra su pecho—. Solo entregaré la esfera cuando llegue el ejército protestante.

Hubo un silencio en el cual pareció oírse el sonido del cerebro de Darko trabajando sin denuedo para convencer al duque de lo contrario.

—Pero ellos ya pagaron el adelanto —fue el único argumento que pudo esgrimir — y vos debéis entregar la reliquia. Estad tranquilo, cumplirán su palabra.

—¿Y si no lo hacen? ¿Y si la entrego y ellos me traicionan dejándome a merced de mis nuevos enemigos, la Iglesia?

—Eso no sucederá. Yo seré el aval.

—No es suficiente, no me voy a jugar el pellejo por la sola garantía de un astrólogo decrépito y un puñado de promesas.

—¡Estáis rompiendo nuestro trato! —exclamó Darko enfurecido.

—No, simplemente lo modifico. No me desprenderé de la reliquia a menos que vea a ese ejército protegiendo mi valle.

Por un momento Darko creyó notar la misma opresión en su pecho que ya había sentido en las cárceles de la Inquisición, pero se contuvo. Un simple capricho no estropearía sus planes.

—De acuerdo —murmuró entre dientes con un tono dulce y complaciente que estaba muy lejos de sentir—, tendréis el ejército en un día. Dadme unas horas para notificar vuestras nuevas peticiones y os garantizo que aquí estará. Lord Kovac, enviad un mensajero y decid al conde de Ginebra que entre con su ejército en el valle.

—Decid al conde protestante —añadió Pasquale Bocanegra— que la esfera estará segura bajo llave y que le espero para ofrecérsela con mis propias manos. Nadie más osará tocarla en este castillo.

Lord Kovac asintió y abandonó presuroso la habitación y, tras él, el duque italiano se retiró llevándose la esfera. Darko se quedó agarrado al bastón sumido en su propia oscuridad mientras su mente analizaba aquel nuevo obstáculo que suponía el capricho y la inseguridad del duque. Pese a todo, estaba tranquilo. Sus años le habían curtido en imponderables y sabía que la ciencia prevalece sobre la calamidad. No debía flaquear. Estaba a un paso, solo a un paso de lograr su objetivo.

Darko sonrió con una mueca bufonesca anticipándose a lo que habría de venir. Era un Gran Brujo y habían cometido el error de subestimarlo.

121

Con las primeras claridades del alba los exploradores de avanzada divisaron al ejército invasor. El contingente de mercenarios suizos había atravesado el Mont Blanc a las órdenes del archiduque Mustaine y se hallaba al pie de los bosques nevados, a escasas leguas de la región de Courmayeur.

La noticia llegó como un rayo a oídos del capitán Martínez, que se encontraba al mando de la única facción mercenaria compuesta por españoles que, guarecida en el castillo de Aymavilles, aún seguía al servicio de Bocanegra. No le costó comprender que ahora el ducado de Aosta se encontraba en una difícil situación: tal y como le habían informado desde el Vaticano, llegaría el contingente armado prometido por el cardenal de la Inquisición mientras que por Francia acababa de hacer presencia la abultada carga de mercenarios suizos reagrupada por Èvola.

En cuanto decidió traicionar a la Iglesia, Bocanegra se planteó la posibilidad de que los suizos dejaran de responder a sus órdenes y ahora se demostraba que no se había equivocado. Pero lo que el duque ni remotamente llegó a imaginar fue que el ejército viniera comandado por Mustaine, al que creía muerto. Ahora el francés estaría colérico y ciego de venganza, y esa era la principal fuente de los temores de Martínez.

—El duque confía en vosotros, capitán Martínez —le informó Parlavicino, el consejero de Aosta—. La capital del valle estará a salvo mientras resistáis en este castillo.

—Para ello necesitaremos más hombres —espetó él—. Sugiero que parte de las fuerzas regulares del ducado se queden aquí, con nosotros.

—Eso es imposible. Su Excelencia no dividirá sus efectivos. Su ejército se quedará en el sur, en Verrés, aguardando la embestida del Vaticano.

Martínez intentó hacer entrar en razón al consejero explicándole la desigualdad de condiciones a que se enfrentaban:

—Somos trescientos veinticinco españoles y no podremos resistir demasiado, no cuando el enemigo suma más de dos mil. Nos aplastarán.

—Lo siento, pero eso no es asunto mío. Vos sabíais a lo que veníais. Sois un mercenario de la Corona española, el duque ha pagado a vuestro rey por los servicios.

—Entonces, ya que no os preocupáis por mis hombres, espero que lo hagáis cuando mañana veáis una multitud de franceses saqueando la ciudad. En ese momento acordaos de mi cadáver y del ejército que me negasteis y preparaos para doblegaros ante el invasor, porque ya será tarde para que yo, ni nadie, pueda arreglar la situación.

El consejero de Bocanegra meditó en silencio y fijó su mirada en la del capitán español. Parlavicino habló despacio y decidido.

—No tendría que revelaros este dato pero las circunstancias me obligan a hacerlo: estamos esperando un gran ejército que llegará desde Suiza. Está a un día de camino. Si resistís en esta fortaleza tan solo un día, daréis tiempo a que el contingente llegue y empuje a los franceses nuevamente detrás de las montañas.

—De acuerdo —asintió el español con su rostro rasguñado y sucio de pólvora—. Enviad al duque el parte de nuestra situación y decidle que combatiremos. Pero será de vital importancia que llegue ese contingente en no más de un día —le recordó.

El consejero, sin más que decir, abandonó la sala.

En cuanto Martínez informó a sus hombres, la ira se desató sin freno y se contagió de soldado a soldado como un reguero de pólvora mal apagado.

—¡Maldigo el día en que llegamos a este valle! —despotricó el almirante Calvente—. ¡Decidme qué demonios puede hacer un capitán de galeón como yo en este castillo al pie de las montañas!

Martínez dio unos pasos hasta la mesa, llevando tras de sí su capa rota y chamuscada. Luego señaló un mapa del valle.

—Sé que esto no es parecido al mar, pero vos sois el maestro artillero. Deberéis montar una defensa aquí con los cañones que tengamos —dijo a su compatriota señalándole la posición en un mapa del valle.

—¿Es que no lo entendéis? —Hacía dos días que León Calvente no dormía y sus ojos delataban su cansancio y su sorpresa—. ¡Los cañones son armas navales y no sirven en tierra! Una cosa es apuntar a un galeón que se mueve torpe y predecible y otra cosa muy distinta tratar de embocar una bola de hierro en un caballo veloz o tratar de hacer blanco a ochocientos pasos en un puñado de infantes que corren y saltan como pulgas.

—Pues decídselo a nuestro rey, porque ni yo os envié a este lugar ni tampoco quise venir para estar ahora en este castillo —respondió Martínez—. Sin embargo aquí estamos y debemos afrontar lo que venga porque nuestras vidas dependen de ello. Solo dadme un día, un único día de defensa.

Calvente resopló resignado y apoyó las manos en la mesa. Tenía la chaqueta desabotonada y las medallas torcidas.

—¿Cuántos cañones tenemos?

Martínez interrogó con la mirada al artillero Deluca, con el rostro también sucio de pólvora y una costra de sangre reseca en la oreja.

—Tres bombardas y cuatro culebrinas.

—¡Por Dios santo, eso no es nada! —gritó Calvente.

—No olvidéis que nos protegen los muros de esta fortaleza. Estaremos guarecidos. Tan solo debemos mantener a raya a los invasores en la distancia por un día, solo un maldito día. ¡Dadme una feroz jornada de artillería y os juro que volveremos a ver a nuestras esposas y tomaremos todo el vino del Reino de España!

—prometió el capitán a sus hombres con fingido entusiasmo, pero la frase sonó demasiado bonita en, aquella mañana plomiza.

Todos sabían que antes del crepúsculo entrarían en reñido combate y que aquel día parecía estar destinado a convertirse en el último de sus vidas.

122

La puerta sonó tres veces y dejó paso a Ségolène, que caminó hacia el duque de Aosta con una misteriosa sonrisa en su rostro sereno y delicado.

—Excelencia, la hija del cardenal ha despertado hace menos de una hora. Se muestra confundida, aunque los sedantes la mantienen tranquila.

—¿Ha dicho algo? —se interesó.

La francesa se acercó aún más al noble y le habló con tono confidencial.

—Desea yacer en el lecho con vos. —Sus ojos brillaron lascivos—. Parece que el brebaje, además de sedarla, ha estimulado su deseo…

Bocanegra respiró despacio, parecía que, de pronto, le faltaba el aire.

—Por el amor de Dios… ¿Anastasia ha dicho eso?

—Sí. Quiere estar con vos y conmigo esta misma noche —susurró y clavó sus enigmáticos ojos azules en el noble—. Yo estoy dispuesta, ¿y vos?

El duque sintió el abrupto despertar del déspota más tirano que el mundo conociera jamás: su verga. Lentamente se fue hinchando dentro de su pantalón al punto que debió encorvarse sutilmente para disimular. Ségolène concentraba su atención en aquella mueca de placer.

—¡Desde luego que sí! —casi gritó temblando de emoción. Luego, agitado, se pasó la mano por la mandíbula y ordenó—: Organizad todo para esta misma noche, después de la cena. Preparad a Anastasia… Preparadla para mi placer.

La francesa se volvió y se alejó por el pasillo dejando a Pasquale Bocanegra a punto de estallar de gozo. Lo tenía todo: era rico y estaba rodeado de mujeres hermosas. Era el hombre más poderoso en la viña de los incrédulos.

123

La bola de hierro incandescente entró por la ventana más alta de la fachada.

Aquel impacto marcaba, sin lugar a dudas, el comienzo del asedio, e indicó al capitán Martínez que la guerra había llegado más pronto de lo que imaginaba y que el cerrojo de castillos de la frontera ya había caído. Pronto el clamor de los escombros y hierros retorcidos se propagó por todo Aymavilles, y las esquirlas de madera se dispersaron en un estallido como dagas en el aire y el polvo flotó sobre los hombres como un manto de muerte. Después sobrevino el silencio, cínico, como promesa de la carnicería venidera.

Durante la mañana, el archiduque Mustaine había asediado, sometido y aplastado cinco fortalezas, los castillos de Le Châtelard, Avise, La Motte, Introd y el mismo Saint-Pierre, y Martínez supo con una cruel certeza que Aymavilles caería en menos de dos horas. Esta era una construcción con cuatro torres almenadas en sus extremos y un talud perimetral de roca sólida. Cada uno de sus flancos estaba vigilado, pero la potencia artillera de los españoles ahora se dirigía hacia el corazón mismo del valle, lugar donde apareció el enemigo francés. Otro estampido y una nueva bombarda golpeó el muro.

—¡Están todos ahí fuera! —chilló el artillero Deluca, que salió de una habitación contigua—. Capitán, los infantes esperan vuestras órdenes.

Martínez, con su trabuco en alto, corrió frenético por los pasillos húmedos, escuchando ahora los estruendos provenientes de las torres, donde el almirante Calvente había dispuesto la artillería. En cuanto llegó junto a él pudo contemplar desde las alturas un enjambre de hombres y caballos que avanzaban por la nieve dispuestos a masacrar todo cuanto se les resistiera.

—¡Fuego! —gritaba León Calvente, y los únicos tres cañones que había dejado el duque Bocanegra tronaron como relámpagos liberando chispas y una espesa nube de humo.

—¡Fuego! —repitió Deluca, y algo más de doscientos mosquetes descargaron sus plomos, a todas luces insuficientes e ineficaces contra aquel tapiz de enemigos.

Diez bombardas sonaron en las líneas del archiduque francés y no tardaron en adivinar que habían dado en el blanco: no era difícil acertar a dar a una fortaleza. Mientras, los españoles apuntaban a un rosario de puntos negros en movimiento.

Tras la descarga de la artillería el capitán Martínez se volvió para contemplar la desolación: la torre izquierda quedó destruida casi de inmediato. Ni un solo español seguía en pie en ese puesto. Sin apenas una pausa, una descarga de flechas prendidas en aceite se clavaron en los techos y en los cubos de heno para los caballos y al poco un humo espeso señaló el principio del incendio.

Calvente ordenó una segunda descarga justo cuando una docena de bolas enemigas alcanzaba esa misma torre y, súbitamente, todo fue confusión. Deluca cayó con la espalda ardiendo y un grito visceral se escuchó entre el polvo y la confusión. Detrás de él, Martínez pudo divisar a Calvente, que caminaba errático, con el

uniforme roto y sujetándose una herida del muslo producida por una esquirla. Sus medallas ya no lucían en el pecho y su confusa mente naufragaba en algún lugar distante, lejos de los cañones.

La torre había sido arrasada, pero el asedio no se detuvo. La infantería enemiga comenzó a violentar el portón principal y los pocos supervivientes supieron que en poco tiempo comenzaría el combate más temido y descarnado, el de cuerpo contra cuerpo, entre las paredes de piedra de aquel castillo que estaba siendo destruido con inusitada rapidez.

Bastaron un par de sacudidas para que Calvente volviese en sí. El capitán Martínez sangraba por la nariz y su cara mostraba una firme determinación.

—Es imposible esperar un día —gritó—. No creo que aguantemos ni una hora. ¡Larguémonos de aquí!

León Calvente se pasó la mano por los labios. Sin decir una palabra extrajo una petaca de su chaqueta y bebió de ella con desesperación.

—Bocanegra es un hijo de mil putas —maldijo con tufo alcohólico—, mirad cómo estamos… ¡Soy un respetable almirante español y ahora parezco un pordiosero!

El artillero Deluca se levantó tosiendo; ya no tenía cejas, tan solo unas escuálidas líneas chamuscadas.

—Reunidlos a todos —le ordenó Martínez— y preparad el repliegue por la torre trasera. La capital de Aosta caerá esta misma noche, es inevitable. Nosotros trataremos de salir vivos de este infierno.

124

El duque movía su copa lentamente mientras contemplaba a las dos mujeres. Solo el crepitar de la chimenea dotaba de sonido la escena. Tanto Ségolène como Anastasia estaban tumbadas en el lecho de hierro, en silencio. Bocanegra, que había ordenado que no se le molestara esa noche, se volvió para cerrar el cuarto con llave y aquel gesto fue para las damas una promesa de placer esclavo.

Anastasia seguía los movimientos del noble con aquella mirada esmeralda y seductora. Sus labios permanecían semiabiertos y tenía el cabello recogido.

—Vos sois el motivo de todo mi deseo —dijo el hombre dirigiéndose a ella—. Me sois tan preciada que lo daría todo por vuestra voluntad.

Anastasia alzó el mentón y sonrió.

—¿Os atraigo porque sabéis que no os amo? —Suspiró.

El duque bebió de su copa y sonrió.

—Me atraéis porque es imposible que ignore la belleza en estado puro. Pero ahora sé que Dios se equivocó al poner tanta perfección en un alma voluble y caprichosa como la vuestra.

La hija del cardenal le miró con fijeza. Sus ojos brillaron con pensamientos tan íntimos como peligrosos. Aunque el italiano era bien parecido, su avaricia, charlatanería y materialismo le impregnaban de un hedor irrespirable para la florentina. Un hedor que intentaba disimular.

—Yo pedí que vinierais esta noche —respondió.

—Lo sé —dijo Bocanegra con una sonrisa terrible y déspota.

Ségolène acercó una mano al vestido de seda de Anastasia y dejó libre uno de sus senos. Manoseó el otro pecho por encima de la tela y observó el efecto que aquello producía en el duque. Con gestos felinos, la francesa unió sus labios a los de Anastasia besándola y mordiéndola con devoción y forzó a la italiana hasta que aquel beso, en principio delicado, terminó convirtiéndose en un roce voluptuoso de lenguas y saliva.

Anastasia miró al duque con descaro.

—¿Esto es lo que os excita? —jadeó. Su boca había sido allanada y su cuerpo desvestido. Su resistencia inicial había parecido desaparecer y sus ojos delataban deseo y confusión.

La francesa volvió a manosear los senos carnosos de Anastasia, que colmaban sus manos. Sus pezones poco a poco se endurecían como si aquellas caricias cebaran el fuego de una pira prohibida. La alcoba comenzó a llenarse de sonidos, de gemidos y suspiros, al tiempo que sus dedos se deslizaban en los pliegues más íntimos, tanteando y explorando su vulva húmeda de excitación.

Bocanegra se colocó lentamente la pipa en la boca y prendió el opio. Aspiró profundamente y continuó contemplando aquellas mujeres en el lecho. Luego se abrió la bata y dejó asomar su pene erecto.

—Tengo cuanto podáis desear… —detalló mirando a Anastasia al tiempo que se acercaba a ellas—. Solo dejaos seducir y tendréis todo a vuestros pies.

Ella le miró y afiló su expresión.

—¿Qué me daríais por encajar vuestra verga entre mis pechos? —propuso lasciva.

Anastasia no podía hacer más que dejarse llevar, su fiebre de emociones le había conducido a una extraña y placentera relajación. Ségolène metió su cabeza entre las piernas de su nueva amante, abriéndolas con cuidado y por completo, como si se tratase de un libro de placeres. El roce de su lengua comenzó a encender una hoguera

que pincelaba con saliva aquellos labios mudos, lentamente, hasta conseguir una llama viva de placer. Ambas mujeres comenzaron a sudar. Las piernas largas y torneadas de Anastasia temblaron como hojas secas y de pronto el calor de su interior se tornó ingobernable. Sus labios dejaron escapar un hálito evanescente que debió repetir varias veces para transformar en palabras:

—¿Os gusta verme así, entregada y en vuestra cama?

El duque de Aosta no podía despegar la vista de la italiana, que respondía mansamente a los embates de la francesa, a cada roce y cada beso, a cada sonrisa y cada susurro. El noble aspiró profundamente el opio y derramó con torpeza su copa de licor en la alfombra al dirigirse al tálamo donde la francesa lo reclamaba invitándole a compartir con ellas el calor de las sábanas.

Bocanegra se echó en los brazos de Anastasia, que le recibió con un beso en la boca mientras Ségolène, desbocada, devoró su verga como si su vida misma se alimentase de ese néctar.

El frío exterior no existía allí dentro ni se escuchaban los clamores del viento. La nieve y los bosques fueron testigos silenciosos de esa luz en la ventana del castillo en aquella noche de abismos, tan oscura como tentadora.

XXXIII. El apóstata

125

La chimenea había apaciguado su clamor nocturno y ahora solo era un continuo chisporroteo casi apagado en el silencio de la gran alcoba en cuyo lecho dormían dos jóvenes desnudas unidas en un seductor abrazo. Bocanegra yacía junto a ellas, boca abajo, con uno de los brazos caídos fuera de la cama rozando la alfombra. Su mano, inerte, había dejado caer sobre ella una botella que derramó todo su contenido.

Una de las mujeres abrió los ojos. Había fingido tragar el humo del opio sin aspirarlo realmente y posado sus labios en muchas copas, pero no había bebido una sola gota. Todo ese tiempo permaneció alerta, aguardando su momento.

Alzó la cabeza con cuidado y comprobó que sus dos lujuriosos compañeros estaban dormidos. Mucho había tenido que soportar Anastasia Iuliano para alcanzar su objetivo que ahora, por fin, se cumplía tal y como predijo desde que planeara aquella orgía.

Sus hombros delicados se irguieron tras apoyar los codos en el colchón, luego, con delicadeza, sin que la francesa lo notase, apartó sus manos del cuerpo tibio de esta y, sentándose, observó en silencio a sus compañeros de lecho: el duque roncaba como un oso y Ségolène, por su parte, respiraba armónicamente, con la curva de su cintura desnuda aflorando entre las sábanas mientras sus cabellos sueltos caían sobre la almohada como trigo recién segado.

Anastasia salió del lecho y desnuda lo rodeó hasta llegar junto al duque. Sigilosa, se arrodilló sobre la alfombra mojada para poner su rostro a la misma altura del suyo y, al tiempo que su mano apartaba con cautela los bucles del hombre, con un rápido vistazo comprobaba que en su cuello no estaba lo que en él buscaba.

Se volvió hacia la ropa tirada en un rincón, sus caderas balanceándose cadenciosas a cada sigiloso paso que daban sus piernas firmes y perfectas, desnudas, al cruzar la habitación. Se inclinó sobre aquel bulto informe de telas y palpó las vestiduras del noble hurgando en cada pliegue y cada bolsillo, en cada palmo de seda y terciopelo. Finalmente, una tibia sonrisa despuntó en su rostro cuando su mano dio con la cadena del duque, la que siempre llevaba al cuello con un manojo de llaves. Anastasia se puso en pie y las ascuas candentes de la chimenea alumbraron su desnudez. Quedó inmóvil, meditando por un momento, y su belleza se reveló casi irreal contra el reflejo de aquel resplandor que la mostraba como una diosa prostituida por las llaves de su salvación.

126

Hacia el sur, a pocas leguas de Verrés, el valle de Aosta se estrecha para ofrecer un acceso angosto y difícil. Justo allí se enclavaba la fortaleza de Bard, desde donde se domina el caudaloso río Dora Baltea. La roca desciende vertiginosa por paredes inaccesibles que protegen los flancos y terminan bajo el agua helada del río, otorgando a la fortaleza una privilegiada posición que parecía no prescribir con el paso de los siglos, pues había sido erigida durante el arcano siglo vi por un bárbaro invasor, el rey ostrogodo Teodorico.

Sin embargo, aquella madrugada los vigías de las torres del homenaje se sorprendieron cuando vieron ante sus puertas un ejército inconmensurable que ningún anciano de Aosta recordaba en los anales de la región, pues desde épocas medievales el valle no se abría a semejante ejército invasor. Solo que en esta ocasión no se trataba de bárbaros, sino de italianos, de una auténtica legión de más de treinta mil soldados católicos armados con mucho más que su fe.

Aquella hueste se difuminaba entre las sombras y la niebla bajo los pequeños copos de nieve que pululaban como cenizas en el aire. Era una tropa castigada y experta compuesta por hombres curtidos en la guerra. Muchos venían de Bulgaria y Hungría de detener el avance turco y no temían a la sangre.

Delante de aquel gran ejército vaticano que aguardaba entre las sombras y la niebla, bajo la nieve que se posaba sobre sus cabezas como cenizas venidas de ninguna parte, se encontraba su jefe, el cardenal luliano. Junto a él, montados también en potentes sementales, los generales y los estandartes vaticanos. La Iglesia había llegado al valle.

Los responsables del castillo de Bard, conmocionados, enviaron rápidamente un mensajero para avisar al duque de Aosta, que partió a galope frenético acompañado por un negociador que se encargaría de recibir a los católicos. Esa noche la muerte descendió como una sombra siniestra para instalarse en los corazones de todos.

127

Los insistentes golpes en la puerta no cesaron hasta que los pesados ojos del duque se abrieron. Pasquale Bocanegra se sentó en el lecho y se frotó los ojos. Un fuerte dolor de cabeza le oprimía las sienes y tenía la lengua seca y amarga. Desvió la vista hacia la puerta y se dejó llevar por un ataque de ira ocasionado por la inadmisible molestia.

—¡Qué demonios pasa! ¡Quién se atreve a despertarme! —Se puso en pie tapando su desnudez con el calzón y abrió el picaporte con violencia.

En el pasillo encontró unos rostros que nunca habría imaginado ver allí y que, por su expresión demudada y temerosa, explicaban por sí mismos la situación.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —preguntó el duque.

Su consejero Martino Parlavicino estaba ante él acompañado por los mercenarios españoles, que se encontraban en condiciones deplorables.

—Hemos perdido el control de Aymavilles —informó el capitán Martínez, de capa rasgada y rostro polvoriento—. La capital de Aosta está siendo invadida por el enemigo francés y ya no tengo hombres para combatirle. Mustaine podría llegar aquí al amanecer.

Bocanegra se quedó petrificado, retrocedió unos pasos sin emitir sonido alguno y permitió sin percatarse de ello que los mercenarios descubrieran tras él los rastros de la orgía, pues Ségolène los contemplaba desnuda desde el lecho, aún sin alcanzar a entender el motivo de aquel abrupto despertar.

—¿Cuáles son las órdenes? —preguntó el consejero ducal.

Pero no llegó a responder, pues antes de que pudiera hacerlo la llegada apresurada de Darko y su discípulo, que entraron con prisa en la habitación como si se tratase de un puesto de mando, interrumpió el curso de sus nublados pensamientos.

—El ejército de la Iglesia ha llegado por el sur —resopló el viejo, siempre guiado por lord Kovac—. Son treinta mil. El vizconde de Bard no peleará contra ellos; envió un heraldo diciendo que intentará retrasarlos lo más posible pero que los dejará pasar sin resistencia antes que enfrentarse a una muerte segura.

—¿Que el vizconde no peleará? —preguntó incrédulo el duque de Aosta—. ¡Pero si es un comandante de mi ejército! ¡Eso es traición!

—Nadie dará su vida por vos —le respondió Darko con desdén y una inesperada crudeza—. No esperéis pleitesías estúpidas a la hora de la muerte cuando vos mismo no habríais dado la vida por el vizconde en la misma situación.

Bocanegra caminó colérico hacia el viejo y se enfrentó a sus ojos muertos.

—¡Deberíais darme la solución ya que me metisteis en todo esto! —gritó desaforado.

—No busquéis en mí las excusas —contestó el anciano sin inmutarse—. Fue vuestra la decisión de aceptar como paga baúles llenos de oro sin entregar la reliquia en su tiempo y forma por miedo a una traición. Ahora no me pidáis soluciones. Es hora de que afrontéis la victoria o la soga que, como a Judas, pende de un árbol en vuestra espera.

—¡Maldito brujo! —vociferó con todas sus fuerzas el duque—. ¡Me hicisteis abdicar de mi fe! ¡Me convencisteis para que aguardara un ejército protestante que nunca llega! ¡¿Y ahora esperáis que asuma mi destrucción como si yo hubiese sido el

único responsable de todo?! —El italiano elevó un puño y lo agitó en el aire—. ¡Debería haceros decapitar hoy mismo por vuestro atrevimiento!

Lord Kovac se interpuso entre el noble y su maestro llevándose la mano a la cintura. Inmediatamente el capitán Martínez, dispuesto a proteger al italiano que le había contratado, entró desde el pasillo con su trabuco amartillado seguido por Calvente y Deluca.

—Calma —tranquilizó Darko al advertir los sonidos inequívocos de las armas preparadas para el ataque tan cerca de sí—, que nadie cometa una locura.

Kovac regresó al lado de su maestro deponiendo su actitud defensiva en tanto Martínez desmontaba el martillo de su mosquete, Calvente bajaba su espada y Deluca recogía el puñal en su funda.

—Entonces decid qué proponéis antes de que decida arrojar vuestro cuerpo por el acantilado de esta fortaleza —masculló el duque.

El astrólogo meditó. Sabía que era un momento difícil y que el trabajo de toda su vida bien podía terminar en nada, así como su propia vida.

—Debemos confiar en los suizos protestantes, su ejército está muy cerca. Ellos nos salvarán de los invasores.

—¡Los estamos esperando desde ayer! —exclamó Bocanegra—. ¿Qué os hace pensar que podrían venir hoy?

—La esfera —replicó Darko—. Si la entregamos, tal y como habíamos pactado en un comienzo, vendrán. Vos pusisteis condiciones a medio camino y los protestantes no sacrificarán sus tropas por algo que quizá nunca llegue a sus manos. Por eso se han detenido.

—¿Y qué garantías tengo de que vendrán una vez les haya dado la reliquia?

—Ya tenéis los baúles de oro, ¿qué más queréis como aval? ¿Acaso pensáis que vendrán y arriesgarán su vida solo por confiar en vuestra palabra? No muere por vos vuestro propio vizconde y pretendéis que unos desconocidos lo hagan en base a la misma palabra. ¿Pensáis que mentir no tiene consecuencias? ¡Todos saben que sois un mentiroso!

—Excelencia —intercedió el consejero Parlavicino intentando aplacar al duque, que rígido y extremadamente pálido había quedado en silencio tras oír al brujo—, por poniente vienen los franceses de Mustaine deseosos de venganza y por levante han llegado los cruzados del cardenal. No hay espacio en el valle para tanto enemigo ni digna escapatoria para un noble y sus sirvientes. Será mejor que contempléis el asunto de esa esfera que nos está arruinando. Podríais cederla y esperar la llegada del ejército protestante. ¿O es que acaso deseáis vivir desterrado de por vida en los bosques a causa de esa reliquia?

Bocanegra contempló por un momento todos aquellos rostros expectantes. Ségolène continuaba desnuda en la cama, pero su desnudez no era motivo de

curiosidad pues la situación llevaba a todos a pensar únicamente en escapar de su propia muerte.

—Está bien —se resignó ante el alivio de los presentes—, enviad la reliquia ahora mismo a los calvinistas y que traigan al ejército para que nos devuelva el control del valle. Detendré al ejército de la Iglesia yo mismo —afirmó.

Los españoles se miraron entre sí con la sospecha de que habían sido contratados por un verdadero loco.

—¿Cómo pensáis frenar a un ejército de treinta mil hombres vos solo? —indagó Martínez. Su pregunta fue tan directa que ni siquiera se acordó de llamarle «Excelencia». Nadie le había dicho que tendría que luchar contra la Iglesia, nadie había hablado de abjuración ni de ejércitos protestantes. Aquello comenzaba a ser demasiado para él.

—Tengo un seguro —murmuró el duque.

Pero entonces observó el lecho percatándose de algo y comenzó a escudriñar por todos los rincones, cubierto solo por su calzón. Cuando los presentes le vieron agacharse y mirar incluso debajo de la cama no pudieron evitar mostrar su desconcierto. Fue uno de sus consejeros ducales quien rompió el hielo:

—¿Qué os sucede, Excelencia?

—Anastasia… ¿Adónde ha ido Anastasia? —preguntó Bocanegra desencajado.

—Es verdad… se ha ido, ya no está —confirmó Ségolène ante el estupor generalizado.

Darko habló con voz acuciante.

—Debemos darnos prisa en entregar la esfera, ya veremos luego dónde se encuentra la señorita Iuliano. No podrá haber ido muy lejos, estamos dentro de un castillo amurallado.

El noble le escuchó y, asintiendo, se dirigió a lord Kovac.

—Id al tercer piso y encontraréis la esfera en la cámara, dentro del cofre. Os daré las llaves. Llevadla a los establos, yo bajaré a ellos en cuanto me vista y os aguardaré allí. Pondré a vuestra disposición un caballo y escolta para ir al encuentro de los protestantes.

Dicho esto se inclinó sobre sus ropas buscando… pero la cadena con las llaves tampoco estaba donde la había dejado. Tras revisar sus prendas más de una vez, su ira le llevó a gritar de nuevo:

—¡Me ha robado! —bramó—. ¡Esa puta florentina me ha robado las llaves!

Pasquale Bocanegra de Aosta pateó la botella tirada en la alfombra, pisoteó su pipa de opio y lanzó un temible alarido en dirección al cielo. Aquella era la peor mañana de su vida.

—Excelencia, ¿queréis que la busquemos? —preguntó el consejero.

El duque se volvió violentamente con sus ojos inyectados en sangre.

—¡Buscad a esa perra ahora mismo por todo el castillo! ¡La quiero a ella y mis llaves! ¡Removed piedra por piedra si es necesario y traedla ante mí!

En aquel momento, pese a la cólera que le embargaba, comprendió que todo su futuro había quedado en manos de Anastasia.

XXXIV. Visión terminal del espíritu

128

Se oyeron los sonidos roncos del cerrojo y el picaporte de hierro se movió pausadamente como si la mano que lo empuñara dudara en entrar, hasta que la puerta del tercer nivel del castillo de Verrés se abrió por fin y en la penumbra, con la luz del exterior a sus espaldas, se recortó nítidamente en el umbral la figura de Anastasia.

La habitación estaba, más que fría, gélida, de sus paredes de piedra encastrada parecía brotar una intensa humedad que la chimenea apagada no contribuía a aliviar. Los monjes yacían acurrucados en el rincón más alejado de la única ventana y Anastasia, al verlos, no supo si alegrarse por haberlos encontrado por fin o angustiarse por su precario estado.

—Dios mío —murmuró cerrando la puerta a sus espaldas.

—Gracias al Cielo que habéis venido —dijo trabajosamente el jesuita Tami a causa de sus labios amoratados.

A su lado, acurrucado contra él, se encontraba el sajón Killimet, con los vendajes de sus ojos sucios y rasgados. La joven caminó presurosa hacia ellos y se arrodilló a su lado, aferró la mano helada del ciego y la frotó con fuerza entre las suyas para proporcionarle algo de calor. El jesuita sonrió desde su oscuridad y puso su otra mano en su hombro.

—Os ha traído el Espíritu Santo —afirmó con suavidad en su tono.

—Creí que jamás lograría salir de mi encierro —reconoció Anastasia embargada por el cúmulo de emociones contrapuestas que ahora se cernía sobre ella. Sabía muy bien lo que había tenido que hacer para llegar a aquel lugar. Recordó la orgía que constituyó el punto álgido del plan de fuga que había organizado y sus ojos se nublaron pasando del verde esmeralda al gris, un color tan enigmático como sus pensamientos.

—¿Qué ha sucedido con los demás? —quiso saber Tami intentando levantarse.

—Bocanegra tiene problemas —le informó Anastasia—, ha abjurado de la Iglesia, lo oí anoche. Al parecer todo el valle de Aosta está sitiado por los ejércitos del Vaticano.

Killimet alzó la cabeza y, con rostro ilusionado, exclamó:

—¡Qué excelente noticia! Tan pronto como las tropas de la Iglesia tomen el castillo podremos salir de aquí. Ojalá Angelo y la esfera hayan conseguido llegar lejos.

—Angelo está muerto.

Los hombres escucharon espantados aquellas palabras inesperadas y devastadoras.

—¿Muerto? ¡No puede ser! —casi gritó Tami palideciendo mientras Killimet se santiguaba con mano temblorosa.

—Murió en Vézelay —le confirmó Anastasia con los ojos rebosantes de lágrimas—. Dio su vida para proteger la esfera, pero no lo consiguió. La reliquia está aquí, en el castillo. Bocanegra se la ha negado a la Inquisición y ahora acepta las órdenes de Darko.

—¿Y Ségolène? —preguntó Lawrence.

—Es una bruja discípula de Darko —dijo Tami—. Estoy seguro que fue quien entregó a Angelo.

—Pero si ella nos trajo la poción… —dijo Killimet atando cabos de repente—. Nos tragamos el anzuelo de sus mentiras.

Un denso silencio se instaló entre ellos, aislándolo en sus penas y recuerdos, hasta que Anastasia, que ya llevaba días llorando a su hermano y sabía de lo peligroso de la situación en el exterior, se vio obligada a romperlo apelando a su instinto más pragmático.

—Bien, hasta este lugar he llegado en mi huida —recapituló—. ¿Qué haremos ahora? —se dirigió a Tami indicándole la puerta de roble.

—Salir de aquí por donde podamos —le contestó al tiempo que, con dificultad, se ponía en pie y se acercaba a la ventana. Era amplia y de vidrios emplomados. Desde ella observó el barranco pedregoso y nevado y el bosque a sus pies—. Está demasiada alta, no podemos utilizarla. Tendremos que escapar por el interior del castillo.

Pero Anastasia tenía un propósito diferente. De entre sus ropajes extrajo la cadena con las llaves de la cámara y la mostró a la luz. Su voz fue tajante a la par que tentadora.

—Tengo aquí las llaves que guardan la esfera. Podríamos llegar hasta la cámara donde la esconde Bocanegra e intentar recuperarla…

Los jesuitas quedaron en suspenso. Tami, seducido por sus palabras, observó con sorpresa:

—Es una posibilidad. Pero también podríamos intentar escapar.

—Sería una locura. Con toda certeza moriríamos —rebatió Killimet desde el rincón—. Y yo estoy ciego… sería un estorbo.

—Lawrence —replicó Tami—, has estado en esto desde el principio. Escondimos el *Necronomicón* en la selva de Guaira, ¿o es que no lo recuerdas?, y luego lo perseguimos desde las tierras del virreinato de Asunción hasta Sevilla, desde Florencia hasta Génova, desde Armagnac hasta Chamonix y desde las tierras francesas hasta aquí. Todo un peregrinaje para resguardar el secreto de la *Corpus*

Carus, ¿y ahora dices que no quieres seguir?

—Esta vez no tenemos ninguna oportunidad —respondió lacónico su hermano de fe—. Somos tres contra un castillo; debemos aceptar el fracaso y la muerte. Muertos Nikos y DeGrasso, tenemos que aceptar que la *Corpus* ha sido devastada. Solo nos queda escapar.

—Entonces iré por mi cuenta —resopló Tami—. Yo conseguiré la esfera.

Hubo un silencio. Lawrence Killimet tomó los pliegues de su hábito harapiento. Lo acomodó y se agarró a las aristas de la piedra en las paredes. Ante la mirada expectante de Anastasia y Tami, se levantó y, sin saber dónde estaba ni las formas que reinaban en aquella habitación, dispuso:

—Está bien —concluyó—. Creo que esta será nuestra última misión.

—Tenemos que salir de aquí de inmediato —añadió Anastasia mientras Tami sonreía satisfecho—, todo el castillo debe de estar buscándome.

Había comenzado su peligrosa fuga.

129

Las puertas de la catedral de Aosta se abrieron de par en par. Un hombre robusto atravesó el umbral sagrado en un acto invasor y a la vez devoto. Jacques David Mustaine entró en el templo que acababa de conquistar y caminó por el centro de la nave hasta el altar. Su mano empuñaba la espada que le había llevado del fracaso a la victoria, mellada por los golpes del combate y manchada con la sangre de sus enemigos.

Alzó la vista, mareado por sus heridas y exhausto, y buscó a través del yelmo de su armadura el símbolo por el cual había sido proclamado archiduque y se entregaba al combate: la cruz. Se postró de rodillas clavando la espada en la piedra, apoyándose en ella para no caer, y sus labios temblaron pronunciando una plegaria que, como un rumor, se extendió por el templo.

Había visto demasiada muerte, vengado la invasión y ocupado las fortalezas del duque italiano. Pero sabía que aún quedaba algo pendiente: el duque en persona, el duelo frente a frente que juró en la nieve el mismo día que fue derrotado en Les Praz.

—Es bueno que recéis. —El archiduque se volvió, aún de rodillas, y descubrió tras él en la penumbra al monje Èvola—. También lo es que pidáis perdón y os encomendéis a la misericordia infinita de Cristo; pero hacedlo como peregrino, no como conquistador.

—Tengo el derecho de entrar en este templo. Ahora me pertenece.

Èvola permaneció impasible. Conocía bien los sentimientos del francés.

—Aosta no os pertenecerá. Sabéis muy bien lo que significa una invasión, ¿querríais que esta gente pase por lo que pasó la vuestra?

El archiduque pelirrojo se despojó del yelmo y lo tiró a un costado. Los sonidos metálicos resonaron por el techo.

—¡No me quedaré en Aosta, ni pediré tributos, ni humillaré a sus mujeres!

—Eso habla bien de vos —dijo Èvola.

—¿Y esta será toda mi paga? —se quejó gritando con fuerza—. ¿Que mi actitud benévola hable bien de mí? ¿Contar a mis hijos que no masacré a mis enemigos por compasión?

—Vuestros hijos os entenderán mejor de lo que creéis —le hizo saber Èvola con una tibia sonrisa—. Sabrán que los valientes muchas veces se arrodillan bajo una cruz, como vos, y son compasivos. Sois un buen noble y acabáis de demostrarlo.

El monje hizo una genuflexión mirando al altar y se persignó.

—¿Y ahora…? —le preguntó Mustaine.

Èvola se volvió hacia él desde la puerta y lo contempló en silencio.

—Ahora queda recuperar la reliquia y después podréis cobraros vuestra paga: Pasquale Bocanegra, el duque traidor.

130

Una pareja de guardias hacía la ronda por el balcón interior del piso más alto del castillo de Verrés. La fortaleza tenía un claustro ocupado por un patio interior en cuyo centro se situaba el pozo. Las paredes, de aspecto lúgubre y devastado, se iluminaban apenas por el brillo de las lámparas de aceite y las antorchas colgadas de los muros.

—Se han ido —indicó Anastasia con la mirada atenta al nivel superior.

Los tres caminaron con sigilo buscando la oscuridad hasta dar con la escalera.

—¿Qué sucede? —preguntó Tami al ver que se detenían.

La florentina contempló el manojo de llaves. Todas eran pequeñas y de forma diferente.

—Es aquí, en el tercer piso, donde se esconde la cámara con la reliquia —apuntó la joven Iuliano.

—Pero hay varias puertas —contestó Tami, señalando el pasillo que rodeaba todo el perímetro del claustro—. ¿Cuál será?

—Probaré en todas. Vosotros permaneced aquí mientras tanto. Este rincón es oscuro y estaréis a resguardo. En cuanto dé con ella vendré a por vosotros.

Tras varios intentos consiguió al fin que la llave entrara limpiamente en una de las cerraduras. Las piernas de Anastasia temblaron cuando comprobó que la puerta se abría y su corazón se aceleró con un latir trepidante. La mano de la dama palpó en la oscuridad en busca del muro. Estaba oscuro, debía encontrar la ventana y abrirla a la escasa luz del amanecer sin tropezar, deslizándose con la espalda pegada a la pared.

En aquel momento su sangre se congeló al sentir el griterío de los soldados en el pasillo de ese mismo piso. En un acto reflejo se abalanzó por dentro sobre la puerta entornada para cerrarla con llave. Con miedo, apoyó el oído en la madera escuchando las voces exteriores y el propio latir de sus sienes, y en completo silencio notó cómo el picaporte giraba violentamente, forzado desde fuera. Cerró los ojos en la oscuridad y, sin apenas atreverse a respirar, recordó todo aquel amor que la había llevado hasta allí, el deseo de estar con su hermano, la sinfonía de paz que él representaba.

Una lágrima cayó por su mejilla sin que pudiera evitarlo, una lágrima de soledad y terror, la lágrima de una mujer abandonada al frío de aquel cuarto hostil y a la realidad irreversible de una muerte innecesaria, la de Angelo. Su pecho, frenético, parecía a punto de estallar y sus ojos, en la oscuridad, brillaban con la luz helada de la determinación. Habría muerto allí mismo y su muerte habría encontrado un sentido.

—Es la cámara del duque pero está cerrada —oyó decir a un soldado al otro lado de la puerta—. Veamos qué hay en la próxima sala.

Anastasia, con el rostro aún apoyado en la madera, se deslizó a lo largo de la puerta, dejándose caer hasta quedar exhausta en el suelo. Ya no era la chiquilla mimada que vivía rodeada de opulencia en las propiedades de su padre en Volterra, se había convertido en una ladrona, en una prófuga perseguida por hombres armados, en una mujer que se guiaba por los dictados de su propio corazón.

Se levantó, caminó a tientas por el cuarto sombrío y, alcanzando el vano, retiró las contraventanas. Gracias a la luz pudo comenzar a distinguir algunas formas y contornos, y fue así como descubrió sobre la chimenea un cofre reforzado con láminas de bronce. Supo de inmediato que ahí dormía la esfera.

Sus ojos no podían abandonar el cofre pero sus manos actuaron rápidas y seguras. Volvió sobre sus pasos, pegó el oído nuevamente a la madera y escuchó el silencio que ahora reinaba en el exterior. Cuando se convenció de que el pasillo estaba despejado de soldados abrió la puerta con extrema lentitud y, amparada por las sombras que aún reinaban en el castillo, caminó hacia donde había dejado a los jesuitas. Sin embargo… ya no estaban allí.

Contempló el claustro circundante, se asomó a la balaustrada y buscó en el patio inferior, junto al pozo, pero no distinguió más que la sombra difusa del duque y de Darko que se encaminaban con una custodia de soldados con antorchas en dirección a la escalera. Anastasia sintió un súbito pavor que se incrementó al notar una mano en su hombro.

—Soy yo —susurró Tami, que pareció nacer de la oscuridad.

—Me habéis asustado. Pensé que…

—Tuvimos tiempo de escondernos de los guardias. ¿Habéis encontrado la esfera?

—Así es.

Ambos se miraron en silencio. Sabían lo que debían hacer a continuación: ir a la cámara del duque. Pero el destino aún iba a depararles muchas sorpresas.

131

Un nubarrón negro como el carbón oscureció aún más el cielo y al rato comenzó a nevar de forma poderosa, haciendo aún más intensa la penumbra bajo la que Anastasia y los jesuitas caminaban hacia la gruesa puerta de roble. Tal vez era la ayuda que necesitaban para huir sin ser vistos. La semioscuridad de la cámara dejaba ver el cofre, en el que se había quedado prendida la mirada de Tami. Caminó hasta la chimenea y lo admiró sin tocarlo.

—¿Decís que la esfera se encuentra ahí dentro?

—Podéis cercioraros vos mismo —respondió ella arrojándole la cadena con las llaves—. La más pequeña de todas es la del cofre.

—Nunca pensé que podría ver el contenido de la esfera —resopló el jesuita—. Quizá no sea lo adecuado…

—Entonces nunca sabremos si escapamos con la esfera o nos jugamos la vida en vano.

—Somos los protectores de este secreto, no los conocedores. Nadie lo ha visto salvo Tomás de Aquino. Quien lea este texto no podrá volver atrás, no volverá a creer por la fe.

—Debemos cerciorarnos de que aquí está lo que buscamos —insistió Anastasia —. Alguien deberá leerlo para reconocerlo, no hay más opción. Yo no sé teología ni escolástica, no podría diferenciar un texto falso de uno verdadero.

—Yo con gusto lo haría pero estoy ciego —intervino Killimet, que aguardaba con la mano apoyada en el muro para orientarse en la estancia—. Hermano Tami, bien sé que no somos nosotros quienes debemos conocer este pergamino, pero no resta otra posibilidad. Debemos saber si la Sexta Vía descansa ahí dentro pues, de estar, te aseguro que habremos de asumir una gran responsabilidad para su custodia.

—¿Tengo yo que condenarme por esto? —exclamó Tami atormentado.

—¿Querrías acaso que el mundo entero se condenase? —le replicó el ciego—. Has sido designado para esta misión: debes condenarte tú y salvar al resto de la

humanidad.

—Espero que Dios se apiade de mi alma —murmuró Tami, y acto seguido asió el cofre, lo dejó sobre la mesa y abrió el candado. El jesuita tomó asiento ante la mirada atenta de Anastasia, testigo de un evento único, irrepetible, y abrió la tapa.

Sus dedos recorrieron la reliquia hasta dar con el seguro de apertura cuyo funcionamiento ya conocía y destaparla. Su interior, ocupado en parte por un pergamino amarillento y envejecido, era tan brillante que los pocos rayos de luz que entraban por la ventana formaron reflejos en las paredes, bañando el gris pétreo con resplandores de ámbar.

El jesuita, con mesura a pesar de lo trascendente del momento, sacó el pergamino, lo desenrolló y comenzó a leer. Tami era un entendido tomista y un estudioso de su caligrafía, era su labor en la *Corpus*; en cuanto sus ojos recorrieron las primeras líneas en latín comprendió que aquellos trazos solo los podía haber escrito el mismo Tomás de Aquino.

—Confirmo que es su letra —exclamó preso de la excitación—, no me cabe duda.

—¿Es la Sexta Vía? —preguntó Lawrence con inquietud.

Pero el jesuita italiano no quería apresurarse, leyó en silencio el encabezamiento del documento y, solo después, respondió con voz trémula:

—Lo es.

Y mientras sus compañeros aguardaban tensos y a la expectativa, se fue adentrando en los silogismos del santo y su demostración de la existencia de Dios. Un espeso silencio flotaba en la sala. El frío hacía que de sus bocas escapara un vaho blanquecino. Finalmente, dejó el pergamino sobre la mesa.

—Santo Dios, es demoledor… Jamás lo habría razonado de esta forma, pero es cierto… ¡Es cierto! —exclamó mirando a sus compañeros, su voz parecía temblar llevada por sus emociones—. Es irrefutable. ¿Habéis oído…? Dios existe. ¡Dios es real!

—Así pues es lo que buscamos —decidió Killimet—. Entonces guarda el pergamino.

Tami lo miró extrañado con el documento entre sus manos. Estuvo tentado de releer esas líneas excelsas, esa demostración exquisita y directa, contundente, que haría al mundo creer con su sola lectura. Pero su compañero, tajante, insistió:

—Guarda el documento en la esfera he dicho —repitió impaciente—. No debes recrearte en él o te atrapará. No olvides nuestra misión, tenemos otro asunto importante entre manos: cómo huir de aquí con la reliquia.

—Dudo que podamos lograrlo —intervino Anastasia.

—Lo intentaremos —replicó Tami con energías renovadas—. Dios nos guiará. El no permitirá que este secreto caiga en manos enemigas.

—Entonces tenemos que destruir la Sexta Vía cuanto antes —propuso el ciego

sajón—, el mundo jamás verá este documento y ya nada nos preocupará aunque no escapemos de la fortaleza. Es la única solución que se me ocurre.

—¿Estás loco? —gritó Tami incrédulo—. Jamás el hombre ha mostrado su sabiduría como lo ha hecho Tomás con este texto…

—Si la reliquia cayera en manos del brujo el desastre sería mayor que destruir su obra —zanjó Killimet—. La Sexta Vía ha salido hoy a la luz y sabes que es casi imposible que logremos huir de aquí con ella. Tampoco podemos esconderla en este castillo: los hombres de Bocanegra terminarán por encontrarla. Solo nos cabe destruirla en el anonimato de esta sala. Está condenada a desaparecer para siempre del saber del hombre.

—¡Pero nosotros somos sus protectores!

—Precisamente por eso debemos hacerlo.

—Oigo voces. Parecen lejanas —dijo Anastasia interrumpiendo su debate con el oído apoyado en la puerta—, como si subieran desde los pisos inferiores.

—No hay tiempo que perder —apremió el ciego dirigiéndose a su cofrade—. Tú la has leído, hermano Tami, debes tomar una decisión.

—Me resisto a destruirla —aseguró este confesando su debilidad con los ojos puestos en la esfera y luego, suplicantes, vueltos hacia la italiana.

—No tenemos otra opción si queremos proteger el misterio. Es lo que hay que hacer, es vuestro legado, aunque parezca una locura —zanjó ella convencida.

—Santo Tomás no quería llegar a esto —argumentó Killimet, el irlandés.

Durante un momento Tami sopesó sus posibilidades. Haber leído el pergamino lo había alterado; por un instante pensó que todo se alinearía según sus planes e incluso ahora, con la seguridad de la certera existencia de Dios, debía hacer esfuerzos para convencerse de que el Todopoderoso no los dejaría solos, sin la ayuda divina que tanto necesitaban.

—De acuerdo —accedió finalmente—. ¿Cómo destruiremos el pergamino? Podría romperlo en mil pedazos, pero siempre podrían armar de nuevo las piezas para leerlo.

—Fuera, en el pasillo, hay una lámpara —murmuró Killimet—, he notado su calor. Quemaremos el pergamino con su llama.

Tami suspiró profundamente y asintió.

—Está bien. Id a por ella… —solicitó a Anastasia.

Killimet sonrió. Tendió una mano temblorosa hasta dar con el brazo de Tami y se lo apretó con fuerza.

—Será lo mejor. Créeme, hermano.

Anastasia comprobó que no se oía ya ningún ruido al otro lado de la puerta. Era el momento. Giró la llave dispuesta, solo tenía que tomar la lámpara de aceite y volver a la seguridad de la habitación. Reducir el pergamino a cenizas no les llevaría más que

un momento.

Tomó el picaporte y abrió la puerta, con lentitud, sin hacer ruido, pero se topó de frente con un rostro: Ségolène estaba allí, mirándola con desprecio. Lo inevitable estaba a punto de ocurrir.

XXXV. Resurrección

132

Ségolène frunció la nariz con un gesto de odio y no dudó en propinarle un rápido puñetazo a Anastasia, paralizada junto a la puerta. El golpe dio de lleno en su pómulo y la obligó a retroceder un paso, regresando al interior de la habitación. Con rapidez reaccionó tratando de cerrar la puerta, pero el pie de la bruja francesa se interpuso en el marco y ambas comenzaron a forcejear.

Anastasia sabía que si no lograba echarla y cerrar la puerta por dentro estarían perdidos. Aquella estancia constituía su único refugio seguro para destruir la esfera.

—¡Es ella, nos ha encontrado! ¡Ayudadme a quitar su pie del marco! —increpó a Tami, que presenciaba paralizado el forcejeo. Con su ayuda seguro que lo conseguiría.

Este dio un par de pasos apresurados en su dirección, pero la reacción de Ségolène, movida por la furia y la ira, fue inesperada: propinó tal empujón violento que Anastasia cayó de espaldas. Tami estaba a no más de un paso cuando la vio caer. A continuación, entró enardecida y se arrojó sobre la joven italiana comenzando a golpearla en el rostro, pero la explicación a su sobrehumana demostración de fuerza no tardó en llegar: no había sido ella sola quien había derribado la puerta sino alguien que entró inmediatamente después con sus facciones desencajadas.

Lord Kovac, silencioso, poderoso, movido por una firme determinación, se recortaba contra la débil luz que enmarcaba el dintel de la puerta, impidiéndoles toda salida. Tami observó sus blancos cabellos y el pentáculo del cuello y comprendió que no se trataba de un servidor del duque, sino de un brujo.

Entretanto, Ségolène apretaba el cuello de Anastasia tratando de asfixiarla y parecía recrearse en ello, pues sus ojos abyectos destilaban la frialdad azul de un témpano.

—Ahora sé que jamás conseguiste el corazón de Angelo —logró resoplar la italiana sin apenas respiración—, nunca habría podido querer a alguien como tú…

—¡Calla, puta! —escupió la bruja cegada por la ira ejerciendo aún más presión sobre su garganta—. ¡Morirás! ¡Te mataré igual que a él!

Pero Anastasia, a la que ya daba por su víctima, sacó fuerzas de flaqueza y, cerrando su puño, el mismo que la había acariciado cuando se encontraron en la cama del duque, le asestó un tremendo golpe en el rostro que, por inesperado, hizo que la francesa cayera de costado mientras intentaba contener la sangre que empezaba a

manar de su nariz para a continuación desmayarse.

La pelea entre las mujeres terminó ahí, y Anastasia habría tenido el tiempo suficiente para incorporarse, pero nada de eso ocurrió: Lord Kovac intervino golpeándola en el abdomen con toda su fuerza y haciéndola caer vencida, más que aturdida, sin sentido. Oía voces que no llegaba a comprender y sus ojos verdes, cegados por las lágrimas, volaban sin enfocar las imágenes de una habitación llena de sombras y confusión.

Lord Kovac se volvió hacia Tami y este supo que debía hacer algo rápido, por lo que se dirigió a Killimet en guaraní, idioma indígena que los dos jesuitas dominaban a la perfección tras su larga misión evangelizadora en el Nuevo Mundo, y le indicó lo que debía hacer:

—*Ejapyhy pe mbaeapu'á ha egueraha ogaguy'pe. Upépe ehapy kuatia oiva tata mbyte'pe. Eheja che've, che añangarekóta Paje're… Ejapo kbága téra arakaevé.*

Killimet entendió lo que quería decirle, y sabedor de que Tami se ocuparía del brujo —quien no había entendido una palabra—, tanteó la mesa con manos temblorosas hasta dar con la reliquia, la asió con fuerza y arrimado al muro y siguiendo la pared con las yemas de los dedos se encaminó hacia la puerta dispuesto a llegar al pasillo, tomar la lámpara y quemar el pergamino.

—¡Dadme la reliquia! —gritó Kovac pretendiendo atajar su huida—. No dejaré salir de esta habitación a nadie. Entregádmela y no os mataré.

Tami se remangó el hábito y levantó los puños. Estaba débil, hambriento y demacrado, pero ofrecería pelea, como siempre había hecho. Tenía que alejar al brujo de la entrada, atraerlo hacia el centro de la habitación para que Lawrence pudiera traspasar el umbral.

—Maldito brujo… —resopló—, jamás obedecerá a blasfemos como tú.

Kovac se dio la vuelta, le miró y sonrió. Su rostro era peligrosamente parecido al de una fiera que les amenazaba sin rugir.

—Entonces tendré que mataros a los dos… —Lord Kovac introdujo una mano entre sus ropas y extrajo un puñal puntiagudo y opaco. Su expresión se tornó amarga, terrible, como las noches en que había matado a niños, como la noche en que asesinó al Vikingo.

Pero Tami, sacando ánimos de su propio terror, se arrojó sobre el hombre que prometía ser su verdugo. Este, sorprendido, tan solo pudo apuñalar un pliegue harapiento del hábito del jesuita antes de enzarzarse con él en una lucha cuerpo a cuerpo.

Lawrence Killimet avanzaba a paso lento en su lento peregrinar hacia la lámpara, escuchando los golpes del forcejeo y sabedor del caos que se avecinaba.

—¡Date prisa! —le gritó Tami—. Ya nadie podrá detenerte… ¡Destruye el

documento!

Los dos hombres, en el frenesí de su pelea, golpearon un armario y, casi sin control, cayeron sobre la mesa del centro de la sala, que cedió bajo su peso rompiéndose y tirándolos al suelo. El sonido a madera rota fue estruendoso, pero la lucha continuó. Tami quedó debajo del brujo en la caída y le aferró de la camisa con las dos manos impidiendo que se soltara, haciendo todo lo posible para retenerlo, pero Kovac parecía más ansioso por levantarse que por golpearlo, pues el ciego casi había llegado al umbral de la puerta.

Lord Kovac, revolviéndose como un animal desbocado, comenzó a golpear el rostro de Tami para obligarle a soltarle en un intento de protegerse la cara, pero ni con los golpes más atroces el jesuita le soltó, pues en su cabeza solo bullía una única idea: sujetar al brujo como fuera para proteger la seguridad de su compañero. A cada puñetazo que recibía su mente parecía anestesiarse, cada golpe en su carne enviaba a su cerebro la necesidad de defenderse, de utilizar las manos para cubrirse el rostro, pero no lo hizo y el dolor se tornó insoportable, pero con sentido.

—¡Que alguien detenga a ese jesuita! —gritó Kovac, incapaz de soltarse de Tami, al ver que el ciego había alcanzado la puerta. Esperaba ser escuchado por alguien en el pasillo, pero los ecos de su súplica rebotaron en los techos y bóvedas en un estruendo estéril que dio paso a un largo, larguísimo silencio.

Anastasia abrió los ojos y sintió el sabor amargo de su propia sangre. Estaba mareada y no sentía su propia cara. Tardó un rato en percatarse desde su postración de que estaba contemplando la pelea frenética de los hombres sobre la mesa rota y, sin darse cuenta de lo que realmente era, vio también el puñal sobre el suelo de piedra, muy cerca de ella, a su costado. Con el rabillo del ojo vio salir de la habitación una sombra que reconoció.

—Lawrence…, ¿sois vos?

Killimet oyó aquella voz, pero ya estaba en el pasillo. No retrocedió. De pronto sintió en su mano la piedra del muro más tibia, como si durante horas se hubiese calentado al resplandor de una llama. No se equivocaba. Aunque no la veía, la lámpara de aceite estaba a poco más de un paso, dotando de luz al corredor con su llama amarillenta y poderosa. Sus dedos ya percibían una confortable calidez y, animado, dio tres pasos hasta situarse ante la lámpara, la tocó, sintió el calor del fuego y escuchando todavía los gritos bestiales de la habitación que dejaba atrás se sintió en paz, como si hubiera alcanzado las puertas mismas del Paraíso.

Se apresuró a abrir el mecanismo de la reliquia y quitó la cubierta superior, la lámpara estaba tan cerca que el frío glaciar de su cautiverio pareció desvanecerse, como si hubiese descubierto una pequeña primavera en aquel muro que calentaba sus dedos. Tomó el pergamino de santo Tomás y sonrió. Ya nada quedaría para el Gran

Brujo, el *Codex Terrenus* no marchitaría la salvación del hombre ni su libertad.

—*Extra Ecclesiam Nulla Salus* —murmuró convencido de la realidad de su enseña, de que fuera de la Iglesia no hay salvación, y su mano se alzó con el pergamino envejecido buscando la llama que lo convertiría en cenizas.

Pero una mano suave y tibia de mujer le tocó el hombro y Killimet volvió el rostro involuntariamente, en un acto reflejo, como si sus ojos aún pudiesen ver.

—¿Anastasia? —susurró sonriendo—. Os dije que os había traído el Espíritu Santo y no me equivoqué…

La mujer no respondió, simplemente le clavó el puñal en la garganta.

Ségolène vio la mueca del jesuita al sentir el hierro que le atravesaba el cuello y sonrió porque le pareció extremadamente ridícula. Luego vio cómo se desplomaba a sus pies y, satisfecha, se arrodilló junto a él y tomó el pergamino que aún aferraba su mano para devolverlo al interior de la esfera. Tras cerrar la tapa con el seguro tomó con delicadeza la daga y la retiró del cuello de su víctima, se puso en pie y regresó a la cámara.

Killimet se consumía tendido en la fría piedra. Su corazón aún bombeaba, pero su conciencia ya se había desvanecido. La última sensación de su vida había sido placentera, había logrado vislumbrar el esplendor del Paraíso gracias al calor de una llama, una simple llama que supo darle calor en su hora final. En aquel instante su respiración se detuvo. Había muerto sin llegar a sentir dolor por la puñalada, como si Dios, conmovido por la agonía del sacerdote en aquel castillo abandonado de su mano, le hubiese protegido.

Ségolène entró en la habitación, dejó la esfera nuevamente sobre el saliente de la chimenea y tomó con ambas manos el atizador, recio y oxidado, dando varios pasos hasta el centro de la sala, donde se libraba el combate que aún mantenían los hombres. Tami miró hacia arriba y, entre la sangre que casi le cegaba, encontró la mirada impía de aquella que una vez fue cofrade y aliada, católica y confidente. Ella ni siquiera llegó a contemplarle con nostalgia, se limitó a abatir el hierro sobre la cabeza del jesuita y lo dejó fuera de combate.

Lord Kovac sintió que las manos de su rival se desvanecían a causa de aquel golpe certero. Alzó la vista y encontró ese rostro angelical que no parecía en absoluto alterado, que únicamente se limitaba a informarle con desapego.

—Estuvo a punto de destruir el documento.

—Excelente —farfulló lord Kovac poniéndose en pie; sus ojos brillaban de satisfacción—. Eres increíble.

Ségolène reparó entonces en que algo goteaba de su nariz, la tocó y vio que sus

dedos estaban teñidos de su propia sangre. Se volvió enardecida hacia Anastasia.

—¡Maldita perra! —gritó mientras se acercaba al rincón donde gemía, aún mareada. Alzó el hierro e intentó ir por ella, decidida a matarla.

—¡No lo hagas! —ordenó Kovac agarrándola del brazo.

—¡Déjame! —bramaba fuera de sí—. ¡La muy perra me ha roto la nariz! ¿O es que acaso proteges a la puta italiana?

—Es la garantía del duque —le recordó este con voz gélida—. No puede morir, es nuestra única posibilidad de frenar el ejército de la Iglesia.

Ségolène respiraba frenética. Volvió a mirar a la italiana y luego a su mano ensangrentada.

—¿La deseas? ¿No quieres que la mate por eso? ¡Te excita esta perra florentina! —explotó llena de ira.

Lord Kovac la obligó a arrojar el hierro hacia un extremo de la habitación y luego miró la reliquia. Con su vista en ella, habló con convicción.

—Tenemos la esfera —dijo pausadamente—, tú lo has logrado, pero si ella muere no tardaremos en perderla, incluso hoy mismo.

Después, sujetó a la francesa por los hombros con ambas manos y la apoyó violentamente contra la pared. El húngaro la besó en la comisura de los labios, limpiándolos de toda sangre amarga, y con un repentino tirón de sus dedos rompió la tela del escote de su vestido liberando así sus pechos. Con respiración entrecortada le dio la vuelta y le levantó el vestido por atrás. Ella apoyó la frente contra el muro para aquietar sus temblores y, mientras el húngaro la sujetaba por la cintura y la penetraba con lujurioso desenfreno, comenzó a gemir de placer.

—Esa mujer no significa nada para mí… —le susurraba su amante al oído.

Y la francesa se dejó llevar por la pasión mientras sus uñas rascaban la piedra.

Ella nunca lo sabría, pero Kovac la tomó deseando que fuera Anastasia.

133

Poco antes del amanecer los brujos decidieron tomar caminos diferentes. Lord Kovac conduciría él mismo a Anastasia ante la presencia del duque, pues desconfiaba de Ségolène, de sus celos y sus ansias de venganza, y la francesa, entretanto, llevaría la esfera a Darko.

La hija del cardenal Iuliano se vio obligada a ponerse en pie y a caminar a la par que el brujo, que la condujo por escaleras y gélidos pasillos hasta la planta baja del castillo, donde, como si fuera un trofeo de guerra, la entregó al duque Bocanegra,

quien revivió al verla.

Su máxima garantía estaba maltrecha, pero viva.

Ségolène, por su parte, se encaminó hacia la segunda planta y bajó la escalera portando el cofre con la reliquia, intacta y lista para ser enviada al cantón suizo. Tras atravesar una galería se dio cuenta del auténtico valor de aquella reliquia y sintió que su vida cobraba sentido tras haberla rescatado de la destrucción y que llegaría a su cénit en el momento, ya próximo, en que se la ofreciera a su maestro. La enorme tarea que no pocos brujos habían llevado a cabo desde el principio había salido adelante solo gracias a ella.

Sonrió. Aún sentía el semen deslizándose entre sus muslos cuando sus ojos percibieron una sombra que le llamo la atención. Se acercó y se detuvo ante ella.

—¿Maestro? —murmuró, y su voz resonó en los muros.

La sombra seguía inmóvil. Solo veía las nubes de vapor que producía su respiración al mezclarse con el aire frío.

—Maestro, la tengo —dijo Ségolène con una sonrisa temerosa, cargada de ansiedad—. Aquí está la esfera, os la he traído.

La sombra avanzó lentamente hasta mostrar su faz a la claridad.

La francesa se quedó paralizada, presa del terror y sin aliento:

—¡¿Tú…?!

Angelo Demetrio DeGrasso emergió de la penumbra. Su camisa maltrecha mostraba por debajo de la capa el tajo en el costado y la sangre reseca que había brotado de la herida. Ségoléne flaqueó y dio un paso hacia atrás. No podía dar crédito a sus ojos: él había muerto en Francia.

Angelo mostró la punta de flecha que le había extirpado Èvola, poniendo en práctica todos los conocimientos rudimentarios de medicina que este había aprendido en su adolescencia como delincuente en las calles de Nápoles. Eso detuvo la hemorragia y le salvó la vida en Vézelay. A fin de cuentas, ambos perseguían el mismo objetivo: no en vano y después de todo eran católicos. Solo unas horas después había insistido en ponerse en pie para volver a la búsqueda cuanto antes, algo a lo que Èvola no podía negarse. La flecha repiqueteó en la piedra con un sonido metálico.

—He venido como inquisidor —fue lo único que indicó.

Ségolène respiró de forma entrecortada y aterrada. Un nudo en la garganta le impidió responder. DeGrasso la había dejado muda con su mirada.

Séptima Parte

RESPLANDOR EN EL CIELO

XXXVI. Melancolía etérea

134

Angelo DeGrasso se acercó sin que pudieran impedírselo. Su rostro aparecía demacrado y pálido, pero la serenidad de sus ojos, cuando se detuvo y la miró hasta el fondo de los suyos, era tan plácida y contemplativa como siempre. Ella, que ni siquiera era capaz de pestañear, tampoco pudo acertar a encontrar palabras.

—¿Buscabas a tu maestro, Ségolène? —le preguntó con tranquilidad.

Ella no fue capaz de ocultar el terror que le provocaba aquella figura inesperada surgida de las sombras del castillo.

—Angelo… —dijo al fin, casi tartamudeando—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Pero él no contestó. Por toda explicación, se limitó a observar con detalle cada una de las facciones de aquella mujer. Se fijó en sus labios, su cuello, su mentón y la armonía de su mandíbula, y después se detuvo en admirar la frente y el cabello, las formas delicadas de sus orejas y la fina línea de sus hombros, el generoso volumen de sus senos y sus manos, que sujetaban el cofre de madera.

De nuevo volvió a centrarse en sus ojos y fue esa la mirada más lacerante que Ségolène sintió jamás. Lentamente, con un movimiento delicado, llevó su mano hasta su costado y, levantando la capa, mostró a la mujer la camisa manchada y oscurecida por la abundante sangre seca. Señaló el tajo deshilachado y la herida que se vislumbraba claramente a través de la gasa.

—Esto te pertenece —dijo—, aunque debo confesarte que la he hecho mía. Esta cicatriz que no podré borrar nunca me hará recordar el error que cometí al depositar mi confianza en una mujer pecadora y me ayudará a no volver a caer en él.

Una ráfaga de viento frío, glacial, ascendió desde el claustro, y sin embargo su frente brillaba perlada por un leve sudor. La fiebre causada por aquella herida le mantenía todavía caliente, por momentos mareado, pero con la suficiente energía para haber urdido aquella aparición.

Ségolène no pudo sostener su mirada. Sabía que le había traicionado y más de una vez su conciencia se lo había reprochado durante aquellos días.

—No soy quien piensas. —Negó con la cabeza, acercándose tanto al inquisidor que le bastaba alargar un dedo para poder tocarlo. Al andar volvió a sentir cómo una gota del semen de lord Kovac descendía por su pierna y supo en ese preciso momento, con una certeza tan nítida que iluminó en un solo instante toda su existencia, todos los actos impuros o sanos, decentes o malvados que la habían

llevado hasta allí, ante ese hombre y en esa situación, que su vida no tenía rumbo ni timón. Se supo errante y solitaria, perdida, traidora y, con los ojos llenos de lágrimas, sabiéndose al borde del abismo, suplicó como nunca lo había hecho, deseando con todos sus sentidos que la creyera—. ¡Juro que no soy una mujer despreciable…! ¡Lo juro!

El Ángel Negro le señaló con un gesto el brillo de sus brazaletes de oro, ambos sabían qué tipo de cicatrices ocultaban, y habló:

—Si no te vieras a ti misma tan despreciable no tendrías esas marcas. Por eso lo eres, una mujer despreciable que no se atreve a contemplar sus propias miserias en el espejo.

Ségolène sintió que su mundo se desmoronaba y, presa por una emoción incontrolable, estalló en un llanto silencioso, un llanto largo tiempo contenido que no fue capaz de detener, que hizo flaquear sus piernas y la obligó a dejarse caer presa de las lágrimas, sobre la piedra, hasta quedar de rodillas. Dejó el cofre en el suelo y agarró con manos temblorosas un pliegue de la capa de Angelo al tiempo que musitaba una y otra vez:

—Perdóname, jamás quise hacer lo que hice, lo juro. Y a pesar de todo debo confesártelo: deseé matarte… Incluso a sabiendas de que eras lo más importante que tenía, que he tenido jamás…

—Mientes —rechazó él—. Nadie intenta matar a quien ama.

—Créeme —imploró—. Por favor… debes creerme.

—¿Cómo puedes afirmar que me disparaste porque yo era lo más importante para ti? —Sonrió irónico, mordaz, pero pronto el cinismo dio paso a la furia—. ¡Te salvé la vida, cubrí tu cuerpo con el mío para evitar que te matara Èvola! ¡Y entregué la esfera para salvarte y a cambio tú… pediste mi muerte! ¿Es que pretendes que ignore lo que vi?

Ségolène se puso en pie aún aferrada a la capa de Angelo y sin dejar de llorar quiso acercarse a su boca. Intentó responder, pero él la rechazó con violencia. Se hizo el silencio. Ella, temblorosa, se abrazó a sí misma como si el frío o el miedo la hubieran invadido.

—No eres el Angelo que conocí —le acusó—. Pareces una bestia… No te reconozco, es como si te hubieras puesto una coraza, como si nada te importase. Ya no puedo llegar a ti ni leer en tus emociones…

—He venido como inquisidor —repitió DeGrasso con la convicción de un fanático.

—¡Pero yo te amo! —replicó ella con firmeza, aferrándose de nuevo a su capa, como si con sus palabras pudiera demostrar una clara verdad—. ¿No puedes entender que pasé mi vida intentando quitármela? ¿No puedes entender que antes de atentar contra ti lo he hecho cientos de veces contra mí misma? ¿Es que no ves que siempre

termino atentando contra todo lo que amo? ¡Lo hice conmigo y también lo hice contigo! Me rechazaste en el cobertizo. Siempre esperé al hombre que me sacara de esto y tú no supiste ver que te necesitaba. —Sus facciones se volvieron agresivas, con una mueca tan bella como desafiante—. ¡Eres capaz de encontrar la herejía en una mujer y quemarla, y tu brillante inteligencia no te deja reconocer la angustia en otra y salvarla por amor! —Repentinamente toda su furia y su angustia se calmaron. Las palabras brotaron serenas y hasta casi se diría que inocentes desde su confuso corazón —. ¿Me sacarías de esta oscuridad con tu amor? ¿Me darías otra oportunidad? Solo te pido piedad —imploró—. Dame otra oportunidad, la última. Tiéndeme la mano y sácame de este pozo. Te lo ruego.

Angelo suspiró, mareado. Miró a Ségolène y la sujetó por los hombros. El inquisidor apretó la mandíbula con fuerza y experimentó un dolor profundo.

—Dame la esfera —exigió.

Ella se inclinó para recoger el cofre del suelo y se lo ofreció con veneración.

—Es tuya.

DeGrasso lo tomó con una de sus manos y se llevó la otra al costado, al lugar donde, bajo su camisa, la venda cubría su herida. Cuando la retiró de allí sus dedos estaban teñidos de rojo.

—Necesitas un médico —imploró Ségolène preocupada.

El posó sus dedos ensangrentados en los labios de la mujer, añadiendo sangre sobre sangre, y la taladró con la furia de sus ojos, antes dulces, ahora encendidos por el odio.

—Juro que te mataría —balbuceó—, lo haría… créeme, si no sintiera nada por ti.

—¿Qué harás? —preguntó ella tensa, expectante, casi sin atreverse a respirar.

—Me iré de este castillo con la esfera.

—¿Se la entregarás al Maestre de la *Corpus Carus*?

—No… ya no es necesario.

—Pero tú dijiste que tu misión era encontrarla para dársela al máximo responsable…

Angelo sonrió con dolor, alumbrado pese a todo su sufrimiento por la fuerza de una convicción y una sabiduría que nunca había visto en su rostro.

—Yo soy el Maestre de la *Corpus Carus* —afirmó.

135

—¿Tú eres el Maestre? —tartamudeó Ségolène confusa, incapaz de asumir las

consecuencias de esa revelación—. Entonces lo sabías… Sabías que…

—Sí, desde que entraste en el castillo diciendo que te enviaba el Maestre supe que eras tú la impostora, la bruja infiltrada.

—¿Por qué lo hiciste? —acertó a musitar sin comprender—. ¿Por qué me hablaste en privado en el patio y confiaste en mí?

—Necesitaba averiguar vuestra estrategia. Por eso quise tenerte cerca, para estudiarte, para adelantarme a vuestros pasos, como siempre hice con las brujas, como siempre he hecho con mis enemigos.

—Pero me dejaste ir a los lugares sagrados contigo, y te sorprendiste cuando te traicioné…

Angelo respiró con lentitud, bajó sus ojos cobrizos y rumoreó:

—Tras aquella noche en el granero pensé que habías abandonado tu causa. Juro que observé en tus ojos el destello limpio de la verdad. Pensé que mi mayor conquista no había sido descifrar el misterio de la reliquia sino haber purificado a una bruja sin necesidad de la hoguera. Por eso no te dije nada, estaba convencido de que tu corazón había cambiado aquella noche.

—Y así fue. Después de aquella noche ya no quise seguir con los planes de Darko. Leíste bien en mis ojos.

—Eras otra, y eras importante para mí. Esa fue la causa de que me sorprendiera en la iglesia tu traición.

DeGrasso contempló el final del pasillo, luego se volvió y miró por encima de la balaustrada el patio interior cubierto de nieve. Justo en ese momento dos hombres armados miembros de la guardia del duque lo cruzaban presurosos.

—Es hora de irme —susurró Angelo.

—¡Espera! ¡No me dejes aquí…!

—¿Por qué habría de llevarte conmigo? —preguntó intrigado.

—Porque te necesito —afirmó llevada por un sentimiento limpio y nuevo con el que entregaba su corazón, toda su ansiedad y su terror frente a la soledad absoluta reflejados en su cara y su voz.

Angelo la contempló, respiró lentamente y pensó. Era la misma mujer que lo había traicionado, con sus mismos ojos azules y ese rostro angelical y necesitado.

—Ayúdame a salir de aquí.

—Te sacaré por el establo —afirmó Ségolène con una sonrisa que parecía devolverla a la vida—. Solo tenemos que llegar allí, después tomaremos un carruaje y estarás fuera del castillo.

—¿Y si me engañas?

—Jamás podrías salir de aquí sin mi ayuda —dijo convencida tras un corto silencio—. Si quisiera entregarte me bastaría con ponerme a gritar ahora o incluso en el momento en que apareciste. Todo habría acabado para ti hace un rato si hubiera

querido.

El genovés la miró a los ojos.

—Entonces correré el riesgo.

La francesa observó a los guardias en el patio y calculó el camino a seguir. Sabía perfectamente cómo llegar al establo sin que nadie les saliera al paso.

—Sígueme —ordenó decidida, y comenzó a caminar por pasajes y escaleras.

Angelo dejó que se adelantara unos pasos. Al poco, con reticencia, la siguió.

Un lúgubre camino se abría ante ellos, como sus destinos.

136

Sigilosos, se dirigieron entre las sombras hacia la escalera, debían descender hasta la planta baja para evitar a los guardias. Repentinamente, Angelo la agarró con fuerza por el brazo forzándola a detenerse. De un tirón la empujó contra la pared y allí la sostuvo contra su cuerpo, amparados por las sombras, mientras le señalaba a una nueva guardia que recorría el primer piso. Con el aliento del Ángel Negro en su rostro, Ségoléne volvió los ojos de los soldados hasta posarlos en él, lo contempló con arrobo hasta que sus miradas se encontraron.

—Debes ser más cuidadosa —dijo él en un murmullo convencido y, al advertir aquella expresión de Ségolène, añadió—: Sí… Ahora confío en ti.

Ella, absorta en sus labios, pensó en besarlo. Su corazón latía con desenfreno, con una extraña ansiedad nacida de su deseo que le provocaba cosquillas en el estómago, pero DeGrasso tiró nuevamente de ella sacándola de su trance y obligándola a continuar.

Mientras descendía a su lado, los dos en silencio, la bruja sentía que a cada escalón que pisaba se hundía más en sus emociones. Y supo que debía renunciar a todo lo pasado, que debía entregarse al amor y a los consejos del monje. Ahora sabía que junto a él se sentía libre de su parte más oscura, de los otoños vacíos, de las esperanzas inciertas. En plenitud. La mujer de Armagnac sonrió convencida, decidida a seguir el dictamen de su corazón.

Pero una voz tronó por debajo del arco gótico. Una voz familiar que les sorprendió.

—¿Ségolène? —Lord Kovac la miró con sorpresa. A su lado, agarrado de su hombro y sosteniendo su bastón, el Gran Maestro la buscaba con sus ojos quemados.

—Maestro…

—Ségolène… —repitió él, atónito—. ¿Qué demonios haces con DeGrasso?

—¿DeGrasso? —gruñó Darko al instante—. ¿El inquisidor está aquí?

—¡Está vivo! ¡Y tiene la esfera! —exclamó el brujo.

Darko arrugó el rostro como si en la negrura de su ceguera contemplara una abominación indescriptible. Sus ojos blancos se encendieron y su mano tembló en el bastón.

—¡Mátalo! —ordenó el anciano—. ¡Mátalo y quitadle la Sexta Vía!

Lord Kovac se llevó la mano al cinturón y desenvainó con rapidez la espada. El Gran Maestro se aferró al muro mientras maldecía en un susurro aterrador que se propagó por los techos y arcos del castillo.

—Maldito inquisidor. Maldito hijo de la Iglesia… No arruinarás mi obra. ¡Jamás lo conseguirás!

Angelo DeGrasso, con la vista fija en el hierro que le amenazaba, tuvo arrestos para dirigirse al Gran Brujo y desafiarle, plena de cólera su voz.

—He venido a por ti, viejo maldito, he venido a terminar nuestros asuntos. ¡Aún tengo que quemarte en la pira!

—¿Quemarme…? ¿Te has quedado ciego como yo? —El astrólogo sonrió con una mueca espantosa—. ¿No te das cuenta de que te encuentras solo en un castillo enemigo?

—Pagarás por todos tus oscuros pecados, por las mentiras que escupe tu lengua y por conspirar en simonía contra la Santa Iglesia católica. —El Ángel Negro hablaba sin temor.

—Ja, ja, ja, ¿qué clase de mártir te crees que eres? —Darko estalló en carcajadas —. ¿Piensas que podrás detener las miserias del mundo con tus condenas? —Alzó el bastón y gritó con su garganta cascada—: ¡Hombre insignificante e ingenuo! ¿Cuántas hostias has comido hoy para sentirte inmortal? ¿Piensas que tu fe te salvará? ¡Esto es la vida real, aquí las personas que mueren no resucitan!

—Una flecha para mí es poco, como ves —respondió Angelo imperturbable—. Sin embargo, eres tú quien pareces temer aun rodeado por la seguridad de esta fortaleza. Lo advierto en tu voz, en la certeza de saberme con la esfera y con mi fe intacta.

—Tu maestro murió antes de poder enseñártelo. —Darko apenas movía sus labios finos y amoratados como los de un cadáver—. Qué pena… Debió decirte que el mal siempre triunfa, que es más fuerte, bello y consecuente. Él fue asesinado por entrometerse, por ser manso. Tú, hijo de la Iglesia, pregunta a tu Cristo si su muerte fue un triunfo o una clara demostración de que los débiles terminan clavados y desnudos, a merced de las burlas y esputos del mundo entero…

—Eres el mal encarnado —escupió al suelo Angelo DeGrasso.

—¿Yo? —Darko sonrió pletórico—. Mi mano jamás dio muerte a nadie, nunca empuñé estilete o arma de fuego. En cambio tú, siendo hijo de Dios, has quemado a

cientos y torturado a miles.

—Me encargo del trabajo que nadie desea, corto los brotes secos, los que arruinan las vides, y los quemo. Y pronto haré eso contigo —profetizó el monje.

Angelo puso la mano en el hombro de Ségolène, que como Kovac permanecía expectante.

—Retírate, Ségolène —ordenó entregándole el cofre—. Va a haber una pelea.

Ella lo tomó perpleja ante esa demostración de confianza en tanto Angelo se calzaba sus guantes negros y, apartando su capa, empuñaba su espada. La hoja mellada brilló y su reflejo iluminó el rostro de Kovac, sorprendido, pues no esperaba resistencia.

—¡Escapa! —gritó el húngaro a la francesa—. ¡Está armado! ¡Huye con la esfera y avisa a los guardias!

Pero ella no se movió un ápice. Ante esto, Kovac reiteró su orden mientras también blandía su hierro.

—¡Ségolène, te he dicho que salgas de aquí con la maldita reliquia! —Su voz era amenazante, pero ella seguía sin responder.

—Pequeña —intervino el brujo Darko, que ahora parecía turbado—, aléjate del inquisidor y entrégame a mí la Sexta Vía…

—No. —Sus ojos se tornaron acuosos, pero no derramó ninguna lágrima—. Nunca más… —resopló con firmeza pese al temblor de sus labios.

—Soy tu maestro, tu inspiración. Te daré todo aquello que anhelas —murmuraba el viejo con voz persuasiva—. Tendrás poder y respeto, el amor de los hombres, las mejores propiedades… Evitaré esos otoños que te lastiman y te sentirás querida. Ségolène, pequeña mía, dame la esfera, te lo ordeno…

—Ya no quiero volver. Encontré lo que buscaba —respondió segura tras el hombre que la protegía, que por ella intentaba enfrentarse a toda una fortaleza solo con su espada—. Él es lo que siempre he anhelado.

Angelo DeGrasso ni siquiera se volvió. Tenía fija su atención en Kovac. Con la espada firme en su mano, la hizo retroceder por la escalera con una orden silenciosa. Tenían que volver sobre sus pasos, regresar al tercer piso de la fortaleza.

Lord Kovac aguardó prudente a que desaparecieran sabedor de lo peligroso que resultaría enfrentarse a ellos con la única e inútil ayuda de un ciego. No podía arriesgarse a poner la esfera en peligro. Pero Darko, al pie de la escalera, albergaba distintas intenciones.

—Iré a por Bocanegra; sea como sea lo conseguiré —refunfuñó el Gran Brujo—. Tú corre tras ellos e impide que escapen. Y no dudes en asesinarlos si lo intentan.

El discípulo finalmente asintió y rápido, ansioso de sangre, se precipitó en busca de su enemigo. El viejo astrólogo, por su parte, comenzó a descender la escalera de piedra guiándose con su bastón y apoyado en el muro.

No tardaría en encontrar a los centinelas. Tenía que salvar ese último escollo imprevisto: acabar como fuera con el inquisidor Angelo DeGrasso.

XXXVII. Lamentaciones

137

En cuanto llegó al tercer piso Angelo supo que tenía que pensar en algo cuanto antes, los centinelas del duque no tardarían en llegar y Kovac seguía sus pasos en la oscuridad como si de su propia sombra se tratase.

Vio una puerta entreabierta y se la señaló a Ségolène para que entrara. Ella obedeció sin vacilar y, en cuanto estuvieron dentro de la estancia, comprendió con angustia que no había otra salida más que una vidriera emplomada que se abría al barranco. Oyó un ruido tras él y sin vacilar, raudo, se volvió con la espada en alto. Lord Kovac les cerraba el paso impidiéndoles salir de la habitación.

—Estáis perdido, inquisidor —ironizó—, aquí termina vuestra aventura. Entregadme la esfera y os dejaré vivir.

El Ángel Negro se volvió hacia Ségolène, que sostenía el cofre con la mirada perdida. Su nariz y su labio superior estaban inflamados por el puñetazo de Anastasia y en sus pómulos podían verse trazas de humedad debidas a las muchas lágrimas derramadas. Sus ojos azules gritaban sin palabras.

—Tranquila —aseguró Angelo—, te sacaré de aquí… Solo quédate al resguardo de mi espalda.

Tras decir esto reconoció la sala con un vistazo rápido en busca de algún objeto que pudiera servirle de ayuda. Junto a la chimenea, contra la piedra del muro, distinguió un bulto extraño que de inmediato reconoció: era una «dama de hierro», el grotesco y despiadado sarcófago de tortura inquisitorial. El fuego en el hogar otorgaba una atmósfera peculiar a la habitación, un resplandor rojizo, casi infernal, similar al de las salas de tormentos.

Lord Kovac notó esa pequeña distracción.

—¿Os resulta familiar, inquisidor? Vuestro cardenal Iuliano la trajo aquí pero no ha podido llevársela. ¿Para qué la habrá traído?

—Para torturar brujos. Parece estar hecha a tu medida.

—Estúpido monje, mi venganza será lenta… —protestó el húngaro—. ¡Miraos! ¡El Gran Inquisidor de Liguria, el temido Ángel Negro, solo, traicionado y a punto de morir!

Angelo se arrimó a la vidriera, a través de las piezas emplomadas observó el panorama: abajo se ahondaba un escarpado profundo. Era un camino imposible, una locura intentar lo que estaba pensando.

Pero era la única salida. Ante él estaba el brujo y muy pronto aquella habitación reuniría más guardias de los que podía imaginar. Jamás conseguiría salir por la puerta de esa fortaleza, y menos por el establo. Las escaleras y los pasillos estarían atestados de guardias alerta, más numerosos que nunca pues el mismo duque de Aosta estaba en la fortaleza.

Se volvió de nuevo hacia la ventana y su corazón palpitó de angustia, sabía que se le agotaba el tiempo, así que dijo a su acompañante, quien portaba la esfera, pero sin apartar la vista del brujo:

—Ségolène, no tengas miedo y confía en mí. Nos iremos de aquí y dejarás de sufrir. Yo no te abandonaré.

Ella lloraba en silencio, podía oír sus sollozos entrecortados. Sin embargo, Angelo supo entender ese mutismo como una tácita aceptación.

En ese momento lord Kovac blandió su espada dispuesto a todo. Quería la esfera pero también la sangre del monje. Este, sabiendo que el combate estaba a punto de comenzar, colocó la suya en posición vertical sobre su frente y, cuando el metal afilado tocó su entrecejo, recitó en voz muy baja:

—*Vade retro Satana… quoniam non sapis quae Dei sunt, sed quae sunt hominum.*

En ese momento, en sus iris anidaba todo su fervor.

Giró sobre los talones con violencia repentina y su capa se hinchó al dar la vuelta completa mientras su espada silbaba en el aire. Lord Kovac tuvo que saltar hacia atrás, pero sin apenas pausa se sucedió un segundo ataque del inquisidor y las espadas al chocar echaron chispas en la oscuridad. Por tercera vez volvió a cargar contra el brujo, que dobló las rodillas retrocediendo ante la embestida. Un cuarto ataque se saldó con un nuevo golpe que, errado, dio en el marco de la puerta y obligó a su rival a retroceder de nuevo de un salto.

Le había hecho retroceder hasta salir al pasillo y con la bota pateó la puerta hasta cerrarla advirtiendo al primer vistazo que esta no tenía llave sino un escuálido cerrojo. Corrió el pasador y buscó la mirada de Ségolène.

—Coge la cuerda —exclamó, y señaló con el guante.

Allí estaba. A un costado de la «dama de hierro» se enrollaba una soga; se trataba de la cuerda que habían usado los guardias para tirar de ella en su traslado hasta esa habitación por las escaleras del castillo.

Se alejó de la puerta con un rápido movimiento y estrelló el filo de la espada contra la vidriera, dio otros dos golpes furiosos y los cristales estallaron.

—¡Ata la soga y déjala caer —gritó desaforado—, porque vamos a escapar!

Ségolène obedeció. En cuanto se acercó a la ventana sintió el frío helado en el rostro, un viento cortante que le hizo pensar que aquel intento de huida era absolutamente descabellado; sin embargo, sus dedos ataron la soga a una contraventana y el cabo opuesto lo dejó caer al vacío con cuidado de no rozar ningún

vidrio roto de los que aún seguían sujetos a la emplomadura.

—Toma el cofre y guárdatelo entre las ropas —siguió explicándole Angelo.

La mujer se introdujo el pequeño baúl en su blusa, a la altura del costado, y se ciñó con fuerza la falda para que esta no se le escurriera por abajo.

—Ahora desciende por la cuerda —ordenó sumamente serio y sin vacilar.

Ella volvió a mirar por la ventana. La nieve entraba ahora arrastrada por el viento helado. A lo lejos se intuía el bosque, más allá de las rocas.

—Es una locura —murmuró—, no sé si podré… Caeré al vacío.

Pero él la tomó suavemente de la mandíbula y habló con firmeza.

—Vivirás —replicó—. Yo te cuidaré.

Ségolène respiró entrecortadamente y asintió, sin pensar se colgó del marco y comenzó a deslizar su cuerpo para salir por el boquete que habían dejado los vidrios rotos. Decidió no mirar hacia el suelo ni tampoco al exterior, solo se concentró en agarrar la soga y sujetarse bien a ella. Sentada de espaldas al abismo, su mano rozó un cristal roto que la obligó a hacer una mueca para contener el dolor. De la herida brotó un hilo de sangre.

—Con cuidado —murmuró él tomándola por el codo—. Ten cuidado con los vidrios, por favor.

Tras la puerta, el ruido era cada vez mayor. Lord Kovac arremetía con golpes secos y brutales y el pasador se doblaba a cada embestida. No tardaría nada en abrirla.

—Voy detrás de ti —prometió el monje, pero su rostro quedó estupefacto al descubrir que la tenue luz dejaba entrever unas figuras ocultas por momentos por la nieve. Eran soldados. Miles de soldados desperdigados en el valle—. ¡El duque nos espera abajo! Ya no tenemos ninguna oportunidad…

—No es el duque —le indicó Ségolène siguiendo la dirección de su mirada—, sino el ejército de la Iglesia. El castillo está rodeado. —Angelo por fin sonrió. Repentinamente volvía a haber esperanza—. No atacarán mientras Bocanegra tenga prisionera a Anastasia.

De pronto el rostro del Ángel Negro se crispó.

—¿Anastasia está aquí… en el castillo?

Las embestidas de Kovac en la puerta continuaban. A cada golpe el cerrojo cedía un poco más.

—Sí —confesó la francesa.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué debería haberlo hecho?

—¡Porque es mi hermana! —añadió el monje.

Ségolène, sentada en el quicio de la ventana, le contempló estupefacta. Luego negó con la cabeza.

—Anastasia no tiene nada que ver con esto ni con nosotros.

—Es mi hermana, ¿no lo entiendes? ¡Tiene que ver con mi vida, con mi familia! —volvió a repetir, mirando de soslayo la puerta. Supo que ya no resistiría demasiado.

—¡Soy yo quien tiene que ver con tu vida ahora! —estalló de celos la francesa—. ¡Yo también me estoy jugando mi vida aquí, a punto de caer al vacío en esta locura!

Angelo refrenó su lengua sabedor de que no iba por buen camino.

—Está bien —cedió entre dientes—, tienes razón, debemos continuar. Desciende con cuidado y escóndete en el bosque. Yo me reuniré pronto contigo.

—¿Acaso no bajarás ahora?

—No abandonaré a mi hermana en este castillo. Llévate el cofre, confío en ti. Quiero que sepas que, si estuviese escapando con Anastasia, también regresaría a buscarte. No te dejaría atrás.

La muchacha se volvió hacia el abismo y recibió el viento en el rostro. La nieve se arremolinó en su cabello lacio y sus ojos refulgieron con el brillo del hielo antes de confesar:

—No lo haré sin ti.

—Vete y sé libre —resopló Angelo—. Te lo suplico.

Ségolène no contestó, el cerrojo acababa de saltar violento de su anclaje tras la última patada de lord Kovac. Abrió la pesada puerta de roble e irrumpió en la habitación blandiendo en lo alto su espada.

138

—¡Márchate ya! —ordenó a la mujer. Y a la vez que lo dijo debió frenar la primera estocada de la espada de Kovac.

Ségolène quedó sumida en un profundo silencio. Observaba el combate subida al quicio de la ventana, paralizada. Miró las facciones de Angelo con detenimiento, le veía empuñando su hierro y se dejó llevar por una turbulencia de emociones. Ese hombre provocaba en ella fuertes sentimientos que le hacían pensar en él a todas horas, interpretar cada uno de sus gestos y miradas. Había cedido a su corazón a toda reticencia dejándose llevar por un amor extraño, espinoso y cautivador. El Ángel Negro la había obligado a cruzar el umbral de sus miedos, la cautivaba con palabras como si pudiese mirar su alma, le hacía dudar de su propio juicio. Planear su asesinato fue para ella un acto deliberado y racional, su plan, siempre repetido, para todo aquello que no podía dominar, pero poco a poco el inquisidor había entrado en su mente hasta inundarla de amor. Pero para Ségolène en el amor solo había dos

caminos: el que llevaba a la ciega correspondencia o a la muerte.

Con un primer golpe de espada Kovac alcanzó la mejilla izquierda de Angelo causándole un corte que apenas le marcó el pómulo. Al verlo desconcertado, hizo que su filo nuevamente cortara el aire logrando que su espada cayera sobre el hombro izquierdo de su enemigo, rasgándole la ropa y llegando hasta la piel.

Cerró los ojos por el dolor, retrocedió y apoyó la espalda contra la piedra.

—Ségolène, vete ahora. Hazlo por mí…, por favor.

Lord Kovac sonrió triunfante y arremetió con otro golpe de espada contra el inquisidor, pero sostuvo la empuñadura de su arma con firmeza y nuevamente los metales chocaron; otro golpe más y el italiano se agachó logrando que la espada del brujo golpeara el muro y su punta se rompiera, lo que provocó un enorme dolor en las articulaciones de Kovac. DeGrasso no vaciló y, aprovechando esa pequeña ventaja, hundió su espada en el muslo del brujo. Fue tan rápido que al sacarla su enemigo perdió el equilibrio y cayó junto a la chimenea. El Ángel Negro sabía que no debía darle la oportunidad de reponerse, y se abalanzó sobre él agarrándole del cuello pese a que, debilitado por el dolor de su herida en el hombro, las fuerzas empezaban a fallarle. Debía someterle como fuera para que Ségolène pudiera huir.

Con esfuerzo, dirigió la espada hacia el pecho de Kovac, que parecía dominado y abatido y le contemplaba con una expresión turbada e inescrutable. Pero de pronto su atención pareció fijarse en una figura que emergió por detrás del inquisidor.

Angelo volvió la cabeza intrigado. Era Ségolène, con la mirada perdida y sus facciones siempre hermosas pero ausentes, como en otro lugar. Ya no lloraba, y creyó percibir que una sonrisa parecía pronta a despuntar en los labios de Kovac.

—Ayúdame —demandó el inquisidor, desesperado por contener al brujo.

Ella se inclinó sobre ambos pero, para su sorpresa, no hizo ningún esfuerzo por unirse a su lucha para dominar al brujo sino que, acercando la mano hasta su costado y levantando su camisa, hurgó en la piel de Angelo hasta encontrar las vendas que cubrían su herida, todavía abierta, y con enorme frialdad hundió sus dedos con violencia forzando el mismo orificio que había dejado la flecha que pocos días atrás ella misma disparó. El alarido del Ángel Negro fue aterrador.

Angelo contrajo el semblante, gritó con todas sus fuerzas y, sin poder soportar semejante tormento, se aflojaron sus manos que se aferraban al cuello del brujo y a su propia espada. De la herida brotó una sangre oscura y espesa y sintió estallar su torso.

De pie, Ségolène escudriñaba todas sus reacciones sin dejar traslucir la más mínima emoción.

—Eres despreciable —le soltó la francesa—, jamás has tenido un lugar para mí en tu corazón. Solo piensas en ella, nunca te he importado.

Lord Kovac no entendía por qué se había desencadenado aquella situación, pero aun así no estaba dispuesto a desperdiciar ese regalo del destino. Se agarró con fuerza

el muslo y, conteniendo su herida, se incorporó. Una vez en pie pateó la cara de Angelo, que estaba arrodillado, hasta que este se desplomó vencido sobre la piedra.

En todo ese proceso la francesa no dejó de contemplar su tortura con extrema frialdad.

139

La primera visión de Angelo nada más recobrar la consciencia fue la del rostro de Ségolène que le examinaba en silencio, con profunda curiosidad. No tardó en comprender que tenía las manos atadas por delante y sujetas a la cintura, y pudo percibir con nitidez cómo un objeto metálico raspaba la piedra.

—No te preocupes —le susurró sin dejar de observarle con su dulce voz de niña —. Pronto acabará todo.

El inquisidor se giró y vio cómo lord Kovac avivaba el fuego de la chimenea. Las brasas irradiaban un calor sofocante y echaban chispas mientras las dispersaba con una pala. El brujo le miró y llevando los dedos al cuello se acarició el pentáculo tatuado. Fue la francesa quien, sin asomo de culpa y sentimiento, le informó con crudeza:

—Vamos a quemarte en la chimenea.

Buscó en sus ojos azules algún destello de cordura. Su expresión, que parecía tranquila y hasta cordial, le confirmó lo peligroso de su estado.

—Estás loca —masculló entre dientes—. Todos lo estáis…

Ségolène puso el índice sobre los labios de Angelo, otrora adorados.

—Silencio —ordenó—. Y no te apenes, es mejor así. Nunca habría estado tranquila a tu lado, por eso es mejor que mueras. Me lastimarías de por vida si esperara tu amor.

El contempló el cofre de la esfera a sus pies y la soga anudada todavía al marco de la ventana.

—¿Recuerdas cuando entre lágrimas me pediste otra oportunidad? —le preguntó —. Ya no mereces mi perdón. Estoy aquí nuevamente por ti, me quemarán por tu nueva traición.

—No entiendes nada.

—Dios se apiade de ti —exclamó el monje con violencia—, porque nos volveremos a encontrar, y esa vez no tendré piedad.

El puntapié de Kovac acertó justo en su mandíbula. Luego le agarró de la ropa y le zarandeó sin miramientos.

—¿Qué os pasa, inquisidor, vuestra venerable Excelencia teme al fuego? ¿Acaso no os parece una buena idea que el Ángel Negro de la Inquisición muera en la hoguera, precisamente él, quien ha quemado a tantos de nosotros? —Rió con afectación y siguió burlándose—. Es tan romántico… morir por la traición de una enamorada mientras hombres como yo, un asesino de niños, seguiremos en este mundo. Pues bien: ¡yo os declaro sacerdote católico! ¡Moriréis en la brasa por el juicio de los que son como yo!

Y con ambas manos le arrastró hasta la chimenea pese a la resistencia del monje.

Angelo sintió el calor sofocante del fuego, abrió los ojos y buscó a la francesa. Era su última esperanza.

Allí estaba. En dos zancadas Ségolène llegó a su lado, inquieta de pronto, insegura. Se agachó junto a él y, con dulzura, le suplicó al oído:

—No te muevas. Intentamos quemarte en un lugar pequeño, necesitamos que estés quieto.

Entonces Angelo supo que todo había acabado. Lord Kovac le obligó a girar la cabeza hasta que quedó frente al fuego y sus pómulos sintieron el temible poder de las brasas.

—Quémalo ya —dijo Ségolène—. Debemos ir con el Maestro.

Fue lo último que Angelo escuchó antes de que el húngaro intentase empujar su cuerpo maniatado que pese a todo no dejaba de luchar dentro la chimenea.

XXXVIII. Fuego en la tragedia

140

Alguien cruzó el umbral de la puerta en silencio justo cuando un grito desgarrador del inquisidor resonaba en el techo de piedra y tronaba por toda la habitación. Giorgio Cario Tami, con el pómulo izquierdo y la ceja inflamada hasta cerrarle un ojo, el sayo rasgado y salpicado con costras oscuras de sangre se agarró, arrastrando una pierna, al marco de la puerta y observó con dificultad. De inmediato comprendió la barbarie de la escena a pesar de que casi no podía creer lo que veía. Era Angelo DeGrasso, no había fallecido en Francia.

En un abrir y cerrar de ojos se dio cuenta de que si no hacía algo rápido y efectivo este moriría, y esa vez sería real. El jesuita inspeccionó de un vistazo el cuarto y descubrió la ventana destrozada. Los brujos permanecían ocupados intentando introducir a su víctima maniatada sobre las brasas candentes. Tami estaba mareado; sentía un penetrante dolor de cabeza a causa del golpe que Ségolène le había propinado y que, milagrosamente, no le había abierto el cráneo acabando así con su vida. Aun así respiró hondo y, con el convencimiento de que el sufrimiento no terminaría, ni para él ni para nadie, cruzó el cuarto con cierta dificultad. Kovac y Ségolène estaban absortos en su intento de asesinato, de modo que llegó sin problema hasta la ventana y despegó un trozo de vidrio puntiagudo y afilado de la emplomadura rota; luego caminó hacia la chimenea.

Ségolène sujetaba al inquisidor por los tobillos sorprendida por la inusitada energía que este desplegaba para resistirse a su ejecución. Llevaban ya un buen rato forcejeando y solo habían conseguido que su capa comenzara a quemarse. Impotente, irritada, alzó la cara y vio de refilón cómo se les acercaba una figura harapienta que de un golpe certero hundía un objeto en la garganta de lord Kovac, y este soltaba a Angelo al instante y se llevaba la mano allí donde la esquirla de vidrio biselado había atravesado su carne. Ségolène soltó también al inquisidor y se volvió como una gata dispuesta a luchar con Tami, pero este rápidamente la neutralizó propinándole un buen golpe contra su sien que la hizo caer como una muñeca deslavazada.

Angelo rodó envuelto en su capa humeante arrastrando consigo brasas candentes por el suelo, con las manos atadas y poseído por la opresiva sensación de no tener aire. Permaneció un momento a los pies de la chimenea, boqueando y comprendiendo que finalmente no se estaba quemando. Pronto reaccionó arrimando sus manos a las brasas esparcidas para que estas quemaran la cuerda que las ataba.

Tami, exhausto, con las piernas temblorosas y sintiendo que sus mermadas fuerzas le abandonaban, se apoyó contra la «dama de hierro» y, dando la espalda a Kovac y a la bruja desvanecida, intentaba recuperar el aliento. Pero no llegó a hacerlo, pues el brujo logró incorporarse y, pese al vidrio clavado en su garganta y a la mucha sangre que manaba de su herida, se abalanzó sobre el jesuita.

—¡Sálvate, debes vivir para destruir la esfera! —logró gritar a DeGrasso—. Apenas me sostengo… ¡Aguantaré lo suficiente para entretenerlos!

Angelo se liberó y tendió sus manos hacia su amigo intentado apartarlo de Kovac, pero mientras se levantaba con mucho esfuerzo, comprendió que debía elegir entre vivir para llevar a cabo su misión o salvar a al jesuita. Con profundo pesar asumió que su deber se imponía a su corazón. Embargado por una tristeza insondable, comenzó a arrastrarse alejándose de la chimenea.

Alcanzó una de las paredes de la estancia y allí, clavando sus uñas en la piedra, logró incorporarse. Cuando por fin se sostuvo en pie, no pudo evitar volverse para vislumbrar el triste final de su amigo. Tami estaba de pie junto a la ventana forcejeando con Kovac, pero movido quizá por un instinto inexplicable, giró la cabeza y, con el único ojo que podía mantener abierto, miró a Angelo. Su expresión era serena y su voz resignada cuando habló en un balbuceo que le costó descifrar:

—He leído el *Codex Terrenus*. Dios salve al mundo de esa ciencia. Que Dios se apiade de mi alma por creer en El sin fe.

Antes de que pudiera siquiera responderle lord Kovac zarandeó al jesuita hasta hacerle quedar de espaldas al hueco de la ventana. Con toda su ira lo acorraló contra los vitrales destrozados, pero el jesuita, con un último arresto, consiguió aferrarse al marco para evitar caer aunque con ello se clavara fragmentos de cristal en sus manos desolladas. Fue Ségolène, de nuevo consciente e incorporada a la lucha, quien logró desequilibrarlo, le agarró de las piernas y finalmente le hizo caer.

—¡Vete al Infierno! —escupieron sus labios cuando le empujaba al vacío.

Su cuerpo se estrelló contra las piedras nevadas del talud. Ségolène miró horrorizada cómo el fuego comenzaba a devorar las cortinas, tocadas las sedas por brasas arrancadas de la chimenea, pero al volverse se encontró una visión inesperada: el perfil de Angelo como un fantasma, brillando entre aquellas llamas, con la capa rota y chamuscada, lleno de cólera.

Sus ojos ardían con fuerzas renovadas en la quietud de la habitación.

Su mirada le quemaba.

141

El oficial del ejército vaticano entró con prisa en la tienda de campaña donde el cardenal Iuliano departía con los estrategas recién llegados del frente turco.

—Excelencia, deberíais salir y observar el castillo. Pasa algo extraño.

—¿Qué sucede? —El General de la Inquisición alzó las cejas. La madrugada era aún oscura y seguía nevando.

—Algo no marcha bien. Miradlo vos mismo. Parece que alguien ha atacado la fortaleza.

—¿Quién ha dado esa orden sin mi autorización? —La voz del Gran Inquisidor atronó con explosiva turbulencia—. ¡Mi sobrina está allí dentro!

—Nadie de nosotros lo ha asaltado, señor. Pero parece que hay alguien más allí.

El cardenal se puso en pie, tomó el catalejo y salió de la tienda, ubicada a media distancia de la fortaleza. Ya en el exterior una docena de estrategas rodearon a Iuliano en la nieve. Desde allí podía verse la figura oscura, que apenas contrastaba con el lúgubre bosque de fondo y las montañas de alrededor.

—Es cierto… —balbuceó el florentino al mirar por el catalejo.

El castillo estaba totalmente a oscuras, como era lógico, pues el duque se estaba preparando para un asedio. Ninguna luz debía dar referencia de las dimensiones de la mole para evitar a los cañones enemigos y confundir las distancias, pero la oscuridad del castillo se rompía en el tercer piso: de una de las ventanas brotaban llamas hacia el exterior. El resplandor era tan intenso que iluminaba parte de las almenas del techo y el talud inferior. No había duda. Dentro del castillo se había producido una escaramuza.

—¿Un accidente? —preguntó el oficial. Sabía que manipular pólvora y demás pertrechos de guerra provocaba en ocasiones incidentes involuntarios incluso dentro de las fortificaciones.

Iuliano bajó el catalejo y tardó en contestar.

—Una rebelión. Quizá haya una insubordinación contra Bocanegra dentro de sus propios muros.

No era una hipótesis descabellada, Aosta estaba tomada e incluso muchos de los nobles antes fieles al duque habían claudicado. Con el ejército de la Iglesia en el valle no faltaría el caudillo que intentase destronar al león herido. El duque era ya un señor venido a menos y sus hombres comenzaban a anteponer sus propias vidas a su lealtad. Era una cuestión de supervivencia, nadie en su sano juicio se enfrentaría al ejército vaticano. Y menos por él.

—Debemos actuar rápido —decidió el cardenal—. Aprovecharemos la confusión y asaltaremos el castillo.

—De inmediato ordenaré un asedio de cañones, Excelencia.

—No, no usaremos los cañones ni la artillería. Ahí dentro hay vidas y objetos valiosos, daremos un golpe de precisión. Enviad una guarnición de élite a tomar el

portón.

Vincenzo Iuliano se volvió en la nieve ciñéndose la capa negra y quedó frente a todos sus consejeros. Con voz grave les anunció:

—Preparaos para la guerra. —Luego miró a uno de sus asistentes y con firmeza le ordenó—: Tráeme un semental y una escolta, entraré yo mismo en el castillo.

142

Ségolène no podía apartar sus ojos de los de Angelo, pero un alarido resonó junto a ella y solo entonces fue consciente del sofocante calor que inundaba la habitación. Lord Kovac bramaba sin poder articular palabra con el vidrio clavado en su cuello y, mediante desesperados gestos, intentaba hacerle comprender que debía recuperar el cofre de la esfera y salir cuanto antes de la habitación. Una de sus manos se lo señalaba: estaba muy cerca de la chimenea, peligrosamente cerca, pues los pesados cortinajes que desde el techo hasta el suelo antes cubrían la ventana ahora ardían en lenguas de fuego que subían rápidas por la tela y habían conseguido prender también en una silla de madera y en un lienzo colgado en la pared. Con inusitada rapidez las llamas devoraban la pintura, realizada en óleo, destrozando el rostro de Bocanegra y sumiendo en un negro agujero su boca, sus lustrosos rizos, el blanco de sus ojos…

Ségolène se arrastró por el suelo para evitar respirar el denso humo que se había adueñado del cuarto y se concentraba en el techo y, soportando a duras penas el sofocante calor que rápidamente se propagaba, se esforzó por alcanzar el cofre que guardaba la esfera. Angelo la vio reptar como una serpiente y, abandonando el sostén que le proporcionaba la pared de piedra desnuda a la que aún no habían llegado el fuego intentó detenerla, pero la mano pesada del brujo le paralizó.

En cuanto la muchacha se apoderó del cofre el alivio la invadió, pues comprendió que ya nada la retenía allí y podía huir con la reliquia. Había recibido muchos golpes, estaba consumida y magullada y, aunque sabía que una nueva lucha se había iniciado entre los dos hombres, por primera vez en aquella larga noche se disponía a obedecer la misma orden que, curiosamente, ambos le habían dado: salir de allí con la reliquia. Con un brazo protegió su rostro y con el otro el cofre y, comprobando que el fuego había prendido también en las vigas del techo, caminó apresurada hasta la puerta.

Angelo pretendió seguirla, pero el brujo albino aferrado a sus piernas era un peso muerto que no podía arrastrar y del que no conseguía zafarse. El Ángel Negro estaba desesperado, la razón máxima de aquella odisea se alejaba. Todo se le estaba yendo de las manos, con Tami muerto y él cercado por el fuego, parecía como si aquellas

llamas presagiaran la llegada del Infierno a la tierra y le anunciaran que el triunfo sería, finalmente, para los brujos.

—¡Te encontraré! —gritó con vehemencia a Ségolène, que ya se perdía en el pasillo—. ¡Daré contigo a dondequiera que vayas!

Miró hacia abajo y vio a Kovac reír en una mueca siniestra y silenciosa pese a todas sus heridas. Su muslo estaba empapado de sangre y todavía llevaba ese trozo puntiagudo de cristal clavado en el cuello. Sus manos parecían trepar por su cuerpo. Había conseguido arrodillarse y se abrazaba a sus piernas impidiéndole moverse, intentando hacerle caer. De pronto pareció cambiar de idea, tomó impulso y asestó un tremendo cabezazo en su estómago que hizo que el monje se doblara sobre sí tosiendo y boqueando entre el humo. Inesperadamente, en la mente de Angelo todo se detuvo y pudo comprender con pacífica claridad; con un movimiento certero llevó su mano al cuello de Kovac y, agarrando con fuerza el extremo del vidrio roto, lo clavó con todas sus fuerzas en su carne hasta hundirlo completamente en su garganta.

El grito fue abominable. Kovac le soltó y se sujetó el cuello con ambas manos cubiertas de pronto por un torrente de sangre espesa que tiñó con inusitada rapidez su jubón y todo su cuerpo. Sujetándole por el cabello, el inquisidor le dio un rodillazo en el pecho que le hizo dar con su rostro en el suelo. Con una fuerza que jamás imaginó poseer en esos momentos, volvió a sujetarle por el pelo, le arrastró hasta la chimenea, le agarró por la nuca y le metió en ella la cara, enterrándola en las brasas. Un fuerte y desagradable olor a carne chamuscada salió de la campana. Kovac apoyó las manos en el fuego para apartar el rostro de aquel infierno, pero no lo logró.

Movido por una furia loca, irracional, más allá de toda medida, sacó al brujo de la chimenea y contempló su piel humeante cubierta de ampollas y cenizas encarnadas, otro tirón y le apoyó contra la pared irguiéndolo hasta conseguir que sus rostros quedaran a la misma altura. El inquisidor, ignorando el fuego que había invadido toda la habitación, se encaró con el brujo y, amenazante, irascible, fuera de sí, le espetó:

—Arrepiéntete en la hora de la muerte…

El brujo intentó sonreír pero solo un hilo de baba brotó de sus labios llagados. Con destreza, DeGrasso abrió con una sola mano la tapa de la «dama de hierro», comprobó que en su interior los pinchos estaban afilados al máximo y a empellones le introdujo en su interior. Apenas pudo lord Kovac abrir los ojos al sentir la punta de aquellos clavos en su espalda más que para ver cómo el Ángel Negro, con una expresión furibunda y desdeñosa, cerraba con violencia la tapa del sarcófago y echaba el cerrojo al tiempo que exclamaba con solemnidad:

—Como inquisidor y en nombre de la Santa Iglesia católica, te condeno a morir.

La «dama de hierro» ya estaba caliente a causa de las llamas, pero no fue el calor lo que destruyó a Kovac, ni siquiera la sangre que había perdido en su herida del cuello, sino el centenar de espinas metálicas que atravesaron su pecho y abdomen, sus

brazos y piernas.

143

Bocanegra entró apresurado en la habitación escoltado por una guardia de diez hombres. Detrás de los soldados apareció Darko.

No pudo creerlo cuando se lo comunicaron, pero ahora comprobaba que era cierto: la sala donde atesoraba la reliquia estaba ardiendo, completamente destruida.

—¡Dios mío! ¿Qué demonios ha sucedido aquí?

—¡Buscad a Kovac! —bramó el brujo—. ¡Él perseguía al monje!

—Aquí no hay nadie —respondió uno de los guardias protegiéndose—. Solo fuego.

—¿Nadie? —rabió el anciano—. ¡Eso es imposible!

El duque se resguardó con la capa del calor de las llamas y se acercó a la ventana destrozada. Asomó la cabeza y vislumbró un cuerpo tendido en el barranco. Al volverse, reparó en la «dama de hierro», de la que salía un reguero de sangre. Bastó una seña suya para que los soldados corrieran hacia aquel sarcófago de tortura. Protegiéndose de las chispas que caían del techo, los oficiales abrieron la cerradura y manipularon la pesada tapa de hierro; en cuanto consiguieron abrirla el cuerpo acribillado de Kovac se desplomó hacia delante.

—¡Es Kovac! ¡Está muerto! —gritó Bocanegra al viejo.

—¿Muerto? —repitió, y pareció más anciano y ciego, más desvalido que nunca. Todo él tembló, sus labios musitaron palabras inteligibles en su dialecto natal que sonaron a lamento a oídos de los presentes. Luego se llevó la mano al rostro y permaneció así durante un momento. En cuanto la retiró, todos pudieron ver que se había transformado en otro hombre, uno con el rostro curtido en mil dificultades, resistente a toda desgracia, pragmático y absolutamente carente de sentimientos—. ¿Dónde está el cofre?

El duque miró a sus soldados, inquisitivo, pero ellos negaron con la cabeza. Ya habían salvado todo lo que habían podido de las llamas, y el cofre no estaba entre lo rescatado.

—No está aquí —le informó.

—¡DeGrasso! —gritó entonces el Gran Brujo—. ¡Buscad al inquisidor, ha de estar escondido aquí! Él tiene el cofre.

Bocanegra se acercó al anciano, lo tomó de los hombros y sacándolo de allí le expuso:

—Él mató a Kovac en la «dama de hierro», pero ya no hay más que buscar: está en el fondo del barranco. Debió de tirarse por la ventana para huir de las llamas y su caída resultó mortal. Yo mismo acabo de ver su cuerpo vestido con el sayo sobre la nieve —añadió con determinación—. Sin embargo, el cofre no está junto a él.

—Ségolène —dijo Darko tras reflexionar brevemente—.

Ella lo tiene… Buscadla, seguro que habrá sobrevivido a este desastre. Siempre lo hace.

El duque no dudó, convencido por la seguridad que mostraba el astrólogo, y mandó iniciar inmediatamente su búsqueda. Todos sus hombres salieron al pasillo y rápidamente se transmitió la orden a todos los centinelas de la fortaleza. La búsqueda no tardaría en dar resultado, todo el castillo se hallaba movilizado en pos de la francesa.

—Rogad porque ese cofre aparezca —dijo el noble a Darko mientras lo guiaba por el oscuro pasillo a sus habitaciones—. Si he perdido mi ducado por nada me aseguraré de que veáis la muerte antes que yo el exilio.

El Gran Maestro de Brujos no contestó. En su cabeza lentamente cobraba forma la descripción que el duque le había proporcionado del estado del cuarto incendiado del que acababan de salir. No podía quitarse de la mente aquella ventana de vidrios destrozados con una soga anudada a ella. De pronto se detuvo, inmóvil en el pasillo, con sus ojos encendidos por la luz de un descubrimiento.

144

Unos cinco pies por debajo del cuarto incendiado Angelo DeGrasso permanecía aferrado precariamente a los salientes de la piedra, de pie, sobre una cornisa del segundo piso a la que se abría una ventana. Podía ver desde donde estaba el cuerpo de Tami encajado sobre la nieve y, más abajo, el único camino de acceso a la fortaleza. Era un sendero escabroso y vigilado que se abría entre las rocas y con toda lucidez comprendió que saltar desde allí sería una verdadera locura. Soltó la piedra y se aferró con fuerzas al mainel que dividía el exterior de aquella ventana y, doblando sus rodillas, se sentó sobre el saliente. Observó un vano que estaba debajo; la última ventana, la más baja de la edificación: era angosta, sin cornisa y con barrotes.

Desde ahí podría saltar al barranco, pero caería cerca de la puerta de entrada y bajo las troneras de la guardia. Nadie garantizaba que una vez en la nieve una flecha no le asestara el golpe final.

Alzó el rostro y vio salir lenguas de fuego por la ventana. El viento helado y los

copos blancos cayeron sobre su cara. Respiró lentamente y sintió ganas de llorar. Aferrado a la estrecha columna gótica contempló el valle. Estaba solo, en un sitio del que no veía salida ni tampoco regreso. Cerró los ojos y sintiendo el dolor de todas sus heridas comenzó a rezar:

—Pater Noster qui es in caelis… sanctificetur nomen tuum. Adveniat regnum tuum. Fiat voluntas tua, sicut in caelo, et in térra. Panem nostrum quotidianum da nobis hodie. Et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. —Angelo abrió los ojos y contempló el valle helado mientras sus labios recitaban un Padrenuestro envueltos en un vaho blanco—. *Et ne nos inducas in tentationem: sed libera nos a malo. Amén.*

Se ciñó aún más a la columna con manos temblorosas de frío. Bajó la vista y volvió a mirar el cuerpo de Tami en su lecho blanco. Suspiró, exhausto, y tuvo miedo de morir. Angelo Demetrio DeGrasso sabía que su misión no había terminado. Dolorido, sin fuerzas, se sintió tentado por la deserción, por dejarlo todo y buscar su propia seguridad. Por volver ante sus enemigos y rendirse a sus pies.

Colgado de aquella ventana, con su capa rasgada al viento, estuvo un largo rato meditando. Finalmente, y tras detenerse unos instantes para recuperar el aliento, alzó lentamente la mano derecha envuelta en el guante negro y la contempló hechizado mientras su puño se cerraba. Entonces volvió la cabeza hacia el ventanal gótico y, encomendándose a la Madre de Dios, de un puñetazo atravesó la emplomadura hundiendo el antebrazo en los cristales. Algunos biseles astillados cayeron sobre la nieve, muchos se clavaron en su carne.

El Ángel Negro estaba decidido. No escaparía. Iría hacia la muerte si era necesario, como los mártires y los santos, como los cruzados y los misioneros. Un inquisidor debía terminar siempre su trabajo pues no trabajaba para sí mismo, sino para Cristo.

Vehemente, apretó los labios y pensó en lo que vendría después.

XXXIX. La Vía Dolorosa

145

La habitación estaba fría y oscura, solo el silbido del viento entraba por la ventana destrozada. Las sombras guardaban sus secretos entre aquellos muros, los de una respiración lenta y quejumbrosa que se oía en un rincón como el eco de un espíritu atormentado. Con lentitud, una figura caminó hasta la puerta, con mano dubitativa agarró el picaporte y la abrió. Angelo asomó la nariz por la rendija y observó: todo el castillo parecía revolucionado.

Cerró la puerta y dudó: ¿Era ya tarde? El inquisidor había visto el gran movimiento de guardias y servidumbre que presurosos corrían por el patio y los pasillos dirigiéndose al piso superior. La fortaleza, sumida en la oscuridad de la larga madrugada cubierta por espesos nubarrones negros, parecía un avispero poblado por las sombras.

El Ángel Negro sabía muy bien que la atención de todos giraba en torno a la habitación de la tercera planta, aquella que aún ardía y de la que él había escapado, y sabía también que la penumbra y la prisa proporcionaban protección a todo aquel que deambulase por el castillo con la intención de pasar desapercibido. Eran muchos los que subían y bajaban, muchos los que miraban al cielo oscuro por el enorme tragaluz central y se cubrían el rostro agobiados por la nieve y el resplandor del incendio. Nadie repararía en él.

Angelo comprendió que no era tarde sino todo lo contrario: era el momento justo. Se cubrió el rostro con la capucha, abrió la puerta y, obedeciendo al dictado de su corazón, se lanzó por el pasillo respirando entrecortadamente para perderse entre sus enemigos.

146

El cardenal Iuliano bajó el catalejo pero aún mantenía atónito la vista en el castillo.

No podía creerlo. Durante un buen rato había estado observando a un extraño personaje que había salido por la ventana en llamas sujeto a una cuerda y, como si se

tratase de un pirata al abordaje, había llegado al segundo piso para, desde allí, asaltar otra habitación. Para cerciorarse, volvió a mirar una vez más hacia allí pero ya no había nadie.

Habría jurado que el rostro de aquel osado, casi suicida, era el de Angelo DeGrasso. Sin embargo no podía ser, estaba muerto. Frunció el ceño y, con la atención puesta todavía en la fortaleza, meneó la cabeza queriendo negarse a la evidencia pero, pese a ella, convencido.

—Es él —murmuró para sus adentros.

—¿Sucede algo, Excelencia? —preguntó el oficial al ver su rostro estupefacto.

Iuliano se volvió y le miró con los ojos llenos de ira.

—¡Ha fingido su muerte! ¡Está trabajando por su cuenta!

—No entiendo, Excelencia… ¿De qué habláis?

El General de la Inquisición le miró como si despertara de una pesadilla, pero no dio ninguna explicación. En vez de eso señaló con el índice el castillo de Verrès y ordenó:

—Marchad con vuestros hombres y tomad por asalto la puerta principal y el sendero de acceso. Procurad que nadie escape por los barrancos. Yo iré con una escolta hacia el bosque.

—¿El bosque? Excelencia, es peligroso. No debéis ir solo. Podéis encontrar enemigos.

Iuliano se apartó la capa y posó la mano en la empuñadura de su espada.

—Sé cuidarme —afirmó con autoridad—. No permitáis que salga nadie, ni siquiera religiosos. Esto está plagado de impostores escurridizos.

—Así será —le aseguró su subordinado.

—Dadme tres de vuestros mejores hombres. Vendrán conmigo. Nos dirigiremos al único lugar que vos dejaréis libre para huir. —Se volvió y contempló el pequeño resplandor de la ventana en llamas—. Un lugar por el que solo pasarán las alimañas.

147

Ségolène terminó de dar las instrucciones precisas al soldado del duque: debían avisar a Darko de que tenía la reliquia en su poder y le esperaría en la bodega. Cuando el militar se hubo marchado por la escalera se permitió suspirar y temblar por el frío. Su rostro mostraba las heridas y el cansancio pero sabía que ese sería un escondrijo acogedor, allí estaría segura.

La bodega era un recinto situado en lo más profundo del castillo al que la francesa

llegó tras descender un sinfín de escalones. Al abrir la puerta comprobó que estaba bien iluminada por lámparas de aceite, se dirigió a un rincón acogedor y, sentándose sobre un antiguo baúl, esperó con la reliquia a su lado. El silencio era total y se percibía un fuerte olor a humedad pero, curiosamente, también a perfume. A su alrededor podía ver pesados baúles de algarrobo y gran cantidad de munición. Las más grandes eran bolas de hierro para cañón, pero también había pequeños proyectiles esféricos de piedra; se trataba de balas rompedoras de culebrina. A media altura, en el único descansillo de la escalera, yacían tres botellones de vidrio lacrados.

Se incorporó y caminó por la cripta estudiando cada detalle hasta reparar en una repisa donde encontró una muñeca polvorienta que parecía olvidada. Alargó la mano y la tomó. Se trataba de un juguete que, por su estado, había sido usado en exceso por una niña pequeña y con toda seguridad estaba allí por ser un recuerdo del duque, quizá de algún familiar o de una de sus tantas amantes. Al verla, los ojos azules de la francesa se iluminaron de asombro como si ella misma fuese una niña; aquella muñeca la aisló con su sola visión de la realidad, provocó en su pecho sensaciones que creía olvidadas, le trajo el sabor de su infancia y llenó su memoria de entusiasmo y fantasía. Sopló con cuidado para eliminar el polvillo acumulado y la examinó con una sonrisa que trajo a su rostro magullado todo el esplendor de su belleza mientras su cabeza volvía a sus solitarios otoños y a las vanas esperanzas, ya perdidas, de encontrar a su amado caballero. Lentamente la sonrisa se fue marchitando ante la evocación de su infancia. Recordaba todas aquellas lágrimas derramadas por sus súplicas nunca atendidas, la orilla del arroyo donde miraba el reflejo de su rostro durante horas, debajo del árbol que lo bañaba de hojas secas. Oprimió la muñeca contra sí y volvió a verse como la joven de catorce años que pidió a Dios que calmara su angustia de joven melancólica y desconsolada, que no la abandonara a la espera de los inviernos crudos en su soledad.

Ségolène volvió la cabeza y reparó en aquellos botellones lacrados. Con la muñeca aferrada a su pecho caminó hacia el descansillo de la escalera donde reposaban, se arrodilló junto los recipientes y se dispuso a curiosear hasta averiguar cuál era su contenido. Las tres botellas tenían en las bocas los hilos lacrados con los certificados de origen del preciado tesoro que guardaban: el mejor perfume francés. No tardó en levantar la cera que protegía el tapón. Una vez retirado comenzó a percibir los efluvios que manaban de ellas. Casi con temor acercó la nariz y, cerrando los ojos, aspiró.

Al comienzo, el aroma, concentrado y volátil, la golpeó inesperadamente con su intensidad, pero pronto devino en una exquisita fragancia floral en la que predominaba el olor a jazmín, a flores regadas de rocío, dulces pero no empalagosas. Aún con los ojos cerrados se sentó en la piedra y se apoyó en el muro. La fragancia persistía. Ahora sentía las cascaras de naranja, en un efluvio que lentamente perdía

intensidad hasta terminar extinguiéndose dejando un leve olor a nuez moscada. Abrió los ojos. Era una fragancia excelsa que había tocado su fibra más sensible hasta hacerla llorar. Tomó la muñeca del suelo y la apretó contra ella. De nuevo volvió a recordar aquellos pasillos angostos que se abrían en el bosque, cada una de las hojas caídas y las ramas secas de los arbustos que tocaban el arroyo. Todas las tardes iba a aquel lugar, su refugio secreto en un recodo junto al puente abandonado. Desde esa orilla la niña francesa de cabellos lacios había pedido a Dios el fin de su soledad.

Cuando Ségolène volvió la cabeza reparó en aquel hombre que había llegado con sigilo y la observaba con suma atención. Quiso hablarle pero no le dio tiempo. Se abalanzó sobre ella y le golpeó la cabeza con un tronco haciéndola caer, como las ramas secas, al borde del arroyo. Al volver en sí estaba siendo violada por ese ser envilecido que, como una fiera desbocada, la penetraba con violencia. Durante la abominación de aquel primer coito, la niña que fue Ségolène no pudo hacer otra cosa más que contemplar las copas abovedadas de los árboles, oír el susurro del arroyo y sentir el rosario que aún pendía enrollado en su muñeca.

Más tarde, tras las vejaciones, los golpes y el dolor, fue abandonada sobre el mismo puente que tantas veces había contemplado. Allí quedó entumecida y temblorosa hasta que anocheció. De entre sus piernas brotaba el semen de un hombre que conocía muy bien, un familiar de visita en su casa que la deseaba enfermizamente desde hacía tiempo y, tras seguirla hasta el bosque y satisfacer su abyecto deseo, la había dejado en el fondo de un abismo que nunca, en todos sus sueños, había llegado a imaginar. Un abismo donde se hundió y del que nunca logró salir.

Ségolène, sentada ahora en el descansillo de la escalera, hundió el rostro entre las manos y gimió de dolor lamentándose por todo lo que había hecho en su vida. Su conciencia estaba despertando y se veía en el espejo de su propia persona con vergüenza. Ya nadie la comprendería jamás ni entendería la amargura que engendraban en su alma los recuerdos de aquella vejación.

Cerró los ojos y se apoyó contra el muro. Su mente voló en compañía de esa fragancia a la época que la memoria siempre le censuraba: cada vez que llegaba el otoño a su casa, a su bosque, Ségolène se cortaba las venas. Desde los catorce años, cada otoño lo intentaba. Luchaba desesperadamente para escapar de sí misma, de la repugnancia de aquel recuerdo que le asaltaba por las noches, silenciada por la vergüenza y empujada por la violencia que había hundido su nuca en el barro como si fuese el lecho de amor de una condenada, que lavó sus cabellos rubios en el arroyo, que le hizo arañar la tierra para intentar sin conseguirlo salir de aquel infierno. Nunca lo logró, no pudo hacerlo y lentamente se ahogó en el pozo del desamor. Jamás encontraría a su amor, solo a aquel hombre que simplemente la violó.

Abrió los ojos y con una suave patada volcó uno de los botellones. Su propio peso

lo hizo estallar liberando un torrente de líquido perfumado que bañó los escalones como una catarata. Alargó su mano y tomó un cristal roto, se sacó despacio el delicado brazalete dorado que cubría su muñeca y, dejándolo sobre sus faldas, acercó la punta afilada, brillante y letal a sus venas. Una lágrima resbaló por su mejilla. El cristal tocó su piel, y suspiró pausada y temblorosa; era uno más de los momentos de intimidad entre ella y la muerte.

Con una sonrisa perdida comenzó a rasgar su piel con el vidrio, ya veía la primera gota de sangre brotar cuando oyó cómo la puerta de la cripta se abría con violencia y, al volverse, vio una figura encapuchada que se aproximó con rapidez sin detenerse mientras sus guantes apartaban el capirote y desvelaban su identidad. Antes de que pudiera siquiera articular palabra, Angelo DeGrasso agarró a Ségolène de los cabellos y la arrastró por los escalones hasta el suelo de la cripta. Allí la soltó, dejándola tirada sobre la piedra. Ya nada de eso le importaba. En su mano seguía el trozo de cristal que daría fin a su infierno, lo apretó con fuerza y lo dirigió contra su muñeca desnuda dispuesta a terminar con lo que había comenzado. El inquisidor, comprendiendo lo que ocurría, la agarró de los cabellos y la obligó a incorporarse. Una vez de pie la aferró de la mandíbula, la empujó contra la pared y acercó su rostro.

—Bruja perversa, no voy a permitir que lo hagas —sentenció airado—. Ahora soy tu inquisidor y el suicidio es un pecado mortal.

Las lágrimas de la francesa mojaron el guante que oprimía sus pómulos.

—Ayúdame… —Suspiró vencida por una remota esperanza—. Ayúdame a volver a vivir queriendo vivir. No me dejes…

El inquisidor bajó su mano hasta aquel cuello delicado que sus dedos oprimieron con dureza, asfixiándola.

—¿Cuál es tu terror? —le gritó—. ¿Cuál es el terror que te atormenta?

Ségolène sintió pronto el ahogo. Aquel hombre la oprimía con violencia y la sometía. Su mente volvió por un instante al arroyo y al bosque, al recuerdo que nunca la abandonaba.

—El terror a la soledad —replicó entre lágrimas, apenas sin aire en los pulmones.

Angelo aflojó la presión y palideció sorprendido por una repentina convicción: estaba diciendo la verdad.

La mujer estaba abatida, no podía dejar de llorar. Hundió el rostro en el cuello de su verdugo, pero ese contacto duró poco tiempo. De pronto el monje recordó todo lo pasado y la separó de un empujón.

—¿Terror a la soledad? —El tono de su voz se volvió ácido—. ¡Me has traicionado dos veces y despreciado mi perdón! ¡Fuiste tú quien me abandonó, la que conspiró contra mí y mis cofrades, la que clavó una flecha en mi costado, hundió el dedo en mi herida y deseó mi muerte esta misma noche!

—No lo haré nunca más. Lo juro, Angelo, créeme.

—¡Lo juras! —Él la miraba desencajado y ella bajó la cabeza—. En este mismo castillo imploraste mi perdón, suplicaste mi misericordia y te la concedí. ¡Maldita sea! Oí los gritos silenciosos de tu corazón, escuché tu confesión y todas las mentiras que escondes tras tu sonrisa, esa sonrisa falsa que ocultas tras conjuras y lágrimas en un mismo rostro.

El Ángel Negro se apartó con rapidez y caminó hacia el centro de la cripta. De espaldas a Ségolène cerró los ojos. Aspiró el perfume derramado y notó el dolor de sus heridas que no habían dejado de sangrar. Por un momento creyó escuchar una melodía de paz, un compás que se fundía con el aire y le anestesiaba. Estaba sudando y la fiebre le provocaba esporádicos temblores de piernas. Necesitaba paz, aclarar los sentimientos que brotaban de su corazón y enturbiaban la razón. Por un segundo sintió claridad en sus cielos borrascosos.

—Yo te protegí, arriesgué mi vida por salvar la tuya al creer en ti. Me sometí ante Èvola por detener la flecha que te mataría, pero tú… metiste esa misma flecha en mi carne. —Su semblante se endureció y, enfrentando su rostro a su belleza, gritó vehemente alzando su guante negro—: ¡Todo son mentiras para salvar el pellejo, ni siquiera sé tu verdadero apellido! Asesinaste a Tami… ¡Por Dios que estás maldita! ¡Estarás condenada al abandono por siempre en tus otoños y bosques de soledad, bruja!

—¡No me llames así! —explotó ella en un llanto repentino.

—Te confesé mis sueños y consolé los tuyos, te comprendí y compartí tu lecho sin tomarte. ¡¿Eso no es amor?! ¿No es lo que necesitabas? Y tú estuviste ciega a todo lo que recibiste.

Ella bajó la mirada y devino en silencio funesto:

—Dumas… Ese es mi verdadero nombre. Ahora que ya lo sabes con él te lo entrego todo. —Ya no quería seguir llorando. Se llevó la mano al cuello, sacó una cadena y la arrojó a las manos de Angelo. A continuación señaló el rincón donde estaba el cofre con la esfera—. Estas son las llaves que lo abren. Dentro está la reliquia. Es tuya.

Él asintió en silencio, tan cansado como ella.

—¿Qué vas a hacer ahora conmigo? —preguntó la muchacha francesa.

—Lo único que queda, lo máximo que puedo ofrecerte: te sentenciaré, te daré la última oportunidad de limpiar tu corazón.

Ségolène no dijo nada. Se quedó quieta y mantuvo plácida su mirada angelical. Supo al instante a qué se refería Angelo: jamás saldría de esa habitación.

—Tengo miedo… —admitió en un suspiro frágil y sensible, sabedora de su destino.

—No temas —la tranquilizó al verla temblar—. Solo tendré que escuchar la confesión de tus labios y sellar tu arrepentimiento para toda la eternidad. Dios es

todopoderoso, también en la piedad. Confía en mí, serás libre y vivirás en el amor incondicional.

Ella comenzó de nuevo a llorar, pero enjugando sus lágrimas asintió en silencio, firme y decidida, como si fuese una esposa en el altar frente a un pacto eterno de amor.

—Está bien —susurró—. Puedes comenzar.

—Ségolène Dumas. Yo, Angelo Demetrio DeGrasso, Gran Inquisidor de Liguria, te acuso formalmente de herejía, de pertenecer y obedecer a sectas anticristianas, de conspirar en ritos paganos y demonólatras aborreciendo a Dios mediante el uso reiterado de la mentira y la conspiración, del asesinato y la deslealtad, de atentar contra la Santa Iglesia católica y apostólica en el rapto, persecución y entrega de documentos pertenecientes al magisterio eclesial, de conspirar de muerte contra un inquisidor del Santo Oficio de Roma, de asesinar a misioneros cristianos, y de todas las degeneraciones en carne y pensamiento que has perpetrado. Eres culpable de atentar contra ti misma y de ser suicida, abominando con tu comportamiento del don de la vida y la gracia de Dios. Por bruja y por los deplorables actos cometidos contra la fe y los creyentes, como juez de la Santa Inquisición te sentencio a la pena máxima: la muerte en el fuego.

Ségolène no supo qué responder. Seguía mirando a los ojos penetrantes del genovés.

—¿Te arrepientes de tus pecados y afirmas tu fe en la Iglesia? —siguió DeGrasso.

—Sí. Me arrepiento de todos mis pecados —respondió con voz delicada.

—¿Tomas a Cristo como Salvador en el momento de tu muerte?

Por un instante su lengua pareció anudarse en un llanto contenido que finalmente aplacó para responder:

—Sí, acepto a Cristo en el final de mi vida.

Angelo suspiró con fuerza y un imperceptible alivio se dibujó en su cara, como si hubiera conseguido arrojar un pesado lastre de su interior. Dio media vuelta y subió los escalones de piedra hasta llegar al descansillo donde tomó uno de los botellones de perfume. Tras quitarle el lacre y los hilos regresó junto a la mujer para seguir con el ritual de su oficio.

—Eres muy valiente. Ahora se te ha concedido una última oportunidad, ya no estarás atormentada ni condenada en el Infierno a perpetuidad por tus intentos de suicidio. Te enviaré frente a la misericordia infinita de Dios y vivirás para siempre junto a él.

Tomó la botella y lentamente derramó su contenido sobre la cabeza de la joven. El líquido fue deslizándose por sus cabellos hasta ganar el escote y gotear por sus hombros, su pecho y sus piernas. Su vestido se empapó con la fragancia y el bálsamo exquisito enjugó sus lágrimas. Ségolène, hermosa como siempre, permanecía inmóvil

sabiendo que ese era el momento más trascendental de su vida: el perfume la adornaba como si se tratase de una princesa y un hombre la respetaba y admiraba sin forzarla ni abandonarla.

El inquisidor estaba tratando de reparar una vida de pecados y degeneración. Tomó una lámpara de aceite y contempló a Ségolène. Ambos quedaron prisioneros de aquella mirada silenciosa plena de significados, de sensaciones indescriptibles que solo ellos compartieron.

—Abrázame —pidió, y estrechó la muñeca contra su pecho—. Tengo miedo.

Él vio una lágrima trazar su mejilla, tan transparente y sugestiva como el perfume derramado, y con toda la calidez de su sonrisa intentó transmitirle su paz y amor.

—No temas. Hoy mismo verás el amor de verdad en su plenitud y ya nunca más tendrás miedo. Yo te aseguro que todas las noches escucharás mis plegarias elevándose hacia ti, dondequiera que estés.

—Te esperaré siempre —respondió la muchacha ahogada en un llanto agónico.

—Lo sé. —Angelo cerró los ojos y recitó en murmullos una oración final. Al abrirlos, el color bronce de sus pupilas dibujó la llama que ardía ante él en la lámpara.

Ella quedó prendida de sus ojos como una enamorada y la mano del monje dejó caer la lámpara a los pies de la mujer, liberando el aceite que ardía y que de inmediato prendió en el perfume que la bañaba, extremadamente volátil. Las llamas de reflejos amarillos y anaranjados treparon rápidamente por su cuerpo y terminaron por devorar a Ségolène.

Ella mantuvo un instante aquella expresión sosegada de mujer enamorada y sus ojos fijos en Angelo, pero pronto el extremo dolor la obligó a cerrarlos para siempre mientras lanzaba un grito sordo que fue arrebatado de sus labios por una lengua de fuego azul. Se había convertido en una antorcha humana presa de un viaje sin retorno al que solo se accedía a través de la purga y el dolor. Un viaje al que debería ir sola. La mirada intensa de Angelo reflejaba ahora aquella llama que tenía delante, su rostro se iluminaba entre las sombras. Se quedó atrapado en aquella imagen, convencido y satisfecho de haber tomado el camino más difícil y espinoso, el que llevaría a Ségolène directa al Cielo.

Pronto aquel cuerpo en llamas cayó rendido bajo las bóvedas, lentamente el furor del fuego fue cediendo y dejó a la vista a una mujer distinta, llagada e irreconocible, sin cabello, ciega y moribunda, que aún aferraba aquella muñeca de trapo chamuscada y rota, y que alzó su mano al vacío con jadeos entrecortados.

—No tengas miedo. —Sabía que ella podía escucharlo, aunque no responder—. Estoy aquí, no te he abandonado.

Y agarró aquella mano descarnada que se aferró a él con desesperación en el momento final de su agonía. Durante un único instante sus temblores cesaron, su cabeza se movió intentando inútilmente ver, pues sus ojos estaban quemados,

mientras respiraba una última vez con dificultad. Entonces falleció.

Angelo la contempló largamente. Poco a poco sus ojos comenzaron a humedecerse. Con sumo cuidado, depositó aquella mano sin vida hasta posarla en la piedra, luego se volvió y prorrumpió en un alarido ronco que salió desde el fondo de sus pulmones y brotó como un trueno hasta acabar en llanto.

Con el rostro sudoroso y febril cayó de rodillas e intentó serenarse, pero sus lágrimas no cesaron. Sabía que Ségolène estaba ahora en presencia de Dios y su alma ya gozaba del beneficio de la piedad. Tomó el cofre con la esfera y se percató de que no podía seguir. Se le habían agotado las fuerzas. Daba tumbos con su cruz y aún no había completado la misión. Arrastrándose, se arrimó al cuerpo de la muchacha, tomó su mano y lloró su muerte.

Así postrado, quedó también a la espera de su propio destino.

XL. El Inquisidor

148

Bocanegra entró presuroso en la bodega, su capa y su pelo agitados al descender cada escalón de piedra mientras sus ojos descubrían una escena terrible e inesperada. Tras él iba Darko acompañado de cinco guardias.

—¡Dios mío! —gimió, y se quedó paralizado en la antesala.

Abajo se veían dos cuerpos, uno carbonizado y el otro tendido a su lado. Toda la sala estaba impregnada de un penetrante hedor a cebo perfumado. No supo qué hacer ante aquella lóbrega visión. Un soldado le había informado de que la esfera estaba en la cripta en poder de la francesa y la noticia fue para él como música celestial en sus oídos justo cuando la última fortaleza que gobernaba luchaba contra un incendio que, de forma inexplicable, iba ganando más y más habitaciones dentro de sus dominios. Pero ahora todo parecía de nuevo perdido, y Bocanegra supo sin lugar a ninguna duda que aquel desconocido que yacía en el suelo era el culpable de todo, del incendio y del robo de la reliquia.

—¿Quién sois? ¿De dónde habéis salido? —exclamó airado contra aquel extraño que parecía incendiar todo lo que tocaba mientras descendía el tramo final de escalones.

Angelo no respondió. Solo alcanzaba a respirar pues su estado era deplorable.

—¿Ségolène…? —exclamó el duque al llegar abajo, arrugando la frente al reconocer aquel cadáver chamuscado—. ¡Santo Dios! ¿Ese cuerpo es… Ségolène?

—¿Qué sucede? —preguntó el viejo Darko, que bajaba tras él los escalones con la mirada perdida tratando de entender.

—¡Está muerta y calcinada! —describió el noble.

El Gran Brujo se quedó paralizado. Primero dudó, luego olfateó y dando bastonazos se abrió paso por la cripta. Cuando dio con su cuerpo inerte tiró su bastón y cayó de rodillas junto a ella. Sus dedos tantearon a la mujer llena de llagas y fluidos, sin cabellos y cubierta de costras de piel carbonizada en que se había convertido, deslizó sus dedos huesudos por el rostro del cadáver y con el índice recorrió el arco de aquella nariz.

—¡Ségolène, pequeña mía! —gritó el anciano tras despejar sus dudas. Un segundo lamento no llegó a salir de su boca y terminó en una mueca espantosa. Se volvió hacia el duque y vociferó—: ¡El inquisidor ha quemado en la hoguera a mi última discípula!

Bocanegra volvió la vista hacia el individuo recostado a un lado del cadáver.

—Entonces debe de ser este hombre —señaló.

Darko quedó sin palabras, en su ceguera no podía imaginar que el culpable se hallaba a solo unos cuantos pasos. Sobresaltado, buscó instintivamente el apoyo de los guardias, que le ayudaron a ponerse en pie mientras Bocanegra desenvainaba su espada y la apuntaba hacia el rostro de Angelo.

—¡Describídmelo! —ordenó Darko—. ¡Tengo que saber si se trata de él!

—Tiene la sotana rota y bajo ella percibo una herida en el costado. También lleva un crucifijo sobre el pecho. Sus ojos son de color miel y su rostro es bien parecido aunque lleno de magulladuras y heridas sangrantes.

—¡Es él sin duda! —gritó el viejo—. ¡Es el Gran Inquisidor de Liguria!

De pronto Angelo pareció despertar de su letargo y miró al brujo con un brillo particular en los ojos.

—Es verdad, soy yo —habló incorporándose—. Soy tu señor inquisidor, el que exterminó a tu prole herética y aniquiló tu cizaña con el fuego purificador de la Iglesia.

—¡Pagarás tu atrevimiento! —bramó Darko dando palos al aire con su bastón intentando acertar al monje—. ¡De nada te servirán las quemas, el mal siempre estará en esta tierra y los brujos en ella!

—Ségolène murió en Cristo, se arrepintió de sus pecados en el momento de la muerte. Lo vi en sus ojos.

—¡Mentira! ¡La mataste por odio y venganza!

—Rompí las cadenas diabólicas de su pasado y la ungí con el perfume de su nueva vida. Ella irá al Paraíso. Me esperará entre los árboles, me esperará en el amor.

—¡Majaderías! ¡Ségolène está en el Infierno que tu propia Iglesia enseña!

—Ya no —contradijo Angelo—. En un amanecer como este te juro, Darko, que el mal no ha prevalecido. En el último instante de una vida atormentada ha triunfado la piedad.

Pasquale de Aosta apartó la capa de Angelo con cuidado utilizando la punta de su espada y descubrió bajo ella el cofre que el inquisidor guardaba bajo el brazo.

—¡Es la reliquia! —La esfera era lo único que le importaba en ese momento, era su única salvación ante el inminente ataque de los ejércitos de la Iglesia.

El duque pisó el pecho de Angelo con una bota y posó la punta de la espada en su cuello. Inclinándose levemente sobre él con la otra mano tomó la pequeña argolla del cofre y tiró de ella.

—No lo hagáis, os lo suplico —le rogó DeGrasso—. Yo ya no puedo seguir, solo quedáis vos.

Por un instante el duque prestó atención a las palabras de aquel hombre.

—¿Que no lo haga? —inquirió—. ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Sois el último católico que portará la esfera. Después pasará a manos de los brujos y ya solo la poseerán ellos. Por lo que más queráis, no permitáis que se apropien.

—Ya no soy católico —respondió con sorna Pasquale Bocanegra.

—Habéis sido bautizado, no podéis renegar de ese sacramento…

—¡Oh sí! —Rió con gusto—. Yo era muy pequeño cuando me bautizaron, pero he decidido renunciar a mi bautismo y abrazar una nueva religión con la que podré abjurar de Roma y obtener la salvación.

—Fuera de la Iglesia no hay salvación —alentó Angelo—. Solo engaño y dolor.

—¿Dolor? ¡Pobre idiota! —resopló el noble—. ¿Acaso no sabéis que en verdad Dios no existe? Únicamente perdura el oro y todo lo que con él se puede comprar.

—No entreguéis el cofre a la oscuridad, os lo ruego…

—¡No le escuchéis, hacedlo callar! —tronó el brujo—. ¡Ese monje es culpable de la miseria y la calamidad de estas tierras! ¡Es culpable de haber iniciado el fuego en el castillo y de dar muerte a mis discípulos!

Bocanegra aferró fuertemente el cofre y colocó la punta de su espada sobre la nuez del Ángel Negro, como insinuando su pronto final.

—Jamás había visto vuestro rostro —confesó—, y hasta llegué a pensar que erais vos el monje que cayó del tercer piso y nada podía amedrentarme porque estabais muerto. Pero ahora entiendo el temor que todos los brujos os tienen. He oído hablar mucho de vos, he comerciado con vuestra vida y siempre me he preguntado el porqué de tanto interés por vuestra persona. Ahora lo sé, sois el monje obcecado que tendría que haber matado desde un principio y esta es la reliquia que debí entregar a la Iglesia. Sin embargo. —Los ojos verdosos del duque brillaban con euforia—. Ahora os tengo a mis pies, vuestra vida depende de mí y, como veis, inquisidor, en este juego incierto os corresponde el fracaso. Lo habéis apostado todo sin ganar nada y yo tengo el cofre en la mano. Por eso debo acabar ahora con vuestra vida —siguió argumentando amparado por la sonrisa de Darko; bajo su capucha escuchaba con satisfacción las palabras del duque y lo que estas anticipaban—. Permitiros vivir es arriesgarme en vano a perder de nuevo y ya no puedo seguir jugando.

—No vendáis vuestra alma al Diablo —siguió rogando Angelo exhausto—. El hombre puede vivir sin oro, pero jamás sin esperanzas. No dejéis que esa esfera le arrebate al hombre lo último que posee… no dejéis que se marchite su fe.

Durante un pequeñísimo lapso Bocanegra vaciló. No podía entender por qué aquel monje no negociaba por su vida y se permitía aconsejarle en el momento de su ejecución. En aquel momento se preguntó si en su cuerpo no faltaría algún órgano que hiciera posible sentir la fe que parecía guiar a aquel monje moribundo.

—La fiebre os ha robado la cordura. ¿No veis que la fe no tiene sabor ni llena una copa? Es bien cierto que la religión es una enfermedad de necios. Idos pues con Dios

y con vuestra fe, yo me quedaré en esta tierra cuidando del oro y sus virtudes. —Levantó la espada para clavarla en su cuello.

—Dejadlo vivir… —le detuvo Darko con un gesto sospechoso en su rostro.

—¿Acaso ya no queréis venganza, viejo brujo? —preguntó el noble intrigado.

—Su misión ha fracasado, no hay mejor tortura que dejar que vea con sus propios ojos la caída de su Iglesia. Todo será culpa suya y ese será el peor tormento que pueda imaginarse. Yo condeno al inquisidor a un suplicio más abrasivo que el fuego y más doloroso que las torturas. Quizá corra entonces hacia un árbol y se cuelgue como Judas.

—No es mala idea… —admitió Bocanegra devolviéndola a su vaina—. La realidad se encargará de nuestra venganza y será mucho más dolorosa, más lenta.

—Nosotros tenemos la esfera, lo único que queremos —le apremió Darko—. Es el momento de apresurarnos en seguir nuestros planes, pues aún queda el último paso.

El duque asió al ciego de su huesudo brazo y, advirtiéndole de cada uno de los escalones que debía ascender, se alejó con él seguido de sus hombres, dejando a Angelo en el suelo, abandonado como una piltrafa junto a un cadáver quemado a quien ya nadie quería.

149

Las sombras se movieron presurosas en el patio trasero de la fortaleza, el cielo seguía oscuro en aquella mañana saeteada sin cesar por finos copos de nieve. El castillo de Verrés tenía una salida secreta que solo el duque y un puñado de sus oficiales conocían, y fueron estos quienes, sigilosos, cruzaron la blanca explanada a sabiendas de que las tropas de la Iglesia ya habían iniciado un sorpresivo ataque en las puertas principales en dirección al muro trasero de la fortaleza, una construcción alta y sólida edificada con enormes bloques irregulares de piedra encastrada que circundaban todo el peñasco exterior siguiendo los caprichos rocosos naturales y protegida en la cima por troneras y puestos de guardia.

Anastasia, de rodillas sobre el manto albo y helado, con la falda extendida sobre él como los pétalos de una flor marchita, alzó el rostro enmarcado por sus cabellos azotados por el viento y decorados por los cristales de agua congelada. Sus ojos verdes relucían contra el fondo claro del paisaje pese a su expresión, que reflejaba toda su indisciplina. Bocanegra, de un empujón, acababa de arrojarla sobre la nieve esperando así, con ese arranque de violencia, vencer su resistencia, hacerla avanzar dócilmente junto a ellos a lo largo del muro.

—Este murallón es el final de todo. Rendíos… no os queda más camino por recorrer —amenazó la joven desde el suelo pese a su situación de evidente indefensión.

—Vos sois mi aval —respondió el duque con una amplia sonrisa—, vuestra compañía me infunde tranquilidad y, al contrario de lo que suponéis, este muro es el principio de mi triunfo. Y tendréis el honor de que os haga parte de él.

—¡Jamás! —exclamó aún de rodillas—. Nunca podréis comprar mi corazón.

—Oh, sí, claro que lo haré. Aprenderéis a amarme tan pronto retome el mando de mis fuertes. Afortunadamente no sois una sentimental, como vuestro querido DeGrasso que agoniza ahí dentro —dijo, y señaló el castillo a sus espaldas— por culpa de su apasionada y, debo añadir, suicida concepción de la fe.

Anastasia se quedó inmóvil, con el viento enredando su pelo mientras su boca formulaba una pregunta que casi no podía pronunciar a causa de su ansiedad.

—¿Angelo está en el castillo? —Su voz era tan frágil y delicada como sus emociones.

—¿Acaso no lo sabíais? —Bocanegra la miró con curiosidad.

—Pensé que había muerto en Francia.

—Y morirá pronto, es bien cierto, pero será en este castillo.

Anastasia se puso en pie y, sujetándose la falda, comenzó a correr hacia la mole de piedra. A los pocos pasos fue interceptada por dos guardias del duque que la arrastraron hasta llevarla nuevamente ante él.

—¿Adonde creéis que vais? Yo soy vuestro hombre y vuestro dueño, quien os dirá qué hacer el resto de vuestra vida. Una dama tan hermosa y temperamental como vos solo puede ser mía o de la muerte. —El duque respiró el aliento agitado de la florentina y pudo sentir el corazón que latía bajo su escote generoso—. Mis herederos nacerán de vuestro vientre. Pronto comenzaréis a apreciarme, os daré todo lo que anhela una mujer, todo y más.

En ese preciso instante un vigía en lo alto del muro alzó la mano.

—Excelencia —avisó el soldado—, he visto la señal en el bosque.

Bocanegra despegó su rostro del de Anastasia, la entregó a los guardias y ascendió por la escalera hasta las troneras a tiempo de ver la señal de un farol destellando en el bosque, más allá del precipicio.

—¡Son ellos! —gritó—. Es hora de irnos. Abrid la puerta y traed al ciego.

Poco después, un pequeño grupo atravesó de nuevo el patio de armas del castillo en dirección a la compuerta secreta del muro, que los dejó en el exterior, más allá de la protección de la muralla y al borde de un barranco sombrío y nevado. Aquel sendero era el más inaccesible de todos los que llevaban al castillo. Los escapados entre los que se contaba Darko, que caminaba con sumo cuidado y lentitud, aferrado

a su bastón y guiado por dos soldados del duque, no podrían descender por allí en carruajes ni caballos, debían hacerlo a pie. El único aliciente que les deparaba aquella angosta vía de huida era el saber que a los pies del barranco, al final del sendero, les aguardaban los suizos protestantes en espera de la esfera y de ofrecerles su protección.

—¿Y los baúles? —preguntó Bocanegra desconcertado al ver llegar al ciego—. ¿Dónde están los baúles con mi oro?

—Donde los habéis dejado, en el castillo.

—¿En el castillo? ¡Por el amor de Dios! ¿Acaso pensáis que me iré sin él? —El duque dio la espalda al barranco y se volvió hacia la puerta que comunicaba con el patio interior del castillo.

—Dejadlos… Abandonad ese oro como una pérdida necesaria, como el precio a pagar por nuestra libertad —le aconsejó el Gran Brujo—. Tenemos la reliquia, no lo olvidéis. Nos aguardan en el futuro muchas más ganancias de las que dejamos atrás.

—¡Son mis tres baúles cargados de oro! —gritó el duque encolerizado—. ¡Es fácil filosofar sobre las pérdidas ajenas, pero sabed que cuando son propias duelen en las tripas!

Darko le taladró con el vacío de sus ojos muertos y respondió:

—Tenéis a la mujer como escudo ante cualquier ataque y guardáis la reliquia que nos hará ricos y poderosos, ¿qué importan esos tres arcones? Son solo un lastre en el camino.

—Nadie seguirá sin los baúles —ordenó el noble deteniéndose—. ¡Traed ahora mismo mi oro! —Dicho esto ordenó a seis hombres que fueran a buscarlos al interior de la fortaleza. Les esperarían allí el tiempo necesario para huir con la fortuna.

Mientras los hombres desandaban sus pasos sobre la nieve, un espeso manto de silencio cayó sobre el barranco.

—No volverán —vaticinó el Gran Brujo.

—Lo harán. Les he dado una orden, y jamás me desobedecen.

—Vuestro castillo se hunde. Vuestros súbditos claudican ante los invasores católicos, como ya ha sucedido con las fortalezas que han caído sin combatir. ¿Por qué pensáis que esos hombres volverán con tres arcones de oro pudiendo repartírselo entre ellos?

—¡Imposible!

—¿Acaso estaréis aquí para castigarlos? Bien valéis ser traicionado por esos hombres si vos mismo estáis huyendo —le reprochó el viejo brujo.

El duque se enfureció todavía más, pues aparte del hecho de perder su fortuna le irritaba sentirse estafado por sus lacayos. Ya no se trataba de un botín perdido, sino de uno robado.

—Iré por ellos —bramó—. Cuando me vean en el castillo no dudarán en

obedecerme, aún tengo poder sobre toda la gente que está dentro, bien podría hacerlos ejecutar.

—Insisto en que no vayáis —resopló Darko—. Es preferible ser estafado a ser prisionero del enemigo.

Pero Bocanegra, apretando los puños, dejó el cofre con la esfera en poder de uno de los tres guardias que los acompañaban y, ordenándoles cuidar de Anastasia y del brujo y prometiendo estar de vuelta enseguida, volvió a traspasar la pequeña puerta de su fortaleza.

Darko sonrió, pues lo había planeado todo. Desde el momento en que decidió emprender la huida dejando el oro dentro sabía que el noble regresaría a por él. Con un gesto de satisfacción dejó caer el bastón y dio tres fuertes palmadas que sonaron como tres disparos en la soledad y quietud del barranco. De inmediato el silbido de una flecha trazó el aire helado y, sin que los soldados pudieran preverlo, muchas otras más lo surcaron acribillándolos por sorpresa. El cofre con la esfera cayó en la nieve junto a los cadáveres de sus custodios tiñéndola con su sangre, y una docena de hombres armados salieron de su escondite entre las rocas. Eran los suizos protestantes del conde de Ginebra.

—Hemos venido a por vos —dijo una voz en francés.

Darko extendió las manos hacia sus voces en un gesto de bienvenida espontáneo y alegre. Por fin podía relajarse, la obra de su vida entera había concluido, ya no habría más escollos ni dependería de nadie.

—Lo sé —murmuró el Gran Brujo—. Tomad el cofre y llevadme rápido al bosque. Tengo prisa por llegar a tierras protestantes.

—¿Qué hacemos con la mujer? —preguntó uno de los suizos.

—Dejadla aquí mismo —dijo Darko sin dudar—. No quiero atraer a las avispas que siguen su néctar.

De esa forma los hombres condujeron al Gran Brujo por el sendero pedregoso del peñasco y Anastasia los vio desaparecer bajo los copos de nieve.

Temblaba de frío y cansancio y estaba completamente sola.

150

El duque de Aosta se sorprendió al encontrar a sus guardias acarreando los baúles en vez de estar repartiéndose las monedas y de escuchar de su boca que jamás le traicionarían. Sonrió satisfecho por comprobar que aquel viejo loco y ciego no era a fin de cuentas tan sabio como parecía sino más bien un ser supersticioso y exagerado.

Pasquale Bocanegra volvía en compañía de sus hombres y riquezas hasta la pequeña salida del muro posterior henchido de felicidad cuando descubrió nada más cruzarla una figura solitaria bajo la persistente nevada. Sacó el trabuco de su cintura y tiró del martillo.

—¿Dónde están los guardias y qué demonios hacéis aquí sola?

Anastasia le miró espantada desde el otro lado del cañón del arma.

—Darko os ha traicionado. Han venido a buscarle los suizos y se ha llevado la reliquia.

La mueca triunfal del duque dejó paso a otra de incredulidad.

—Mentís —balbuceó.

Acercando a la mujer hacia sí de un tirón de su broza y posando furioso el arma contra su sien avanzó con Anastasia por el angosto sendero hasta dar con los cadáveres de sus centinelas. El viejo ya no estaba y tampoco el cofre con la reliquia y sus huellas, que se perdían por el camino y comenzaban a quedar sepultadas por la nieve. Era totalmente cierto. Le había traicionado.

—Todo ha terminado para vos —dijo Anastasia—. Entregaos a mi padre y suplicad misericordia, decidle que habéis sido presa de los engaños del Gran Brujo y os escuchará. Yo abogaré por su buen juicio, os lo juro.

—¡Estáis loca! ¡Abjuré del catolicismo! ¡Me quemarán en la hoguera!

—Aún hay vidas por salvar —rebatió ella—. La vuestra, la de vuestros soldados, la del inquisidor Angelo DeGrasso… ¡Es preciso detener esta sangría!

—¡Silencio, mujer! Aún os tengo como escudo, y también los arcones de oro. No necesito de ese viejo brujo ni de la misericordia de los inquisidores. ¡Prefiero al exilio con dinero que la cárcel con promesas! ¡Descended por el barranco! ¡Cuando la Iglesia tome la fortaleza ya estaremos lejos!

151

Darko caminaba guiado por dos suizos cruzando el bosque helado. Las gotas de aguanieve caían desde las copas, finas, como agujas, y la capa blanca del suelo crujía a cada paso otorgando a quien observase agazapado la ventaja de la anticipación. Sortearon piedras y ramas caídas con suma cautela y, de pronto, la bota de un soldado rompió una corteza que ocultaba la nieve. La pisada resonó con fuerza en el bosque y por un instante los suizos detuvieron la marcha mirando precavidos a su alrededor. El terror en el bosque pronto cobró formas inesperadas.

—¿Quién va? —preguntó una voz en francés. Lentamente de entre los árboles

surgió un grupo de hombres armados que los rodeó.

—Nosotros, soldados del conde de Ginebra —respondió el suizo que iba en la avanzadilla de su grupo. Sentía la sangre congelada, al igual que su expresión.

El ballestero salido de la espesura caminó hacia ellos en la penumbra azulada del bosque, se colocó frente al Gran Brujo y lo examinó con detenimiento.

—Son ellos —les indicó a sus guardias. Todos suspiraron aliviados y bajaron sus armas, pues el grupo de suizos se había reunido y podía continuar ahora al completo —. El conde os espera. Tengo orden de conduciros ante él. ¿Lleváis la reliquia con vos?

Darko alzó el mentón y dejó entrever su rostro en la oscuridad de su capucha.

—Sí, conmigo va lo que prometí.

El soldado no pudo reprimir un gesto de asco, aquellos ojos cegados le eran repugnantes. A una orden suya el ciego fue guiado por el nuevo sendero. A escasas leguas les esperaba el conde de Ginebra según lo pactado.

Darko clavó su bastón en la nieve y agachó la cabeza para ocultar su sonrisa mientras seguía avanzando. Ya nada se interpondría.

152

Bocanegra descendió con dificultad por el sendero del barranco. Con una mano se apoyaba en las piedras para mantener el equilibrio mientras que con la otra aferraba el mosquete. Aquel camino podía ser una trampa, los suizos protestantes podían convertirse ahora en sus verdugos.

—Alto —dijo el noble. Sus ojos recorrieron el paisaje tratando de distinguir algún movimiento en el bosque. Todo estaba silencioso y estático. Desconfió—. No seguiremos por aquí, descenderemos al valle por la izquierda. Iremos directos a Montjovet.

—¿Montjovet? —preguntó un guardia—. Eso está muy lejos para cargar estos baúles tan pesados.

Pasquale de Aosta se volvió y contempló a su séquito: seis soldados cargando tres grandes arcones con las manos amoratadas por las argollas y, junto a él, Anastasia, que aprovechó la parada para descansar apoyada en una roca.

—Llegaremos al castillo de Montjovet con los arcones —se reafirmó el noble—. Allí encontraremos un carruaje y podréis descansar. Luego seguiremos camino hacia el norte.

—Pero Excelencia —insistió el oficial—, podríamos enterrarlos aquí mismo.

Nadie los encontrará, y nos garantizaría una huida veloz y segura.

—Si no obedecéis mis órdenes vos seréis quien quede aquí enterrado. —El duque alzó el trabuco y apuntó al soldado—. Ahora seguidme, y más vale que esos baúles no caigan al barranco. ¡Caminad! ¡Caminad, he dicho!

Bocanegra agarró con firmeza a la italiana del brazo y la obligó a seguir adelante, lejos de imaginar la desagradable sorpresa que le aguardaba.

XLI. En las puertas

153

Los ocho caminantes ganaron el valle siguiendo la orilla del caudaloso Dora Baltea y pronto el duque de Aosta divisó a lo lejos, casi oculta por la neblina, la torre del homenaje del castillo de Montjovet, una fortaleza derruida por el paso del tiempo que dominaba aquel collado montañoso desde el siglo XI. Pasquale Bocanegra sabía que ese bastión militar ya no respondía a su mando, estaría tomado o tal vez saqueado y sería peligroso y estúpido ir hacia él, pero lo que le importaba no estaba precisamente dentro de sus murallas sino fuera: en la periferia de Montjovet se apiñaban un grupo de campesinos y tierras cultivadas, una iglesia y graneros con establos y animales. Algo más tranquilo, se volvió a sus hombres.

—Estamos cerca. Podéis descansar.

Los soldados apoyaron con cuidado los baúles en la nieve. Cuatro de ellos cayeron de rodillas, jadeando agotados.

—¿Seguiremos a pie? —preguntó Anastasia—. No creo que podamos caminar mucho más. Os descubrirán.

—¡Mirad aquellas nubes! —El duque sonrió ufano—. ¡Son negras como el carbón! Gracias a ellas no me descubrirán. ¡Este es un día hecho a la medida de mis necesidades!

Bocanegra dio unos pasos hacia la italiana. Observó la piel tersa y suave de su escote y la armonía de sus senos. Luego le miró a los ojos y la vio temblar.

—Sois muy hermosa. Pronto estaréis en un palacio, conmigo. —Ella le miró con rabia contenida debatiéndose entre el frío, el odio y la debilidad. Bocanegra se volvió con violencia hacia sus hombres—. Que tres de vosotros vayan al poblado a por caballos o carruajes. Os esperaremos aquí.

Los soldados se miraron entre sí y debatieron con susurros. Tres de ellos partieron al instante. Pronto sus figuras desaparecieron en la nevada.

154

A paso lento Darko, acompañado por dos guardias suizos, llegó a un pequeño

claro bañado por los resplandores azules del hielo donde se hallaba escondido el campamento. Los soldados los recibieron y de inmediato reconocieron al astrólogo.

—El conde de Ginebra os aguarda —anunció uno de ellos.

Darko ni siquiera alzó la cabeza. La capucha apenas dejaba entrever su rostro.

—Llevadme con él —ordenó.

155

—No volverán. Esos soldados jamás regresarán con los caballos —dijo Anastasia—. Ahora son libres de vos y de vuestra tiranía. Para ellos solo sois un mal recuerdo.

—Me deben lealtad y obediencia —aseveró entre dientes—. Volverán, como en el castillo.

—Aosta está invadida, vuestros castillos ya no os protegen y los caudillos ya no os escuchan. ¿Para qué van a volver, para morir por vuestras locuras?

—Lo mismo dijo Darko y se equivocó —bufó Bocanegra.

La italiana miró hacia el río. Las piedras de la orilla estaban cubiertas por el hielo y el agua sonaba con armonía. Desde la bruma y la nieve se recortaron las figuras de tres jinetes, que a paso lento se aproximaban hasta ellos.

El duque de Aosta sonrió fugazmente con expresión de triunfo.

—Abrid vuestros ojos, mujer —exclamó—, ¡ya están aquí!

Anastasia se volvió y vio llegar a un semental negro, de crines largas y brillantes, que abría la marcha. Sus frenos y bozales eran de cuero, así como la silla de montar, terminada en estribos de madera negra con incrustaciones de hierro. Un hombre de larga capa cuyo rostro aún no se podía distinguir lo montaba. Ella sintió que la sangre se detenía en sus venas durante el tiempo que correspondía a uno o dos latidos de su corazón.

Bocanegra dio un paso para recibir a sus hombres, pero se detuvo al oír un silbido que al principio no supo identificar, hasta que una flecha acertó en el cuello de uno de los guardias que estaban junto a él. Un segundo silbido sonó y la saeta dio en el pecho de otro soldado. Ambos se desplomaron sobre la nieve y esta comenzó a teñirse de sangre.

Antes de que el noble pudiera reaccionar desenvainando su espada o trabando el gatillo de su mosquete, los tres hombres montados a caballo ya estaban ante ellos. Anastasia, por su parte, parecía subyugada contemplando el rostro del primer jinete. Era su padre, el mismísimo cardenal Iuliano acompañado por dos guardias vaticanos.

Ante la visión de sus uniformes, el último soldado de Bocanegra se dio la vuelta y

caminando muy despacio se fue hacia el bosque aun a riesgo de perder su vida de un flechazo por la espalda; al poco rato, comenzó a correr desaforado. El último hombre del duque había desertado.

156

—Pensé que jamás llegaríais —dijo al fin—. En este valle hay más ejércitos de los que habría imaginado. Ahora veo la importancia de nuestro asunto, mas os advierto que mi tropa no podrá contra la de la Iglesia. Socorrer a Bocanegra será imposible.

—No será necesario socorrerle. Su negro destino ya no nos incumbe —respondió el Gran Brujo.

—¿Habéis perdido los documentos ocultos de Tomás? —El conde le miró con asombro.

—Bocanegra ha sido destronado y con él vuestras deudas. Ya no debéis pagar lo que resta del contrato.

—Pero ¿qué ha sucedido con la reliquia? —preguntó el noble suizo con cautela.

Darko apenas sonrió cuando puso el cofre sobre la mesa y anunció con voz trémula:

—Aquí está la esfera. Contiene la Sexta Vía de santo Tomás.

Un silencio espeso descendió en la tienda. Todas las miradas convergieron en el cofre con desconfianza y fascinación. En ese instante el aullido ronco de un lobo se escuchó repentino en lo profundo del bosque.

Y Darko, por fin, pudo sonreír con todo el orgullo que su gesta le merecía.

157

Bocanegra contempló atónito al cardenal luliano y a los dos soldados que le apuntaban con sus ballestas. Tardó en reaccionar, pero lo que hizo fue inesperado para todos, un gesto alocado y suicida que, por el furor que reflejaban sus ojos, estaba sin duda dispuesto a llevar hasta sus últimas consecuencias:

—¡Atrás! —gritó, y con un tirón violento tomó a Anastasia del brazo y la antepuso ante su cuerpo colocando en su sien su mosquete presto a disparar.

—¡Calmaos, por el amor de Dios! —exclamó el Gran Inquisidor levantando la mano—. No pretendo mataros, dejadla, esto es un asunto de caballeros, entre vos y yo.

Pasquale Bocanegra de Aosta sintió cómo un líquido caliente descendía por su pierna y le empapaba las botas. Se había orinado encima y estaba aterrado. Su respiración era entrecortada.

—¡La mataré! ¡Si venís por mí… juro que la mataré!

La joven sentía desbocado su corazón, galopaba a un ritmo tal que pensó que escaparía de su pecho. Apenas podía respirar y sus latidos eran cada vez más rápidos. Sentía el hierro frío en la cabeza y el temblor de la mano que sujetaba aquel gatillo.

—Bajad las armas —ordenó Iuliano, y los soldados desmontaron sus ballestas.

El rostro de Bocanegra mostró un leve atisbo de tranquilidad.

—¿Qué queréis de mí ahora? —preguntó—. Ya me habéis despojado de mis posesiones.

El cardenal bajó del caballo enterrando las botas en la nieve y se quedó mirándole.

—Solo la esfera —respondió—. Dadme la esfera y os marcharéis en libertad.

—Ya no la tengo. —Bocanegra negó con la cabeza—. ¡Solo mis monedas de oro!

—Dadme la esfera —repitió Iuliano tras mirar los arcones con indiferencia— y os dejaré marchar.

—¡Os digo la verdad! No tengo vuestra maldita reliquia y no quiero saber nada más. Por ella lo he perdido todo. ¡Todo!

—Habéis perdido todo por vuestra codicia —respondió el cardenal con fría calma —. No culpéis a la esfera de vuestras miserias. Jugasteis el juego de la traición para obtener más oro del que podéis cargar, sed capaz al menos de asumir vuestro error.

—La Iglesia es culpable, yo no. Todo se debe a vuestras conjuras… Yo soy la víctima, soy yo quien huye de sus propias tierras.

Iuliano avanzó hacia él y quitándose uno de los guantes extendió la mano.

—Dadme la esfera, no lo repetiré otra vez —insistió.

Anastasia miró a su padre y sus labios se movieron con lentitud…

—Dice la verdad, Excelencia —aseguró Anastasia—. Darko le ha traicionado y ha huido con ella.

Iuliano desvió los ojos de su hija y miró al noble.

—¿Habéis dejado que el Gran Maestro de los Brujos se lleve la reliquia de la Santa Iglesia católica? —preguntó intentando contener su ira.

—Darko se ha llevado vuestro tesoro. ¡Buscadlo a él y dejadme a mí en paz! ¡Id al bosque en su busca y hallaréis lo que queréis!

—¡Imbécil! —gritó el cardenal con los puños apretados—. ¡Idiota inconsciente! ¡Os habéis dejado engañar por un anciano! ¡Merecéis la hoguera!

—No olvidéis que aún tengo un arma cargada en la sien de vuestra preciosa Anastasia. —El duque sonrió—. Me importan poco la esfera y el viejo, la Iglesia y todos vuestros asuntos, pero si no queréis verla muerta quitaos ahora mismo de mi camino.

Las nubes seguían cargadas y oscuras, la tormenta era un pesado sudario sobre el valle.

El duque desvió la mirada hacia la orilla del río, de donde provenían los pasos de unos caballos sobre las piedras.

—Santo Dios… —Bocanegra suspiró al ver a sus soldados.

Habían vuelto al fin, pero no de la forma que esperaba. Entre la bruma y la nevisca surgieron los tres jinetes bañados en sangre. Estaban atados a sus monturas y degollados.

Los tres animales llegaron a la orilla del río y allí se detuvieron. Tras ellos emergieron entre la niebla, de pronto, una docena de jinetes más. El vapor que se desprendía de los hocicos de los sementales era como una nube siniestra que producía terror y fascinación.

Las armaduras de los doce paladines franceses estaban melladas, pero sobre ellas flameaban sus capas azules al viento.

Al frente se destacó un caballero de yelmo y peto brillantes a la poca luz de la mañana, con la cruz de Malta bordada en la capa. Mientras sus hombres se detenían, este espoleó al cartujano, avanzó y observó la escena en silencio. Se llevó la mano cubierta con un puño metálico al costado y sacó la espada de un solo movimiento. Estaba manchada de sangre fresca, la sangre de los soldados del duque.

—He soñado con este momento, duque de Aosta —amenazó Jacques Mustaine de Chamonix a través de su yelmo—. Rezad vuestras plegarias y me encargaré de que lleguen con vos al Infierno.

El italiano, atenazado por el pánico, ni siquiera pudo contestar.

—¡La mato! —gritó de pronto con voz aguda—. ¡Mato a esta joven!

—Hacedlo si queréis… Pero yo en vuestro lugar usaría esa bala para el suicidio —respondió tranquilo el archiduque francés. Dicho esto, alzó la espada y se dispuso a cargar contra el noble. Aunque su apariencia no lo demostraba, estaba ciego de ira.

—¡No! —gritó el cardenal—. ¡Deteneos!

El francés se volvió hacia el Gran Inquisidor.

—¿Que me detenga? —resopló—. Bocanegra me pertenece en base al pacto que hice con Èvola: no pedí sus tierras ni sus mujeres, solo que me lo entregaran. Él es mi trofeo.

—Ahora no —confesó Iuliano—. Dejadlo ir.

—Yo no traiciono mi palabra, no traicionéis vos la vuestra —alegó el francés—. He venido hasta aquí por su sangre y con su sangre en mi espada me iré.

—Os ruego que no lo hagáis. —Vincenzo Iuliano le miró con una súplica en sus ojos.

Mustaine se quitó el yelmo y lo arrojó con furia al suelo. Su melena pelirroja y leonina se agitó con el viento mientras los copos de nieve la cubrían.

—Tengo la herida de una flecha italiana y el plomo de un arcabuz en mi cuerpo, mi archiducado ha sido invadido y saqueado y el responsable de esas tropelías está frente a mí. Decidme vos que sois ministro de Dios… ¡¿por qué demonios debería dejarlo escapar?!

—Por vuestra piedad… Y por la vida de mi hija.

Anastasia volvió su rostro hacia el archiduque francés. Fatigada y golpeada, temblando de frío, aquella dama parecía estar viviendo en el centro de una pesadilla. El captó toda su angustia.

Desmontó y clavó su espada en la nieve.

—Escapad de mi vista —bufó.

—¿Lo veis? Francés testarudo… —Bocanegra sonreía—. Ya os derroté en vuestra tierra. Soy más listo que vos.

—No sois más que un cobarde que se escuda detrás de una mujer.

—Ni siquiera una mujer os ha quedado. Yo tengo la mía y pronto volveré por vos —insistía burlándose el duque de Aosta.

—No lo escuchéis —indicó el cardenal—. Dejad que él y su verborrea huyan en la bruma.

Mustaine apretó la mandíbula y permaneció en silencio.

—Vosotros dos… —Bocanegra señaló con el mosquete a los dos guardias del cardenal—. Atad los arcones en tres caballos y abrid camino.

Bastó una mirada del cardenal a sus soldados para que estos desensillaran y obedecieran las órdenes.

158

En la carpa, las miradas convergieron en el cofre. Darko deslizó los dedos por el borde.

—Aquí está la obra oculta de santo Tomás. —Su aliento se transformó en vaho.

—Abridlo —pidió el conde de Ginebra.

El Gran Brujo no hizo ningún gesto. Solo murmuró:

—¿Qué hay de nuestro trato?

—Sigue en pie. Los alemanes vendrán en dos días, son editores muy cautelosos,

montarán en Ginebra las prensas y desde allí publicaremos el hallazgo. Será una revolución. Un reguero de pólvora que recorrerá toda Europa.

—Yo soy el descubridor —afirmó el viejo moldavo—. Mi nombre aparecerá en el texto sobre el de Tomás, pues gracias a mi erudición el mundo conocerá lo que alguna vez nació para ser revelado.

—No será un problema. Figuraréis como autor de la Sexta Vía. No os faltarán riquezas.

—No quiero oro —rechazó Darko—, solo ser inmortal. Quiero que el mundo me recuerde eternamente como el único hombre que supo demostrar la existencia de Dios.

—Borraremos el nombre de Tomás y pondremos el vuestro. Un pacto es un pacto —apostilló.

Una lágrima espesa cayó del ojo enfermo del Brujo. Su rostro permaneció oculto mientras su mente volaba en aras de la gloria y la eternidad. Ya era un hecho, su nombre sería acuñado junto al de Platón y Aristóteles, con san Agustín y Anselmo, con san Buenaventura y por encima del de santo Tomás. Darko Bogdan daría comienzo a una nueva ciencia, una que llevaría a Dios a las aulas del conocimiento y dejaría la fe en las ruinas de las deshabitadas iglesias. No habría más ateos. No habría más libertad para elegir a Dios.

Dios sería una dictadura. Una esclavitud.

—Abrid el cofre —ordenó al fin—. Y demos comienzo a los días que vendrán.

159

Los soldados del cardenal sujetaron los arcones a tres de los caballos y a estos entre sí.

—A un lado —masculló Bocanegra, y se abrió paso con Anastasia siempre delante de él—. Me llevaré vuestro caballo —le dijo a Iuliano—, parece fuerte y bien ensillado.

El archiduque Mustaine miraba con atención y sigilo, buscando el mínimo descuido para abalanzarse sobre el italiano.

—¡No intentéis nada! —gritó el de Aosta percatándose de sus intenciones y apuntándole al pecho—. Obedeced al cardenal y seréis recompensado… ¡Quizá os entierren en una catedral el día de mañana!

Montó entre risas y obligó a subir a la muchacha en su corcel. Con una mano tomó las riendas y espoleó al semental, que comenzó a cabalgar llevando tras él la

caravana de animales que portaban los arcones de monedas.

—¡Dejadla! —gritó el Gran Inquisidor.

—Espantad a vuestros caballos y la dejaré ir —contestó Bocanegra deteniendo la marcha—. No quiero que nadie me siga, y menos si entrego a mi única garantía.

Los franceses obedecieron. Enfurecidos, acataron la orden para conseguir la liberación de Anastasia. Dando gritos y palmadas hicieron que los caballos corrieran desbocados por el río. No fueron lejos, lo suficiente para retrasar cualquier intento de persecución.

—Tenéis todo lo que habéis solicitado. Ahora dejad a mi hija y marchaos.

Bocanegra sonrió. Deseaba locamente a la mujer, pero sabía que no le dejarían huir con ella. Ya debía acarrear tres arcones, era más que suficiente. Guiñándole un ojo, le susurró:

—Volveré a por vos, pero comprendedlo, el oro ahora es más importante.

De esta forma la bajó del corcel negro a la nieve blanca. Anastasia caminó con lentitud hacia su padre con los ojos llenos de lágrimas. Necesitaba su abrazo protector, su amor incondicional que la librara del recuerdo de toda aquella tragedia.

Bocanegra miró al archiduque francés.

—Jamás podréis encontrarme, vuestras influencias se acaban en esta pequeña comarca. No sois peligroso ahora para mí, Mustaine, pero caeré sobre vos en cualquier momento…

El cardenal Iuliano, preso de la emoción, abrió los brazos para recibir a su hija.

—Pero vos, cardenal… —musitó Bocanegra desde el caballo. Durante un brevísimo instante el purpurado desvió la vista de su hija para mirar al noble—. Vos silo sois… Vuestros inquisidores llegan a los agujeros más oscuros de este mundo… No debéis seguir vivo para buscarme. —Montó el martillo labrado de su arma y apuntó al religioso. Su rostro mantuvo por un instante la seriedad de un tirador. Luego disparó.

El trabuco de Bocanegra se llenó de una espesa fumarola que terminó arrastrada por la brisa y el perdigón de plomo impactó en Iuliano. El General de la Santa Inquisición de Roma cayó instantáneamente de rodillas. Su capa negra se plegó a sus costados, sus brazos bajaron inertes y se desplomó boca abajo sobre la nieve. Anastasia se detuvo, las manos en su rostro ahogando un grito que no salió de su boca.

Finalmente, el duque de Aosta espoleó el caballo y huyó con los cofres de oro.

Darko escuchaba con atención mientras el herrero del conde forzaba el cofre. Las llaves habían quedado en el cuello de Ségolène, olvidadas durante la huida del castillo de Verrés, pero no había de qué preocuparse, la cerradura no sería un obstáculo.

Tras tres golpes secos y potentes sobre ella, la cerradura cedió.

El conde de Ginebra tomó el cofre con sus finas manos y lo colocó ante él. Sus consejeros se apiñaron detrás conteniendo el aliento. Todos querían ver.

Abrió la tapa y observó el interior. Sacó la esfera y la puso delante de sus ojos, examinándola con detenimiento.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó.

—La reliquia —contestó el astrólogo—. Quitad el seguro que la protege y abridla. Dentro encontraréis la Sexta Vía de Tomas. El texto original.

—¿Acaso me tomáis por estúpido? —exclamó el conde—. Esta es una burda bola de piedra.

—¿Una bola de piedra? —susurró Darko atenazado por una opresión que se adueñó de su pecho. Tiró el bastón y poniéndose en pie se inclinó sobre la mesa buscando en el aire hasta encontrar las manos del conde que sostenían, como había afirmado, una simple piedra—. No puede ser —escupieron sus labios amoratados. Con las yemas de sus dedos recorrió la fría forma de una esfera perfecta, pero de piedra tallada.

—¿Me habéis hecho venir aquí y pagar un adelanto en oro por una bala de culebrina?

Darko tanteó sobre la mesa hasta dar con el cofre. Rápido metió las manos en el interior para comprobar que allí no había nada, solo terciopelo y polvillo de roca.

Su mente pasó de la gloria excelsa al abismo profundo. Esa era su ridícula conquista y su legado como filósofo: un trozo de piedra.

El anciano se sentó en silencio y levantó un puño tembloroso. Ya no habría inmortalidad para su nombre. Y pensó en una sola persona, el inquisidor DeGrasso.

Poniéndose en pie, el Gran Brujo emitió desde lo más hondo de su garganta un sonido cavernoso y desgarrador que se propagó en el páramo nevado como el lamento lejano de una fiera acorralada. Pronto los lobos del bosque sumaron sus aullidos al suyo en una nefasta sinfonía de terror.

161

Angelo Demetrio DeGrasso yacía sobre un acopio de balas de cañón. La capa le

cubría como una sábana agujereada y vetusta. Su guante negro tanteó los contornos esféricos de aquellas balas con las pocas fuerzas que le quedaban.

Apartó la tela chamuscada de su túnica y buscó aquella forma inconfundible escondida entre las demás bolas. Tanteó un momento y pronto dio con el orbe dorado, entonces volvió la cabeza y contempló el cuerpo carbonizado de la francesa. Con su otra mano aún sujetaba la suya. Lentamente el apretón cedió y las manos de ambos se desunieron. De allí cayó la llave del cofre que Ségolène le regaló en el último instante de su vida, que usó para abrir el cofre, cambiar la esfera por una bala y que al asir su mano de nuevo, en aquel instante final de amor y perdón, le devolvió para demostrarle que su existencia había tenido un sentido, que la reliquia estaba a salvo, que había valido la pena.

Una lágrima corrió por su mejilla golpeada y sucia. Cerró los ojos y sintió los párpados pesados. Exhausto por las heridas y la fiebre, perdió la consciencia.

No mucho tiempo después, Angelo estaba de pie frente al umbral del castillo. La fortaleza era gris y erosionada por el tiempo y controlaba desde su altura el cementerio que estaba dentro de sus murallas, rodeadas por un inmenso bosque. Y la puerta enrejada se abatió sobre sus bisagras añejas y doloridas y nuevamente el inquisidor observó las sepulturas antiguas, las cruces góticas torcidas y avejentadas, los mausoleos custodiados por ángeles esculpidos y mármoles grabados con letras lombardas. El abrumador descanso de millones de almas.

Siete caballeros cruzados cuidaban aquel acceso principal. Cubrían el rostro con yelmos y los cuerpos difuntos con armaduras melladas. Repentinamente descansaron sus espadas, clavaron las puntas en el suelo y sujetaron la empuñadura con reverencia. La brisa hizo ondear sus capas bordadas con cruces de Malta. Una poderosa sensación de libertad le invadió, levantó la vista para ver cómo se abrían las puertas del balcón y, al tiempo que los cruzados bajaban sus cabezas al unísono, aparecía en el pulpito de piedra aquel hombre de barba que le era tan ajeno y tan familiar, que parecía hablar con la mirada y observarlo todo en silencio.

En ese instante, DeGrasso trató de cruzar el umbral llevado por el deseo desbordante de ir hacia él, pero no pudo. Desde el balcón la mano del hombre se movió con lentitud para señalar su costado, allí donde había una herida, luego alzó la otra perforada por encima del rostro y cuando la detuvo allí, en lo alto, le dirigió una mirada que avanzó por el prado acariciando las tumbas y las cruces y tocó a Angelo como una brisa de primavera. Los dedos alzados del hombre señalaron el número tres, y los presentes sintieron su poder, que todo lo eclipsaba. Abrumado, el Ángel Negro comenzó a llorar. Fueron lágrimas de exaltación, de plenitud ante aquella visión indescriptible, inagotable, de paz.

Supo que no debía entrar. Se quedó quieto a las puertas, con el rostro entre las

manos, y cayó de rodillas. Entonces oyó los pasos de alguien que se acercaba a él desde el prado interior. Una mano atravesó el umbral y tocó su hombro con una caricia suave y delicada. Aún cegado por las lágrimas, alzó el rostro. Era Ségolène.

Se quedó prendido de aquellos rasgos y su corazón latió con fuerza.

Angelo abrió los ojos de pronto y vio las bóvedas del techo gótico. Estaba en la cripta de Verrés. Sudaba, su respiración era agitada y le pareció que despertaba de un sueño abrumador. Giró la cabeza y vio aquello que empuñaba con fuerza y cuyo tacto le quemaba.

En la mano tenía la esfera.

Epílogo. Visión divina

Los portales de la basílica de San Juan de Letrán en Roma estaban cerrados. Dentro, se respiraba el olor del incienso, que se fundía con el sonido hermético y piadoso de un canto gregoriano. La ceremonia pontificia estaba lista.

Clemente VIII pasó por última vez sus ojos por la dorada esfera y leyó una vez más la frase griega que la circundaba, aquel mensaje que indicaba la existencia misma de Dios. Cuidadosamente apoyó la reliquia en un almohadón de terciopelo y contempló la cruz en su cénit. Ahí dentro reposaba la demostración lógica más importante de la historia del hombre, una verdad tan conmovedora como peligrosa. El Papa imaginó la encrucijada con que se encontró Tomás de Aquino, el celo y la responsabilidad que había significado su descubrimiento. El santo había tocado con su inteligencia la visión misma de Dios, pero también supo que espiar al Todopoderoso no era bueno y por ello tomó el camino de los humildes y responsables apartándola para siempre del alcance del hombre y de su voluble espíritu. El Sumo Pontífice elevó su mano enguantada. Tocó con suavidad la cruz de la esfera y suspiró. Su rostro curtido y su barba blanca apenas evidenciaban la complacencia que sentía.

Un cardenal camarlengo se adelantó y ante la orden silenciosa de Clemente VIII tomó el almohadón y llevó la reliquia hasta su depósito final: el sancta sanctórum de la Iglesia. *Non est in toto sanctior orbe locvs*, rezaba una inscripción grabada en el mármol. Y ahora nadie dudaba de ello: en toda la tierra no hay lugar más sagrado. El arcón de hierro enrejado que por siglos albergó los tesoros más sagrados de la Iglesia abría ahora sus hojas de par en par, revelando el interior solo a los presentes en aquel ceremonial.

El camarlengo depositó la esfera en él, luego volvió la cabeza y buscó la aprobación del Pontífice. Las puertas de hierro se cerraron, así como las verjas y su cerrojo. La esfera estaba en poder de la Iglesia. La Vía Dolorosa de santo Tomás estaba segura y protegida por el reino de la fe.

Ese mismo día Clemente VIII ordenó culminar la cúpula de San Pedro con un nuevo símbolo. Y allí se enclavó, en lo más alto de Roma, en lo más alto de la basílica: una esfera dorada. Coronada por una cruz.

Dos semanas más tarde de aquel episodio en el valle de Aosta, Angelo DeGrasso cabalgaba por el macizo montañoso de los Cárpatos. Estaba solo, tal y como había decidido. Su semental llevaba cubiertas las ancas con el amplio hábito negro inquisitorial del monje, como una suerte de manto protector. El paso era tranquilo por aquel sendero pedregoso y cubierto de nieve.

Había salido de Italia por las tierras del Véneto hasta llegar al reino de Hungría.

Allí tuvo que sortear las ciudades y cantones invadidos por el islam para seguir el curso del Danubio hasta las puertas mismas de las tierras eslovacas. Siguió hacia el norte y entró en el reino de Bohemia. Fueron días arduos y silenciosos, sus manos sujetaban las riendas mientras su mente volaba tras los recuerdos y la nostalgia.

El inquisidor se resguardaba la cabeza bajo la capucha y en el pecho se mecía la cruz de plata como lábaro testigo de su investidura. Observó el sendero que se bifurcaba y detuvo el paso. Leyó el cartel de madera envejecida, paseó la vista por el horizonte y volvió a espolear al caballo para tomar el sendero de la izquierda: su destino final estaba en Polonia, en el convento dominico de Cracovia.

Las heridas aún le causaban pequeñas molestias y le hacían recordar los últimos días después de ser rescatado del castillo de Verrés, donde la tragedia y el gozo se habían fundido en una extraña realidad.

La muerte del cardenal Iuliano había sido tan impactante para Roma como el hallazgo de la reliquia. El Vaticano estaba asombrado por el acto final del Ángel Negro, que había logrado confiscar la esfera después de una larga y descarnada batalla personal, pero también lloraba al guardián de la ortodoxia caído. Ahora todo se mantenía en un frágil equilibrio.

Anastasia, afligida por un profundo dolor, presidió el funeral. Había perdido a su padre, su sostén, pero también había recuperado a su hermano de las garras de la muerte. Dolor y alivio se respiraron en las exequias del cardenal, que duraron tres días.

Angelo no asistió. Permaneció en un convento romano durante una semana, asistido día y noche por los médicos papales sin saber muy bien qué sentir. Él también había perdido un padre, un padre que, a pesar de la sangre, jamás le aceptó. Sus sentimientos le producían emociones contrapuestas… Buscaba respuestas, el reflejo de lo que era ahora su identidad, bajo los cuidados de Anastasia, que siempre estuvo a su lado, visitándole cada día, llorando tendida sobre su lecho, aferrada a su mano, dedicándole una mirada sincera que le pedía con urgencia lo que el corazón le dictaba.

El genovés recorrió con la vista los Cárpatos admirando extasiado la armonía de aquel atardecer invernal: en el horizonte las nubes se teñían de reflejos carmesíes y el viento silbaba arrastrando una sinfonía de copos blancos como cenizas.

Sabía que Anastasia le extrañaría. Esperaría en Volterra, allí donde había decidido dar sepultura al cuerpo de su padre y su apellido dominaba vastas posesiones. Pero ella no había nacido para el poder sino para amar. Aunque le suplicó que aceptara la mitad de todos sus bienes, que se quedara con ella el tiempo necesario para

recuperarse plenamente, Angelo se negó. Las heridas del cuerpo y el espíritu debían ser curadas en soledad, en la pobreza y en el silencio de un monasterio. Por ello tomó la decisión de ir a Polonia, país en el que, una vez restituido como inquisidor regular y anulados todos sus pleitos con la curia, aceptó la misión que el Pontífice le había encomendado: preparar una nueva generación de inquisidores para los tiempos venideros.

Angelo alzó el rostro hacia las últimas claridades del ocaso. Sus ojos brillaron con aquel tono de bronce bruñido tan peculiar y un último rayo alcanzó a destacar la tenue cicatriz que ahora surcaba su pómulo izquierdo. Espoleó su caballo y lentamente su perfil, erguido sobre su alazán, se fue desvaneciendo entre la cortina de nieve hasta desaparecer por el sendero.

Anastasia se incorporó del lecho y, con mano temblorosa, tomó la carta que le ofrecía su sirvienta. Llevaba varios días en Volterra intentando reponerse tanto física como emocionalmente de los últimos acontecimientos. Tras el funeral de su padre y la partida de Angelo sentía la soledad como una losa inmensa que casi no le dejaba respirar y tenía miedo de que aquella carta desatara unos sentimientos que, a flor de piel todavía, demasiado intensos y expuestos, aún la dominaban. Finalmente, desdobló la carta e inició su lectura, y su corazón pronto comenzó a latir con ansiedad.

> Querida hermana:
>
> Hoy me he tomado la noche libre. Estoy cansado. Es una de esas noches que me asaltan de vez en cuando y a las que no me resisto, ya no.
>
> A veces me pregunto por qué tanto trabajo, por qué esta obligación frenética de cada día. El viento va de norte a sur y de este a oeste, pero ¿acaso va a algún lado en especial? ¿Adónde va el viento? ¿Lo has pensado? Los ríos desembocan en los mares, todos ellos lo hacen, pero ¿has visto que el mar se desborde? ¿Adónde va tanta agua? ¿Se llena el mar?
>
> No. Por eso no me alarma ir a ningún lado.
>
> Esta noche para mí es una noche de calma, sin viento ni aguas que remuevan nada, y me he puesto a redactar esta carta que es solo para ti y que será como una brisa y un leve cauce que no duele ni desgasta.
>
> Anastasia mía, de seguro me despedí rápido y quizá no de la forma en que deseé, de ahí mi anhelo de dejarte esta carta antes de emprender viaje y entregarme a la suerte del camino, pues no sé qué me deparará ni menos si volveré a verte.
>
> Con estas palabras pretendo ofrecerte una caricia, una que no supe dar,

y también —y ojalá Dios ordene mis pensamientos con cierta gracia— quiero expresarte mis buenos deseos hacia ti en los próximos tiempos. Es una esperanza por la que pido cada noche como esta, delante de una vela que se derrite con cada aliento mientras te imagino.

Lo único que persigo es que en mi ausencia escuches la sinfonía. No ninguna que debas buscar, sino la que posees tú misma y que a veces no eres capaz de percibir. Deseo que sientas aquello que es tuyo, la conciencia, y ten la certeza de que mi silencio es tuyo y que te daré todo cuanto ansíes de mí. Deseo que tus mañanas sean intensas y encuentres estrellas brillantes al anochecer, que descanses y aun así puedas soñar despierta. Deseo que seas feliz, que escuchando el silencio no te aturda, que no te falte alimento ni vino ni sientas hambre ni sed. Que tu rostro sonría y no repares en ello, que llores y no te dé miedo pensar en la esperanza. Que no busques escapar de nada y que nadie te persiga y que puedas pensar en otras cosas sin miedo a perderlas. Esas cosas son los recuerdos.

Si estuviera ahora contigo, Anastasia, te daría un abrazo. ¡Dios mío, cómo lo haría! Y diría algunas palabras sin pensarlas, inspirado solo en el brillo de tus ojos. Te pediría que llevaras mi recuerdo en tu equipaje, entre tus ropas y perfumes, el recuerdo de alguien que no pretende más que tu bien, que no quiere ser una nota que escape de tu partitura, de tu armonía, ni mucho menos un compás que desafine el equilibrio de tu persona.

Debes vivir sin esperarme, pero incluso así debes saber que el amor es paciente y la vida una larga suma de esperas.

Por eso, ten la certeza de que miraré tu rostro cada vez que refleje el mío y no olvides que tu presencia no es evanescente, no para mí, ni siquiera en la más larga ausencia, incluso cuando no me veas ni sepas de mí. Porque tú eres lo que quiero, a pesar de las espinas, a pesar de este mundo, a pesar de esta realidad que ha decidido separarnos.

Y no olvides, Anastasia, ya por último, que todas las noches son un recordatorio de que no todo dura eternamente.

Después viene la eternidad. Para siempre.

Ahí es donde te esperaré.

ANGELO DEMETRIO DEGRASSO, OP

Anastasia terminó de leer y respiró de forma entrecortada. Su corazón latía con celeridad y su rostro no pudo contener una sonrisa que floreció regada por aquellas lágrimas.

Las luces del atardecer iluminaban y encendían las vidrieras de la catedral de Reims. En el fondo de la nave central, tras el altar, el ábside contorneaba una figura de vitrales azulados, enclavados en columnas góticas que ascendían hasta los techos abovedados.

Pasquale Bocanegra estaba de rodillas ante el tabernáculo, pero su pose devota no era más que la copia de lo que debía ser la postura de un buen feligrés. Se encontraba solo en la catedral. Y así debía ser.

En el exilio, había logrado lo que pretendía: el contacto para escapar desde aquellas tierras católicas francesas hasta Inglaterra. Todo estaba sellado y arreglado tras la entrevista con su enlace en París y esa era la causa de que hubiera tenido que recorrer casi setenta leguas hasta Reims. Allí mismo, en la catedral, sería recogido con discreción por oficiales de aduanas del Reino de Francia que le llevarían sin demora hasta el barco que aguardaba en el puerto de Calais y que le trasladaría a Inglaterra, donde el vizconde de Rochester, gracias a la mediación de su contacto, le ofrecería cobijo en su fortaleza.

Había pagado una verdadera fortuna para llevar a cabo ese plan y, aunque la tierra inglesa no era tan bella como su valle italiano, al menos sí estaba lejos de las influencias de Roma y en ella nadie reclamaba su cabeza. Por otra parte, aún le quedaba bastante oro en sus arcones, y su libertad y su pellejo bien valían el alto costo de la inversión.

Los postigos de la catedral crujieron y unos pasos armónicos y mesurados se acercaron hasta él. Era la hora indicada.

—Habéis venido… —murmuró el duque satisfecho olvidándose de su falsa plegaria y volviéndose hacia el recién llegado.

—Por supuesto, el nuncio dio conmigo y he venido a por vos.

Todo estaba oscuro. Un haz de luz descendía de los vitrales y daba directamente en su rostro. Bocanegra levantó la mano para protegerse y guiñó sus ojos mientras explicaba al desconocido:

—Tengo vuestro dinero, os pagaré por adelantado, como prometí. Ahora sacadme de aquí junto con mi equipaje. —El hombre no contestó. El silencio se tornó incómodo—. ¿Qué os sucede? —protestó—. ¿Acaso desconfiáis, deseáis ver primero el dinero?

El silencio se tornó más denso mientras lentamente aquella persona se acercaba.

El noble comenzó a distinguirla y su rostro palideció por el terror que le produjo descubrir la identidad del monje.

—Vuestras monedas no comprarán otra traición —gruñó Giuglio Battista Èvola.

Bocanegra negó con la cabeza como rehusando aceptar la realidad y por un instante intentó ponerse en pie, pero no pudo conseguirlo. De la oscuridad vio emerger el reflejo de una daga que entró en su pecho con rapidez. Abrió los ojos y

sintió el filo que penetraba en su carne, luego alzó la mirada y la fijó en su asesino. El benedictino sostenía el estilete con firmeza y en su faz deformada su único ojo negro mostraba la opacidad del carbón.

Lentamente, el cuerpo del duque de Aosta se fue deslizando hacia el suelo. Èvola lo acompañó en su trance y con voz perfectamente audible para el moribundo pronunció:

—Que Cristo perdone vuestra apostasía.

Con la misma rapidez que introdujo la daga en su pecho la retiró dejando aquel cuerpo desfallecido desarticulado sobre el suelo. De sus ropas cayeron repiqueteando las monedas de oro que jamás usaría, que ya no tenían ningún valor para él. Y la sangre roja comenzó a deslizarse por las losas mientras sus ojos permanecían abiertos. El duque quedó tendido ante el altar principal con la capa abierta, como un murciélago muerto al anochecer.

Èvola contempló el cuerpo sin vida del apóstata y luego, en silencio, se arrodilló ante la cruz que exhibía el altar. Mantuvo durante un instante la mirada sosegada en la figura de Cristo, solo un instante, y se persignó.

Después, se volvió y su rostro terrible desapareció en la oscuridad.

Aún no amanece en Bella Vista, en un invierno
que este año ha traído nieve.
Siendo las 5.31 de la madrugada doy
por terminada *La Sexta Vía*,
que escribí por las noches entre el 28 de abril de 2004
y el 17 de agosto de 2007.
Un ciclo irrepetible de mi inspiración descansa
en esta obra.

PATRICIO STURLESE

Agradecimientos

A las autoridades del Museo Arqueológico del valle de Aosta, en Italia. A Willy, Ivan y Jorge Arrieta, por estar en el complejo mundo de las historias desde 1985. A Gabriela Ditamo, por entenderme. A los jesuitas del colegio Máximo en San Miguel. A los salesianos de las catacumbas de San Calixto en Roma. Al teólogo e historiador Alberto Capboscq, por su amistad, y por la revisión de los textos griegos y latinos. A Juan Díaz, un querido editor español. A Saskia von Hoegen, por su atención en Munich. A los conservadores del castillo de Verrés.

Al padre Minich del colegio San Alfonso de Bella Vista. A mis amigos Mariano, Alejo, Jorge y Marcelo, por las lecturas a la luz de las velas ante el fogón. A Carlos Guasti y Jorge Giucich, de Paraguay. A Daniel Erlandsson, por sus cartas desde Suecia y por aquellas melodías de Eucharist. A Astrid Marchi. A Mikael Ákerfeldt, por *Opetb*. A Gabriela Florance, por todos esos cafés, por el tiempo, la atención y el apoyo. A Jesús y Sandra Chico, de Guatemala. A Patricia Chendi, por su recibimiento en Milán. A Umberto Eco. A mi tía Tina de Génova. A los benedictinos del monasterio de Montecassino, en el Lacio. A Mauricio Sturlese. A Juan y Luis Grasset, por sus recados en la iglesia francesa de Vézelay. A Matteo Bertoni. A María y Teresa Grasset. A los conservadores del castillo medieval del Fénis, por su atención mientras viví en ese pueblo. A Osvaldo Virgini y a Topper. A Marta, Juan y Alicia.

A Morris West y Mario Puzo. A los conventos derruidos de Santiago de Guatemala. A Ramón Rocha Monroy, de Bolivia. A mi amigo Andrés Falcóz. A Angela León, de Colombia, y a Orit, de Panamá. A mi amigo Carlos Várela MacDougall. A los conservadores del castillo de Karlstejn, en la República Checa. A Roberto Domaine y Loretta Maschio, de la superintendencia de recursos históricos, por permitirme el acceso a los castillos clausurados y en ruinas del valle de Aosta. A Giorgina Sturlese.

A María Casas, madrina de esta historia. A Jonás Renkse, por *Katatonia y Brave Murder Day*.

A Giordano Bruno.

A los bosques de Bella Vista por los que siempre camino, a esas aves que siempre se posan en las mismas ramas y al arroyo de aguas grises.

In memóriam de Karol Józef Wojtyla.

A vos, Claudia. Como desde el primer día.

La obra es de mi responsabilidad.
Con ellos comparto lo bueno